Jeffrey Archer

OJO POR OJO

LA VENGANZA SE HA VUELTO DEMASIADO PERSONAL



En una de las ciudades más lujosas del mundo…

Un acuerdo multimillonario está a punto de salir mal. Una lujosa velada está a punto de terminar en asesinato. Y el Gobierno británico está a punto de sumirse en una crisis.

En el corazón de la clase dirigente británica…

Lord Hartley, el último de una estirpe de nobles que se remonta a más de doscientos años, yace moribundo. Pero su testamento desencadena una herencia con consecuencias explosivas.

Dos muertes. Separadas por continentes. Sin conexión aparente.

Entonces, ¿por qué ambas se encuentran en el centro de la trama de venganza de un maestro del crimen?

¿Podrá William Warwick, de Scotland Yard, descubrir la verdad antes de que sea demasiado tarde? La carrera definitiva contra el tiempo está a punto de comenzar.

Jeffrey Archer

Ojo por ojo

La venganza se ha vuelto algo personal

William Warwick

7

Título original: *An Eye for an Eye*
Jeffrey Archer, 2024
Traducción: Isabel Murillo, 2026
Diseño de cubierta: Claire Ward

Revisión: 1.0

21/08/2026

Allison Prince
1963-2023

PRÓLOGO

Simon Winchcombe Henry Howard Hartley vio al primer ministro por vez primera aquella mañana y a su padre por última vez aquella noche.

Sucedió así.

Durante los últimos doscientos años, los miembros de la familia Hartley o bien habían seguido la carrera eclesiástica, para acabar sus días como obispos, o bien habían ingresado en la Cámara de los Comunes como paso previo a su incorporación al Gobierno en calidad de ministros de la Corona.

El padre de Simon, el muy honorable John Hartley, miembro del Consejo Privado, caballero comendador de la Excelentísima Orden del Imperio Británico y Cruz Militar, no era una excepción a la regla y había culminado una distinguida carrera como ministro de Interior antes de ser encumbrado a la Cámara de los Lores como lord Hartley de Bucklebury. Su esposa Sybil era ama de casa y madre por encima de todo, y ocasionalmente se implicaba en obras benéficas, que era lo que cabía esperar de una buena esposa Hartley. Así pues, cuando Sybil dio a luz un hijo, Simon —todos los varones Hartley llevaban nombres de discípulos—, el matrimonio dio por sentado que seguiría la tradición familiar y llegaría a obispo o a ministro del Gobierno. De haber sido así, esta historia no se habría escrito jamás.

Simon Hartley, hijo único de la pareja, demostró desde muy tierna edad que no tenía ningún interés en seguir la tradición familiar: con once años, obtuvo una beca para estudiar en la North

London Grammar School, a pesar de haber sido admitido en Harrow, el *alma mater* de la familia. Y cuando terminó sus estudios secundarios, eligió el Kings College de Londres para estudiar Derecho, en lugar de decantarse por estudiar Teología o Ciencias Políticas en el Kings College de Cambridge.

Cuando Simon se graduó, tres años después, rompió con otra tradición familiar al convertirse en el primer miembro de la familia en obtener una licenciatura con honores de primera clase, la distinción académica más alta, en vez de la habitual segunda o incluso la ocasional tercera clase. Y, por si eso no fuera suficiente, terminados sus estudios universitarios, Simon se mudó a Boston para unirse a un grupo de colonos en un lugar llamado Harvard Business School, una institución que su padre no estaba convencido de aprobar.

Dos años más tarde, graduado en la otra Cambridge, Simon regresó a su tierra natal y recibió una docena de ofertas de trabajo en la City de Londres y acabó aceptando un puesto de empleado en prácticas en el Kestrals Bank, con un salario inicial muy superior a lo que su padre había ganado como ministro de la Corona.

Durante la década siguiente, rara vez abandonó la Square Mile, salvo para viajar a tierras lejanas, donde negociaba acuerdos que dejaban atónitos a sus colegas y proporcionaban inmensas fortunas a su banco.

A los cuarenta años, Simon se había casado con una mujer bella y con talento, Hannah, que le había dado dos hijos, Robert y Christopher —ninguno de ellos nombre de discípulo— y se había incorporado al consejo de administración de Kestrals como el directivo más joven de la entidad. Se daba por hecho que era solo cuestión de tiempo que se convirtiera en el presidente del banco.

Y, de hecho, así podría haber sido de no haber recibido una llamada del 10 de Downing Street preguntándole si tendría la amabilidad de reunirse con el primer ministro para discutir un asunto de importancia nacional.

Cuando Simon salió de la residencia del primer ministro, le había prometido al señor Blair que consideraría su propuesta y le daría a

conocer su decisión a finales de semana.

En cuanto llegó a Whitehall, Simon paró un taxi que lo llevó hasta Paddington, donde llegó con tiempo suficiente para coger un tren hasta la casa familiar, en Berkshire.

Durante el trayecto hasta Bucklebury, reflexionó sobre la oferta que acababa de hacerle el primer ministro y sobre cómo reaccionaría su familia a la noticia. Su padre le diría que no tenía elección, y repetiría palabras como «honor», «deber» y «autosacrificio». No estaba seguro de cómo respondería Hannah, aunque no le cabía duda de que sus dos hijos adolescentes expresarían su firme opinión sobre los derechos humanos —o la ausencia de estos— en Arabia Saudí, especialmente en lo relativo a las mujeres.

Hannah esperaba a Simon fuera de la estación, con una expresión triste y desolada en el rostro.

Simon le dio un beso en la mejilla antes de instalarse en el asiento del acompañante y preguntar de inmediato:

—¿Qué tal sigue mi padre?

—Me temo que no está mejor —respondió Hannah. Encendió el motor, salió del aparcamiento y enfiló la calle principal con el Mini—. Tu madre ha hablado con el médico esta mañana y dice que puede ser cuestión de semanas, incluso de días antes de…

Ambos guardaron silencio mientras Hannah conducía por una tranquila carretera rural rodeada de hectáreas de campos verdes con grupitos de ovejas apiñadas en lugares resguardados, un claro presagio de lluvia.

—Sé que tiene ganas de verte —dijo Hannah, rompiendo el silencio—. Ha dicho que hay un par de asuntos familiares que necesita comentar contigo.

Simon sabía perfectamente bien a qué se refería su padre y era dolorosamente consciente de que había uno de ellos que no podía seguir eludiendo.

Al cabo de pocos kilómetros, Hannah se desvió de la carretera principal, bajó la velocidad y avanzó con lentitud por el largo camino de acceso a Hartley Hall, la casa donde había vivido la familia desde

1562.

En el instante en que Hannah detuvo el coche, se abrió la puerta principal y *lady* Hartley apareció en el umbral. Bajó las escaleras para recibirlos y dio a su único hijo un abrazo cariñoso a la vez que le susurraba al oído:

—Sé que tu padre quiere verte. ¿Por qué no subes y estás con él mientras yo preparo el té para el resto de la familia?

Simon entró en la casa y subió con calma las escaleras. Cuando llegó al descansillo, se detuvo un momento para admirar una pintura al óleo de su distinguido antepasado, el muy honorable miembro del Parlamento David Hartley, antes de llamar con delicadeza a la puerta del dormitorio.

Apenas habían transcurrido unos días desde su última visita, pero su padre había empeorado visiblemente. Era casi imposible reconocer la figura frágil, con pelo ralo y tez cetrina que yacía recostada en la cama, con la cabeza descansando sobre dos almohadas. Con respiración trabajosa, su padre extendió una mano huesuda, que Simon aceptó antes de tomar asiento en la cama, a su lado.

—¿Por qué quería verte el primer ministro?

Esas fueron las primeras palabras que pronunció su padre, incluso antes de decirle hola a su hijo.

—Me ha invitado a encabezar una delegación británica a Arabia Saudí con el fin de negociar un importante contrato de venta de armas.

A su padre le costó disimular su sorpresa.

—Eso no será recibido con gran entusiasmo —repuso—, sobre todo por los colegas del primer ministro del ala más izquierdista de su partido, que no dejan de recordarnos que los saudíes siguen prohibiendo los sindicatos.

—Seguramente —dijo Simon—. Sin embargo, si pudiéramos cerrar el contrato, esos mismos sindicatos recibirían con los brazos abiertos los miles de puestos de trabajo que de repente se crearían por todo el país.

—Por no hablar de los millones que empezarían a entrar en las arcas públicas.

—Miles de millones —dijo Simon—, y Blair ha insistido en recordarme que, si el trato no lo cerramos nosotros, lo cerrarán los franceses.

—Razón más que suficiente para aceptar esta misión, hijo mío. Y como lo más probable es que estés fuera varias semanas, o quizá incluso unos meses, hay un par de asuntos que deberíamos tratar antes de que te vayas. «El viejo orden cambia, dando paso al nuevo» —continuó el anciano, citando a su poeta favorito—. Así que solo puedo esperar que, con el tiempo, vengas a vivir a Hartley Hall y cuides de tu madre. Es el orden natural de las cosas.

—Te doy mi palabra —le prometió Simon.

—Y no quiero que tu madre se preocupe por asuntos económicos. Todavía, cuando da a un camarero una propina de un chelín, lo considera desmesurado.

—No temas, padre —repuso Simon—. Ya he creado un fideicomiso a su nombre, que me encargaré de administrar personalmente, para que no tenga que enfrentarse a ningún tipo de dificultad económica temporal.

—Y luego está el importante asunto —dijo su padre— de qué hacer con la Declaración de Independencia de Jefferson que, como bien sabes, lleva con nuestra familia más de doscientos años. Deberíamos haber cumplido con los deseos del presidente hace ya mucho tiempo. Teniendo esto en cuenta, he concertado una cita con el embajador de los Estados Unidos para hacerle entrega de la copia en limpio del documento que obra en nuestro poder, junto con la carta que demuestra que aquel gran hombre siempre tuvo la intención de que fuera legada al pueblo estadounidense.

—A su debido tiempo —le recordó Simon.

—Para ser sincero —dijo el anciano— no se me había ocurrido que tuviera más valor que el de ser un recuerdo histórico, hasta que recientemente leí que una de las copias impresas de la Declaración de Independencia de Benjamin Franklin se vendió por más de un

millón de dólares, momento en el cual, por vez primera, empecé a sentirme preocupado.

—No es necesario preocuparse, padre. Una vez que concluyan las negociaciones para el contrato de venta de armas, lo primero que haré en cuanto esté de regreso será visitar la embajada de los Estados Unidos y entregar la Declaración al embajador en tu nombre.

—Junto con la carta que expresa el deseo de Jefferson de que se entregue al Congreso, lo que recordará a la gente que nuestra familia jugó su papel y dejó en la historia una pequeña nota al pie. Sin embargo, las otras cinco cartas deben permanecer en los archivos de la familia y ser legadas a tu primogénito, a quien me parece oír aproximándose… o eso, o quizá sea una jauría de loberos irlandeses lo que esté a punto de aparecer.

Simon sonrió, contento de ver que su padre no había perdido el sentido del humor. Se levantó de la cama y abrió la puerta para que el resto de la familia pudiera entrar.

Robert fue el primero en saludar a su abuelo, pero incluso antes de que llegara a su lado, el anciano le dijo:

—Robert, necesito estar seguro de que eres capaz de repetir las palabras que Thomas Jefferson escribió a tu antepasado hace más de doscientos años.

Robert sonrió, satisfecho consigo mismo. Se puso muy erguido y empezó a decir:

—Estimado señor Hartley.

—Fecha y dirección —dijo el anciano.

—Hôtel de Langeac, París, 11 de agosto de 1787.

—Continúa —dijo el abuelo.

—Confío en que me conceda su permiso para robarle un momento de su tiempo y me permita remitirle la copia en limpio de la Declaración de Independencia, la cual presenté al Congreso para su consideración. Verá que incluye las dos cláusulas sobre las que usted y yo hablamos en Londres, a saber, la abolición de la esclavitud y nuestra futura relación con el rey Jorge III después de

que nos convirtamos en una nación independiente. Mi amigo y colega Benjamin Franklin realizó copias y las distribuyó entre las partes interesadas. Para mi enorme consternación, después de que los miembros del Congreso se mostraran divididos, ambas cláusulas quedaron rechazadas. No obstante, no querría que pensara que no me tomé en serio su sabio y acertado consejo y que no intenté convencer a mis compañeros congresistas de lo meritorio de su opinión.

»Cuando haya tenido usted la oportunidad de leer detenidamente la copia en limpio, le agradecería que, a su debido tiempo, tenga la amabilidad de devolvérmela. He pensado que le interesaría saber que es mi intención legar este recuerdo a la nación para que las futuras generaciones de estadounidenses puedan apreciar de manera plena lo que los padres fundadores intentaron conseguir y, en particular, el papel que usted desempeñó. Espero recibir pronto noticias suyas y aprovecho para reafirmarle mi más sincera estima y respeto.

»Su humilde servidor, Thomas Jefferson».

Simon rodeó a su madre con el brazo mientras su hijo terminaba el recitado de la carta que, igual que su padre y su abuelo hicieran antes que él, se había aprendido de memoria.

—¿Me prometes que enseñarás a tu primogénito estas mismas palabras y que te asegurarás de que sea capaz de repetirlas cuando cumpla doce años? —preguntó lord Hartley.

—Te doy mi palabra —sentenció Robert.

Simon no pudo contener las lágrimas cuando vio la sonrisa de satisfacción del anciano, aunque temía estar viendo a su padre por última vez.

LIBRO 1

«Creo que esta es la reunión de talento, de conocimiento humano, más
extraordinaria que se haya congregado jamás en la Casa Blanca, con la
posible excepción de cuando Thomas Jefferson cenaba aquí solo».

PRESIDENTE JOHN F. KENNEDY,
durante una cena en honor a los ganadores
del Premio Nobel.

29 de abril de 1962

Capítulo 1

Cuando el coche se paró delante del club, un vigilante de seguridad examinó la parte trasera e hizo un gesto de asentimiento antes de que la barrera se levantara y el chófer pudiera continuar por el camino de acceso. El vehículo se detuvo por fin delante de una villa palaciega que podría haberse ubicado perfectamente en Montecarlo. Los saudíes eran capaces de duplicar cualquier cosa que el dinero pudiera comprar, pensó Simon al salir del coche para entrar en el club.

Simon llevaba una semana en Riad, después de haber superado un curso intensivo de «familiarización» en el Ministerio de Defensa. Había estado asesorado por un pequeño equipo de expertos que había tocado todo tipo de temas, desde pistones submarinos hasta costumbres y creencias de la *sharía*, pasando por cómo dirigirse correctamente a un príncipe de sangre real. Un tal señor Trevelyan, del Ministerio de Asuntos Exteriores, había estado en todo momento a su lado para ayudarlo, pero, aquella noche, Simon estaba solo.

Se disponía a reunirse con Hani Khalil, el agente local recomendado por el embajador. A pesar de que el Kestrals Bank no veía con buenos ojos el uso de intermediarios para realizar negocios en el extranjero, el Gobierno británico era mucho menos escrupuloso en este sentido, entre otras cosas porque sus rivales para la firma del contrato de venta de armas —franceses, italianos y estadounidenses— vivían en el mundo real.

Simon ya sabía que la comisión habitual para un agente oficial

era del diez por ciento y que, si alguien estaba dispuesto a hacer el trabajo por menos, era porque no tenía influencia sobre el ministro. Por otro lado, si exigía más, es que era un avaricioso y se lucraba por ambas partes. Simon no quería ni lo uno ni lo otro, y era perfectamente consciente de que seleccionar a la persona idónea para representar a los británicos en un contrato tan importante sería la decisión más trascendental que tomaría si querían tener alguna posibilidad de cerrar el contrato antes que los franceses. Al final, se había decidido a regañadientes por un agente libanés llamado Hani Khalil, de quien le habían asegurado que podía pedirle favores al príncipe Majid bin Talal Al Saud, ministro de Defensa.

Simon había recibido una invitación para reunirse con Khalil esa noche en su club, situado en las afueras de Riad, un lugar técnicamente llamado el Overseas Club pero conocido, según le había advertido el embajador, como «el club del compromiso».

Cuando llegó a la puerta principal, a Simon le bastó con murmurar el sagrado nombre de Hani Khalil para ser invitado a entrar de inmediato por el gerente, que lo acompañó por un largo pasillo hasta un enorme salón de aspecto palaciego. Lo guiaron hasta un hombre sentado en un extremo de la barra que tenía un asiento vacío a su lado.

El hombre, vestido con un elegante traje probablemente hecho a medida en Savile Row, lo recibió con una sonrisa que sugería que eran viejos amigos, a pesar de no haberse visto jamás.

—Soy Hani Khalil —anunció tendiéndole la mano—. Gracias por venir. El ministro de Defensa me ha pedido que le dé la bienvenida a Riad y le diga lo mucho que desea conocerle. —Esbozó de nuevo aquella cálida sonrisa—. ¿Qué le apetece tomar?

—Un zumo de naranja, gracias —dijo Simon recordando la advertencia del embajador.

A lo largo de los años, Simon había tratado con tiburones que nadaban en las mismas aguas que Khalil, algunos de los cuales

habían acabado en la cárcel, mientras que otros habían recibido títulos nobiliarios. Y había aprendido a convivir con ambos.

Después de tomar asiento, los ojos de Simon recorrieron con lentitud la estancia, que estaba decorada con cuadros caros, mobiliario elegante y mujeres disponibles.

—Un hombre de su reputación —estaba diciendo Khalil— sabrá perfectamente bien que solo se barajan dos candidatos serios para hacerse con el contrato de venta de armas: los franceses y los británicos.

—¿Y los estadounidenses? —preguntó Simon, aun consciente del motivo que los había llevado a efectuar una retirada táctica.

—No estarán en la carrera mientras Gore siga como aspirante a la presidencia —respondió Khalil—. Es evidente que no le interesa participar en un negocio que pueda impedir que los apoyos judíos que tiene en su país dejen de financiarlo.

—¿Y los italianos? —preguntó Simon.

—Quieren llevarse una tajada demasiado grande —dijo Khalil— y, en cualquier caso, todo el mundo sabe que no pueden suministrar el material necesario, de modo que nunca tuvieron ninguna posibilidad.

Aunque Simon no se hubiera enterado de nada que no supiera, estaba empezando a hacerse una idea de quién era el hombre al que tenía sentado a su lado. Pronunció entonces su siguiente frase, muy bien preparada.

—Pero eso no aplica a los franceses.

—Lleva usted razón, amigo mío, y, en verdad, los franceses son sus únicos rivales. Sin embargo, teniéndome a mí como representante, le prometo que volverán a París con las manos vacías —dijo Khalil, como si el contrato ya estuviera firmado.

—¿Y qué espera usted a cambio de sus servicios? —preguntó Simon.

—Estoy seguro, Simon, de que sabe perfectamente que el diez por ciento es la comisión habitual para este tipo de contratos.

—El diez por ciento de tres mil millones de libras es una suma muy elevada de dinero, señor Khalil.

—Y el diez por ciento de nada es nada —replicó Khalil—. Y debería usted recordar que el ministro tiene una familia muy numerosa que mantener, y uno de sus miembros, en particular, espera llevarse una buena tajada del pastel, mientras que yo, por mi parte, le aseguro que tendré que conformarme con unas pocas migajas bien ganadas.

—¿Uno de sus miembros en particular? —repitió Simon.

—El príncipe Ahmed bin Majid, el segundo hijo del ministro de Defensa, amigo personal mío desde hace muchos años. De hecho, ya hemos cerrado juntos varios contratos.

El Ministerio de Asuntos Exteriores había proporcionado a Simon un detallado informe sobre el príncipe Ahmed bin Majid, en absoluto halagador, y en el que se referían a él como el Príncipe Negro.

—Le he concertado una audiencia con el príncipe Majid mañana a las diez —continuó Khalil—, y esta es la razón por la que necesitaba verlo esta noche.

Simon escuchó a Khalil, que se esforzó por tranquilizar a su invitado, quizá con excesivo entusiasmo, y le aseguró que el contrato era cosa hecha. Todo lo cual solo sirvió para que Simon estuviese más convencido si cabía de que Khalil y el Príncipe Negro acabarían con varios millones de libras depositados en una cuenta bancaria en Suiza, mientras que a él le correspondería explicarle al primer ministro que el contrato estaba firmado incluso antes de que él bajara del avión.

Simon bebió un sorbo de zumo de naranja mientras Khalil, sin ninguna inhibición, dejó que el camarero le sirviera un líquido marrón de una botella a la que habían arrancado la etiqueta de un urogallo satisfecho. Intentó concentrarse en lo que estaba diciendo el representante en la tierra del ministro de Defensa.

—Veo que su rival italiano, Paolo Conti, nos acompaña esta noche.

Simon miró hacia el otro lado de la sala y vio a un hombre que enlazaba con un brazo a una atractiva joven rubia y descansaba sobre su muslo la mano del brazo opuesto. El italiano parecía un

poco ebrio, aunque, claro está, él no tenía una cita con el ministro a la mañana siguiente. Según el informe del Ministerio de Asuntos Exteriores, el señor Conti era famoso tanto por su atractivo físico latino como por sus contactos con la mafia, y, a pesar de que los italianos estaban en la lista de candidatos, su presencia allí no era más que un ejemplo de lo que los diplomáticos describían como un «ejercicio para salvar las apariencias».

Khalil bebió otro trago de *whisky* antes de comentar:

—Un contrato más que no conseguirá cerrar.

Simon observó con atención a la mujer sentada al lado de Conti, que estaba bebiendo una copa de champán. Debía de estar rozando los treinta, quizá un poco más, y no cabía la menor duda de cómo se ganaba la vida. La minifalda de cuero negra y la blusa transparente no habrían sido jamás aceptadas en las calles de Riad, ni tan siquiera en cualquiera de los hoteles de cinco estrellas que abundaban en la ciudad. Pero dentro de aquel club privado, tales reglas no aplicaban, como bien atestiguaban las mujeres con poca ropa que pululaban por allí y los estantes llenos de botellas sin etiqueta.

—Conti sigue creyendo que tiene posibilidades —dijo Khalil mientras el diligente camarero le servía otro trago del néctar prohibido.

—¿Con la chica o con el contrato? —preguntó con ironía Simon.

—Con ambos —replicó Khalil—. Pero lo que Conti no sabe es que Avril es una de las favoritas del príncipe Ahmed, y si aparece por aquí y la ve con otro hombre, créame si le digo que saltarán chispas. El hijo del ministro es de mecha corta, y tengo la sensación de que Conti está a punto de encenderla.

—¿Debo suponer que Avril es consciente de las consecuencias que habría en caso de que apareciera el príncipe?

—Las pilla rápido, Simon, así que mi consejo es que regrese a su hotel antes de que llegue el príncipe. Entre tanto, tacharé al italiano de la lista de finalistas…, a menos que desee usted disponer de Avril cuando el príncipe se haya marchado.

—No, gracias —dijo Simon—. Creo que seguiré su consejo y me acostaré pronto.

Ni siquiera echó una segunda mirada a Avril, sino que pensó en Hannah, que seguramente estaría preparando la cena para los chicos mientras ellos hacían los deberes. Simon había hecho los suyos y lo único que necesitaba ahora era una noche de sueño plácido.

—Por cierto —dijo Khalil al tiempo que Simon apuraba su vaso—, Avril no es francesa. Se llama Jenny Prescott y es originaria de un lugar llamado Cleethorpes.

Simon se echó a reír justo en el momento en que se abrió de golpe una puerta al otro lado del salón y media docena de hombres vestidos con túnicas blancas y kufiyas hicieron su entrada como si fueran los dueños del lugar, y probablemente lo eran. No cabía la menor duda de cuál de ellos era el príncipe Ahmed bin Majid Al Saud, ni del papel que se esperaba que jugaran sus cortesanos si querían seguir cobrando su sueldo.

Cuando Avril vio llegar al príncipe, se apartó de Conti, aunque él dejó todavía la mano en su muslo. El resultado fue justo el que Khalil había vaticinado, pues el príncipe cruzó la sala a toda velocidad y, sin previo aviso, empujó al italiano hacia un lado y tomó asiento entre ellos.

—Vete a la mierda, macarroni —dijo el príncipe con un sentimiento que no necesitaba traducción a ningún idioma.

Conti se recuperó, tambaleante y con el puño a medio levantar. Y a pesar de que el príncipe se agachó para esquivarlo, el italiano le asestó un golpe que hizo volar la kufiya y dejó al descubierto una cabeza calva, algo que, claramente, no agradó en absoluto al príncipe.

Simon no podía creer lo que veían sus ojos y pronto se hizo evidente que varios de los presentes estaban también sorprendidos. Solo Khalil permaneció impasible, casi como si hubiera escrito el guion de la escena.

Mientras el príncipe se ajustaba de nuevo el pañuelo, Conti

empezó a levantar el puño por segunda vez, pero entonces dos de los guardaespaldas de Ahmed se abalanzaron sobre el italiano, lo agarraron por los brazos y lo inmovilizaron. Se disponían a escoltarlo fuera de las instalaciones cuando Conti, en un gesto desafiante, se inclinó hacia delante y escupió al príncipe en la cara. Ahmed saltó de inmediato sobre él y Conti intentó defenderse agarrando al príncipe por el cuello, lo que solo sirvió para que Ahmed se encolerizara todavía más.

Antes de que sus escoltas pudieran llevarse a Conti, el príncipe sacó una daga corta del interior de su túnica y, sin pensárselo dos veces, la hundió en el pecho de su atacante. Avril dejó escapar un grito desgarrador y Ahmed apartó al italiano de un empujón y se echó a reír.

Los guardaespaldas soltaron a su presa y Conti se derrumbó en el suelo, llevándose la mano al pecho y respirando con dificultad.

Simon estaba horrorizado. Por mucho que el embajador le hubiera advertido sobre el Príncipe Negro, no estaba preparado para aquello. Se volvió hacia el camarero y le dijo a gritos:

—¡Por el amor de Dios, llame una ambulancia!

Pero el hombre ni se movió.

—Mejor que no se meta —dijo Khalil—. Recuerde en especial que es el hijo del ministro de Defensa y que, sin su respaldo, su nombre no constará en la firma del contrato.

Simon dudó mientras oía que los gritos de Avril se habían transformado en lágrimas. El príncipe la ignoró, se agachó y, lentamente, extrajo la daga del pecho de Conti, provocándole un prolongado y lastimero gemido que dibujó en el rostro de Ahmed una sonrisa de satisfacción.

Horrorizado, Simon observó cómo varios extranjeros presentes en la estancia se escabullían con discreción, reacios a verse involucrados en el drama que se estaba viviendo. Simon los habría seguido, pero se sentía incapaz de aceptar lo que estaba sucediendo delante de sus ojos.

Un hombre mayor de cuya presencia Simon no se había

percatado hasta aquel momento cruzó con calma la sala y susurró algo al oído del príncipe. Ahmed vaciló un instante antes de limpiar la hoja de la daga en la pernera del pantalón de Conti. Se ajustó la kufiya y se dirigió hacia la puerta que uno de sus guardaespaldas mantenía abierta. Miró hacia atrás, aunque no a su víctima, sino a Avril.

—Si esperas conservar tu cara bonita —le dijo Ahmed pasándose la daga a escasa distancia de la garganta—, procura mantener la boca cerrada.

Enfundó la daga y se marchó sin decir más palabra, seguido por todos los integrantes de su séquito excepto uno.

Simon se sentía incapaz de apartar la mirada de Conti, que seguía intentando contener la hemorragia que brotaba de su herida como agua de un grifo. Khalil era el único presente que mantenía aparentemente la calma, como si estuviera viendo una escena de una película de terror de la que ya conocía el final.

Simon decidió ignorar el consejo de Khalil y acudir en ayuda de Conti, con la esperanza de tener todavía tiempo. Entonces, oyó el sonido de una sirena a lo lejos.

—No puede hacer nada por él —dijo Khalil posando con firmeza la mano sobre el brazo de Simon—, así que le sugiero que se marche antes de que llegue la policía. Y cuando mañana por la mañana se reúna con el ministro de Defensa, recuerde que nunca ha estado aquí.

Simon siguió sin moverse mientras la sirena de la policía sonaba cada vez más potente.

—Pasaré a recogerlo por su hotel a las nueve y media, así que llegaremos con tiempo para su cita con el ministro.

Simon miró al italiano, que había dejado de moverse, y aceptó a regañadientes que poco podía hacer ya para ayudarlo. Después de echar una última mirada al cuerpo tendido en el suelo, salió del club. Y subió al asiento trasero del coche que le esperaba en la calle.

—Volvamos al hotel —dijo cuando oyó las sirenas muy cerca—. ¡Venga, muévase! —Añadió con más firmeza al ver que un coche de

policía doblaba la esquina e instantes después derrapaba hasta detenerse justo delante de la entrada del club.

Escuchó entonces una segunda sirena y volvió a sentirse culpable por no haber ayudado al italiano.

Simon rezó para que fuera una ambulancia y consiguiese llegar a tiempo.

En el club, el hombre de confianza del príncipe se acercó a Khalil y, sin que mediase una sola palabra entre ellos, le entregó al agente libanés un grueso fajo de billetes. Luego se marchó acto seguido sin ni siquiera mirar a la víctima.

Khalil sacó algunos billetes del fajo e hizo un pago al camarero, que se guardó el dinero en el bolsillo. A continuación, le ofreció una propina a Avril, pero ella le arrojó el dinero a la cara. Khalil se encogió de hombros, recogió los billetes y repartió cantidades más pequeñas de dinero entre algunas de las chicas que se habían mantenido en un segundo plano. Alegarían no haber visto nada, y no sería la primera vez que lo hacían.

Justo cuando estaba entregando el último pago a un camarero, la policía irrumpió en la sala. Khalil tenía aún en sus manos la mitad del dinero, que entregó de inmediato al agente al mando, quien se embolsó los billetes antes de volcar su atención en el cuerpo que yacía en el suelo sobre un charco de sangre.

Después de deshacerse de todo el dinero destinado a sobornos, Khalil se marchó, en esta ocasión sin tomarse la molestia de reservarse su diez por ciento.

Ambicionaba un premio mucho mayor.

Una vez que el chófer lo dejó en el hotel, Simon subió en ascensor a su *suite*, en la última planta, se desvistió y se dio una larga ducha fría antes de derrumbarse en la cama.

No pudo dormir, pues la pesadilla se repetía de manera incesante

sin necesidad de pulsar el botón de reproducción. Intentó concentrarse en las preguntas cuidadosamente formuladas que tendría que hacerle al ministro de Defensa si se le presentaba la oportunidad de averiguar si estaba al corriente de lo que tramaban su hijo y Khalil. Y si lo estaba, por la tarde tomaría un avión de vuelta a Londres, pues el asesinato no formaba parte de ningún contrato que Simon estuviera dispuesto a firmar.

Pero sus pensamientos volvían una y otra vez a Conti, que había acabado con un contrato que no tenía previsto. Rezó una vez más para que la ambulancia hubiese llegado a tiempo.

Simon se despertó poco después de las cinco, empapado en sudor. Se dio otra ducha fría y prolongada, aunque sabía que nada conseguiría eliminar el recuerdo de lo sucedido la noche anterior.

Se cubrió con un albornoz, se sentó a los pies de la cama y se puso a redactar una serie de preguntas con las que esperaba transmitir al ministro una falsa sensación de seguridad. Pero acabó dándose por vencido y se vistió: un traje azul marino que su padre habría aprobado, una camisa blanca que estrenaba y una corbata verde de seda elegida por su esposa. Empezó a deambular por la habitación mirando el reloj cada pocos minutos mientras esperaba a Khalil.

Simon hizo un nuevo esfuerzo por ordenar correctamente sus preguntas, consciente de lo mucho que estaba en juego, puesto que las consecuencias a largo plazo del contrato de tres mil millones de libras garantizarían para su país un flujo de dinero y puestos de trabajo durante más de una década.

Si los saudíes firmaban el contrato con los británicos, se transferirían mil millones de libras a las arcas del Gobierno, cien millones de los cuales quedarían depositados en una cuenta numerada en Ginebra, sin que se hicieran preguntas sobre cómo se utilizaría ese dinero o quién lo utilizaría.

Se realizaría un segundo pago, por un importe de otros mil millones, cuando todo el material se hubiera enviado a Riad.

Y el pago final de otros mil millones se llevaría a cabo cuando el

material llegara a Riad, junto con seiscientos agentes altamente capacitados que pasarían los seis meses siguientes formando a marineros, pilotos, ingenieros y soldados locales sobre el manejo del equipo recién adquirido.

Simon miró el reloj una vez más, sabedor de que, si bien los ministros podían tenerte esperando una hora, y a veces incluso dos, tenía que llegar puntual a la reunión de aquella mañana.

Cuando por fin se abrió la puerta, Simon dio por sentado que sería Hani Khalil, que quería verlo antes de partir hacia el ministerio, pero, para su sorpresa, tres hombres con uniforme de policía irrumpieron en su habitación sin previo aviso.

—¿Es usted Simon Hartley? —preguntó un agente con tres galones plateados en el hombro antes de que a Simon le diera tiempo a abrir la boca.

—Sí —respondió sin titubear, imaginando que habían sido enviados para escoltarlo hasta el despacho del ministro de Defensa.

Pero, sin mediar palabra, los dos agentes más jóvenes dieron un paso al frente, agarraron a Simon por los brazos, se los llevaron a la espalda y lo esposaron.

Simon se disponía a protestar cuando Khalil entró en la habitación sin el menor atisbo de sorpresa en la cara. Simon confió en que enseguida le retirarían las esposas y quedaría libre, pero el libanés guardó silencio, impasible, cuando el agente al cargo dijo:

—Queda usted detenido, señor Hartley.

Pasaron unos instantes antes de que Simon se recuperara lo suficiente como para preguntar:

—¿De qué se me acusa?

—De asesinato —dijo el jefe de la policía mientras los dos agentes lo escoltaban fuera de la habitación.

Capítulo 2

Artemisia Warwick se puso de puntillas y sacó un atlas de la estantería superior. Lo dejó sobre la mesa de la cocina y buscó el índice al final. Su mirada recorrió una larga lista de países y se detuvo al llegar a la S. Retrocedió entonces hasta la página 126, donde estudió una vasta extensión de tierra descrita como Medio Oriente.

Miró entonces a su hermano, que estaba comiendo sus cereales, y se preguntó si él sabría la respuesta.

—¿Por qué somos tan dependientes del petróleo? —preguntó, pensando en quién sería el primero en responder.

—Piensa un poco —dijo su padre—. Necesitamos petróleo para nuestras centrales eléctricas y para muchas más cosas, desde los coches hasta los aviones.

—Y como no tenemos suficiente con el nuestro —añadió su madre—, tenemos que depender de otros países para que nos abastezcan.

—Incluyendo Arabia Saudí, por lo que parece —dijo Artemisia, incapaz de ocultar el desdén en su tono de voz.

—¿Y qué te ha hecho Arabia Saudí esta mañana para que te sientas tan molesta? —preguntó su padre, dejando a un lado el periódico.

—No es el país lo que me molesta —respondió Artemisia—, sino nuestro Gobierno laborista, que está intentando firmar un contrato de venta de armas con los saudíes a cambio de petróleo.

—Es lo que se conoce como trueque —intentó asegurarle su padre—. Nosotros proveemos de armas a los saudíes y ellos, a cambio, nos dan petróleo. No es ninguna novedad.

—Pero tú siempre nos has enseñado —dijo Peter, haciendo frente común con su hermana— que la suma de dos cosas malas no hace una buena.

—¿Qué te lleva a pensar que han hecho algo malo? —preguntó Beth, que estaba de acuerdo con su hija, pero que quería que argumentara su punto de vista.

—Si yo hubiese nacido en ese país —dijo Artemisia mirando a los ojos a su madre—, no me habrían tratado como a una igual.

—Dame ejemplos —insistió Beth—. No puedes basarte en generalidades. Los argumentos se soportan con hechos.

—En Arabia Saudí las mujeres aún no tienen derecho a voto, a pesar de que estamos en el siglo XXI.

—Si Arte hubiera nacido en Riad, en vez de en Londres —intervino Peter dejando la cuchara—, no habría podido asistir a una escuela con chicos.

—Y si eres gay —continuó Artemisia, sorprendiendo a sus padres —, podrías morir apedreado en la plaza del mercado.

—Creo que, si investigas un poco, descubrirás que tan bárbara costumbre fue abolida hace un tiempo —dijo William—. De hecho, todo el mundo acepta que el nuevo líder saudí es un hombre ilustrado y está impulsando reformas de amplio alcance.

—No lo suficiente como para alcanzar a todas esas mujeres que tienen que quedarse en casa por obligación mientras sus hermanos, quizá menos capaces, van a trabajar y perciben sueldos exagerados.

—Bueno. ¿Qué tienes que hacer hoy, Beth? —preguntó William a su esposa, ya que sospechaba que estaba en minoría en lo referente a los saudíes y el suministro de petróleo.

—Batallar contra la falta de financiación —respondió Beth—. Lo cual no es precisamente una situación excepcional para la directora de un museo como el Fitzmolean —añadió con una sonrisa irónica—. Aunque esta vez tengo que recaudar medio millón adicional.

—¿Necesitas reparar el tejado o una nueva caldera, quizá? —preguntó William.

—Necesito un cuadro nuevo —respondió Beth—, o, para ser más precisos, un cuadro antiguo. Al Fitzmolean le han ofrecido, por un millón de libras, un raro boceto preparatorio de Rembrandt, un ángel, y el Gobierno ha accedido a poner la misma parte que nosotros, hasta la última libra, si somos capaces de recaudar rápido el primer medio millón.

—¿De cuánto tiempo dispones? —preguntó William.

—Solo hasta final de mes —le informó Beth—. Y si para esta fecha no hemos recaudado nuestro medio millón, el boceto saldrá al mercado y probablemente acabará en el extranjero y no volveremos a verlo nunca más. Ya hemos superado las doscientas mil libras, pero no sé si conseguiremos a tiempo la cantidad total que necesitamos.

—Si alguien de Arabia Saudí te ofreciera ese medio millón —preguntó Artemisia, que no estaba dispuesta a dejar correr el tema —, ¿lo aceptarías?

William miró a Beth, aliviado de que su hija no le hubiese formulado aquella misma pregunta.

—No sería decisión mía —respondió Beth—. Pero si la junta me pidiera mi opinión, recomendaría aceptarlo, para que millones de mujeres pudieran ver esa obra maestra de Rembrandt.

—Ninguna de ellas de Arabia Saudí —le recordó Artemisia a su madre.

—Tal vez no tengamos derecho a desaprobar las leyes y costumbres de otro país —sugirió William, para poner a prueba la determinación de su hija.

—Es posible —repuso Artemisia—, pero sí tenemos derecho a no hacer tratos con un país que se niega a conceder la igualdad a las mujeres.

—Pero fue nada menos que Winston Churchill —dijo William— quien nos dijo que era mejor charlar que guerrear, incluso con los enemigos.

—¿E incluye esto a Miles Faulkner? —preguntó Peter, silenciando a su padre—. Porque tengo la sensación de que no practica precisamente lo de charlar antes que guerrear cuando trata con sus enemigos, y oí a mamá decir que iba a salir de la cárcel en pocas semanas.

—Bueno, me parece que tendría que ir pasando —dijo William—, si no quiero llegar tarde al trabajo.

El resto de la familia estalló en carcajadas.

—¿Es por algo que he dicho? —preguntó William levantándose de la mesa.

—No —dijo Beth—. Creo que te darás cuenta de que es por algo que no has dicho.

Artemisia cerró el atlas con desgana y lo devolvió a la estantería superior de la librería mientras Peter le abría la puerta a su padre.

El prisionero número 4602 sostenía una taza de humeante café negro en una mano y una galleta en la otra. Miraba por la ventana la extensión de césped verde; de no ser por el muro de cinco metros coronado con alambrada del otro lado de la plaza, podría estar perfectamente en su casa de Cadogan Place y no en la biblioteca de una cárcel de categoría B.

Miles Faulkner dejó la taza en la repisa y miró el calendario de la pared. Dieciocho días más de cárcel y sería puesto en libertad después de haber cumplido una condena de tres años a discreción de Su Majestad por haber intentado robar las joyas de la Corona y hacer caer por fin a William Warwick. Pese a que el robo había terminado en fracaso y el que había caído era él, Faulkner no había desperdiciado aquellos tres años y tenía ya planes para seguir perturbando la vida del superintendente jefe, William Warwick, y su perfecta esposa. Si por un instante se imaginaron que Miles había aprendido la lección y se había reformado, se equivocaban por completo. En su caso, el tiempo no lo curaba todo.

Llamaron a la puerta de la biblioteca. Miles se encaminó despacio

hacia ella, la abrió y encontró al otro lado al funcionario de prisiones Simpson, pasando frío.

—Buenos días, señor Faulkner —dijo entregándole un ejemplar del *Financial Times* al responsable de la biblioteca.

—Buenos días, Bill —replicó Miles.

—¿Necesita algo más? —preguntó el funcionario de guardia, cuyos ingresos se veían incrementados cada vez que visitaba el quiosco en nombre de aquel prisionero.

—No por el momento, pero si surgiera alguna cosa, Tulip se pondría en contacto —dijo Faulkner, y cerró la puerta.

Faulkner regresó a su silla junto a la ventana y, una vez instalado, comenzó a leer el periódico matutino mientras su fiel ayudante, Tulip, le preparaba otro café: solo, casi hirviendo y con una cucharadita de azúcar.

Abrió la página para consultar el Footsie 100 y miró sus acciones. Durante su encarcelamiento habían subido un nueve por ciento interanual y su corredor de bolsa había seguido negociando en su nombre, como si él estuviera dándole órdenes desde su casa en Chelsea.

Todos los funcionarios de prisiones sabían que Miles tenía un teléfono móvil escondido en algún rincón de la biblioteca. Pero solo Tolstói sabía dónde se guardaba el secreto: en un ejemplar de *Guerra y paz*, en la estantería más alta de la sección de clásicos. No era un libro que pidieran prestado con asiduidad.

Miles pasó la página, satisfecho de que su fortuna se mantuviera intacta, aun teniendo que pagar a su exesposa Christina una pensión alimenticia mensual que un juez había decidido concederle para que pudiese mantener el estilo de vida al que se había acostumbrado.

Siguió leyendo el periódico hasta que le llamó la atención un titular de la sección de arte. «El Fitzmolean intenta recaudar un millón de libras para salvar un dibujo de Rembrandt». Miles leyó despacio el artículo, tenía todo el tiempo del mundo.

Una tercera lectura de una entrevista con la directora del museo, la doctora Beth Warwick, le confirmó que la galería estaba en vías de

adquirir *Jacob luchando con el ángel*, un raro boceto preparatorio de Rembrandt, el gran maestro holandés, siempre y cuando consiguiera recaudar un millón de libras; se acogerían de este modo al nuevo programa de incentivos fiscales para herencias, pero para ello necesitaban recaudar la totalidad del importe antes de finales de junio. La doctora Warwick explicaba al editor de arte del *Financial Times* que hasta el momento solo habían conseguido doscientas cuarenta y una mil libras, y que albergaba dudas sobre poder reunir la cantidad total antes del plazo exigido. En caso de no lograrlo, la doctora Warwick estaba segura de que aquella obra maestra se acabaría vendiendo por una suma muy superior en el mercado libre.

En la cabeza de Miles empezó a tomar forma una idea. Se echó hacia atrás y cerró los ojos, no porque estuviera cansado, sino porque necesitaba concentrarse en cómo sacar provecho de la situación de la doctora Warwick.

Tulip le sirvió el café, pero ni siquiera se le ocurrió interrumpir sus pensamientos. No quería molestar al señor Faulkner mientras aún tuviera la oportunidad de ocupar el puesto de responsable de la biblioteca durante aquellos dieciocho días. Tulip dejó la cafetera en el hornillo de gas y continuó colocando los libros recién devueltos en sus lugares correspondientes en las estanterías. Cuando terminara ese trabajo, empezaría sus rondas matutinas y recogería los libros pendientes de devolución de los presos que o leían muy despacio, o no se tomaban la molestia de devolverlos.

Las rondas matutinas no eran más que una excusa para que Tulip visitara a sus compañeros de prisión y recabara información privilegiada que poder transmitir al señor Faulkner, lo que le ayudaba a mantenerse un paso por delante de todo el mundo en la cárcel, alcaide incluido.

Tulip empujó el carrito hacia la puerta, procurando no hacer ruido para no molestar al señor Faulkner.

Miles abrió un ojo cuando Tulip tocó el pomo de la puerta.

—Necesito ver a Billy el Falsificador —anunció—. Dile que se pase por la biblioteca mañana por la mañana después del desayuno.

«La señora Christina Faulkner está encantada de aceptar la amable invitación de lord y *lady* Mulberry para acompañarlos en Royal Ascot con motivo de la celebración del Día de los Campeones Británicos».

Christina dejó la invitación en la repisa de la chimenea y siguió pensando en el modelito nuevo que necesitaría y, por supuesto, en un sombrero que no pasara desapercibido. En toda la mañana no había pensado en otra cosa. Y en cuanto el taxi la dejó en Mayfair, se consagró a su tarea con la convicción de una compradora compulsiva.

Pasó la primera hora caminando lentamente por una acera de Bond Street, e incluso más despacio de vuelta por la otra, antes de acabar en Armani, un italiano que entendió que los cuarenta no eran más que un número. Que la elegancia y el estilo no conocían edad.

Se probó varios modelos y uno en particular le llamó la atención. A pesar de que era un poco más caro —Giorgio Armani en lugar de Emporio Armani—, debía recordar que se trataba de Royal Ascot. Christina pidió a la dependienta que se lo envolviera antes de darle la tarjeta de crédito. Mientras esperaba, empezó a pensar en qué establecimientos visitar para completar el conjunto con un sombrero y un par de zapatos. Un dependiente interrumpió entonces sus pensamientos.

—Le pido disculpas, señora —dijo—, pero me temo que su tarjeta ha sido declinada.

«Declinada», la palabra que se utilizaba en Bond Street para dar a entender que había sido rechazada.

—¿Declinada? —repitió Christina—. No es posible. Vuelva a intentarlo.

—Por supuesto, señora —dijo el dependiente, y se marchó corriendo, para reaparecer instantes después con la misma expresión turbada.

—Gestionaré el problema de inmediato —dijo Christina.

Sacó el teléfono del bolso y abrió la lista de contactos.

—Craig Trotman —dijo una voz después de que Christina marcara un número.

—Señor Trotman, soy Christina Faulkner —anunció, como si estuviera hablando a un empleado del banco y no al director—. Acaba usted de ponerme en una situación bochornosa.

—Lamento oír esto, señora Faulkner —dijo Trotman—. ¿Puedo hacer algo por ayudarla?

—Por supuesto que puede —replicó Christina—. Acabo de adquirir un modelo exquisito de Armani. —Hizo una pausa antes de añadir—: Para Royal Ascot, donde estoy invitada por los Mulberry, y cuando he presentado mi tarjeta de crédito ha sido declinada. Sin duda alguna tendrá usted una explicación sencilla para lo ocurrido.

—¿Podría esperar un momento, señora Faulkner, mientras lo miro?

—Un fallo técnico —dijo Christina, provocando la sonrisa del dependiente.

Christina empezó a pasear por la tienda, fingiendo mirar otros artículos mientras esperaba a que Trotman reapareciera en la línea.

En un entorno mucho menos salubre, Tulip oyó que sonaba el teléfono y cerró rápidamente con llave la puerta de la biblioteca mientras Faulkner se acercaba a la sección de clásicos y retiraba el libro de Tolstói de la estantería de arriba. Sacó el móvil, pulsó la tecla verde y escuchó.

—Buenos días, señor Faulkner, le habla Craig Trotman —dijo el director del banco dirigiéndose a uno de sus clientes más valiosos—. Me pidió que me pusiera en contacto con usted en el caso de que su exesposa necesitara cualquier… —dudó unos instantes— ayuda temporal.

—¿Y la necesita? —preguntó Miles.

—Me temo que sí, señor. Se trata de una cantidad pequeña, pero ya ha superado con creces su límite de crédito. Sin embargo, si deseara usted cubrir los costes…

—¿De cuánto estamos hablando? —preguntó Miles, intuyendo

que Christina esperaba al otro lado de la línea.

—De mil cuatrocientas libras, señor, para un modelo de Armani que desea adquirir para ir a Royal Ascot.

—Dígale que se vaya a la mierda —dijo Miles—. Pero gracias por mantenerme informado.

Pulsó la tecla roja y volvió a guardar el móvil entre las páginas 320 y 572 de *Guerra y paz*, antes de devolver el libro de Tolstói a su lugar en la estantería, al lado de *Resurrección*. Tulip volvió a abrir la puerta de la biblioteca.

—¿Sigue usted ahí, señora Faulkner? —preguntó Trotman cambiando de teléfono.

—Por supuesto que sigo aquí.

—Siento mucho tener que decirle que ha excedido su límite de crédito —dijo Trotman, evitando añadir «por una cantidad considerable».

—Pues yo siento tener que decirle, señor Trotman, que, si no liquida esta suma irrisoria de inmediato, tendré que plantearme trasladar mi cuenta a otro banco.

—Como usted desee, señora.

Christina apagó el móvil y salió de la tienda para volver a Bond Street, dejando atrás a un sorprendido dependiente y un modelito de Armani. Pasó por delante de Ferragamo, Prada y Cartier sin ni siquiera mirar los escaparates. Cuando pasó por delante del Ritz, el portero la saludó. Pero Christina no entró, sino que siguió caminando, con la esperanza de que su nevera no estuviera vacía.

Una vez recibido el cheque de la pensión alimenticia de Miles, Christina decidió darse un capricho después de tres semanas de abstinencia de champán. Sopesó las alternativas —Bond Street o Tramp— y decidió que una noche en su club nocturno serviría para animarla, aunque ya no pudiera permitirse la compañía de un hombre más joven y tuviera que conformarse con una ensalada César y quizá una copa de champán, o más bien dos.

Christina llegó al club elegantemente tarde y elegantemente vestida, aunque un observador poco generoso tal vez hubiera considerado su falda demasiado corta para alguien de su edad.

Tony Guido, el *maître*, acompañó a su clienta a su mesa habitual e, instantes después, apareció a su lado una copa de champán.

—La hemos echado de menos, señora Faulkner —dijo Tony—, pero, sin duda, ha pasado usted la primavera en el Mediterráneo.

—Saint-Paul-de-Vence y después el lago de Como —dijo Christina, aunque llevaba varias semanas sin apenas alejarse de su piso de Chelsea.

Sabía que podía pagar la cuenta sin problemas; aun así, bebió de su copa mientras sus ojos examinaban una sala escasamente iluminada repleta de hombres atractivos, en su mayoría acompañados por mujeres jóvenes y guapas.

Acababa de decidir de mala gana no pedir una segunda copa de champán cuando el *maître* reapareció, se inclinó hacia ella y le dijo al oído:

—Hay un caballero sentado al otro lado de la sala que pregunta si le importaría acompañarlo.

La mirada de Christina cruzó la abarrotada pista de baile y vio a un hombre atractivo de mediana edad sentado solo, jugando con su copa. Y justo se disponía a dedicarle una cálida sonrisa cuando una joven deslumbrante se sentó a su lado. La mirada de Christina se trasladó al ocupante de la siguiente mesa.

—¡Pero si parece que esté a punto de ir a recoger la tarjeta de autobús para jubilados! —exclamó.

—Es posible —dijo el *maître*—. Pero si la lista de los hombres más ricos de *The Sunday Times* no se equivoca, el señor W. T. Hackensack III es el decimonoveno hombre más rico de los Estados Unidos.

—¿En serio? —dijo Christina devolviéndole la sonrisa al hombre.

Esperó unos momentos antes de levantarse y cruzar lentamente la pista de baile. El caballero se levantó de su asiento mientras Christina estaba aún a cierta distancia y esperó a que ella se hubiera

sentado para sentarse de nuevo.

—¿Qué tal? Me llamo Wilbur —dijo el hombre, con un acento que no dejaba lugar a dudas sobre su continente de procedencia.

—Christina Faulkner —replicó ella, ofreciéndole la mano.

—¿Me permites invitarte a una copa, Christina? —preguntó él, pero el *maître* ya se había adelantado.

—¿Vives en Londres, Wilbur, o estás simplemente visitando nuestras costas? —preguntó ella, emprendiendo la campaña de pesca.

—De visita —respondió él mientras chocaban sus copas—. Estoy a punto de emprender lo que tus compatriotas solían denominar el *tour* europeo.

—¿Solo? —preguntó ella, esperanzada.

—Eso me temo. Mi esposa y yo planificamos el viaje para que coincidiera con mi jubilación, aunque, lamentablemente, Irene falleció de cáncer hace unos meses. Pero como lo tenía todo reservado, decidí seguir adelante.

—Oh, qué triste —dijo Christina—. ¿No tienes hijos que te acompañen? —preguntó, siguiendo con la pesca.

—Dos hijos, que dirigen actualmente el negocio y no pudieron venir. De hecho, estaba empezando a pensar que quizá debería regresar a Columbus antes de lo previsto.

—No he estado nunca en Ohio —dijo ella, confiando en causar cierta impresión.

—Oh, deberías ir. Está lleno de parques magníficos, teatros, galerías de arte.

—Ocupo un puesto en la junta de una galería de arte —dijo Christina, esperando que su interlocutor le preguntara al respecto.

—¿En cuál?

—El Museo Fitzmolean —respondió ella.

—Repleta de obras de arte holandesas, según me han contado. Está en mi lista de cosas que ver.

—Estaré encantada de guiarte en la visita, Wilbur, si es que te quedas unos cuantos días más en la ciudad.

—Estoy aquí hasta finales de semana.

—¿Y te hospedas cerca?

—Justo en esta misma calle, en el Ritz.

—Mi alojamiento favorito —comentó ella, pensando que, al menos por esta vez, estaba diciendo la verdad.

—Entonces, quizá te gustaría acompañarme a almorzar algún día de esta semana. Es decir, si no estás demasiado…

—Acabo de volver del sur de Francia a tiempo para el comienzo de la temporada —dijo Christina—. Me encanta acudir al Royal Ascot. Aunque, claro está, en Columbus también tenéis un hipódromo famoso —añadió, confiando en que fuera así.

—Beulah Park —dijo Wilbur—, donde he pasado muchas horas felices viendo cómo mis caballos no conseguían entrar en el recinto de los ganadores.

Christina rio y levantó la copa.

—¿De modo que estás metido en el negocio de la cría de caballos, Wilbur? —preguntó lanzando de nuevo la caña.

—No, no me dedico a nada tan glamuroso, me temo. Me dedico a los desechos.

—¿A los desechos? —repitió Christina, pronunciando una palabra a la que no estaba acostumbrada.

—Mi empresa recoge residuos, quema y recicla todo lo que la gente no quiere, y gracias a mi bisabuelo —volvió a levantar la copa —, que fundó la compañía hace más de cien años, hemos disfrutado de una vida confortable desde entonces, y seguiremos disfrutándola mientras haya políticos que necesiten recaudar fondos para luchar por ganarse un puesto en las elecciones.

—¿Y qué tienen que ver los políticos con todo esto? —preguntó Christina, sinceramente perpleja.

—Siempre quieren ser reelegidos, y si estás en el mundo de los negocios y pretendes sobrevivir en Ohio, tienes que aprender a convivir con ellos.

—¿A qué partido apoyas? —preguntó Christina, intentando seguir el hilo de la conversación.

—Tanto a los demócratas como a los republicanos —reconoció Wilbur—. Somos un estado cambiante, así que nunca puedes estar seguro de si la próxima vez llegarán al poder los del elefante o los del burro. Lo cual no impide que ambos llamen a mi puerta en busca de alguna contribución, y si existe la más mínima posibilidad de que salgan elegidos, la obtienen. De ese modo, nunca pierdo.

—Lo cual no debe de salir nada barato —sugirió Christina.

—No, efectivamente. Y con diecinueve alcaldes, treinta y un congresistas, un sinfín de jefes de policía, por no mencionar a un gobernador y dos senadores, me cuesta varios millones al año. Pero nuestro sistema es tan corrupto que puedo deducir de mis impuestos cualquier tipo de contribución política que realice, incluso apoyando a los dos bandos.

—¿Y a quién votas cuando hay elecciones? —preguntó Christina con ironía.

—A ninguno y a los dos, según con quien esté hablando en ese momento. Cuando me preguntan al respecto, les prometo que los votaré el día de las elecciones, pero la verdad es que nunca voto. Es un consejo que me dio mi abuelo y que he intentado transmitir también a mis dos chicos.

Christina estalló en carcajadas, una risa genuina. Le sorprendía estar disfrutando tanto de la compañía de Wilbur.

—Pero ya basta de hablar de mí —dijo Wilbur—. ¿Por qué no me explicas qué hace una mujer tan guapa como tú sola en este lugar?

Las once. Miles había elegido minuciosamente el momento, una hora antes de que abriese la biblioteca, para asegurarse no ser molestado. Tulip ya había ido a buscar a Billy Mumford a la sala de manualidades, con la poco sólida excusa de que tenía que recoger un catálogo de Rembrandt de la biblioteca para poder continuar con su trabajo. Esa parte era cierta, puesto que el funcionario de prisiones Simpson había pasado el día anterior a última hora por el Fitzmolean para recoger el folleto de la campaña de recogida de

fondos y lo había dejado en la celda de Miles a primera hora de la mañana.

Cuando Tulip reapareció, seguido por Mumford, Miles le indicó la otra silla que había en la sala. Esperó a que se instalase mientras Tulip les preparaba un café y un platito con galletas, gentileza del alcaide del centro penitenciario (el equivalente a una comida en el Savoy cuando estás en la cárcel).

—¿En qué puedo ayudarle, señor Faulkner? —preguntó Billy, consciente de que nadie recibía una invitación del jefe de la biblioteca y le ofrecían café y galletas a menos que el jefe quisiera algo.

Habían volado siete preciosos minutos y la biblioteca abría a las doce, de modo que Miles decidió no perder más tiempo.

—En primer lugar, Billy, me gustaría saber si los rumores que circulan por la cárcel son ciertos.

—¿Cuáles? —preguntó Billy.

—Que una vez falsificaste un Murillo que acabó en el Prado.

—Fue justo por eso por lo que acabé con este uniforme —reconoció Billy, mientras Tulip dejaba en la mesa dos tazas de café humeante.

—Pero antes conseguiste engañar a varios expertos.

—Durante más de un año —dijo Billy—, y no fue el cuadro lo que me delató, sino algún cabrón que me vendió a cambio de una sentencia menor.

Miles conocía bien el historial del recluso 6071, así que pasó rápidamente a la siguiente pregunta.

—¿Te suena un boceto preparatorio de Rembrandt conocido como *Jacob luchando con el ángel*?

—Por supuesto que me suena, señor Faulkner. Pero el maestro solo hizo once bocetos preparatorios que estén catalogados, y dudo que ese en particular le llevara más que unos pocos minutos dibujarlo, razón por la cual él es considerado un genio y yo no soy más que un pintor decorador. —Billy se quedó mirando al jefe de la biblioteca y continuó—: ¿Es cierto eso que he leído de que el

Fitzmolean está intentando comprar el original por un millón de libras que no tienen?

—Así es —dijo Miles, antes de pasar a la siguiente pregunta—. Entonces dime, Billy, ¿te verías capaz de reproducir una copia del ángel que consiguiera engañar a un experto?

—Me vería capaz, sí —respondió Billy—. Pero no mientras siga encerrado en este lugar.

—¿Por qué no? —Quiso saber Miles mientras Billy cogía con cuidado una galleta del plato.

—Porque necesitaría los materiales adecuados, ¿no? Y en la sala de manualidades de Wormwood Scrubs no se encuentra nada de eso.

—¿Materiales como por ejemplo? —preguntó Miles.

—El papel adecuado, de hacia 1650…, complicado de encontrar. Así como el tipo de pluma y tinta que Rembrandt utilizaría en su época.

—¿Alguna cosa más? —Faulkner había empezado a elaborar una lista.

Billy no creía que estuviera hablando en serio, pero le siguió la corriente.

—Bueno…, el catálogo razonado, porque imagino que incluiría una foto a página completa de la obra original.

Miles tomó nota.

—Antes de que acabe el día tendrás todo lo que necesitas. —Billy se quedó tan pasmado que derramó el café—. ¿Cuánto tardarías en producir una copia convincente?

—Dos semanas, tres como mucho —respondió Billy—, a menos que quiera también una firma convincente, lo cual me llevaría bastante más tiempo.

—La firma no será necesaria —dijo Miles—. Pero necesitaré el dibujo antes de que me suelten, y eso será el 23.

Billy se quedó dudando.

—Siempre y cuando pueda garantizarme que esto no acabe llevándome a una condena más larga, porque no quiero hacer nada

que perjudique mis posibilidades de obtener la libertad condicional.

—Si la copia es buena, Billy, lo que te garantizo es que tendrás mil libras más en tu cuenta bancada.

Billy sonrió por primera vez. Apuró el café, se levantó de la silla y estrechó la mano del señor Faulkner, la única manera de cerrar un trato en la cárcel. Cogió otra galleta y salió de la biblioteca con una sonrisa todavía en la cara.

—Necesito ver al funcionario Simpson —dijo Miles.

—Voy para allá —dijo Tulip, y salió corriendo de la biblioteca.

Miles se recostó en la silla, cerró los ojos y empezó a pensar en la segunda parte de su plan.

Alice miró al hombre sentado al otro lado de la mesa y se preguntó cómo era posible que hubieran acabado juntos en Sicilia. El inspector Ross Hogan había entrado en su vida porque ella daba clases a su hija, Jojo, y jamás se le habría pasado por la cabeza enamorarse de un hombre tan poco fiable y, a la vez, tan irresistible.

En la policía tenía fama de ser inconformista, excéntrico y peligroso. Y, al mismo tiempo, valiente hasta la temeridad, leal hasta la médula con sus amigos y despiadado con sus enemigos. William Warwick era su mejor amigo y Miles Faulkner, su enemigo acérrimo. Y en ambos casos, el sentimiento era mutuo.

Alice miró a Jojo, que estaba dibujando un pimentero en su servilleta de papel.

—¿Qué tiene de malo el bloc de dibujo que te compré el mes pasado? —le preguntó Ross a su hija mientras untaba sus cruasanes con un poco de miel.

—Ya he llenado todas las hojas —respondió Jojo dibujando ahora el contorno de un azucarero.

—¿Por las dos caras? —preguntó Alice.

—Sí, señorita.

—Me gustaría que me llamaras Alice. Al fin y al cabo, estamos de vacaciones.

—Me parece que no —dijo Jojo sin levantar la vista.

—¿Por qué no? —preguntó su padre, tanteándola con delicadeza.

—Porque cuando vuelva a la escuela, no quiero que mis amigos sepan que he estado de vacaciones con una de nuestras profesoras.

—¿Por qué no? —repitió Ross—. Llevamos casi un año viviendo juntos.

—No me lo recuerdes —dijo Jojo—. ¡Es vergonzoso!

Alice y Ross se echaron a reír mientras Jojo daba la vuelta a la servilleta y empezaba a dibujar una tetera. Aparentemente insatisfecha con el resultado, rasgó el papel por la mitad.

—¿Puedo ir a mi habitación a buscar un sacapuntas?

—Por supuesto —dijo Ross, y cogió otro cruasán.

Jojo se levantó y salió corriendo del comedor.

Una camarera dejó en la mesa una cestita con cruasanes recién hechos y, en un inglés chapurreado, les preguntó si necesitaban algo más.

—¿Tendría un papel? —le pidió Alice.

—¿Un periódico? —dijo la camarera, señalando el ejemplar de *The Guardian* del día anterior que estaba leyendo Alice y claramente confusa con una palabra que, en inglés, tanto podía hacer referencia a un periódico como a una hoja de papel.

—No, papel —dijo Alice, mostrándole una servilleta.

—Sí. Voy enseguida.

—Tengo el presentimiento de que te traerá unas cuantas servilletas más —dijo Ross—, lo que debería ser más que suficiente para mantener ocupada a nuestra Mary Cassatt particular hasta que le compre otro bloc de dibujo.

—Espero que como mínimo nos traiga dos —repuso Alice—, antes de que empiece con los manteles.

Ross estudió con atención el dibujo de una tetera que había hecho su hija y sonrió.

—Inspector —dijo Alice—, por mucho que se haga usted pasar por el azote de los delincuentes, a Jojo le basta con pestañear para tenerlo corriendo a sus pies.

—Me declaro culpable —dijo Ross—. ¿Y qué esperas que haga?

—Poca cosa —dijo Alice cogiéndole la mano—. La verdad es que no te diferencias en nada de la inmensa mayoría de padres a cuyas hijas doy clase.

—¿Piensas que es buena? —preguntó Ross estudiando con atención el dibujo del pimentero mientras la camarera dejaba en la mesa una montaña de servilletas de papel.

—Muy buena. Así que sigue animándola.

Ross sonrió, dejó de lado el cruasán y se inclinó sobre la mesa para besar a Alice justo en el momento en que Jojo reaparecía en el comedor con su sacapuntas.

—Vergonzoso —repitió. Tomó asiento y empezó a afilar el lápiz. Desplegó una de las servilletas que la camarera acababa de traer y se puso a dibujar las manos de Ross, pero solo estuvo callada un instante—. ¿Pensáis enviarle a Beth algo de dinero para la causa? —preguntó sin levantar la vista.

—¿Qué causa en particular tienes en mente? —preguntó Ross.

—Artemisia dice que Beth está intentando salvar un raro dibujo de un ángel de Rembrandt para poder exponerlo en el Fitzmolean pero que tiene que recaudar medio millón de libras.

—¿Y tú cuánto piensas donar? —preguntó Alice.

—Cuatro semanas de mi paga —respondió Jojo de inmediato.

—Si todo el mundo es tan generoso como tú —dijo Ross—, estoy seguro de que Beth lo conseguirá y, en cuanto volvamos, haré mi contribución.

—Yo también —dijo Alice.

—¿Llegaremos con eso al medio millón? —dijo Jojo.

—No del todo. Y bien, ¿qué tenemos planeado para hoy, señorita? —preguntó Ross, deseoso de cambiar de tema.

—Caravaggio —respondió Jojo, sin que a Alice le diera tiempo a responder—. En el museo de Mesina tienen dos de sus cuadros más famosos y tengo que verlos.

—Y uno de ellos —dijo Alice consultando su guía—, *La resurrección de Lázaro*, está considerado una de sus mejores obras.

—¿Vivió Caravaggio en Mesina? —preguntó Jojo, sin dejar de dibujar.

—No —respondió Alice pasando una página de la guía—. En aquel momento era un prófugo. Al parecer, había cometido un crimen en una taberna de Roma y hasta que el papa no lo indultó no pudo volver a la capital sin miedo a ser arrestado.

—¿Y por qué tendría el papa que indultar a un asesino? —preguntó Ross.

—Porque quería que Caravaggio pintase su retrato antes de morir —respondió Jojo.

Alice sonrió, disfrutando de ese maravilloso momento en el que un niño te enseña alguna cosa y el alumno se convierte en profesor.

—¿Tú habrías arrestado a Caravaggio, papá?

—Sí. A diferencia del papa, considero que quebrantar el sexto mandamiento es un pecado mortal.

—¿Y lo habrías mandado a la horca? —preguntó Alice.

Ross se quedó pensando.

—Lo que es seguro es que lo habría encerrado para el resto de sus días.

—Solo lo pregunto porque, durante toda su vida —continuó Alice consultando de nuevo la guía—, Caravaggio pintó sesenta y siete obras maestras, veinticuatro de las cuales mientras estuvo prófugo. Un dilema moral de lo más interesante, ¿no te parece?

—También podría haberlas pintado mientras estaba en la cárcel —replicó Ross.

—Pues yo estoy de acuerdo con el papa —dijo Jojo sin levantar todavía la vista.

—Yo también —dijo Alice abriendo el periódico.

Ross guardó silencio mientras leía el titular: «El negociador británico desplazado a Arabia Saudí para cerrar un acuerdo de venta de armas ha sido acusado de asesinato durante su estancia en ese país». Se inclinó sobre la mesa e intentó leer el contenido del artículo mientras Jojo seguía dibujando.

Capítulo 3

A las ocho menos un minuto, el superintendente jefe William Warwick llamó a la puerta del comandante. Y esperó al habitual grito de «¡Adelante!» antes de acceder al despacho.

Cualquier detective astuto no habría tardado más que unos minutos en averiguar a qué se había dedicado durante los últimos treinta años el hombre que estaba sentado tras la mesa. Una fotografía del comandante Hawksby en su juventud, jugando de medio scrum para el equipo de la Policía Metropolitana del distrito de Hendon, colgaba de la pared detrás de él, junto con otra en la que aparecía recibiendo la Medalla de la Policía de la Reina de manos de Su Majestad. Una fotografía enmarcada de su esposa, sus dos hijos y sus cinco nietos destacaba con orgullo sobre la mesa. William tomó asiento y observó los expedientes apilados delante de él.

El comandante los palmeó casi con cariño antes de decir:

—Un día, muchacho, todo esto será tuyo, y seguramente más temprano de lo que piensas, puesto que no voy a tardar mucho en jubilarme.

Aunque el comentario tomó a William por sorpresa, no dijo nada.

—El año que viene cumplo sesenta —dijo el Halcón, el apodo con el que lo conocían todos—, la edad reglamentaria de jubilación.

—Ya no, señor —le recordó William—. La última directiva del Gobierno le permitirá continuar hasta los sesenta y cinco.

—Solo si soy ascendido —replicó el Halcón—, lo cual parece rematadamente improbable.

—El comisario adjunto de Operaciones Especiales acaba de anunciar que se jubila, de modo que estaría en…

—Junto con otros cuatro comandantes que solicitarán el mismo puesto.

—Le pediré a Ross que los elimine uno por uno —dijo William con una gran sonrisa en el rostro.

—El inspector jefe Hogan estará tremendamente ocupado las próximas semanas —dijo el Halcón.

Retiró un expediente de la parte superior de la pila y lo dejó en la mesa, delante de él.

William ni siquiera se tomó la molestia de preguntar por qué.

El comandante abrió un expediente concreto y dijo:

—El MI6 se ha puesto en contacto con nosotros para informarnos de que el príncipe Majid bin Talal Al Saud, ministro de Defensa de Arabia Saudí, realizará una visita oficial a Inglaterra el mes que viene. El viaje está relacionado con un importante contrato de venta de armas, de modo que el ministro asistirá al Salón Aeronáutico de Farnborough para ver qué podemos ofrecerle. Tu equipo será el responsable de su seguridad. Lo cual no es tarea fácil, ya que lo más probable es que haya protestas contra algunas de las políticas menos atractivas de ese Gobierno, y en particular por su actitud con respecto a los derechos de la mujer. Sin embargo, con un contrato de tres mil millones en juego, no me sorprende que el primer ministro quiera que el príncipe Majid se sienta bienvenido.

—¿Algún problema adicional que debamos tener en cuenta? —preguntó William.

—Sí —respondió el Halcón, hojeando el expediente—. Por lo que parece, el príncipe Ahmed bin Majid, el segundo hijo del ministro de Defensa, lo acompañará. Según el MI6, se trata de un personaje repugnante y, utilizando un lenguaje diplomático, diría que debemos vigilarlo muy de cerca, sobre todo en lo relacionado con las mujeres, cuyos derechos, es evidente, no le interesan en absoluto. Y, a pesar de todo esto, el Ministerio de Asuntos Exteriores se apresuró a recordarnos que, mientras permanezca invitado en nuestras costas,

disfrutará de inmunidad diplomática. Tenemos, además, una complicación añadida —prosiguió el Halcón.

—¿Simon Hartley? —lo interrumpió William—. *The Guardian* insinúa que Ahmed era el príncipe anónimo que se encontraba en el Overseas Club la noche en que Hartley fue arrestado.

—Es todo lo que necesitamos saber —dijo el Halcón.

—En este caso, señor, me gustaría sugerir —dijo William— que el inspector Hogan sea designado como responsable de la protección del príncipe durante su estancia. Eso debería ser más que suficiente para mantenerlo a salvo.

—Por ahora. Pero ten en cuenta que no eres el único que lee *The Guardian*, de modo que debemos estar preparados para las protestas. ¿En qué anda metida la sargento detective Pankhurst en estos momentos?

—Rebecca se ocupa de supervisar la seguridad de las celebraciones del centenario de la reina madre, lo cual la tendrá completamente ocupada durante las próximas semanas.

—¿Y el sargento detective Roycroft y el inspector detective Adaja?

—Ambos tienen unas bandejas de entrada casi tan cargadas como la suya, señor.

—¿Crees que los delincuentes tienen idea de la escasez de personal que sufrimos?

—Si no la tienen —dijo William—, es que no leen el *Daily Mail*.

El comandante consiguió exhalar un suspiro.

—Asegúrate de que el inspector Hogan sabe a lo que se enfrenta —dijo el Halcón palmeando de nuevo el expediente—, porque el comisionado ha dejado claro que la visita de los saudíes es nuestra máxima prioridad.

—Ross anda por Sicilia en estos momentos —dijo William—, pero regresa a finales de la semana que viene.

—Que Dios nos ayude —dijo el Halcón—. A buen seguro intentará capturar a toda la mafia él solito, y entonces sí que nos enfrentaremos a un incidente internacional.

—No hay nada que temer mientras Alice y Jojo estén cerca para vigilarlo.

—Avísame en cuanto regrese —pidió el Halcón—. Y bien, ¿cuál es nuestro siguiente problema, superintendente jefe?

—Miles Faulkner saldrá en libertad en más o menos quince días.

—¿Ya ha cumplido los cuatro años?

—Tres. El Ministerio de Interior, con toda su sabiduría, le ha conmutado un año por buena conducta.

El Halcón levantó la vista hacia el cielo.

—Está claro que Dios no es policía.

Simon no necesitó que nadie le dijera que estaba encerrado en régimen de aislamiento. No sabía cuánto tiempo llevaba en la celda. Le habían quitado el reloj y no había ninguna ventana que le indicara si era de noche o de día. Siempre que el portillo se abría, lo cual no ocurría muy a menudo, exigía ver a su embajador. Una petición que ni siquiera era recibida con un gruñido.

Recordaba que, en una ocasión, su madre le había dicho que nunca debía caer enfermo ni infringir la ley estando en el extranjero. Y, por vez primera, entendía de verdad a qué se refería. Si sucedía cualquiera de esas dos cosas, había añadido su padre, la primera persona con la que había que contactar era con el embajador británico. Simon había conocido a sir Bernard Anscombe a su llegada a Riad, pero no había vuelto a ver a su excelencia desde entonces. En el momento en que había sido arrestado por el jefe de la policía, había dado por sentado que en la embajada se habrían disparado las alarmas y que sir Bernard estaría moviendo todos los hilos para liberarlo. Eso suponiendo que hubiera algún hilo que mover.

Estaba empezando a preguntarse si Khalil siempre había tenido la intención de ignorar la oferta británica antes de que él se reuniera con el ministro de Defensa, lo que vendría a confirmar los rumores de que los franceses habían ofrecido al príncipe Ahmed un cinco por ciento adicional a cambio de cerrar el trato. ¿Acaso Conti habría sido

también eliminado para que en el campo de juego no quedara nadie excepto los franceses? Sabía que muchos habían muerto asesinados por bastante menos de cincuenta millones.

Simon sabía asimismo que en la sala había testigos suficientes para confirmar que él no había estado involucrado en el apuñalamiento de Conti, por lo que confiaba en que no tardaría mucho en ser liberado.

Pero empezaba a tener dudas.

Quizá, cuando tienes a tu disposición cincuenta millones, queda dinero suficiente para que todo el mundo disfrute de un porcentaje del porcentaje.

—No lo había visto en mi vida —insistió Khalil cuando el jefe de la policía empezó a interrogarlo en su despacho aquella misma mañana—. Lo único que puedo decirle, jefe, es que el inglés había bebido demasiado en el club y perdió los estribos cuando la chica a la que quería se mostró más interesada por otro cliente. Pero le aseguro que ni siquiera conocía su nombre hasta que usted me lo ha dicho.

El jefe de la policía sabía por experiencia que Khalil no era un testigo fiable y siempre daba por sentado que todo el mundo podía ser sobornado. La única duda era la cantidad de dinero involucrada. Pero sabía también que el señor Khalil era, extraoficialmente, el representante del ministro de Defensa y que, por lo tanto, no estaba sujeto a las normas habituales.

—Solo puedo contarle lo que vi —continuó Khalil—. Mi buen amigo, un distinguido y respetado empresario italiano, estaba sentado en un sofá charlando con una de las chicas cuando, de repente, Hartley se levantó del taburete, cruzó la sala y empezó a amenazarlo. El señor Conti intentó defenderse, pero, antes de que me diera tiempo a acudir en su ayuda, Hartley sacó un cuchillo y lo apuñaló. Para entonces, yo ya no podía hacer nada para ayudarlo y por eso lo llamé de inmediato.

El jefe de la policía ni siquiera se tomó la molestia de recordarle a Khalil que no había sido él quien lo había llamado, sino uno de los integrantes del séquito del príncipe Ahmed, que también había identificado a Hartley como culpable. Bajó la vista hacia la pila de declaraciones de testigos que había ido recopilando a lo largo de los dos últimos días.

—Varias personas presentes han confirmado que eso fue lo que sucedió —dijo el jefe—, incluyendo al camarero, pero… —Dudó unos instantes antes de decir—: No todas las chicas.

—¿Y Avril —preguntó con nerviosismo Khalil—, que era la chica que estaba sentada con el señor Conti en aquel momento?

Al jefe de la policía no le sorprendió que Khalil supiera, sin necesidad de que se lo dijera, qué chica se había negado a seguir la argumentación.

—Jenny Prescott —dijo el jefe repasando la lista de testigos— o, al menos, ese es el nombre que consta en su pasaporte.

Khalil asintió.

—Cuando interrogué a la señorita Prescott, se negó a confirmar el relato que usted me ofrece, lo cual podría ser un problema si el caso llega en algún momento a los tribunales.

Khalil guardó silencio.

—Y ahora debo hacerle una pregunta —prosiguió el jefe de la policía—. Hartley afirma que usted era el agente del Reino Unido para la firma del contrato de venta de armas y que iba a acompañarlo a una reunión con el ministro de Defensa justo antes de que fuera arrestado. ¿Es eso cierto?

—Jamás había visto a ese hombre —repitió Khalil, quizá con excesiva precipitación—. Siempre he representado a los franceses en este importante contrato gubernamental.

—¿Y no a los italianos?

—No. Ni siquiera alcanzo a entender cómo llegaron a la lista de finalistas. Aunque Conti me gustaba, nunca lo representé. Ni a él ni a Hartley, la verdad.

El jefe tomó mentalmente nota de que Khalil no se había referido

nunca a su supuesto amigo Conti por su nombre de pila, Paolo.

—Creía que los británicos eran los favoritos para conseguir el contrato —dijo entonces.

—Tenían posibilidades, sí, pero, por desgracia, tuve que comunicar al ministro de Defensa lo sucedido en el club el domingo por la noche. Se quedó horrorizado, e imagino que pronto saldrá a la luz que los británicos han sido eliminados de la lista de finalistas.

El jefe de la policía sabía que no era así, pero se reservó la información.

—¿Qué motivos tendría Hartley para querer matar a Conti? —preguntó entonces, presionando—. Si es cierto que los italianos no tenían ninguna posibilidad de cerrar el trato.

—Creo que no tardará en descubrir que hubo algún tipo de motivo personal —respondió Khalil—. Quizá debería interrogar de nuevo a esa chica que no quiere hablar.

—No es que no quiera hablar —replicó el jefe de la policía—. Sino que su testimonio no confirma el relato que usted me expone.

—Estoy seguro de que, con el tiempo, lo confirmará —dijo Khalil, sin más explicación.

—Y luego está el problema del arma del crimen.

—¿El cuchillo?

—Que convenientemente encontramos debajo de la cama de Hartley.

Khalil parecía incómodo.

—Quizá también le interese saber —dijo el jefe de la policía—, que Hartley ha pedido ver al embajador británico, y que, como expatriado de primera categoría que es, no podemos posponer su petición indefinidamente.

—Solo necesito unos días más —dijo Khalil—. Para entonces, estoy seguro de que Avril habrá confirmado mi relato. —Introdujo la mano en un bolsillo interior y extrajo un grueso fajo de billetes, que depositó sobre la mesa—. Recibirá esta misma cantidad por cada semana que Hartley permanezca en la cárcel —le prometió Khalil.

—Veré qué puedo hacer —dijo el jefe de la policía.

Guardó el dinero en un cajón y cerró el expediente.

Justo pasadas las 09:40 de la mañana, un taxi se detuvo delante de Wormwood Scrubs y salió de él un hombre corpulento, vestido con traje cruzado de color gris y con un maletín Gladstone en la mano. Pagó al taxista y esperó a que le extendieran el recibo antes de encaminarse lentamente hacia la entrada principal.

—Tengo una reunión jurídica con mi cliente, el señor Miles Faulkner, a las diez —le dijo al funcionario de prisiones que atendía el mostrador de recepción. Sacó un formulario de reserva y una tarjeta de visita impresa en relieve.

El funcionario verificó la agenda de visitas y marcó con una cruz el nombre del señor Booth Watson, abogado de la Corona.

—Acompáñeme, por favor, caballero —dijo saliendo de detrás del mostrador.

Booth Watson inició una rutina que había llevado a cabo diversas veces en el pasado. Primero, la larga caminata a través de un patio desnudo y lleno de malas hierbas rodeado por un muro altísimo rematado con alambre de púas. Cuando llegaron a la entrada de la prisión, el funcionario abrió la primera puerta —necesitó para ello tres llaves— y, una vez dentro, volvió a cerrar la puerta con triple llave. Llegó entonces la hora del cacheo, que solo sirvió para recordarle a Booth Watson lo mucho que había engordado desde la última visita a su cliente.

A continuación, dejó el maletín Gladstone, la chaqueta, el cinturón, la cartera, el reloj y el teléfono móvil en una bandeja de plástico, y observó cómo los objetos avanzaban lentamente por una cinta transportadora y pasaban por una máquina de rayos X para ser revisados en busca de posibles armas de fuego, cuchillos, drogas o dinero en efectivo. Cuando el maletín y la chaqueta reaparecieron al otro lado de la máquina de rayos X, otro funcionario dio un paso al frente y retuvo su cartera y su teléfono, una rutina que Booth Watson conocía a la perfección.

—Puede recogerlos a la salida, señor Booth Watson —dijo el funcionario de prisiones.

Booth Watson hizo un gesto de asentimiento y esperó a que abrieran otra puerta de hierro para poder seguir avanzando; la segunda puerta de las seis que tendría que cruzar antes de llegar a la sala asignada para el encuentro.

Una vez abierta y cerrada de nuevo la última puerta, Booth Watson miró el reloj. Llegaba con cinco minutos de antelación a la cita con su cliente, pero estaba seguro de que Miles estaría ya esperándolo. Su recorrido, con solo la puerta de su celda por abrir, era mucho más corto.

El funcionario superior de prisiones de guardia masculló un «Buenos días, señor», mientras escoltaba al abogado del prisionero hasta la sala de visitas acristalada. Abrió la puerta y se hizo a un lado para que Booth Watson pudiera entrar. Cerró acto seguido, pero se quedó de guardia en el pasillo, vigilándolos.

Miles se levantó y estrechó la mano de su letrado antes de que ambos tomaran asiento en incómodas sillas de plástico. Estaban colocados en extremos opuestos de una gran mesa de cristal que los mantenía a una prudencial distancia de más de un metro, garantizando de este modo que entre ellos no pudiera hacerse ningún tipo de intercambio ilegal.

—Buenos días, Miles —dijo Booth Watson, y abrió su maletín Gladstone. Extrajo del interior el ineludible expediente—. Como solo te quedan quince días de cárcel antes de ser puesto en libertad, he pensado que sería aconsejable reunirnos para que, cuando salgas, puedas empezar con buen pie, por así decirlo. Pero recuerda que, por el momento, solo disponemos de una hora y debemos aprovecharla al máximo.

Miles hizo un gesto de asentimiento.

—Ya me he ocupado de todo el papeleo necesario. Cuando salgas, encontrarás a Collins aparcado junto a la puerta, esperando para llevarte a Chelsea. Pero tengo que saber si tienes alguna instrucción que darme para antes de que llegue ese momento.

—Tres años desperdiciados —fue la amarga respuesta de Miles a la pregunta de su abogado— que nadie podrá devolverme. Pero eso no me impedirá hacer pagar al responsable por sus actos.

—¿No piensas, Miles, que tal vez sería el momento de dejar atrás el pasado y seguir adelante? —sugirió Booth Watson, acompañando sus palabras con un suspiro exagerado—. Lo último que necesitas es otra temporada en la cárcel.

—Durante estos últimos tres años no he estado con una mano sobre la otra —dijo Miles, como si no hubiera escuchado el consejo —. Si algo no pueden encarcelar, es la mente, y esta vez tengo un plan infalible para que el señor y la señora Warwick no sigan disfrutando de su felicidad conyugal por mucho más tiempo.

—No es necesario que te recuerde, Miles, que el superintendente jefe Warwick es ahora el máximo responsable de la unidad de protección de la realeza y la diplomacia, y que la doctora Warwick ha alcanzado tal éxito como directora del Fitzmolean que, gracias a fuentes bien informadas, sé que su nombre está en la lista de finalistas para ser la próxima directora de la Tate.

—Ni siquiera conseguirá una entrevista para ese puesto —espetó Miles—. No después de lo que tengo planeado para ella. Y esto no es más que el comienzo. En cuanto me ponga en marcha, la jubilación anticipada pasará a ser la menor de las preocupaciones del superintendente jefe. Necesitan saber que estoy de vuelta, y que pienso convertir sus vidas en un infierno durante todo el tiempo que me venga en gana. De modo que lo único que necesito saber antes de dar mi primer paso es qué ha estado haciendo Christina durante mi ausencia.

—Tu exesposa vuelve a vivir muy por encima de sus posibilidades —dijo Booth Watson.

—A pesar del hecho de que sigo pagándole una pensión mensual que dejaría impresionada a más de una esposa de futbolista.

—Y que solo sirve para reducir mínimamente su descubierto. De hecho, el banco le ha bloqueado la cuenta hace muy poco, lo cual la ha llevado a recortar todas sus actividades extracurriculares. Sin

embargo, acaba de ser nombrada presidenta del comité de recaudación de fondos del Fitzmolean, aunque solo porque…

—La señora Warwick necesita reunir medio millón de libras rápidamente, y quizá te sorprenda saber que tengo intención de ayudarla.

—¿Pretendes hacer eso? —replicó Booth Watson, incapaz de creer lo que estaba diciendo su cliente.

—Todo forma parte de mi plan para acabar con los tres al mismo tiempo.

Booth Watson le habría suplicado a su cliente una vez más que se olvidara para siempre del pasado, pero sabía que era una pérdida de tiempo, de modo que decidió cambiar de táctica.

—¿Puedo serte de alguna ayuda con esos planes? —preguntó, anticipando que habría de por medio una gran suma de dinero.

—Necesito que hagas una transferencia de mil libras a un tal Billy Mumford, que tiene una cuenta en el Barclays Bank de Little Hampton, Yorkshire.

Booth Watson tomó nota.

—Y necesito también que retires diez mil libras de mi cuenta personal, porque si mi plan funciona, es posible que precise algo de efectivo extra en un momento dado.

—¿Por alguna razón en particular? —preguntó Booth Watson con indiferencia.

Miles, igual que haría un político experimentado, respondió a la pregunta con otra pregunta.

—¿Qué tal va la señora Warwick en su carrera para recaudar la cantidad que necesita para rescatar para el país ese ángel de Rembrandt?

—El fondo de arte del Gobierno ha prometido aportar medio millón a la causa, pero no soltará su contribución hasta que ella haya reunido los primeros quinientos mil. Hasta el momento, solo ha conseguido recaudar doscientos mil, quizá doscientos veinte mil, según el periódico que leas…

—Doscientas veintitrés mil quinientas libras —dijo Miles,

interrumpiéndolo—, de modo que aún le faltan doscientas setenta y seis mil quinientas libras para llegar a su objetivo, y si no consigue reunir toda la cantidad para finales de mes, el dibujo saldrá a subasta y probablemente se venda por más de un millón.

Booth Watson guardó silencio a la espera de más instrucciones.

—Quiero que mandes un cheque por doscientas cincuenta mil libras al fondo de esa campaña que ha puesto en marcha el Fitzmolean para hacerse con el Rembrandt. Asegúrate de que aparezca como donante anónimo y que no nos puedan rastrear ni a ti ni a mí. No creo que luego tengamos que esperar demasiado a que el Fitzmolean anuncie que han recaudado toda la cantidad y que la obra maestra será exhibida en público próximamente.

—¿Y dónde encaja Billy Mumford en tu plan? —preguntó Booth Watson, intentando entender de qué iba todo aquello.

—Está jugando ya su papel —respondió Miles, sin responder de nuevo a la pregunta—. Y también necesito saber si sigues teniendo a Lamont en nómina.

—He contratado al exsuperintendente y recibe un pago mensual —dijo Booth Watson—, aunque últimamente no ha hecho gran cosa para ganarse su estipendio.

—Perfecto, porque a partir de ahora se lo ganará —dijo Miles—. Sin sus habilidades, mi plan no tendría ninguna posibilidad de funcionar.

—¿A qué habilidades te refieres? —preguntó Booth Watson.

—Si quiero que mi complicado plan tenga éxito, necesito que el exsuperintendente…

La puerta de cristal se abrió justo en aquel momento.

—Se acabó el tiempo, caballeros —dijo el funcionario de prisiones.

En el taxi, de regreso al bufete, Booth Watson releyó sus notas y se preguntó si Miles llegaría a rendirse algún día. La única compensación era que, si no lo hacía, no necesitaría otro cliente.

Guardó las notas en el maletín y sacó *The Times*. Había lectores que leían la portada en primer lugar, otros que iban directos a las páginas de deportes. Booth Watson siempre empezaba por las esquelas.

No perdió mucho tiempo con un comandante que había obtenido la Orden del Servicio Distinguido por su labor en Birmania, ni con una académica que había terminado sus días como directora del Departamento de Ciencias Naturales de la Universidad de Bristol. Sin embargo, el fallecimiento del muy honorable John Hartley, miembro del Consejo Privado, caballero comendador de la Excelentísima Orden del Imperio Británico y Cruz Militar, le dibujó una sonrisa en la cara.

El antiguo ministro de Interior vivía en Hartley Hall, cerca de Bucklebury, mansión que, según aseguraba el periódico, albergaba la famosa colección de arte de la familia, entre la que destacaba *El viejo molino de Bucklebury*, de Constable. La otra cosa que había despertado cierto interés en Booth Watson era la mención de una esposa con la que había estado casado cincuenta y tres años y de un hijo único, Simon. Booth Watson intentó recordar dónde había oído recientemente el nombre de Simon Hartley, pero cuando el tren llegó a Waterloo seguía sin caer en la cuenta.

Cuando llegó a su bufete, ordenó a su secretaria —y no era la primera vez que lo hacía— que preguntara con discreción sobre el día del funeral, al que Booth Watson pensaba asistir aun sin haber coincidido jamás con el difunto.

—Llegas justo a tiempo para sumarte a la celebración —dijo Beth cuando William entró en la cocina.

—¿Qué celebramos? —preguntó él mientras ella le pasaba una copa de champán.

—Que el Fitzmolean ha conseguido reunir el millón necesario para adquirir el dibujo de Rembrandt, solo unas semanas antes de que saliera a subasta en el mercado libre, y esa habría sido la última

vez que lo hubiéramos visto.

—¡Pero si tenía entendido que necesitabas un cuarto de millón más y que casi habías perdido la esperanza de conseguir la totalidad del dinero!

—Así era y, efectivamente, casi había perdido toda esperanza —reconoció Beth—. Pero resulta que, de repente, hemos recibido un cheque de un cuarto de millón de libras por parte de un donante anónimo. Por lo que parece, se trata de alguien que admira el Fitz desde hace muchos años y que en su testamento lo tenía todo dispuesto para que se nos legase esa cantidad tras su fallecimiento. Pero, dadas las circunstancias, decidió que no tenía sentido esperar a que llegase ese momento.

—¿Tienes idea de quién podría ser? —preguntó William, y bebió un poco de champán.

—No, pero no me parece casualidad que haya un nuevo hombre en la vida de Christina.

William no se quedó muy convencido.

—De ser así, te recomiendo que hagas efectivo el cheque cuanto antes. Ya sabemos que los romances de Christina no son muy duraderos.

—Creo que, por una vez, podrías estar equivocado, superintendente jefe, porque en esta ocasión se trata de un hombre mayor que ella.

—Confiemos entonces en que sepa a lo que se enfrenta —dijo William levantando la copa y aceptando claramente que no era casualidad.

—La junta hará un anuncio oficial estos próximos días —dijo Beth —, y han invitado a nuestra mecenas, la condesa de Wessex, a presentar el dibujo en julio, una cita que no vas a poder perderte.

William levantó la copa por segunda vez.

—Y por si esto no fuera suficiente —continuó Beth, incapaz de contener la emoción—, el presidente de la Tate me ha llamado por teléfono esta tarde para preguntarme si me interesaría postularme para el puesto de directora del museo.

—Cuando se enteren de tu éxito con el Rembrandt, da por sentado que no te perjudicará en absoluto.

—Posiblemente, pero no olvides que la competencia será muy fuerte y, además, aún no estoy del todo segura de que me interese el puesto. Amo el Fitz y no debo olvidar en ningún momento lo bien que se han portado conmigo todos estos años.

—Sí, lo entiendo, pero puedes estar segura de que todos se sentirán muy orgullosos de ti si acabas como directora de la Tate… ¿Dónde están los gemelos? —Añadió William, percatándose de pronto de que en la casa reinaba un silencio excepcional.

—Arriba, tramando algo que no quieren que sepamos —respondió Beth en voz baja y en tono conspirador.

—¿Quién está esta vez en la línea de fuego? —preguntó William.

—No tengo ni idea, pero sé que ha salido a relucir el apellido Hartley. ¿Te suena de algo?

—¿Qué hay de cena? —preguntó William cuando los gemelos irrumpieron en la cocina.

Capítulo 4

Hay abogados sin escrúpulos que se ganan su reputación porque se dedican a perseguir ambulancias en busca de víctimas, pero ese no era el caso del señor Booth Watson, abogado de la Corona. Sus aspiraciones eran más elevadas y por ello quedaba incluido en la categoría de «abogados de la Corona que asisten a funerales».

El taxista recogió a su cliente a su llegada a la estación de Thatcham y lo llevó hasta la iglesia parroquial de St. Mary. Booth Watson se sumó a familiares, amigos y colegas de profesión en el camino hacia la iglesia de estilo románico normando.

Como no formaba parte de ninguno de los grupos antes mencionados, tomó asiento en uno de los últimos bancos. Pero los funerales son como las bodas: la mitad de los asistentes no conoce a la otra mitad, de modo que nadie se cuestiona ni quién eres ni qué haces allí.

La concurrencia era numerosa y Booth Watson reconoció a varios políticos destacados, entre ellos un antiguo primer ministro que estaba sentado muy erguido en la tercera fila de bancos.

Los últimos en hacer su aparición fueron los familiares, encabezados por una anciana que caminaba detrás del ataúd junto a una mujer más joven, escoltadas ambas por dos chicos adolescentes. Booth Watson supuso que eran la nuera y sus dos hijos. Todo el mundo era dolorosamente consciente de quién, como el fantasma de Banquo, no estaba presente para acompañar a su madre. Booth Watson confiaba en sacar provecho de la ausencia de

Simon Hartley.

El asistente no invitado aguantó con solemnidad un funeral más, en el que la única diferencia era quién descansaba en el ataúd. Cuando el oficiante pronunció por fin su bendición, Booth Watson se preparó para la segunda parte de su pantomima. El órgano empezó a tocar la marcha fúnebre y la viuda y la familia iniciaron su lento recorrido por el pasillo central hacia la puerta oeste, al llegar a la cual se pararon, se dieron la vuelta y se quedaron a la espera de recibir las condolencias de los asistentes.

La viuda estrechó la mano de todos los que habían acudido a honrar al antiguo ministro de Interior, a varios de los cuales se les había pedido que acompañaran a la familia en una recepción en Hartley Hall. Booth Watson no estaba entre ellos, aunque tenía planes para recibir una invitación de última hora. Colarse en un funeral es una cosa, pero colarse en un velatorio privado es otra muy distinta. Pero Booth Watson llevaba un argumento muy bien preparado, que casi siempre provocaba la misma respuesta.

Permaneció obedientemente en la fila y, cuando llegó delante de la familia, fue saludado con una mirada de perplejidad que sugería que la viuda no sabía muy bien quién era. Hizo entonces una marcada reverencia y le susurró a la anciana al oído:

—Booth Watson. Tuve el honor de trabajar con su esposo cuando yo estaba en el Ministerio de Interior. Uno de los mejores ministros a los que he servido. Por supuesto, igual que el resto de mis compatriotas, me he manifestado en contra del trato vergonzoso que está recibiendo su hijo, y seguiré haciéndolo.

—Le agradezco sus amables palabras, señor Booth Watson —repuso la anciana—, y, si tiene usted tiempo, quizá podría sumarse a nosotros en Hartley Hall, donde estoy segura de que podrá encontrar a varios viejos amigos y conocidos.

Booth Watson estaba seguro de que no iba a ser así, pero el objetivo principal de su presencia era ser un fisgón y recopilar información a partir de cualquier fragmento de conversación espontánea que escuchara para incorporarla luego a sus

conocimientos.

Salió de la iglesia y siguió al grupo de asistentes que, sin lugar a duda, se dirigían a Hartley Hall. Mientras otros invitados charlaban entre ellos durante la recepción, Booth Watson dio una vuelta por el salón y confirmó rápidamente que la enorme colección de acuarelas inglesas de los Hartley era merecedora de su famosa reputación. Y cuando se encontró delante de *El viejo molino de Bucklebury*, de Constable, que colgaba sobre la repisa de la chimenea, incluso él se sintió conmovido.

—Magnífico, ¿verdad? —dijo una voz a sus espaldas.

—Sin duda lo es —replicó Booth Watson, que al volverse descubrió que el hombre al que tenía a su lado era el pastor que había oficiado el funeral.

—Y lleva generaciones en la familia —dijo bajando la voz con aire conspiratorio—. Aunque, en mi opinión, no es el orgullo de la colección.

Booth Watson no tuvo ni necesidad de preguntar por qué lo decía.

—La Declaración de Independencia, escrita a mano por el mismo Thomas Jefferson y que se conserva en el despacho del difunto, es, desde cualquier punto de vista, única.

—Qué interesante —dijo Booth Watson, que acababa de decidir que la excursión a Bucklebury había valido la pena.

—Un funeral precioso, pastor —dijo una dama que se les sumó en aquel momento, lo que permitió a Booth Watson esfumarse discretamente.

Echó un vistazo al salón y vio que la mayoría de los asistentes estaban enfrascados en distintas conversaciones, lo cual le brindó la oportunidad perfecta para abandonar la estancia e ir en busca del documento de Jefferson.

Recorrió sin prisa el pasillo y, cuando se encontró delante de una puerta cerrada, miró hacia un lado y hacia el otro para comprobar que no hubiera nadie observándolo. Abrió con cuidado la puerta, asomó la cabeza y localizó de inmediato lo que estaba buscando: la

Declaración de Independencia. Por la investigación que había llevado previamente a cabo, sabía que uno de los antepasados de lord Hartley había sido amigo tanto de Franklin como de Jefferson. Lo que explicaría por qué el documento había acabado en Hartley Hall.

Cuando se disponía a marcharse, la puerta se abrió de repente y entró en el despacho un joven, a quien Booth Watson reconoció de inmediato, que no pudo disimular su sorpresa al toparse allí con un desconocido.

—El pastor —dijo Booth Watson, sin titubear ni un instante— me ha mencionado que en el despacho de su difunto abuelo había una copia de la Declaración de Independencia. Y no he podido resistir la tentación de echarle una ojeada. Espero que me perdone.

—No es ninguna copia —replicó el chico, con la certidumbre de la juventud—. Fue escrita por Thomas Jefferson en persona. Y en 1787 la envió al parlamentario David Hartley. Ha permanecido en la familia desde entonces.

—Qué interesante —dijo Booth Watson, sin siquiera mirar otra vez el documento—. Y ahora, si me disculpa, debería ir a presentarle mis respetos a su abuela antes de marcharme.

Booth Watson se alejó del joven sin decir una palabra más y regresó enseguida al salón, donde fue rápidamente en busca de la viuda.

—Gracias por permitirme acompañarlos en esta recepción, *lady* Hartley —dijo.

Le ofreció a la anciana una reverencia similar a la de antes y recibió de ella la misma mirada insegura, la pregunta muda de quién podría ser aquel desconocido.

—Booth Watson —le recordó, unas palabras que provocaron un destello de reconocimiento en la anciana—. Si alguna vez en el futuro considera que puedo serle de utilidad, señora, no dude en llamarme —dijo entregándole su tarjeta.

—Muy amable por su parte —dijo *lady* Hartley, estudiando la tarjeta—, señor Booth Watson —añadió. La guardó en el bolso.

—Y tenga por seguro que, como señal de mi respeto por su

difunto esposo, renunciaré gustoso a mis honorarios.

Hizo otra reverencia y el asistente no invitado a la recepción se marchó de manera discreta.

Booth Watson puso rumbo a la estación con la sensación de que había tirado la caña y de que ahora solo le quedaba esperar a ver si el salmón picaba.

Cuando se abrió la puerta de la celda, Simon no tenía ni idea de si era de día o de noche.

Lo arrancaron prácticamente del fino colchón con manchas de orina y lo arrastraron por un pasillo apenas iluminado. Imaginó que su vida estaba a punto de tocar a su fin.

La angosta escalera de caracol fue el siguiente obstáculo, y la enfiló con un celador delante de él y otro detrás. No entendía por qué se tomaban tantas molestias. Después de nueve días de aislamiento, no habría sido rival ni para un par de niñas exploradoras.

Cuando llegó al último peldaño, lo empujaron hacia un estrecho pasillo flanqueado a ambos lados por celdas llenas de prisioneros que protestaban a gritos y que a buen seguro estaban encerrados por delitos que sí habían cometido. Los celadores no se detuvieron hasta llegar a la primera de varias puertas sólidas y bien cerradas, siendo necesarias tres llaves distintas para abrir cada una de ellas. Después de cruzarlas, volvían a cerrar cada puerta antes de avanzar hasta la siguiente. Simon vio por fin una puerta abierta, al otro lado de la cual brillaba una luz que parecía estar llamándolo.

Simon fue empujado hacia el interior de una sala y la puerta se cerró de golpe a sus espaldas. Cuando consiguió recuperar el equilibrio, sus ojos se posaron en la figura de un desconocido, que supuso que sería el alcaide del centro penitenciario. Estaba solo, sentado, con un bloc de notas abierto sobre la mesa, bolígrafo en mano. Como no había más sillas, a Simon no le quedó más remedio que permanecer de pie.

—Nombre —dijo el alcaide, mirándolo a los ojos.

Una pregunta un tanto absurda, puesto que claramente sabía la respuesta, pensó Simon en primer lugar.

—Simon Winchcombe Henry Howard Hartley —respondió, poniéndose repentinamente en alerta y con la adrenalina disparada en el interior de su cuerpo exhausto. Llevaba días preparándose para aquel encuentro.

El alcaide se agachó, cogió un maletín y lo depositó sobre la mesa.

Lo abrió, extrajo del interior una hoja de papel y la empujó hacia Simon, que se tomó su tiempo para leer la confesión, con el único deseo de corregir el inglés.

—Señor Hartley, si se siente capaz de firmar este documento, lo enviaremos a casa a última hora del día en calidad de inmigrante ilegal.

Sonrió, se inclinó hacia delante y le ofreció a Simon el bolígrafo.

Simon le habría devuelto la sonrisa, pero el alcaide había jugado la carta de su libertad demasiado pronto. En la Harvard Business School no habría durado ni una semana.

—Sí, ya veo que sería una solución conveniente para todos los implicados —dijo Simon—, pero puesto que yo no maté al señor Conti, creo que declinaré su generosa oferta.

—Entonces, si usted no lo mató, ¿quién lo hizo? —preguntó el alcaide.

Simon no cayó en la trampa, consciente de que si daba el nombre del príncipe Ahmed no volvería a casa en mucho tiempo, si acaso volvía.

—Creo que conoce usted perfectamente la respuesta a esta pregunta —dijo.

—¿Conoce a un hombre llamado Hani Khalil? —preguntó el alcaide, pasando a una lista de preguntas preparadas que había esperado no tener que formular.

—Sí, lo conozco —respondió Simon—. Quería representar la candidatura británica para un importante contrato de venta de

armas, razón por la cual me encontraba yo en su club la noche del asesinato.

—Sin embargo, el señor Khalil afirma —dijo el alcaide, repasando otro papel— que la primera vez que lo vio fue cuando estaba sentado en el otro extremo de la barra y usted mantenía una acalorada discusión con el señor Conti, uno de sus rivales en ese contrato de venta de armas.

—Interesante —dijo Simon—, porque el señor Khalil también estaba sentado en ese extremo de la barra cuando señaló al señor Conti y me comentó que los italianos no tenían ninguna posibilidad de llevarse el contrato, aunque sospecho que usted eso ya lo sabía.

El alcaide del centro penitenciario no hizo ningún comentario, pero se inclinó hacia delante y volvió a abrir el maletín, sacando esta vez una pequeña daga dentada. La dejó en el centro de la mesa.

—¿Y dónde cree usted que la policía encontró esto, señor Hartley? —dijo el alcaide, señalando el arma.

Era la primera pregunta que Simon no había anticipado, puesto que había dado por sentado que se habrían deshecho del arma homicida.

—En una mesa, junto a la puerta de mi habitación de hotel, con una flecha señalándola directamente —sugirió Simon, sin intentar disimular su sarcasmo.

—Escondida debajo de su cama —dijo el alcaide, sin mostrarse muy seguro.

—En este caso, las pruebas de ADN le mostrarán que alguien lo dejó allí —replicó Simon—. Y, sin duda, habrá usted examinado la ropa que yo llevaba la noche del asesinato, porque, de haberlo matado, estaría manchada de sangre y tendría además restos del ADN del fallecido.

Podría haber eliminado toda esa ropa de algún modo antes de que llegara la policía —dijo el alcaide.

—Muy gracioso —dijo Simon—. ¿Por qué me habría deshecho de mi traje, mi camisa, mi corbata, mis calcetines y mis zapatos y habría dejado, en cambio, el arma del crimen debajo de la cama?

—Los criminales siempre cometen errores —espetó el alcaide.

—Y también los comete la policía, sobre todo cuando intenta incriminar a un inocente —dijo Simon, seguro de que su interlocutor se había puesto a la defensiva. Simon tenía su siguiente pregunta bien preparada—. ¿Por qué no habla con el chófer que me llevó de vuelta al hotel aquella noche y le pregunta si yo tenía el aspecto de haberme visto implicado en una pelea, o si llevaba un cuchillo, o si tenía la ropa manchada de sangre?

—El chófer que lo llevó de vuelta al hotel ya ha sido interrogado —replicó el alcaide—. Dice que usted salió corriendo del club, muy alterado, que subió rápidamente al coche y le ordenó que se pusiera en marcha.

—Otro error muy simple, alcaide: no era mi coche, sino el del señor Khalil, lo cual al jurado le parecerá una prueba de lo más convincente.

—En Arabia Saudí no nos andamos con jurados —gruñó el alcaide.

—En este caso, tendrá que encontrar a un juez que se alegre de ver su foto en la portada de todos los periódicos de Occidente cuando tenga que explicar que todo el mundo, excepto él, ha llegado a la conclusión de que yo soy inocente y que él ha sido el responsable de que los británicos hayan tenido que retirarse de la puja para el contrato de venta de armas. Sospecho que usted también saldrá mencionado.

El alcaide dudó unos instantes antes de decir:

—No creo que eso preocupe mucho a los franceses.

—Pero es posible que a su nuevo y liberal jefe de Gobierno sí —replicó Simon—, sobre todo cuando lea *The Times* y descubra que usted ha sido el responsable de presentar los cargos contra mí, cosa que, por lo que veo, aún no ha hecho.

El alcaide del centro penitenciario cogió su porra.

—No es aconsejable, alcaide —dijo Simon—. Supongo que ya sabe que mañana me reúno con el embajador británico, y no sería prudente que pareciera como si acabaran de darme una paliza.

—Se tiene usted por muy listo, ¿verdad, Hartley?

—No, pero tengo la sensación de que usted ya sabe que esto solo puede acabar de una de dos maneras y que, por lo tanto, solo le queda decidir a qué caballo apostar, porque sospecho que el señor Hani Khalil ya no es el favorito.

El alcaide golpeó la mesa con la porra, pero Simon no se amedrentó.

—Seguiremos con esta conversación después de que haya visto al embajador.

—Lo que le dará tiempo suficiente para tomar su decisión, alcaide —dijo Simon.

—¿Me está amenazando, Hartley? —vociferó el alcaide.

Esta vez, Simon se permitió esbozar una leve sonrisa y por un momento no pudo evitar preguntarse si aquello se convertiría en un caso de estudio en la Harvard Business School. «Qué curiosas son las cosas que se te pasan por la cabeza cuando posiblemente te estás enfrentando a la muerte», pensó Simon. Aunque sabía que no escucharía la otra versión de la historia hasta que se viera con el embajador.

Después de ser arrastrado de nuevo hasta su celda, pasó otra noche en vela.

Al día siguiente, se desarrolló la misma rutina, pero, esta vez, Simon fue recibido por una sonrisa amigable de la persona sentada al otro lado de la mesa.

—Lamento mucho, Simon, que esta vez tengamos que vernos en circunstancias tan desafortunadas —dijo el embajador británico mientras los dos hombres se estrechaban la mano. Sir Bernard miró a Simon, que llevaba ahora una barba descuidada y había adelgazado tanto que apenas si era reconocible—. Habría venido antes, pero las autoridades no han hecho otra cosa que ponerme trabas para concertar esta reunión.

—Eso es porque el asesino es uno de ellos —dijo Simon—. El

príncipe Ahmed bin Majid.

El embajador no reaccionó y Simon siguió hablando.

—No olvide que fui testigo del asesinato —le recordó—. Por eso soy un peón susceptible de ser sacrificado para garantizar que los franceses se hagan con el contrato y el príncipe Ahmed acabe con un porcentaje todavía mayor.

—No necesariamente —dijo sir Bernard, sorprendiendo esta vez a Simon.

—¿Quiere decir que aún tenemos posibilidades de conseguir el contrato? —preguntó Simon, incapaz de disimular su incredulidad.

—Lo único que puedo decirle —replicó el embajador— es que el ministro de Defensa sigue con su plan de visitar Londres y París el mes que viene antes de tomar la decisión final. Aunque tengo información fiable de que los franceses le han ofrecido al príncipe Ahmed un cinco por ciento adicional si consiguen firmar el contrato.

—Se trata de cincuenta millones al año durante los próximos tres años —dijo Simon—, de los cuales, sin duda, un diez por ciento acabará en el bolsillo de Khalil, con lo que podrá jubilarse y vivir como un dios.

—Confío en que termine sus días aquí —dijo sir Bernard—, compartiendo una celda con su amigo, el príncipe Ahmed.

—La verdad es que no apostaría por ello —dijo Simon.

—Lo que no entiendo —dijo el embajador— es por qué el príncipe Ahmed tuvo que matar a Conti cuando los italianos nunca fueron rivales serios para hacerse con el contrato.

—No hace falta mirar más allá de Avril Dubois —dijo Simon—. Y deducir que el príncipe perdió los nervios al verla con otro hombre. Y luego, cuando necesitaron un chivo expiatorio, resultó que yo estaba convenientemente allí. Lo que aún no sé es si todo esto formaba parte del plan de Khalil o si solo me encontré en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—Sospecho que se trata más bien de esto último —dijo el embajador—, lo cual tampoco es que me facilite el trabajo, puesto que la señorita Dubois es ciudadana británica y su vida ahora corre

peligro.

—Otro peón —dijo Simon— fácilmente eliminable del tablero, mientras que ellos tienen el rey.

Sir Bernard sonrió por primera vez y, sin más explicaciones, dijo:

—Pero no olvidemos que nosotros tenemos a la reina.

Capítulo 5

El comandante Hawksby y el superintendente jefe William Warwick salieron de Old Scotland Yard a las ocho y media de la mañana y echaron a andar a paso ligero por King Charles Street. Su único tema de conversación fue el resultado del primer partido de la Test Series contra las Indias Occidentales.

—Puede que las paredes no tengan oídos —dijo el Halcón—, pero los desconocidos con los que nos cruzamos sí.

Pese a llegar al edificio del Ministerio de Asuntos Exteriores mucho antes de la hora acordada, un joven los esperaba ya en la recepción.

—Síganme, por favor, caballeros —dijo.

Y acompañó a las visitas hacia una escalera amplia alfombrada en rojo. William observó los coloridos azulejos que adornaban las paredes a lado y lado.

Al llegar al rellano del primer piso fueron recibidos por un busto de Charles James Fox, junto con retratos de antiguos ministros de Asuntos Exteriores —Palmerston, Pitt el Viejo, Castlereagh, Bevin, Alee Douglas-Home y James Callaghan—, antes de llegar delante de la puerta del despacho del actual titular de ese alto cargo.

El joven se detuvo enfrente de unas dobles puertas de madera de roble que iban desde el suelo hasta el techo y estaban coronadas por el escudo de armas real. Llamó y esperó un momento antes de abrir una de ellas y hacerse a un lado. Los dos visitantes entraron en una estancia del tamaño de una pista de tenis y avanzaron hacia la

diminuta figura con una inconfundible mata de pelo rojo que estaba sentada detrás del enorme escritorio de madera de roble que ocupaba el otro extremo del despacho. Un retrato del monarca colgaba de la pared detrás de él, con un busto de Churchill a su derecha y una máquina Enigma expuesta en una vitrina. Dos mandarines elegantemente vestidos acechaban como buitres a ambos lados de su señor, con aspecto de estar listos para lanzarse en picado a la mínima oportunidad.

El ministro de Asuntos Exteriores se levantó de su mesa antes de que los dos invitados llegaran hasta allí. Robin Cook les estrechó la mano a ambos antes de presentarles a un tal señor Trevelyan, su secretario privado, y a sir Geoffrey Cruickshank, el secretario permanente. William empezó a tener la impresión de que toda la gente que trabajaba en el Ministerio de Asuntos Exteriores era secretario.

—Me alegro de que ambos hayan podido venir habiéndolos avisado con tan poca antelación —dijo Cook, sin ninguna sugerencia de ironía.

William no pudo evitar preguntarse cómo habría reaccionado el ministro de Asuntos Exteriores si el comandante le hubiera dicho: «Mi agenda está un poco apretada en este momento, pero estoy seguro de que podré hacerle un hueco hacia finales de la semana que viene».

—Hay dos razones por las que necesitaba verlos con tanta urgencia —dijo Cook sin perder ni un segundo de tiempo—. Como bien sabrán, el Gobierno británico se encuentra actualmente en negociaciones avanzadas con Arabia Saudí con el fin de cerrar un contrato de venta de armas por varios miles de millones de libras y, con este fin, el mes próximo recibiremos a una delegación del Ministerio de Defensa de ese país. Hasta hace muy poco, estábamos considerados como los favoritos para llevarnos la venta. Sin embargo, la situación ha sufrido un revés, como mínimo, tras la detención de nuestro negociador principal, el señor Simon Hartley.

—A quien acusan del asesinato de uno de sus rivales —dijo el

Halcón, yendo un paso por delante del ministro—. Aunque no me parece un caso que pueda sostenerse delante de un tribunal.

—Según el tribunal delante del cual se presente —replicó el ministro de Asuntos Exteriores—. Sin embargo, sir Bernard Anscombe, nuestro hombre en Riad, está de acuerdo con usted. Ayer consiguió reunirse por fin con Hartley en la cárcel. Y está seguro no solo de que Hartley es inocente, sino también de quién es el culpable, lo cual no hace más que agravar nuestros problemas.

A William le habría gustado preguntar quién era y por qué ese agravamiento, pero antes de que le diera tiempo a hacerlo ambas preguntas quedaron respondidas.

—El culpable es el príncipe Ahmed bin Majid —dijo el ministro de Asuntos Exteriores—. Es el segundo hijo del príncipe Majid, el ministro de Defensa, que será el responsable de firmar el contrato en nombre de su Gobierno.

—El primo del rey, nada menos —dijo William.

—Nada menos —repitió Cook—. Y es necesario, superintendente jefe, recordar que, con los saudíes, la «imagen» lo es todo cuando tratan con un país extranjero, y en particular con Gran Bretaña. Sir Geoffrey —continuó, dirigiendo una mirada hacia su derecha— ya se ha puesto en contacto con el embajador saudí en Londres, que no es precisamente un hombre fácil y es, además, plenamente consciente del tiempo y el dinero que nuestro Gobierno ha invertido en la firma del contrato de venta de armas para asegurarnos poder seguir por delante de los franceses, y por esa razón se siente un poco con la sartén por el mango. Sospechamos que sabe que Hartley es inocente y, más importante si cabe, que sabe también quién es el culpable. En consecuencia, me enfrento al doble dilema de intentar retener el contrato manteniendo una buena relación con el Gobierno saudí y, al mismo tiempo, sacar a Hartley de la cárcel sin que la prensa descubra mis intenciones. Los medios ya se han hecho eco de que Hartley ha sido arrestado y acusado de asesinar a su rival italiano y, por otro lado, en la prensa empiezan ya a circular rumores sobre quién podría ser el verdadero culpable.

William recordó haber leído recientemente un artículo en *The Guardian* escrito por Cook, donde no dejaba al lector ninguna duda con respecto a su firme opinión en cuanto a ejercer una política de exteriores «ética».

—Los franceses tampoco es que estén ayudando —dijo sir Geoffrey, tomando por primera vez la palabra—, aunque no puedo asegurar que nosotros nos hubiéramos comportado de forma distinta de estar los papeles intercambiados.

—Sin embargo —continuó el ministro de Asuntos Exteriores—, lo que nos sorprende es que el ministro de Defensa saudí no haya cancelado el viaje que tiene previsto realizar el mes que viene al Salón Aeronáutico de Farnborough con el fin de examinar en persona el equipamiento de última generación que le ofrecemos. De todos modos, hay que prever más protestas en cuanto el público descubra la verdad, y la cosa no mejora por el hecho de que el hijo del ministro, el príncipe Ahmed, a pesar de la recomendación de nuestro Ministerio de Exteriores, siga con la intención de acompañar a su padre en este viaje. Nos encontramos, por lo tanto, ante lo que, en términos políticos, podría calificarse de —hizo una pausa— «situación un tanto delicada».

Solo el Ministerio de Exteriores podría describirla así, pensó William.

—Hartley explicó ayer a nuestro hombre que el principal testigo de su defensa sería una tal señorita Jenny Prescott —dijo sir Geoffrey—, o, al menos, ese es el nombre que consta en su pasaporte, que los saudíes le confiscaron cuando recientemente intentó abandonar el país.

—El nombre profesional de la señorita Prescott —dijo Trevelyan —, y utilizo la palabra con conocimiento de causa, es Avril Dubois, y estaba presente en el club la noche en que Paolo Conti fue asesinado.

—Y lo más importante es que, de forma muy inconveniente — intervino sir Geoffrey—, esta señorita se niega a confirmar la versión de los hechos que defiende la policía saudí, lo que sugiere que

Hartley no solo es inocente, sino que, además, todo el mundo sabe que lo es.

—Si es la única testigo que estaría dispuesta a declarar que fue el príncipe Ahmed y no Hartley quien cometió el asesinato —dijo William—, su vida podría correr peligro.

—Nuestro embajador y Hartley han llegado a la misma conclusión —dijo Cook.

—¿Y qué papel esperan que desempeñemos? —preguntó el Halcón, yendo al grano.

—Necesitamos que alguien viaje a Arabia Saudí —dijo sir Geoffrey—, localice a la señorita Prescott, compruebe que puede demostrar que Hartley es inocente y vea si todavía desea abandonar el país y volver a casa, porque si lo hace, podríamos utilizarla a modo de peón en nuestras negociaciones con los saudíes.

—Siempre había pensado que la política era una profesión dudosa —dijo Cook—, aunque eso era antes de incorporarme al Ministerio de Asuntos Exteriores. Porque le aseguro, comandante, que los políticos hacen que la mafia parezca una panda de catequistas.

El Halcón y William rieron, y los dos mandarines ni siquiera pestañearon.

—Si esta persona existe —dijo sir Geoffrey, como si no hubiera oído al ministro de Asuntos Exteriores—, tal vez tendríamos aún una posibilidad de derrotar a los franceses, o como mínimo de averiguar si solo estamos perdiendo el tiempo. —Hizo una pausa—. Y el dinero.

El Halcón asintió.

—¿Para cuándo necesitan a este hombre? —preguntó.

—Para ayer —respondió sir Geoffrey.

—Ayer estaba de vacaciones en Italia —dijo William, sabiendo perfectamente en quién estaba pensando el Halcón—. Pero sé que hoy a última hora tiene el vuelo de regreso a Londres, de modo que podría desplazarme al aeropuerto y reunirme con él en cuanto baje del avión.

El otro mandarín le tomó la palabra.

—En ese caso, tráigalo directamente a mi oficina, superintendente jefe —dijo Trevelyan entregándole su tarjeta a William—. Necesito tenerlo informado de todo antes de que acabe el día.

—Entendido —dijo el Halcón—. Por cierto, se llama…

—No quiero saber su nombre —dijo el ministro de Asuntos Exteriores, que se levantó de su asiento y estrechó las manos de sus invitados para indicarles que el encuentro había acabado.

El Halcón y William se marcharon sin pronunciar ni una palabra más.

En cuanto se cerró la puerta a sus espaldas, echaron a andar a buen ritmo por el pasillo, descendieron por la amplia escalera y salieron a King Charles Street, donde encontraron a Danny sentado al volante del coche del comandante, esperándolos.

—Sube al coche —dijo el Halcón— y ve directamente a Heathrow. En cuanto esté de vuelta en Scotland Yard, me aseguraré de que el vuelo tenga prioridad de aterrizaje y de que no lo retengan ni un segundo en la aduana.

William estaba abriendo ya la puerta trasera del coche cuando el Halcón añadió:

—Y tráelo directamente a mi despacho. Quiero ver a Hogan antes de que el Ministerio de Asuntos Exteriores le ponga las manos encima.

—¿Es usted el inspector Ross Hogan? —susurró el sobrecargo mientras se inclinaba para dirigirse a un pasajero sentado en clase económica.

Ross levantó la vista de la novela que estaba leyendo y respondió con un gesto de asentimiento.

—Una vez que hayamos aterrizado, señor, ¿tendría la amabilidad de acompañarme a la parte delantera del avión? Habrá un coche esperándolo a los pies de la escalerilla.

—Tripulación, prepárese para el aterrizaje —anunció una voz por los altavoces—. Se ruega a todos los pasajeros que regresen a sus asientos y se abrochen el cinturón.

—¿Van a arrestarte? —preguntó Jojo en cuanto el asistente de vuelo se fue.

—Parece poco probable —respondió Ross ayudando a su hija con el cinturón—. La policía no suele avisar con antelación si piensa arrestarte.

—Y entonces, ¿a quién has hecho enfadar esta vez? —preguntó Alice con una sonrisa.

—Lo sabré en el momento en que vea quién me espera a los pies de la escalerilla —dijo Ross mientras el avión, entre un banco de nubes blancas y esponjosas, iniciaba su descenso a sacudidas.

Jojo se aferró a la mano de su padre.

—Pero no tenías que reincorporarte al trabajo hasta mañana —le recordó Alice—. Así que…

—Tiene que tratarse de una emergencia. Y si quieres que te sea sincero, no sé más que tú sobre el tema.

—¿Significa eso que no te veré en mucho tiempo? —preguntó Jojo, sin soltar la mano de su padre.

—Te llamaré cada día por teléfono —le prometió Ross—, desde dondequiera que esté.

—Incluso a los criminales convictos se les permite una llamada telefónica de vez en cuando —bromeó Alice cuando las ruedas del avión tocaron la pista y los motores entraron en sistema de reversa.

Ross aceptó que cualquier especulación carecía de sentido y que tendría que esperar a ver quién lo recibía cuando desembarcara. No pudo evitar recordar que, la última vez en la que se encontró en aquella situación, tuvo que volar a París y ayudar al príncipe de Gales a traer el ataúd de la princesa Diana de vuelta a Inglaterra.

El avión siguió rodando hasta detenerse junto a la terminal.

—Independientemente de quién esté esperándote —dijo Alice mientras se desabrochaba el cinturón—, gracias por estas vacaciones memorables. Y si no vuelvo a verte nunca más, inspector, que sepas

que ha sido un placer conocerte.

—No te librarás de mí con tanta facilidad —dijo Ross.

Se inclinó para besarla y Jojo fingió no ver nada.

Ross se levantó del asiento en el instante en que se apagó la señal de los cinturones, cogió el equipaje de mano del compartimento superior y se reunió con el asistente de vuelo en la parte delantera del avión casi antes de que nadie hubiera empezado a moverse. Esperó con impaciencia a que se abriera la puerta; cuando salió del avión, la primera persona a la que vio fue a Danny, que mantenía abierta la puerta de un coche sin distintivos. Pero no consiguió discernir quién ocupaba el asiento trasero.

Bajó corriendo la escalerilla y se asomó dentro para ver a William esperándolo. La expresión de su cara no delataba nada. El coche arrancó incluso antes de que Ross cerrara la puerta. Volvió la cabeza para mirar por la ventana de atrás y vio que el segundo pasajero en lo alto de la escalerilla le decía adiós con la mano. Era Jojo. Le devolvió el saludo.

Antes de decir nada, William pulsó un botón y se levantó de inmediato una mampara de cristal, lo que puso a Ross sobre aviso y le dio a entender que lo que iba a decirse a partir de aquel momento no podía compartirse ni siquiera con Danny.

—¿Te suena un tal Simon Hartley? —Fueron las primeras palabras de William. Nada de «¿Qué tal han ido las vacaciones, Ross?», ni «¿Cómo está Jojo?».

—Solo por lo que he leído en la prensa —reconoció Ross—. El tipo que ha sido arrestado en Arabia Saudí por un asesinato que no ha cometido.

—¿Qué te lleva a estar tan seguro?

—Motivos, motivos y más motivos, superintendente jefe —fue la respuesta inmediata de Ross—. Según *The Guardian*, el periódico preferido de Alice, Hartley apenas conocía al hombre de cuyo asesinato ha sido acusado. Carece de antecedentes penales. Todo lo cual me lleva a preguntarme: ¿por qué un hombre a punto de firmar un contrato de venta de armas importantísimo asesinaría a otro

hombre delante de varios testigos cuando, en realidad, ni siquiera era un rival?

William no podía estar más de acuerdo.

Ross miró a su amigo a los ojos y dijo:

—Quizá haya llegado el momento de dejarse de jueguecitos y de que me cuentes dónde encajo yo en todo esto.

William le explicó con calma la reunión que habían mantenido el Halcón y él con el ministro de Asuntos Exteriores aquella misma mañana, y concluyó su relato diciendo:

—Necesitan que alguien se desplace a Riad de inmediato, localice a Jenny Prescott, conocida también como Avril Dubois, y averigüe por qué no quiere hablar. Como a estas alturas estamos seguros de que presenció el asesinato, tenemos que conseguir traerla a Inglaterra como sea, puesto que su testimonio podría resultar vital si queremos liberar a Hartley. Y no hay ningún premio por adivinar quién consideró el Halcón que era la persona ideal para llevar a cabo este trabajo.

Ross experimentó la ya conocida descarga de adrenalina que sentía siempre que sus habilidades eran requeridas.

—¿Dónde vamos ahora? —Fue lo único que preguntó.

—A Scotland Yard. El Halcón quiere verte antes de que vayas al Ministerio de Asuntos Exteriores, donde un tal señor Trevelyan te pondrá al corriente de todo.

—¿Y ese quién es?

—El secretario privado del ministro de Asuntos Exteriores.

—Típico del Halcón —dijo Ross—, querer ir siempre un paso por delante de Exteriores. Y después ¿qué?

—Ya te he reservado un vuelo nocturno hacia Riad —dijo William tocando un botón que hizo descender la mampara—. Bueno, ¿qué tal las vacaciones, Ross?

—Pensé que nunca ibas a preguntármelo.

Siete horas más tarde, Ross ocupó su asiento en clase *business*.

Lo primero que hizo fue estudiar el menú, puesto que no había comido nada desde el desayuno de la mañana en otro avión. Su cerebro no había dejado de trabajar desde que había salido de la reunión informativa de tres horas que había mantenido con el señor Trevelyan y dos expertos de la sección de Medio Oriente del ministerio. Después, se les habían sumado dos funcionarios del MI6, que le habían proporcionado su tapadera y explicado con todo lujo de detalle la razón por la que oficialmente estaba de visita en Medio Oriente y cómo habían aprovechado sus antecedentes, incluso a su madre.

Se veía obligado a reconocer que la idea que se le había ocurrido al joven prodigio del MI6 —que parecía que todavía debería llevar pantalón corto— era sencillamente brillante. «¿De dónde sacan a esta gente?», se preguntó Ross. En cuanto quedaron convencidos de que entendía y sabía lo que se esperaba de él, Ross fue conducido de nuevo al aeropuerto para llegar justo a tiempo de embarcar en el vuelo nocturno con destino a Riad. Fue el último pasajero en subir al avión.

Enseguida le había quedado claro que lo primero que tenía que hacer era establecer contacto de alguna manera, sin que resultara demasiado evidente, con Avril/Jenny Prescott. Y si, como había sugerido el Ministerio de Asuntos Exteriores, se daba la circunstancia de que su pasaporte había sido confiscado en su intento de abandonar el país poco después del asesinato de Paolo Conti, ya había ideado la manera de solventar el problema. Trevelyan había aceptado de inmediato su sugerencia e incluso le había obsequiado con una leve reverencia en señal de reconocimiento.

Ross había acordado llamar a la embajada solo en caso de emergencia, y en ninguna circunstancia debía intentar visitar a Hartley en la cárcel, puesto que otros se estaban ocupando ya de gestionar ese asunto. Ross había sido informado asimismo sobre una de las armas secretas del Ministerio de Asuntos Exteriores, un tal señor Jim Fellows, miembro de la Orden del Imperio Británico. Conserje de hotel de día, espía de noche. Fellows ya había sido

informado al detalle sobre la llegada de Declan O'Reilly, de Dublín, que confiaba en cerrar un acuerdo petrolífero en nombre del Gobierno de Irlanda.

Después de entregarle a la asistente de vuelo el pedido de la cena, Ross se puso a leer el grueso expediente que le había proporcionado Trevelyan, consciente de que necesitaba acabarlo antes del aterrizaje, ya que había recibido órdenes de entregar el expediente al mensajero que estaría esperándolo en el aeropuerto a cambio de los dos pasaportes que había solicitado. «Piense que, si para entonces no se ha familiarizado con el contenido, no tendrá una segunda oportunidad», fueron las rotundas palabras de Trevelyan justo antes de que Ross partiera hacia el aeropuerto.

Como el vuelo duraba más de ocho horas y Trevelyan se había encargado de que nadie se sentara a su lado, Ross estaba seguro de que conseguiría sumergirse en su nueva personalidad mucho antes de aterrizar en Riad. Hani Khalil era de antemano el principal problema, puesto que, si sospechaba, aunque fuera por un instante, que Ross trabajaba para los británicos, no solo se pondría en peligro la vida de Avril, sino también probablemente la vida de Hartley, eso sin contar que a buen seguro se produciría la pérdida de un contrato por tres mil millones de libras.

—Sin ninguna presión —dijo Ross en voz alta.

—¿Disculpe, señor? —dijo una atenta asistente de vuelo.

—Un café solo, por favor —repuso Ross antes de concentrar de nuevo su atención en el expediente.

El Halcón había insistido en que le llamara siempre antes de hablar con Trevelyan, mientras que el mandarín del Ministerio de Asuntos Exteriores le había hecho firmar un documento por el que confirmaba que no se pondría en contacto con nadie en Gran Bretaña hasta su regreso.

A uno de los dos le había mentido.

Ross comió lentamente la cena de cuatro platos y solo bebió agua, a pesar de que le habían recordado varias veces que, en cuanto llegara a Riad, solo podría beber refrescos hasta que subiera

al avión de vuelta a casa, con o sin la señorita Dubois. Y mientras los demás pasajeros dormían o veían una película, Ross siguió devorando el contenido de la directiva del Ministerio de Asuntos Exteriores y haciendo solo leves ajustes a su tapadera.

Para cuando le retiraron la bandeja de la cena, Ross sabía exactamente qué se esperaba de él cuando aterrizara en Riad. Dormitó un par de horas, pero se despertó justo a tiempo para el desayuno y una lectura final del expediente.

Recordó los nombres que decidirían si su largo fin de semana sería un éxito o un fracaso:

Declan O'Reilly.

Sir Bernard Anscombe.

Jim Fellows.

Hani Khalil.

Y el más importante de todos: Avril Dubois, nacida Jenny Prescott.

Peones en un tablero, pero ¿acabaría siendo necesario poner en juego a la reina?

Para cuando el avión aterrizó en Riad, Ross debería haber estado exhausto, pero jamás se había sentido tan alerta. En una ocasión realizó un curso de formación con una docena de agentes en el que el objetivo era averiguar cuánto tiempo podían permanecer despiertos bajo presión. Se había derrumbado después de cuarenta y nueve horas, pero había sido el último hombre en caer.

Cuando Ross entró en la terminal, fue recibido por un joven que solo podía trabajar para el Ministerio de Asuntos Exteriores. La chaqueta de *tweed*, la corbata de la vieja escuela y los zapatos de piel impecablemente lustrados no habrían engañado ni a un detective novato. El chico recogió el expediente y le entregó dos pasaportes. Ross se guardó uno de ellos y presentó el otro en el control.

Tras una breve inspección, el señor Declan O'Reilly, ministro de Recursos Marinos y Naturales del Gobierno irlandés, superó el control de entrada sin ser sometido a ninguna pregunta.

Un Jaguar con chófer lo esperaba en el exterior de llegadas y Ross fue conducido hasta el Palace Hotel, donde tenía reservada la *suite* presidencial.

—Un coche con chófer estará en todo momento esperándolo en la puerta del hotel para cuando lo necesite —fueron las palabras de despedida del hombre del Ministerio de Asuntos Exteriores antes de subir a un taxi para regresar a la embajada.

Ross entendió enseguida que el joven no tenía ni idea de quién era, ni siquiera de por qué estaba en Riad, y era evidente que Ross no tenía ninguna intención de explicárselo.

Entró en el hotel y fue directo al mostrador de recepción.

—Buenas noches, señor O'Reilly —dijo el conserje—, bienvenido al Palace Hotel.

Ross miró la plaquita identificativa de la chaqueta del empleado y dijo:

—Buenas noches, señor Fellows.

Capítulo 6

Ross intentó recordar las palabras más relevantes del informe del Ministerio de Asuntos Exteriores: «En Medio Oriente no se puede esperar cerrar un trato importante sin estar representado por un agente establecido. Existen varios que gozan de la confianza del ministro, pero solo uno de ellos le interesa: la persona que puede llevarlo hasta Avril Dubois. Pero actúe con cuidado, ya que podrían haber dejado de hablarse y, de ser así, esto habría sido un viaje en vano y lo mejor sería que tomara enseguida el primer vuelo de regreso a casa».

Lo cual no entraba en los planes de Ross.

Cuando el señor O'Reilly se presentó ante el conserje del Palace Hotel, Jim Fellows ya lo tenía todo preparado. El caballero en cuestión —si acaso «caballero» era una descripción correcta— ya había sido informado de que un tal señor O'Reilly había reservado la *suite* presidencial (a mil dólares la noche) y confiaba en poder concertar una reunión con el príncipe Sharif bin Nayef Al Saud, el ministro del Petróleo y Recursos Minerales de Arabia Saudí. Jim había informado también a su contacto de que el señor O'Reilly estaba «bastante verde» en lo relativo a la manera de gestionar los negocios en Medio Oriente. «Aunque, claro, es irlandés», había añadido Jim.

Durante la breve conversación que mantuvieron, Jim le dijo al señor O'Reilly que le sorprendería que Khalil no lo hubiera contactado antes del final del día.

—Cuanto antes mejor —fue el único comentario de Ross, porque si a Khalil se le ocurría llamar a Dublín, descubriría rápidamente por qué el ministro de Recursos Marinos y Naturales no estaba en su despacho.

Según el informe del Ministerio de Asuntos Exteriores, Declan O'Reilly iba a pasar un fin de semana tranquilo en Cork con su amante (de la que no constaba el nombre) y se esperaba que estuviera de vuelta en su despacho a primera hora del lunes, mediodía en Riad. Ross comprendía que, en el mejor de los casos, disponía de un par de días para llevar a cabo su misión (otra palabra típica del Ministerio de Asuntos Exteriores). Aunque, como le recordaron, en Arabia Saudí, el sábado y el domingo son días laborables.

—Gracias —dijo Ross—. Le informaré si Khalil se pone en contacto conmigo.

—No «si» —replicó Jim—, sino «cuándo». Y, por cierto, su acento irlandés es muy bueno —añadió con un gesto de respeto.

—Debería serlo —dijo Ross—. Es lo único genuino en mí.

—El comedor está en el otro lado del vestíbulo, señor. El desayuno se sirve de siete a diez —dijo el conserje en cuanto se acercó otro cliente al mostrador.

—Gracias —dijo Ross poniendo rumbo al comedor.

Y Jim acertó, porque Ross no había pedido ni siquiera su segundo café cuando un hombre al que reconoció por las fotografías que le había suministrado el Ministerio de Asuntos Exteriores se plantó delante de él. Ross dejó sobre la mesa el ejemplar de *The Wall Street Journal* que estaba leyendo, abierto por la página que listaba los últimos precios del petróleo, y levantó la vista.

El hombre le saludó con una leve reverencia antes de empezar a hablar.

—Declan O'Reilly, si no recuerdo mal.

—Sí —replicó Ross poniendo cara de perplejidad.

—Me llamo Hani Khalil. Nos conocimos en una recepción gubernamental en Dublín hará un par de años, pero es posible que

usted no me recuerde.

Ross no pudo más que admirar la facilidad y la convicción con la que Khalil era capaz de mentir. Sospechaba que era una de esas personas que ni siquiera era consciente de cuándo mentía. Y Ross se propuso aprovecharse de ello.

—Cuánto me alegro de volver a verlo, señor Khalil —dijo Ross indicándole con un gesto que tomara asiento al otro lado de la mesa —. ¿Le apetecería desayunar conmigo?

—Gracias —respondió Khalil sentándose delante de Ross—, pero no puedo quedarme mucho tiempo. Tengo una reunión con el ministro a las diez.

—¿Con el ministro?

—Sí, con el príncipe Sharif, el ministro del Petróleo y Recursos Minerales —dijo Khalil sin inmutarse.

—Qué suerte —dijo Ross—, ya que confiaba en poder verme con el ministro antes de regresar a Dublín el lunes. Aunque me temo que Irlanda ocupará un lugar bastante bajo en su lista de prioridades.

—Si pudiera contarme la razón por la que necesita verlo —dijo Khalil—, quizá podría ayudarlo.

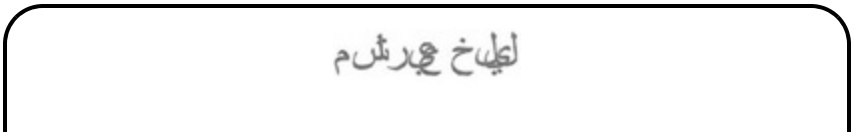
—Mi Gobierno me ha dado instrucciones de intentar abrir negociaciones con las autoridades saudíes con vistas a firmar un contrato petrolífero a largo plazo.

—Supongo que si conociera los detalles podría ayudarlo de alguna manera.

Ross dudó unos instantes, con la esperanza de transmitir la impresión de ser cauteloso en cuanto a revelar información confidencial a un desconocido.

—Puede confiar en mi discreción —dijo entonces Khalil deslizando su tarjeta de visita por encima de la mesa.

Ross la examinó con atención.



Khalil Enterprises

Hani Khalil
Presidente

Suite 1206 Habib Towers - Riad
+ 966 11 305 6679

—A mi Gobierno le gustaría adquirir cincuenta mil barriles de crudo semanales al precio del producto al contado durante los próximos cinco años —dijo Ross, a quien, a pesar de pronunciar con confianza las palabras exactas que le habían dicho los especialistas del Ministerio de Asuntos Exteriores, le habría gustado saber de qué estaba hablando.

—Estoy seguro de que lo podremos arreglar —dijo Khalil—, aunque, claro está, habrá que sumar un pequeño porcentaje por los servicios prestados y así garantizar que el contrato llegue adecuadamente a la mesa del ministro.

—¿Cómo de pequeño? —preguntó Ross confiando en que su voz sonara como la de un hombre capaz de negociar con dureza.

—Un diez por ciento adicional al precio acordado, lo cual no es más que la tarifa vigente —algo que el Ministerio de Asuntos Exteriores habría aceptado sin rechistar.

—Tendré que llamar al *taoiseach* y obtener su aprobación —dijo Ross—, y luego, quizá, podríamos vernos más tarde.

—¿Por qué no quedamos para cenar en el Fairmont esta noche? —sugirió Khalil—. Le aseguro que tienen el mejor chef de la ciudad.

Ross asintió.

—¿A las siete?

—A las siete, perfecto, Declan —dijo su invitado inesperado al levantarse de la mesa—. Hasta luego, entonces.

Ross pidió la cuenta para que le cargaran el desayuno a la habitación mientras observaba a Khalil abandonar el comedor. Había

olvidado lo fácil que era estafar a un estafador. Firmó la cuenta utilizando por primera vez su nombre falso.

Ross se acercó de nuevo al mostrador de recepción.

—Gracias, Jim, se lo ha tragado de cabo a rabo —fue todo lo que le dijo antes de dirigirse hacia los ascensores, situados al fondo del vestíbulo, consciente de que la embajada sería informada sobre sus avances en cuestión de minutos.

Ross entró en su *suite* y realizó dos llamadas. La primera, al comandante Hawksby, a su casa; ya estaba levantado. La segunda, al móvil del señor Trevelyan, que no sonaba tan despierto. Ambos se quedaron satisfechos con sus avances, aunque Trevelyan le recordó:

—Su tapadera saltará por los aires en cuanto el ministro regrese a Dublín a las doce del lunes, hora de Riad, así que asegúrese de que Cenicienta y usted están de camino de vuelta a Londres antes de esa hora, con o sin sus zapatitos de cristal.

Ross llegó al Fairmont con unos minutos de retraso, suponiendo que Khalil no llegaría a la hora. Se equivocó. El señor Diez por Ciento ya estaba sentado en el vestíbulo, con el aspecto de un gato sobrealimentado a la espera de su siguiente ración de comida.

—Buenas noches —dijo Ross cuando tomó asiento a su lado en una de las sillas doradas que estaban repartidas por la estancia—. El *taoiseach* me ha dado el visto bueno en principio, pero me ha pedido que lo llame después de haberme reunido con el ministro.

—He visto al príncipe Sharif —le informó Khalil—, y podrá verlo a las once de la mañana del lunes. ¿Qué le parece si desayunamos juntos el lunes y lo acompaño luego a su despacho?

«¿Igual que llevaste a Simon Hartley al despacho del ministro?», pensó Ross mientras Declan O'Reilly decía:

—¿Y cómo ha reaccionado a mi propuesta?

—Dice que mientras acepte que el coste del barril esté basado siempre en el precio al contado que aparezca en *The Wall Street Journal* esa mañana, más el diez por ciento, no ve ningún problema

—respondió Khalil al tiempo que un camarero dejaba un vaso de agua con gas al lado de Ross.

—La próxima vez que visite usted Irlanda, Hani, tendré que presentarle a un viejo amigo mío, el señor Jameson, que, lamentablemente, no puede conseguir el visado de entrada.

—No tema —replicó Khalil—, porque por aquí Jameson tiene varios parientes que se pueden encontrar en un club al que solo llevo a mis amigos más especiales, aunque nunca antes de que se ponga el sol. Después de cenar, quizá…

—Veo que es usted de los míos —dijo Ross levantando el vaso, otro punto a favor para el joven prodigio del Ministerio de Asuntos Exteriores—. ¿Y tiene actualmente algún otro negocio entre manos? —preguntó con despreocupación.

—Supongo que habrá oído hablar sobre un importante contrato de armas que tiene que firmarse en breve.

—¿Y quién no? —dijo Ross señalando el periódico que tenía delante de él—. Estamos hablando de tres mil millones, si hay que creer lo que cuenta *The Wall Street Journal*.

—Eso sin contar con los honorarios del quince por ciento del agente —dijo Khalil—. Así que ha salido usted bien librado.

Un retazo de información que a buen seguro le interesaría al señor Trevelyan.

—Pero el *Journal* sugiere que el contrato aún no está firmado.

—Está a punto —dijo Khalil disfrutando claramente con la conversación.

—Felicidades —dijo Ross.

Ambos hombres levantaron sus vasos de agua para brindar.

Después de una cena interminable, y de varios vasos de agua con gas, salieron del hotel y subieron al Phantom gris plateado, con chófer vestido con elegante uniforme, que los estaba esperando. En Riad, solo los extranjeros se fijan en un Rolls-Royce.

—Estoy muerto de sed —dijo Ross mientras se instalaba en el

asiento trasero del coche.

—No tema —dijo Khalil—, su amigo Jameson está cerca.

—¿Cómo es posible? —preguntó Ross con inocencia cuando el coche se puso en marcha—. Lo digo teniendo en cuenta lo estrictamente que se observan aquí las costumbres de la *sharía* y que, de hecho, quebrantar las leyes relativas al alcohol es un delito punible, lo cual podría llevarlo a la cárcel.

—En las afueras de la ciudad se ha construido un recinto cerrado para atender las necesidades de los extranjeros. Tiene el mismo trato que una embajada, de modo que allí dentro nadie se imaginaría que está en Arabia Saudí.

—Entonces, ¿no nos acompañará ningún local esta noche?

—Varios…, pero ni lo notará, porque llevan trajes confeccionados en Savile Row con camisas de Jermyn Street para que nadie pueda identificar de qué país son.

—Es todo un detalle que se apiade de mí —dijo Ross.

—Forma parte del servicio, amigo mío —dijo Khalil cuando el coche se detuvo delante de una barrera que se levantó de inmediato después de un rápido vistazo a los pasajeros.

Khalil acompañó a su invitado a la mansión, y enseguida quedó claro que era un cliente preferente, puesto que todos los empleados le saludaron a su paso con una reverencia y un «Buenas noches, señor».

Ross siguió a Khalil hacia un espacioso salón y, directamente, hacia la barra y dos taburetes vacíos que, a todas luces, estaban reservados para él. Khalil no tuvo ni necesidad de pedir la bebida, ya que el camarero le sirvió enseguida un líquido oscuro de una botella sin etiqueta que, por su forma, solo podía ser de Vat 69.

Khalil le entregó al camarero un billete de cien dólares mientras Ross tomaba asiento en el taburete vacío. Bebió apenas un trago de su copa, pues necesitaba mantenerse sobrio, aunque luego pareciera el típico irlandés borracho; un papel que había representado tantas veces en el pasado que no tenía ni que ensayar.

Ross estudió la sala, que estaba decorada con pinturas de estilo

europeo, mobiliario elegante y bellas mujeres. Y mientras Khalil seguía pavoneándose de sus últimos negocios, Ross transmitió la impresión de estar escuchándolo con atención y recorrió la sala lentamente con la mirada una segunda vez. Examinó a las mujeres de una en una: todas extranjeras, elegantes y espectaculares. Varias de ellas mantenían una animada conversación con los clientes potenciales, mientras que otras sonreían a todos los hombres que entraban en el local. Pero a la persona a la que Ross estaba buscando no se la veía por ningún lado.

La mirada de Ross se detuvo en un hombre sentado en el extremo opuesto de la barra y se fijó en que era el único de todos los presentes que bebía agua. Cuando entraron en el club, había saludado a Khalil con un breve gesto, lo que venía a confirmar que estaba en nómina.

Durante la hora siguiente, Ross no interrumpió para nada el monólogo de Khalil, gracias a lo cual se enteró de que se había dado luz verde a un nuevo y lujoso hotel de cinco estrellas, un vanguardista centro comercial y una nueva autopista de seis carriles; obras todas ellas en las que el intermediario libanés afirmaba haber sido el representante del «ministro» al cargo.

Aunque la botella de *whisky* estaba ya medio vacía, Ross iba tan solo por su segunda copa y empezaba a temer que aquella iba a ser una noche perdida.

Siguió bebiendo traguitos de *whisky* mientras muchas chicas desaparecían escaleras arriba, acompañadas por distintos hombres, para reaparecer una hora más tarde en busca de nuevos clientes.

Y si Ross habló de algo, fue de los negocios clandestinos en los que estaba involucrado en su país y sobre todo lo que su nuevo amigo Hani podía esperar de ellos si alguna vez visitaba Dublín. Vio que Hani empezaba a entusiasmarse con la idea y que el quince por ciento era mencionado con frecuencia.

Después de otra hora escuchando la opinión de Khalil sobre todas las cosas, desde las travesuras de Bill Clinton en el despacho oval hasta el porqué de que los precios del oro estuvieran tan altos,

Ross estaba más que listo para regresar al hotel y volver al club la noche siguiente con la esperanza de que Avril sí trabajara aquel día. Lo que hacía aún más difícil su misión era que no podía ni mencionar el nombre de la chica y ni tan siquiera tocar el tema de Hartley, por miedo a destapar su tapadera.

—Creo que por hoy lo dejo aquí —dijo Ross, bostezando.

—¿No le apetecería pasar un par de horas con alguna de las chicas antes de irse?

—No, gracias —dijo Ross sin ni siquiera tomarse la molestia de echar otro vistazo a la sala.

—Quizá solo una para el camino —sugirió Khalil en el momento en que se abría la puerta del fondo de la sala y hacía su entrada la mujer por la que Ross había cruzado un continente entero.

Ross reconoció a Avril de inmediato por las fotografías del expediente confidencial del Ministerio de Asuntos Exteriores. El cliente más reciente de la chica le dio un abrazo cariñoso a modo de despedida.

—Esa de ahí podría hacerme cambiar de idea —dijo Ross sin dejar de mirar a Avril. Cuando se volvió, vio que Khalil lo observaba con perplejidad. Ross se dio cuenta de que había reaccionado con precipitación e intentó recuperarse enseguida—. Aunque, por otro lado… —dijo mirando a una chica del otro lado de la sala y dedicándole una sonrisa.

La chica le devolvió la sonrisa.

—Creo que su primera opción podría ser más rentable para ambos —dijo Khalil, sorprendiendo a Ross—. Sin embargo, le advierto que, si Avril piensa que es amigo mío, tal vez no esté dispuesta a acompañarlo. Pero si lo hace, podría usted hacerme un favor.

—¿Qué tipo de favor? —preguntó Ross, aprovechándose de un enemigo en retirada.

—Digamos que me haría un gran servicio que no solo le garantizaría el contrato, sino que, además, me sentiría dispuesto a repartir con usted mi comisión.

Ross comprendió de pronto lo desesperado que estaba Khalil por conseguir que Avril bailara al mismo son que él antes de que Hartley compareciera ante los tribunales.

—Haré todo lo que esté en mis manos por ayudarlo, amigo —dijo Ross, jugando al mismo juego que el estafador.

—No se arrepentirá —dijo Khalil sonando sincero por primera vez —. Pero, ante todo, tendrá que averiguar si la chica accede a acompañarlo al hotel.

—Intentaré que así sea —dijo Ross, asimismo sincero.

Se bajó del taburete y cruzó lentamente la sala, hasta ser recibido por una gélida bienvenida al tomar asiento en un estrecho sofá, al lado de Avril.

—No quiero tener nada que ver con alguien que es amigo de ese hombre —fueron las primeras palabras de Avril, que articuló sin mirar siquiera a Ross.

—Es comprensible —replicó Ross—, y le prometo que pienso de Khalil lo mismo que usted. Así que sonría y tráteme como a un cliente normal, porque necesito formularle unas preguntas. —Avril esbozó una sonrisa fácil, aunque no parecía muy convencida cuando Ross siguió hablando, sin apenas mover los labios—. Sé que ha intentado abandonar el país recientemente y que las autoridades le confiscaron el pasaporte. Para confirmármelo, limítese a hacer un gesto de asentimiento o de negación con la cabeza.

Avril asintió justo cuando llegó un camarero con una bandeja de plata con una botella de champán y dos copas altas de cristal. Ross esperó a que el camarero les llenara las copas y se fuera, y en el momento en que se disponía a tomar de nuevo la palabra, Avril habló, sorprendiéndolo.

—Si hace un instante estaba usted con Hani Khalil, ¿por qué debería creer una sola palabra de lo que me está diciendo? —preguntó. La sonrisa se había esfumado por completo.

—Porque Khalil piensa que estoy intentando cerrar un acuerdo petrolífero en nombre del Gobierno irlandés y espera representarme, pero la única razón por la que estoy aquí es para ayudarla a volver a

Inglaterra.

—No tengo pasaporte —le recordó Avril.

—Ese problema ya está solucionado —dijo Ross. Avril seguía sin estar convencida, pero esta vez no lo interrumpió—. Aunque, en primer lugar, necesito saber si todavía quiere volver a Inglaterra.

—Eso será imposible hasta que ese contrato de venta de armas se haya cerrado de un modo u otro. Le basta con echar un vistazo a su alrededor para darse cuenta de cómo me están vigilando. Ahmed tiene ojos y oídos por todas partes, así que no puede permitirse ni el más mínimo error.

Ross empezaba a comprender por qué Avril se había convertido en un problema tan intratable para Khalil.

—Puedo conseguirlo —dijo Ross—, pero solo si es capaz de fingir que yo soy un cliente y está dispuesta a acompañarme a mi hotel.

—Si accedo —dijo Avril, con una sonrisa exagerada—, le advierto de que ese matón del fondo de la barra nos seguirá todo el rato a escasos pasos de distancia. —Hizo una pausa—. Es una larga historia.

—Conozco la historia —repuso Ross—, y podemos sacar partido de ella, aunque solo si confía en mí.

—Si lo hago —dijo Avril—, tendrá que pagarle quinientos dólares al camarero. Aquí, el dinero es el único idioma que se habla.

—Es lo propio de este lugar —dijo Ross, devolviéndole la sonrisa.

—Y siempre irá bien para acelerar las cosas si le suma cien dólares más…, eso suponiendo que el Ministerio de Asuntos Exteriores esté dispuesto a pagarlo por mí. —La sonrisa se transformó en un mohín.

—Pues intentémoslo, ¿no le parece? —dijo Ross.

Se levantó y volvió lentamente hacia la barra, consciente de que varios pares de ojos estaban siguiendo sus pasos.

—¿Lo ha rechazado? —preguntó Khalil, decepcionado.

—No. Ha accedido a acompañarme al hotel y a pasar la noche conmigo, ¡pero no me va a salir barata!

—Le ha comentado algo sobre mí —preguntó Khalil, sin poder

disimular su ansiedad.

—Parece que no le cae bien, y le he dicho que a mí tampoco. —Khalil sonrió—. Pero, aun así, me va a costar quinientos dólares.

—Tendrá que pagarlos —dijo Khalil—. De lo contrario, sospechará.

Ross buscó la cartera, sacó seiscientos dólares y se los entregó al camarero. Se imaginó el momento de pasar el cargo a la nota de gastos. El Halcón no lo cuestionaría, pero intuía que el señor Trevelyan querría un desglose detallado.

El camarero guardó quinientos dólares en la caja y los otros cien en su bolsillo.

—En cuanto llegue a su *suite* —dijo Khalil—, fóllesela una vez si le apetece, pero después enciérrela en el baño, baje al vestíbulo y deje que nosotros nos ocupemos del resto.

¿Pensaría Khalil que los irlandeses eran unos ingenuos? Quizá creía de verdad que el dinero podía comprarlo todo, de manera que Ross le siguió el juego.

—¿Y qué es lo que puedo esperar exactamente a cambio? —preguntó, utilizando el único lenguaje que Khalil al parecer entendía.

—No solo conseguirá el contrato, amigo mío, sino que además le daré un dos por ciento de mi comisión, lo que lo convertirá en un hombre muy rico.

Ross, consciente de lo que Khalil tenía planeado para Avril, miró al matón del otro extremo de la barra, que no les había quitado los ojos de encima en ningún momento.

—Un cinco por ciento —dijo, sintiéndose de nuevo con la sartén por el mango.

Khalil asintió de inmediato, lo que solo sirvió para confirmar lo desesperado que estaba.

—Llévese mi coche —dijo Khalil—. Dígale al chófer que vuelva a recogerme después de dejarlo en el hotel.

Ross se volvió y dirigió un gesto a Avril, que apuró su copa de champán antes de levantarse para ir hacia él. No miró a Khalil ni una sola vez.

—¿Vamos? —dijo simplemente, y enlazó a Ross por el brazo antes de echar a andar hacia la puerta.

Cuando Ross miró hacia atrás, vio que Khalil estaba hablando con el hombre que hasta entonces había estado sentado en el otro extremo de la barra. Y en cuanto salieron del club, dijo:

—No diga nada mientras estamos en el coche. Es imposible saber si el chófer de Khalil nos estará escuchando para luego correr a informar a su jefe de todo lo que digamos.

—¿Tan tonta parezco? —replicó Avril entrando en el coche.

—Al Palace Hotel —dijo Ross arrastrando las palabras—. Y ha dicho su jefe que vuelva a recogerlo una vez que nos haya dejado a nosotros.

—Entendido, señor.

Durante el recorrido hasta el hotel, Ross ofreció una actuación convincente cada vez que el chófer miraba por el retrovisor y los veía abrazados.

Cuando los dejó delante del Palace Hotel, Ross lo despidió con otro billete de cien dólares, a cambio del cual recibió una reverencia y un «Que pase una buena noche, señor».

Nada más entraron en el hotel, Ross fue directo al mostrador de recepción y le explicó rápidamente a Jim todo lo que necesitaba. Jim escuchó, haciendo gestos de asentimiento, hasta que vio a uno de los hombres de Khalil cruzando las puertas batientes. Era el mismo tipo que estaba sentado en el otro extremo de la barra en el Overseas Club.

—Los estará esperando un coche —dijo en voz baja Jim. Y, cuando el hombre de Khalil pasó por delante de ellos, añadió—: Que pase una buena noche, señor.

—Gracias —dijo Ross antes de echar a andar para reunirse con Avril, que lo esperaba junto a los ascensores y estaba de espaldas al matón.

—No mire hacia atrás —le alertó cuando Ross llegó a su lado—. Salim, el matón de Khalil, anda por el vestíbulo y no le ha quitado los ojos de encima.

—Soy consciente de ello —dijo Ross.

Entraron en un ascensor vacío y ninguno de los dos habló hasta que las puertas se hubieron cerrado.

—Normalmente no pregunto el nombre a mis clientes —dijo Avril, en cuanto el ascensor empezó a moverse—, pero en su caso…

—Declan O'Reilly —dijo Ross—, y usted es mi esposa.

—Oh, discúlpeme por lo que voy a decir, señor O'Reilly, pero no recuerdo que me haya propuesto matrimonio.

—Eso ya se da por supuesto.

—La mayoría de mis clientes son hombres casados —dijo Avril cuando el ascensor llegó a la última planta y se abrieron las puertas —. Así que, dígame, ¿qué espera obtener a cambio de sus quinientos dólares?

—Usted limítese a seguir mis instrucciones al pie de la letra, señora O'Reilly, y no pierda el tiempo formulando preguntas.

Ross salió del ascensor y fue directo hacia la *suite* presidencial, con Avril detrás. Abrió la puerta y estaba encendiendo las luces cuando el teléfono empezó a sonar. Cogió la llamada, sabedor de quién estaría al otro lado de la línea.

Salim se quedó en el vestíbulo y observó desde allí cómo cambiaban los números en el panel mientras el ascensor de O'Reilly ascendía hasta la última planta sin detenerse. Se encaminó entonces hacia los ascensores y esperó el próximo disponible. Cuando llegó, se sumó a otros huéspedes. Y mientras un hombre pasaba su tarjeta de acceso, Salim pulsó rápidamente el botón para ir a la planta donde estaban situadas las *suites* ejecutivas. El ascensor se paró en la séptima planta, en la novena, en la decimocuarta y en la vigésima primera, y mientras continuaba su lento ascenso hasta la última planta, Salim empezó a maldecir en voz alta.

—El hombre de Khalil acaba de subir a un ascensor lleno de

gente —dijo Jim—, de modo que dispone de un minuto, de un minuto y medio como mucho.

—Entendido —dijo Ross y colgó rápidamente—. Tenemos que ponemos en movimiento, y hacerlo rápido —dijo.

Agarró a Avril por el brazo para volver hacia la puerta. Dejó todas las luces encendidas y giró el cartel del pomo para que se leyera «No molestar».

Una vez que estuvieron en el pasillo, echó a correr hacia los ascensores. Aporreó varias veces el botón de bajada, sabiendo que los noventa segundos estaban a punto de agotarse.

Salim esperó mientras su ascensor seguía subiendo y se abrían las puertas en el piso veintiuno, veintitrés, veinticinco… Cuando llegó al piso veintisiete, se abrió una puerta y se cerró otra.

Salim salió del ascensor y se encaminó con cautela hacia la *suite* presidencial. Lo primero que vio fue una estrecha franja de luz por debajo de la puerta y el cartel de «No molestar» colgado del pomo. Continuó hasta el fondo del pasillo, sacó el móvil y se dispuso a marcar.

Cuando el ascensor llegó a la planta baja, el señor y la señora O'Reilly salieron y fueron directos a la entrada principal. Jim estaba en la acera, como si esperara para parar un taxi. Cuando llegó un coche, subieron los dos a la parte trasera sin cruzar palabra. Ross le dio una propina a Jim, para que pareciese que era un cliente normal y corriente.

—Gracias, señor —dijo Jim.

Cerró la puerta del coche y el chófer salió disparado, sin necesidad de que los pasajeros le dijeran adonde querían ir. Una vez que perdió de vista el coche, Jim regresó al mostrador e hizo una llamada. Despertó al embajador.

Khalil cogió el teléfono en su coche.

—Están en la *suite* presidencial —dijo Salim, sin saber que el señor y la señora O'Reilly se encontraban de camino hacia el aeropuerto—. Le llamo en el momento en que O'Reilly salga.

—Tendrás que entrar entonces. En cuanto te hayas ocupado de la chica, vuelve directamente al club, pero asegúrate de que el cartel de «No molestar» sigue colgado en la puerta, para que no encuentren el cuerpo hasta que la camarera de piso llegue por la mañana.

—¿Qué digo si alguien me pregunta cuándo la vi por última vez?

—Nadie te preguntará nada porque en ningún momento has salido del club. Y, en cualquier caso, ni la policía ni la dirección del hotel querrán hacer publicidad de que han encontrado a una prostituta degollada en la *suite* presidencial, sobre todo tratándose, en particular, de esa prostituta.

—¿Y O'Reilly?

—Hemos quedado en el vestíbulo, y no le dejaré ninguna duda sobre por qué necesita subir a bordo del primer avión que despegue con destino Dublín.

—¿Y si salen juntos? —preguntó Salim.

—En ese caso, mi siguiente llamada será al jefe de la policía.

Mientras el coche circulaba a toda velocidad por la autopista King Salman, Ross no necesitó mirar a Avril para saber que su habitual fachada de compostura había quedado sustituida por una máscara de aprensión. Le cogió la mano y se la apretó, y ella le respondió con una sonrisa que jamás se permitía con los clientes.

Cuando llegaron al aeropuerto King Khalid, fueron recibidos por un enjambre de pasajeros que se dirigían a la terminal, y, a pesar de que no había salido todavía el sol, por la cantidad de gente allí congregada cualquiera podría haber pensado que era ya mediodía.

El chófer se detuvo delante de la zona de salidas internacionales y entregó dos billetes a sus pasajeros.

El señor Declan O'Reilly salió del coche y esperó a que su esposa se uniera a él.

Cuando el chófer de Khalil lo dejó delante del Palace Hotel minutos después, Khalil entró en el edificio y empezó a buscar a O'Reilly, con quien había quedado en el vestíbulo, pero no había ni rastro del irlandés. Supuso que estaría sacando un buen partido de su inversión.

En el otro lado del vestíbulo, Jim hizo su segunda llamada a la embajada. Después de informar al embajador en voz baja, colgó el teléfono, sin dejar de vigilar a Khalil, que hablaba animadamente por el móvil y gesticulaba como un director de orquesta fuera de control.

—¿Dónde demonios está? —preguntó—. Porque aquí en el vestíbulo no está por ningún lado y es imposible que le esté llevando tanto tiempo.

—No ha salido aún de la *suite* —dijo Salim—. ¿Quiere que entre para ver qué está pasando?

—No, todavía no. No hagas nada hasta que yo te llame.

Khalil cortó la llamada y se dirigió a recepción.

—¿En qué puedo ayudarle, señor? —preguntó la chica de detrás del mostrador.

—Póngame con el señor Declan O'Reilly, en la *suite* presidencial.

—¿Sabe usted que son las dos de la mañana, señor? —dijo la recepcionista.

—Lo sé —replicó Khalil—, pero se trata de una emergencia. La madre del señor O'Reilly acaba de ser ingresada en el hospital y debe tomar el primer avión de vuelta a Dublín.

—Le comunico enseguida, señor.

Khalil esperó mientras el teléfono seguía sonando y sonando, hasta que finalmente la recepcionista dijo:

—Lo siento, señor, pero no responde. Si me deja un mensaje,

junto con su nombre, pediré a uno de los botones que suba de inmediato y le pase una nota por debajo de la puerta.

Khalil le dio la espalda a la chica y marcó un número.

—¿Quién me despierta a horas tan intempestivas? —vociferó el jefe de la policía.

El señor y la señora O'Reilly entraron en el vestíbulo y fueron directos al mostrador de venta de billetes de British Airways.

—¿En qué puedo ayudarle, señor? —preguntó la empleada.

—Querría dos billetes a Heathrow en clase *business* —respondió Ross levantando la vista hacia el panel de salidas.

La empleada se puso a teclear.

—Me temo que los asientos en clase *business* están agotados, señor, pero tengo un par de plazas vacantes en primera clase.

Ross pensó en el señor Trevelyan, aunque solo un instante, antes de entregar a la empleada su tarjeta de crédito y dos pasaportes. Miró a su alrededor por si veía a alguien uniformado entrar en la terminal. Varios pilotos y asistentes de vuelo, pero ni rastro de la policía.

La empleada le devolvió los pasaportes junto con dos billetes de primera clase.

—Gracias, señor Hogan —dijo—. Su avión está empezando a embarcar.

—Gracias —replicó Ross, con un acento irlandés más pronunciado.

Se alejaron del mostrador para correr hacia las salidas.

El funcionario responsable del control de pasaportes echó un rápido vistazo a los pasaportes antes de timbrarlos.

—Mejor que se dé prisa, señor O'Reilly —dijo—. Su avión sale en pocos minutos.

El coche del jefe de la policía derrapó hasta detenerse delante de

la entrada del aeropuerto. Salió corriendo del coche, con Khalil un metro por detrás, y accedió a la zona de salidas. Fue directo al mostrador de venta de billetes de British Airways.

Casi sin aliento, el jefe de la policía preguntó a la empleada:

—¿Ha vendido dos billetes para el vuelo destino Heathrow durante la última hora?

—He vendido varios —respondió la empleada—. ¿Tiene el nombre?

—O'Reilly —dijo Khalil, que acababa de llegar al mostrador.

—No he vendido nada con ese nombre —confirmó la empleada.

—Se trata de un hombre alto, de unos cuarenta años, acompañado por una rubia atractiva de treinta y pocos —dijo Khalil —. El hombre tiene acento irlandés.

—Ah, sí, los recuerdo. El señor y la señora Hogan —dijo la empleada consultando de nuevo el ordenador—. Sí, han comprado dos billetes.

—Tienen que ser ellos —dijo el jefe.

—Han sido de los últimos pasajeros en reservar —los informó la empleada—. Primera clase. —Alzó la vista hacia el panel de salidas —. Pero la puerta de ese vuelo ya ha cerrado.

—Póngame con el control de tráfico aéreo ahora mismo — vociferó el jefe.

Ross y Avril llegaron al mostrador de facturación minutos antes de que cerraran la puerta. Fueron los últimos en embarcar y rápidamente los acompañaron a sus asientos en la parte delantera del avión.

Ross mantuvo la calma mientras se abrochaba el cinturón, pero los ojos de Avril no se despegaban de la puerta aún abierta, y no empezó a relajarse hasta que la cerraron de golpe.

Un asistente de vuelo repasó los procedimientos de seguridad del avión, primero en árabe, después en francés y por último en inglés. Avril pensó que no iba a terminar nunca.

Por fin, la asistente de vuelo pasó a ocupar su asiento en la parte delantera del avión, se abrochó el cinturón y la intensidad de las luces se atenuó.

Instantes después, los cuatro gigantescos motores empezaron a girar y a revolucionarse en preparación al despegue.

De pronto, sin previo aviso, los motores comenzaron a ralentizarse hasta detenerse por completo.

—Les habla el capitán —anunció una voz desde la cabina—. Siento informarlos de que tendremos un ligero retraso —añadió sin dar más explicaciones.

Un gruñido recorrió la nave cuando el capitán apareció y ordenó al sobrecargo que abriera la puerta.

El jefe de la policía y Khalil irrumpieron al instante.

—¿Tienen a bordo al señor y la señora Hogan? —preguntó el jefe.

El sobrecargo comprobó el manifiesto.

—No, señor —respondió—. Aunque ha habido pasajeros que no se han presentado, pero como no tenían equipaje a bordo, hemos obtenido permiso para despegar.

El jefe de la policía suspiró. Se volvió hacia Khalil y dijo:

—Ha subestimado a Hogan.

Khalil soltó una retahíla de improperios antes de decir:

—Si no están aquí, tienen que estar en algún lado en el aeropuerto.

—Lo dudo —dijo el jefe mirando por una ventanilla justo en el momento en que un avión de Air France cobraba velocidad por la pista antes del despegue.

—¡Ordene que vuelvan! —gritó Khalil.

—Eso solo puede autorizarlo el ministro —dijo con calma el jefe de la policía—, y si quiere despertarlo, es libre de hacerlo.

El avión desapareció entre las nubes.

Capítulo 7

—¿Que vamos a hacer qué? —dijo Avril cuando salieron de la terminal de Heathrow a la calle.

—Ir en autobús hasta Victoria —respondió Ross.

—Debe de ser una broma —dijo Avril—. Paga seiscientos dólares para no acostarse conmigo, volamos a Londres vía París en primera clase, ¿y ahora espera que vaya en autobús hasta Victoria? ¿Se ha quedado sin dinero?

—No exactamente.

—Tiene que haber una explicación sencilla.

—Lo que me gusta de usted —dijo Ross—, es lo rápido que capta las cosas.

—Y lo que más me gusta de usted, señor Hogan, es que una nunca puede estar segura de qué esperar.

A regañadientes, Avril siguió a Ross por el camino marcado por los rótulos que indicaban la estación de autobuses.

—Aún estamos a tiempo de ir en taxi —comentó Avril al pasar junto a la parada, pero Ross le hizo caso omiso, pasó de largo y no paró hasta llegar a una cola de pasajeros que iban subiendo lentamente a un autobús.

Justo cuando llegaban al final de la cola, apareció un segundo autobús, que aparcó detrás del primero.

Ross subió al segundo autobús mientras la gente de la cola seguía subiendo al primero.

—Llegaremos antes a Victoria en el primero —sugirió Avril.

Pero en cuanto Ross y Avril estuvieron a bordo, las puertas se cerraron y el autobús arrancó.

—Hola, Danny —le dijo Ross al conductor antes de continuar hacia la parte posterior del vehículo, donde dos hombres a los que Avril no conocía se levantaron para presentarse.

—Jack Hawksby —dijo el comandante—, y este es mi colega William Warwick.

—Cuando llevas tanto tiempo en mi profesión como yo —replicó Avril estrechándoles la mano a ambos—, aprendes a reconocer a un policía en cuanto lo ves. Por lo tanto, ¿estoy a punto de ser arrestada o me dejarán en libertad con una amonestación?

—Ninguna de las dos cosas —respondió el comandante—, sino que más bien esperamos que considere la posibilidad de sumarse a nuestro equipo.

—Eso sí que es la primera vez que me pasa —dijo Avril—. ¿Tengo alternativa?

—Avril —dijo Ross—, estamos de su lado, pero mientras Simon Hartley siga en prisión y Khalil pueda ganar una fortuna si los franceses acaban llevándose el contrato de venta de armas, su vida podría correr peligro incluso después de haber vuelto a casa.

—¿Y qué puedo hacer para ayudar? —preguntó Avril hablando por primera vez en tono serio.

—Quizá podríamos empezar haciéndole unas cuantas preguntas —respondió William mientras el autobús se incorporaba a la autopista.

—Adelante —dijo Avril.

William formuló la primera pregunta.

—¿Estaba usted en el Overseas Club la noche en que Paolo Conti fue asesinado?

—Lo estaba, efectivamente —respondió Avril sin dudarlo un instante—. De hecho, en aquel momento estaba sentada al lado de Conti.

—¿Y fue Simon Hartley quien le clavó el cuchillo?

—No, Hartley estaba sentado en el otro extremo de la barra

tomando una copa con Khalil.

—Y entonces, ¿quién mató a Conti?

Avril dudó unos momentos antes de decir:

—El príncipe Ahmed bin Majid, el segundo hijo del ministro de Defensa.

—Y si el caso llegara a los tribunales, ¿estaría dispuesta a confirmar esto bajo juramento?

Avril dudó incluso más rato antes de responder:

—Sí, estaría dispuesta.

—Gracias —dijo el comandante.

—Es lo mínimo que puedo hacer —añadió Avril mirando directamente a Ross.

—¿Y estaría dispuesta a firmar una declaración con ese fin? —preguntó William mientras el autobús salía de la autopista y se incorporaba al paso elevado de Hammersmith.

—Sí —respondió Avril, en un susurro casi inaudible.

William abrió un maletín y extrajo una única hoja de papel que le entregó a Avril.

Mientras leía el documento, la mano de Avril empezó a temblar.

—Es mi sentencia de muerte —balbuceó, sin dejar de temblar.

—No vamos a permitir que le pase nada —dijo William con calma —. De hecho, hasta que Hartley sea puesto en libertad, y muy en especial mientras el príncipe esté en Londres, tendremos un equipo de detectives perfectamente entrenados vigilándola día y noche. Ross estará al frente de toda la operación.

—¿Y no podría Ross matar a Ahmed aprovechando su visita a Londres? —sugirió Avril, sin la mínima pizca de ironía.

—Nada me gustaría más —dijo Ross—, pero no creo que el Ministerio de Asuntos Exteriores lo aprobara mientras siga existiendo la mínima posibilidad de conseguir ese contrato de venta de armas y de que Simon Hartley pueda volver a casa sano y salvo.

—¿Y qué tienen planeado ahora para mí? —preguntó Avril.

—Nos gustaría que se mantuviera fuera de peligro mientras la delegación saudí esté en Londres, puesto que pensamos que es

posible que el príncipe Ahmed quiera ir a por usted.

—Mantenerme alejada de él no va a ser ningún problema —replicó Avril—. No tengo ningunas ganas de volver a ver a ese hombre.

—Serían solo un par de semanas, tres como máximo —dijo el Halcón—, y después ya podría reincorporarse al trabajo.

—Lo ha expresado usted muy bien, comandante, si me permite decirlo —dijo Avril—. Pero eso podría cambiar si volviera a Riad, declarara delante del tribunal e identificara a Ahmed como el asesino.

—Creo que Hartley habrá sido liberado mucho antes que eso —dijo William pasándole un bolígrafo.

Avril leyó la declaración por segunda vez antes de estampar finalmente su firma sobre el nombre de Jenny Prescott.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Avril cuando vio que el autobús giraba a la derecha y continuaba por Earl's Court Road, de camino hacia Westminster.

—En cuanto lleguemos a Whitehall —dijo William—, podemos llevarla en coche hasta donde usted desee. ¿Tiene algún lugar seguro donde alojarse?

—En casa de mi madre, en Putney, hasta que encuentre algo para alquilar.

William hizo un gesto de asentimiento.

—Sería prudente, dadas las circunstancias, que no le comentara a su madre nada que pueda estar relacionado con nuestro acuerdo.

—Eso no será complicado —replicó Avril—. Mi madre ni siquiera sabe cómo me gano la vida, así que desde luego no le diré que ando liada con la policía, el Ministerio de Asuntos Exteriores y un príncipe extranjero de reputación más que dudosa.

—¿Qué le ha explicado que hace en Riad? —preguntó el comandante.

—Le conté que trabajaba como secretaria personal del director de una compañía petrolífera.

—¿Y por qué vuelve a casa? —dijo William, presionándola.

Avril no respondió de inmediato.

—Le diré que lo de secretaria personal se volvió demasiado personal, y que cuando la mujer del director se enteró me pusieron de patitas en la calle.

Los tres hombres se echaron a reír.

—Sin embargo —continuó Avril—, creo que quizá debería contarle que he conocido a un tipo bastante atractivo de Dublín llamado Declan O'Reilly que está intentando cerrar un negocio petrolífero en Arabia Saudí. Nada complacería más a una madre católica, irlandesa y anticuada como la mía que la idea de que su hija pudiera casarse con un compatriota suyo.

El comandante sonrió.

—Creo que no tardará en descubrir que el inspector Hogan tiene otros planes.

—Pues es una chica afortunada —dijo Avril cuando acabaron de rodear la plaza del Parlamento y el autobús se detuvo delante del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Cuando bajaron los cuatro del autobús, vieron que los esperaba un coche aparcado en una doble línea amarilla. William abrió la puerta trasera para que pudiera subir Avril, que se despidió de Ross dándole un beso en cada mejilla.

—Una dama muy refinada —dijo el comandante una vez que el coche se alejó—. Y ahora, Ross, mejor será que vayas a informar enseguida al señor Trevelyan mientras nosotros volvemos a Scotland Yard. En cualquier caso, cuando él termine contigo, preséntate en mi despacho.

—Pero ¿cómo puede estar tan seguro de en qué bando estoy? —le preguntó Ross al Halcón, intentando mantener una expresión de seriedad.

—No olvides —replicó el Halcón— que conozco al señor Trevelyan, y sé que no es tu tipo.

—Nos vemos luego, señor —dijo Ross antes de cruzar la puerta del ministerio.

—¡Que Dios nos ayude si Ross estuviera trabajando para el otro

bando! —dijo el comandante en cuanto William y él pusieron rumbo hacia Scotland Yard.

En su casa de campo de Bucklebury, *lady* Hartley estaba sentada delante de su escritorio, en una esquina del salón. Había dedicado la mañana a responder cartas de desconocidos, en su mayoría mensajes de condolencia por el fallecimiento de su marido. Algunas mencionaban la complicada situación en la que se encontraba Simon, y una de ellas decía: «Su hijo es un asesino y merece ser condenado a la horca. Confío en que se pudra en el infierno».

La última carta que leyó estaba remitida por el director del banco y adjuntaba una copia de su último extracto. La cuenta tenía un saldo a favor de unos pocos miles de libras, puesto que su marido nunca la dejaba sin dinero, pero unos pocos miles de libras no bastaban para cubrir los gastos del funeral y las facturas mensuales, que normalmente se habría ocupado de gestionar el difunto. En una ocasión, su marido le había dicho que el decimoprimer mandamiento habría tenido que ser «No te quedarás en descubierto», y *lady* Hartley sospechaba que Moisés se habría mostrado de acuerdo con él. Sin embargo, ni Moisés ni su marido estaban ahora aquí para asesorarla. Nunca había hablado de aquel tipo de problemas con su marido, pues él le había asegurado siempre que Simon lo tenía todo bajo control. Su marido no podía haber previsto que su hijo acabaría en una celda en el extranjero, dejándola a ella sola ante los problemas del día a día hasta que fuera puesto en libertad o…

Los pensamientos de *lady* Hartley se vieron interrumpidos por el sonido del teléfono. *Lady* Hartley dejó sobre la mesa la carta del director del banco para atender la llamada.

—Buenos días, *lady* Hartley —dijo una voz que no reconoció—. Me llamo Bernard Anscombe y soy el embajador británico en Riad.

—Le agradezco la llamada, sir Bernard —respondió *lady* Hartley. Tenía preparada su primera pregunta por si acaso la llamaba alguien del Ministerio de Asuntos Exteriores—. ¿Ha podido usted visitar a mi

hijo?

—Conseguí verlo hace un par de días —respondió el embajador— y puedo informarla de que lo está llevando bien.

—Pero ha sido acusado de asesinato —dijo *lady* Hartley esforzándose por mantener la calma—. Y le aseguro, embajador, que Simon no le haría daño ni a una mosca.

En el pasado, cuando había tenido que llamar a madres cuyos hijos habían acabado en prisión, sir Bernard había sido plenamente consciente del delito del que se los acusaba, y poco había podido hacer él ni nadie para tranquilizarlas. Sin embargo, en esta ocasión, no tenía ni la menor duda de que su compatriota era inocente. Pero, de igual forma, midió con cautela sus palabras.

—He hablado con el jefe de la policía y le aseguro que le he dejado muy clara nuestra postura.

—Los saudíes siguen mandando a la horca a los condenados por asesinato —le recordó la angustiada madre.

—Estoy seguro de que no llegaremos a eso, *lady* Hartley —fue lo máximo que el protocolo le permitió decir al experimentado diplomático.

—¿Sabe siquiera que su padre ha muerto? —preguntó *lady* Hartley con la desesperación volviendo a su voz.

—Se lo comuniqué —respondió el embajador—, aunque me pareció que lo que más le preocupaba era cómo lo estaba llevando usted. Me dijo que debería leer atentamente el testamento de su esposo y buscar luego asesoramiento legal. Mientras tanto, no descansaré hasta que su hijo sea puesto en libertad. En cuanto cuelgue, llamaré también a su nuera y le garantizo que las mantendré regularmente informadas de lo que sucede por aquí.

—Es usted muy amable, sir Bernard.

Lady Hartley siguió aferrada al teléfono hasta mucho después de que el embajador colgara. Pensó en el consejo que acababa de darle, dejó el teléfono y se puso a buscar la tarjeta de aquel abogado de la Corona que había asistido al funeral y le había ofrecido una renuncia a sus honorarios por lo mucho que admiraba a

su marido. Le había parecido un hombre con mucha más categoría que el abogado de su localidad. Cuando por fin encontró la tarjeta, cogió el teléfono de nuevo y marcó el número.

—Bufete del señor Booth Watson —anunció una voz al otro lado de la línea.

—Necesitaría hablar con el responsable del bufete, por favor —dijo *lady* Hartley.

—¿Me permite su nombre, por favor?

—*Lady* Hartley.

—Enseguida le pongo.

—Me veo obligado a admitir —dijo Trevelyan después de que Ross presentara su informe por segunda vez en lo que llevaba de mañana— que lo ha hecho muy bien, a pesar de no ser uno de los nuestros.

—Gracias, señor —dijo Ross—, por tan ambiguo cumplido.

Trevelyan ignoró la réplica y preguntó:

—¿Dónde se encuentra la señorita Dubois en estos momentos?

—Jenny Prescott se instalará en casa de su madre, en Putney.

—Dejémoslo así por el momento —dijo Trevelyan—. No debemos olvidar que el ministro de Defensa saudí y su hijo, el príncipe Ahmed, visitarán Londres el mes que viene. Lo último que necesitamos ahora es un incidente diplomático.

—¡Dios no lo quiera! —exclamó Ross.

—Teniendo en cuenta que el superintendente jefe Warwick se ocupará de la seguridad durante la visita del ministro, quizá podría sugerirle que se tome unas merecidas vacaciones.

—Muy amable por su parte, señor —dijo Ross, sin recordarle que acababa de volver de vacaciones y que no era su intención tomarse más días libres, sobre todo estando el príncipe Ahmed en el país.

—Le complacerá saber, Hogan, que le he enviado al comandante Hawksby un informe brillante sobre su actuación en Riad. Eso sí, no voy a negarle que sus gastos han causado asombro a más de uno.

—No se trataba de poner en riesgo tres mil millones de libras por un dólar más o menos —dijo Ross ofreciendo una respuesta que llevaba bien preparada.

—Espero que la relación calidad-precio obtenida fuera buena —dijo Trevelyan sin ningún tipo de ironía, y antes de que a Ross le diera tiempo a contestar, añadió—: Pero si no logramos hacernos con ese contrato y acaban firmándolo los franceses, tendremos que confiar en la declaración jurada de la señorita Dubois sobre lo ocurrido en el club esa noche, si queremos asegurarnos de que a los saudíes no les queda más alternativa que poner en libertad a Hartley.

—Creo que ella se sentiría aún más feliz si el príncipe Ahmed termina en la cárcel, que es donde debería estar —dijo Ross, sin mencionar la franca sugerencia de Avril de que tendría que matarlo.

—Eso no va a pasar —dijo Trevelyan—, o al menos no va a pasar mientras exista la más mínima posibilidad de que nos adjudiquen ese contrato de venta de armas.

—¿Y si son los franceses los que consiguen la firma del contrato y los saudíes no ponen en libertad a Hartley?

—En ese caso, quizá tengamos que recurrir de nuevo a sus especiales habilidades, inspector —reconoció Trevelyan—, pero hasta entonces asegurémonos simplemente de que esa mujer no se acerca para nada al hijo del ministro de Defensa mientras esté en Inglaterra. Con las protestas organizadas que a buen seguro tendrán lugar durante la visita tendremos más que suficiente. ¿Entendido, Hogan?

—Sí, señor —dijo Ross, al que le habría gustado añadir «Lo que usted ordene, señor», pero se contuvo.

Después de salir del Ministerio de Asuntos Exteriores, Ross cruzó Whitehall y se dirigió a Scotland Yard. Entró en el edificio, subió corriendo por la escalera hasta el tercer piso y llamó a la puerta del despacho del comandante.

—Adelante —dijo una voz.

—Tenía usted razón —dijo Ross entrando en el despacho del Halcón—. Trevelyan no es mi tipo de hombre.

—Pues no nos quedará más remedio que llevarnos bien con él durante unas semanas —replicó el Halcón—, al menos mientras Avril siga en peligro.

—Quizá deberíamos intercambiar a Trevelyan por Hartley —dijo Ross en el momento en que William entraba al despacho para sumarse a ellos.

—¿Te ha contado ese omnipresente mandarín algo que mereciese la pena? —preguntó.

—Poca cosa —reconoció Ross—. Supongo que no soy miembro de los clubes que me llevarían a ganarme su confianza. Pero lo que sí puedo decir es que el Ministerio de Asuntos Exteriores está hecho un saco de nervios con la próxima visita del ministro de Defensa de Arabia Saudí y especialmente preocupado por las protestas que puedan tener lugar si el príncipe Ahmed aparece por aquí mientras Hartley sigue en prisión.

—Y así debe ser —dijo el Halcón—. Los manifestantes estarán bien preparados y se plantarán delante del número 10. No pienso culparlos por ello, francamente.

—He informado ya a mi equipo sobre lo que cabe esperar —dijo William— y, por supuesto, tendremos a los efectivos del Grupo de Apoyo Territorial montando guardia en Whitehall Court por si la cosa se descontrola.

—Confiemos en que no sea necesario —dijo el Halcón—. Y, por cierto, Ross, felicidades por el trabajo bien hecho. Aunque quizá deberías irte ya a casa para que Alice y Jojo sepan que has llegado sano y salvo…, y tomarte el día de mañana libre. —Hizo una pausa —. Es una orden.

Ross no necesitó que se lo dijeran dos veces y, una vez que acabó de informar, se marchó y los dejó a los dos discutiendo sobre las implicaciones de la visita de los saudíes y las cosas que podían salir mal.

En cuanto abandonó el edificio, Ross se dirigió a St. James's Park, donde tomó el metro hasta Sloane Square, con la esperanza de llegar a casa antes de que Jojo se acostara.

—¿Podré ir a ver la presentación del Rembrandt? —preguntó Jojo, que estaba sentada en el suelo rodeada de ángeles.

—Por favor —dijo Alice.

—Por favor —repitió Jojo.

—Por supuesto que podrás. De hecho, creo que Beth va a pedirte que hagas algo bastante especial esa tarde.

—Especial ¿como qué? —preguntó Jojo.

—Has sido elegida para regalarle un ramo de rosas a la condesa de Wessex cuando visite el museo para la presentación del Rembrandt.

Jojo se puso a dar saltos de contento y no paró hasta que oyó que se abría la puerta. Salió corriendo del salón y gritó de alegría cuando vio que era su padre. Se abalanzó sobre él y dijo:

—¡Hola, papá! ¿Te has enterado de la noticia?

—No, pero tengo la sensación de que estás a punto de contármela —dijo Ross entrando con ella en el salón, donde recibió un beso de bienvenida a casa y un segundo abrazo por parte de Alice.

—He sido elegida para regalarle un ramo a la condesa cuando vaya a visitar el Fitzmolean para presentar el ángel.

—¿Tú ángel? —dijo Ross, mirando el suelo alfombrado con dibujos de su hija.

—No, tonto —repuso Jojo—. El ángel de Rembrandt. Y necesitaré un vestido nuevo.

—Claro que sí —dijo Ross—, y como mañana tengo el día libre, podríamos ir de compras juntos.

—Gracias, papá —dijo Jojo, que se agachó, seleccionó un ángel y se lo dio a su padre.

—Lo enmarcaré —dijo Ross— y lo colgaré en mi despacho de

Scotland Yard.

—Allí no es que haya precisamente muchos ángeles —dijo Alice mientras Jojo recogía los dibujos—. Y ahora, señorita, es hora de acostarse. Hace ya rato que deberías estar en la cama.

—¿Me prometes que vendrás a verme cuando le regale el ramo a la condesa? —preguntó Jojo levantando la vista hacia su padre.

—Por supuesto que sí —respondió Ross cogiendo a su hija en brazos.

—¿Y vendrás a leerme cuando me haya acostado?

Jojo sonrió y salió de la estancia canturreando una melodía que los mayores no reconocieron.

—Veo que al final no te han arrestado —dijo Alice en cuanto se hubo cerrado la puerta.

—No, pero ha sido por los pelos —reconoció Ross.

—¿Y la chica de la que me hablaste antes de irte?

—Está sana y salva en Londres, en casa de su madre por el momento. Pero como estoy a cargo de su protección, espero que no tengas muchas cosas planeadas para mí durante los próximos dos meses.

—Nada de mayor importancia, aunque no olvides que acabas de prometerle a tu hija que no vas a perderte la presentación del Rembrandt.

—Por supuesto que no me la perderé —dijo Ross cuando Alice se sentó a su lado en el sofá.

—Y gracias por haber accedido a ayudarla a elegir un vestido para la ocasión. No podía disimular lo feliz que estaba por tenerte de vuelta. —Hizo una pausa—. Y yo también lo estoy.

—Y yo —reconoció Ross.

Abrazó a Alice y empezó a besarla, con delicadeza primero, después más apasionadamente. Empezaba a desabrocharle los botones de la blusa cuando una voz detrás de ellos dijo:

—Sois unos cochinos.

Lo primero que hizo Beth cuando William volvió a casa aquella noche fue preguntarle si Ross había regresado de una pieza.

—De dos piezas —respondió William, sin dar más explicaciones.

—No te preguntaré dónde ha estado ni en qué ha andado metido —dijo Beth—, sobre todo porque sé que no me lo dirás.

—Lo único que puedo contarte —replicó William— es que Ross ha solucionado un problema pero ha creado otro. Un problema, además, que no creo que podamos resolver por un tiempo.

—No hasta que Hartley salga de la cárcel —sugirió Beth— y el príncipe Ahmed regrese a Arabia Saudí, también de una pieza.

—¿Cómo lo sabes…? —empezó a decir William.

—Te he aconsejado a menudo que leas *The Guardian* y que no dependas solo del *Daily Mail* para mantenerte informado.

—Lo que sí puedo decirte —repuso William— es que en el *Daily Mail* sale un artículo sobre tu amiga Christina que estoy prácticamente seguro de que no verás en *The Guardian*. —William hojeó algunas páginas del *Mail* antes de empezar a leer en voz alta: «Nigel Dempster afirma en su columna de chismes de esta mañana que "Después de un romance relámpago, el señor Wilbur T. Hackensack III se ha casado con la señora Christina Faulkner. Christina —recuerda Dempster a sus lectores— es la exesposa del estafador Miles Faulkner, que saldrá en libertad de Wormwood Scrubs la semana próxima, después de haber cumplido una condena de tres años. El enlace tuvo lugar en la capilla de Santa María en Montecarlo. No hubo invitados. La feliz pareja disfrutará de su luna de miel en Venecia antes de regresar a Londres en el Orient *Express*. La revista *Forbes* afirma que Hackensack es un multimillonario conocido en su ciudad natal, Columbus, Ohio, como el Basurero. Preguntado por si su segunda esposa había firmado un contrato prenupcial, el Basurero respondió: "Cuando encuentras a la mujer adecuada, no es necesario firmar ningún tipo de acuerdo"».

—Espero que esté de vuelta a tiempo para la presentación del

Rembrandt —dijo Beth.

—El matrimonio podría estar anulado para entonces —sugirió William.

—No creo.

Beth sonrió para sus adentros, segura de que Christina había encontrado esta vez la pareja perfecta.

Capítulo 8

—Buenas tardes, *lady* Hartley. ¡Qué privilegio volver a verla! —dijo con entusiasmo Booth Watson—. Si ha venido a consultarme por el caso de su hijo, me temo que poca cosa podré hacer…, aunque no dudo para nada de su inocencia.

—Qué amable por su parte al decir esto —respondió *lady* Hartley.

Booth Watson acompañó a su cliente potencial hasta un confortable sillón al lado de la chimenea y tomó asiento delante de ella.

—Pero este no es el motivo por el que vengo a buscar su consejo —dijo.

Booth Watson guardó silencio.

—Debo confesarle, señor Booth Watson —continuó *lady* Hartley —, que no tenía ni idea de cuánto me costaría el funeral, y me temo que he incurrido en un pequeño descubierto que mi esposo jamás habría aprobado.

—Pero su esposo debe de haberle dejado una pequeña fortuna, *lady* Hartley —sugirió Booth Watson, aunque confiaba que no fuera así.

—«Pequeña» es la palabra correcta —dijo *lady* Hartley—. Una fortuna familiar que ha ido menguando con el paso de los años, sobre todo porque mi marido consideraba el servicio público mucho más importante que ganarse la vida. Los parlamentarios, como usted bien sabrá, señor Booth Watson, reciben un sueldo mísero, y los ministros, una cantidad no mucho mejor, y mientras mi hijo está

ausente…

Booth Watson se tomó su tiempo para fingir que estaba reflexionando sobre el problema antes de decir:

—¿Existe la posibilidad de que tenga en su posesión algún objeto del que estaría dispuesta a desprenderse para con ello aliviar el problema inmediato? —preguntó sabiendo exactamente de qué quería que *lady* Hartley se desprendiera.

Lady Hartley dudó un instante antes de decir, sin levantar la voz:

—Hay un cuadro de Constable que me ha dejado mi difunto marido, el del viejo molino de Bucklebury, pero desconozco por completo su valor.

—Tengo un cliente que podría estar interesado en ese Constable —dijo Booth Watson—. Y si quiere que le pregunte… —Añadió sin excesivo entusiasmo.

—Sería muy amable por su parte, señor Booth Watson.

—Es lo menos que puedo hacer, recordando lo mucho que me apoyó su esposo a lo largo de los años.

—Necesito un poco de tiempo para considerar su oferta —dijo *lady* Hartley—. Permítame que se lo comunique en cuanto tome una decisión.

—No hay ninguna prisa, por supuesto, señora mía —replicó Booth Watson, seguro de que el hijo tardaría un tiempo en ser puesto en libertad.

Se levantó del asiento y acompañó a su ingenua clienta hasta la puerta.

Lady Hartley salió del bufete del abogado de la Corona con una sonrisa en la cara.

En cuanto *lady* Hartley se marchó, Booth Watson volvió a su despacho y empezó a redactar notas detalladas, que con el tiempo compartiría con Miles, pero no antes de haber confirmado el valor del Constable e, igualmente importante, el valor estimado de una Declaración de Independencia escrita y firmada por Jefferson, en el caso de que saliera a subasta.

Miles abandonó Wormwood Scrubs a las nueve y veintitrés de la mañana del día siguiente, después de haber firmado todos los formularios de salida. Lo único que llevaba encima era una copia de uno de los cuadros de la serie de los *Nenúfares* de Monet, pintada y firmada por Billy Mumford, con un dibujo del *Jacob luchando con el ángel*, de Rembrandt, discretamente escondido detrás del Monet.

—¿A casa, señor? —preguntó Collins una vez que hubo guardado la pintura en la parte trasera del Rolls y se hubo sentado en el asiento del conductor.

—No —respondió Miles—. He quedado con el señor Booth Watson para desayunar en el Savoy.

—Perfecto, señor —dijo Collins.

En cuanto el coche se puso en marcha, Faulkner no volvió ni una vez la vista atrás. No era una de sus costumbres.

A Collins le llevó cuarenta minutos llevar al jefe desde Scrubs hasta el Savoy. Cuando estacionó delante del hotel, un portero se acercó rápidamente hasta el coche, abrió la puerta de atrás, saludó con la cabeza y dijo: «Buenos días, señor Faulkner» como si no hubiera pasado el tiempo.

Miles entró en el hotel, encantado de ver que Mario estaba de servicio detrás de su pequeña mesa alta de recepción en la entrada del Grill Room. Había cosas que nunca cambiaban, pensó. El *maître* lo acompañó hasta su mesa habitual, donde Booth Watson ya estaba esperándolo.

—Tenemos mucho que discutir —dijo Booth Watson después de estrecharle la mano a su cliente—. ¿Por dónde quieres que empecemos?

—¿Has puesto ya al corriente a Lamont? —preguntó Miles tomando asiento.

—Sí —respondió Booth Watson—, y lo he dispuesto todo para que el exsuperintendente se pase por mi bufete esta tarde para que puedas informarlo tú directamente.

—¿Te ha parecido que estuviera interesado? Al fin y al cabo, han pasado tres años.

—Lo único que puedo decirte —dijo Booth Watson— es que su precaria situación financiera no se ha alterado desde la última vez que lo viste. No olvides que tuvo que renunciar a parte de su pensión después de que Warwick fuera responsable de su partida imprevista del cuerpo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro de que anda corto de dinero? —preguntó Miles mientras el camarero le servía un café solo.

—Llevaba el mismo traje reluciente, la misma corbata arrugada, los mismos zapatos bien lustrados, aunque con las suelas gastadas, y su primera pregunta fue «¿cuánto?».

—Bien —dijo Miles—, porque prefiero trabajar con estómagos vacíos y no pienso darle ni las sobras a menos que dé resultados.

—¿Y qué resultados, exactamente, esperas que te dé? —preguntó Booth Watson.

Miles se tomó su tiempo para poner al día a su abogado, y Booth Watson tuvo claro enseguida que su cliente no había estado ocioso durante su encierro.

—Ya he transferido las mil libras a la cuenta de Mumford —dijo Booth Watson—. ¿Asumo, entonces, que el ángel está listo para echar a volar?

—Sí, aunque no está listo aún para unirse a las huestes celestiales —dijo Miles.

—¿Y qué ganas tú —preguntó Booth Watson— si todos los presentes se darán cuenta al instante de que lo que tienen delante es una falsificación?

—Ahí está la gracia, BW —replicó Miles—, porque en cuanto todo el mundo se dé cuenta de que se trata de una falsificación, a la señora Warwick no le quedará más remedio que dimitir como directora del Fitzmolean, y te aseguro que no será precisamente para asumir un nuevo puesto como directora de la Tate Gallery.

—¿Y será eso suficiente para que te olvides del tema? —preguntó Booth Watson en el momento en que llegaba Mario.

—Ni mucho menos —respondió Miles—. No tengo la más mínima intención de olvidarme del tema hasta que su marido corra la misma suerte y su sueño de convertirse en comisario de la Policía Metropolitana se transforme en una pesadilla.

—¿Desea pedir ya el desayuno, señor Faulkner? —preguntó el *maître*.

—Sí, tomaré el desayuno inglés completo, Mario —dijo Miles sin siquiera mirar la carta.

Habían pasado días, o quizá semanas, desde que Simon había visto a sir Bernard. No tenía manera de calcular el paso del tiempo. Cuando la puerta de la celda volvió a abrirse por fin, levantó la vista y vio a tres hombres mirándolo fijamente.

Uno de ellos dio un paso al frente para arrancarlo del fino y maloliente colchón y arrastrarlo hacia el pasillo, donde se encontró cara a cara con el alcaide del centro penitenciario.

—Buenos días, Hartley —dijo—. Le alegrará saber que vamos a trasladarlo al módulo A, que solo alberga asesinos, por lo que se sentirá como en casa, entre amigos.

—No soy ningún asesino —espetó Simon— y lo sabe.

—Sin embargo —continuó el alcaide, que no estaba acostumbrado a ser interrumpido—, quizá no le alegrará tanto saber que va a compartir celda con un asesino profesional —anunció mientras, con un carcelero delante y otro detrás, el prisionero era conducido por una escalera de caracol hasta la planta baja—. Y con lo de profesional me refiero a que se gana la vida con esto. Le sorprendería lo poco que cobra, la verdad.

De haber tenido algo en el estómago, Simon habría vomitado.

—Y hay una cosa más que debería saber antes de presentarle a Sean O'Driscoll. Le gusta tener la celda para él solo, y teniendo en cuenta que sus últimos compañeros han muerto mientras dormían quizá sea prudente no quedarse muy dormido.

Hartley captó el mensaje.

—Y el último detalle que creo que debería compartir con usted —continuó el alcaide del centro— es que O'Driscoll fue comandante de un grupo del IRA, y que si hay algo que odia aún más que a todos nosotros, es a un inglés, sobre todo si es de clase alta, lo que él denomina «un pijo». Esperemos, pues, que pueda sobrevivir aquí otro par de meses, porque ese es el tiempo que le queda antes de que lo ejecutemos en la plaza del mercado, y si sigue vivo por entonces, es posible que pueda disfrutar de esa celda para usted solo.

Simon observó a uno de los carceleros, que se tomaba su tiempo para abrir tres cerraduras antes de tirar lentamente de una sólida puerta. El otro carcelero lo empujó hacia dentro y Simon aterrizó a los pies de un hombre gigantesco, que miró a su nuevo compañero de celda como si fuese su próxima comida.

—Nos vemos en unas semanas —dijo el alcaide del centro penitenciario cerrando la puerta—, aunque, claro, quizá no.

Simon miró a su nuevo compañero de celda y empezó a desear volver al régimen de aislamiento.

Capítulo 9

La mañana de la presentación del Rembrandt, el presidente, la junta directiva y los altos cargos de la institución formaron un semicírculo y admiraron el dibujo un buen rato antes de que alguno de ellos hablara.

—Qué afortunados somos —dijo por fin Beth— de poder incorporar a nuestra colección un ejemplo tan magnífico de la obra de Rembrandt.

—Lo cual solo ha sido posible —observó un miembro de la junta recientemente nombrado— gracias a la extraordinaria generosidad de nuestro benefactor anónimo.

—Deberíamos brindar por él o ella durante la presentación —sugirió sir Nicholas.

—Quizá se presenta, incapaz de resistir la tentación de echarle un vistazo —dijo el conservador del museo.

—Eso sería solo en el caso de que se tratase de un mecenas o un amigo —les recordó a todos Beth—, pues, de lo contrario, esa persona no podría estar en la lista de invitados.

Cistina fijó la vista en la conocida firma de Rembrandt y sonrió. Era una suerte haber podido adquirir el dibujo e incorporarlo al fondo de la galería. Y el hecho de que procediera del patrimonio del duque de Hamilton no dejaba lugar a dudas de que se trataba del original.

—Seguro que a Rembrandt le habría hecho gracia saber —sugirió Beth— que hemos tenido que recaudar un millón de libras para

comprar uno de sus dibujos.

—Sobre todo si recordamos —dijo el conservador— que Rembrandt murió en la miseria.

—¿Alguna noticia de última hora del palacio? —preguntó Beth.

—Sí —dijo sir Nicholas—. He recibido una llamada esta mañana. El secretario de Su Alteza Real ha confirmado su llegada a la presentación a las siete de la tarde, lo cual significa, claro está, a las seis cincuenta y nueve.

—La obra de un maestro holandés presentada por un miembro de la realeza británica —comentó el conservador.

—Así es —dijo Beth—, y como ya no hay nada más que hacer aquí, voy a casa a cambiarme. Pero recuerden que tenemos que estar de nuevo en nuestros puestos antes de las siete.

—Sí, señora —respondieron todos al unísono.

Alan Roberts esperaba pacientemente en el último peldaño de la escalera de acceso al Fitzmolean. Había recibido una llamada a primera hora de la mañana y, como consecuencia, allí estaba esperándolos. Unos minutos antes de las cinco, apareció una furgoneta y aparcó delante del museo.

Se abrió entonces la puerta trasera del vehículo y salieron de su interior cinco hombres con uniforme de policía acompañados por dos perros sabuesos, ambos *spaniels*.

Alan bajó por la escalera y se presentó al sargento responsable del grupo, antes de guiarlos hacia el edificio y acompañarlos hasta la sala Rembrandt de la primera planta, donde se había montado un escenario para la ceremonia de presentación, que tendría lugar a última hora de la tarde.

En la pared del fondo colgaba una cortina de terciopelo rojo con un cordón dorado, a la espera de que Su Alteza Real la condesa de Wessex tirara de él.

—Si usted y su equipo pueden esperar fuera y asegurarse de que nadie entra en el museo mientras nosotros realizamos el control —le

dijo el sargento a Alan—, no nos llevará mucho tiempo.

Alan se retiró para que los perros pudieran hacer su trabajo.

El sargento reapareció doce minutos después y dijo:

—Todo correcto, Alan. Sin embargo, ha surgido un pequeño problema con el que estoy seguro de que podrá ayudarme.

—Por supuesto —dijo Alan siguiendo al sargento hacia la galería principal.

—¿Adónde lleva ese pasillo? —preguntó el sargento señalando el otro lado de la sala.

—A una salida de incendios que solo se utiliza en caso de emergencia.

—¿Y los tres baños?

—Son para uso del público.

—¿Sería posible, Alan, cerrar el baño de señoras y mantenerlo cerrado por si acaso Su Alteza Real necesitara utilizarlo? Es poco probable, pero siempre es mejor curarse en salud.

—Considérelo hecho —dijo Alan, que sacó su llavero, seleccionó la llave maestra y cerró la puerta—. Y no volveré a abrirla hasta que nuestra importante invitada se haya marchado —dijo con aire de autoridad.

—Gracias por su cooperación, Alan —dijo el sargento—, y ya que nuestro trabajo está hecho, nos vamos.

Alan acompañó al grupo hacia la escalera y luego hasta la calle.

—Espero que la velada sea un gran éxito —dijo el sargento mientras su equipo entraba en la furgoneta, con los perros meneando la cola.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó el chófer cuando el sargento subió al asiento del acompañante.

—No podría haber ido mejor, pero, claro, tal y como usted predijo, si representas bien el papel, nadie te cuestiona.

—¿Ha quedado cerrado el baño de señoras? —preguntó el antiguo superintendente, poniendo el vehículo en marcha para incorporarse al tráfico vespertino.

—El jefe de seguridad se encargará personalmente de que no

vuelva a abrirse hasta que la condesa se haya marchado —replicó el sargento cuando la furgoneta se detuvo en un semáforo—. No podría haberse mostrado más colaborador.

—Pues es hora de llamar al jefe —dijo Lamont inclinándose hacia delante.

Cogió el teléfono y lo siguiente que se oyó fue la voz de Miles Faulkner.

—¿Está cerrado el baño de mujeres? —Fue lo único que preguntó.

—Lo está —respondió Lamont mientras el semáforo se ponía en verde.

Colgó el teléfono, giró a la izquierda y el vehículo se perdió de vista.

—¿Todo en orden? —preguntó Booth Watson después de que Miles hubiera colgado el teléfono.

—Todo exactamente tal y como lo hemos planeado —respondió Miles.

Booth Watson se sirvió una copa.

—¿Y nadie ha sospechado nada?

—Cuando cinco policías uniformados acompañados por perros se presentan en la puerta, hasta los guardias de seguridad más celosos se ponen firmes. Lamont incluso llamó a Roberts con antelación para avisarle de que estaban de camino.

—De modo que cuando Su Alteza Real tire del cordón de la cortina esta noche…

—Aún no he acabado de decidir qué ponerme para la presentación —dijo Beth cuando William salió de la ducha.

—¿Qué opciones tienes? —preguntó William abriendo el cajón de las camisas.

—Estoy entre el vestido azul con cuello blanco de Gucci que me

compré en Milán cuando estuvimos de vacaciones y el traje chaqueta clásico de Armani que me regaló Christina.

—Siempre me ha gustado ese vestido azul —dijo William mientras empezaba a abotonarse la camisa.

—Pero ¿crees que es el *look* adecuado para la directora de un museo nacional que recibe a un miembro de la familia real?

—Entonces, tendrá que ser el traje chaqueta gris —replicó William poniéndose el pantalón.

—¿Y no te parece demasiado sobrio para una ocasión tan especial?

—Si tú lo dices —dijo William sacando del armario un traje azul marino mientras Beth seguía delante del espejo, en ropa interior y sosteniendo los dos conjuntos.

—¿Y ese traje chaqueta rojo de cachemira que te regaló Christina por tu cumpleaños? —sugirió William.

—Me lo puse para la reunión de la junta directiva del mes pasado.

—Sí, es verdad —dijo William—. Luego está ese mono amarillo que siempre me ha gustado tanto.

—No es adecuado para una visita real —anunció Beth.

William seleccionó una corbata roja del perchero.

—Creo que me decantaré por el vestido azul.

—Buena idea —dijo William anudándose la corbata.

—Aunque, por otro lado…

—Bueno, me marcho —dijo William—. Ya te contaré cómo ha ido cuando vuelva.

—Muy gracioso —dijo Beth mirando el reloj—. Cielos, ¿son ya las seis?

—El traje chaqueta gris —dijo William con firmeza—. Y la verdad es que da igual, porque te pongas lo que te pongas serás la más guapa del lugar.

Beth colgó el traje chaqueta gris y se puso el vestido azul.

—Sí, creo que tienes razón —dijo mirándose en el espejo.

—Mi primera elección —le recordó William poniéndose ya la

chaqueta.

Beth se volvió, alisó la corbata de su marido y dijo:

—Un traje estupendo, superintendente jefe.

—Es de las rebajas de M&S —dijo William.

Le abrió la puerta a su esposa y se quedó a la espera mientras ella se miraba una última vez en el espejo.

El comité de bienvenida, según había quedado descrito en las notas remitidas por la casa real, estaba compuesto por el presidente del Fitzmolean, sir Nicholas Fenwick; la directora del museo, la doctora Beth Warwick, y la presidenta del comité de recaudación de fondos, la señora Christina Hackensack. Recibirían a la condesa de Wessex en la escalinata a su llegada al museo, prevista para las siete de la tarde.

Después de acompañar a Su Alteza Real al interior, Beth presentaría a la condesa al comité de recepción, conocido también como «la fila», un grupo compuesto por los miembros de la junta, los altos cargos y los principales benefactores de la institución.

Una vez terminadas las debidas presentaciones, la condesa pasaría unos minutos socializando con los invitados antes de que llegara el momento de dar su discurso y descubrir el dibujo de Rembrandt. Entre la lista remitida por palacio de cosas que se podían hacer y cosas que no, había instrucciones claras de que la condesa no comería ni bebería nada en ningún momento.

Dos motociclistas de escolta, seguidos por una resplandeciente limusina, llegaron a las puertas del Fitzmolean a las seis cincuenta y nueve de la tarde, y Su Alteza Real se apeó del vehículo a las siete en punto. Después de una breve charla con los miembros del comité de bienvenida, sir Nicholas guio a su invitada real hacia el interior del museo.

Todo fue según lo planeado, hasta que la condesa llegó al final de la fila, donde Jojo dio un paso al frente y saludó con una reverencia que llevaba varios días ensayando, antes de ofrecer a la

invitada de honor un ramo de rosas condesa de Wessex.

Todo marchó sobre ruedas hasta aquel momento, hasta que la condesa le preguntó a Jojo:

—¿Beth es tu mamá?

—No, mi mamá murió —respondió Jojo con la sinceridad de la que solo hacen gala los niños—. Pero mi papá esta allí —añadió señalando hacia el otro extremo de la sala—. ¿Le gustaría conocerlo?

—Por supuesto que me gustaría —replicó la condesa como si todo formara parte del plan.

Jojo la tomó de la mano y condujo a la invitada real por la sala, con el presidente y la directora siguiéndolas a escasos metros. Ross y Alice, que estaban entretenidos admirando un Jan Steen, vieron lo que estaba pasando justo a tiempo.

—Le presento a mi papá —dijo Jojo—. Es inspector detective de la Policía Metropolitana.

—Encantada de conocerlo, inspector detective —dijo la condesa.

—Encantado de conocerla, señora —dijo Ross, con una reverencia.

Y antes de que Beth pudiera llegar a la invitada real para continuar su recorrido, dijo Jojo:

—Y esta es Alice. Antes era mi maestra, pero ahora vive con nosotros.

Ross, que rara vez se sentía turbado, se quedó sin palabras.

—Los he visto admirando el Jan Steen —dijo la condesa sacándolos del aprieto—. Siempre ha sido uno de mis artistas favoritos.

—El narrador de la vida de los artistas holandeses, señora —replicó Alice intentando recuperarse mientras Ross agarraba la mano de su hija para no soltarla.

El Halcón no podía parar de reírse cuando vio que Beth se llevaba de allí a la condesa para seguir presentándola a los demás invitados.

—¿Qué te hace tanta gracia, Jack? —preguntó el padre de

William acercándose al comandante.

—Nunca pensé que viviría para ver el día en que el inspector Hogan se quedara sin habla.

Sir Julian no pudo resistirse.

—Entonces, quizá es que ha llegado la hora de que te jubiles, viejo amigo.

—¡Ni pensarlo! —replicó el Halcón—. ¿Qué haría yo todo el día? No tengo mano para la jardinería ni juego al golf, no soporto esos dramas policiacos que dan en la tele por las tardes y al año solo hay unos pocos partidos de la Test Series para matar el tiempo. Aunque tengo que admitir que *tempus fugit*. ¿Y tú?

—Los abogados nunca nos jubilamos oficialmente —replicó Julian —. Seguimos engañándonos, pensando que alguien nos pedirá opinión sobre algún asunto de vital importancia, sin querer ver que el teléfono ha dejado de sonar. ¿Por que no vienes conmigo al Lords el día de la inauguración de las segundas rondas de la Test Series? Podríamos ver a Darren Gough intentando empatar la serie.

—Esperemos que así sea —dijo el Halcón levantando la copa para brindar por ello.

Miró hacia Ross, que estaba charlando con William sin soltar la mano de Jojo.

—¿Cómo han hecho esos dos para estar invitados a la presentación? —preguntó Ross mirando a Faulkner y Booth Watson, que estaban en una esquina bebiendo champán.

—No olvides —respondió William— que Faulkner está considerado un mecenas de las artes por algunos, gracias a aquella donación de un Rubens que hizo al Fitz hace unos años.

—A cambio de recibir una sentencia inferior —le recordó Ross con cierto sentimiento.

—¿Algo más que vosotros dos no me hayáis contado? —preguntó Alice.

—Christina está especialmente radiante esta noche —observó William cambiando rápidamente de tema.

Alice vio que Christina y Wilbur estaban charlando con la

condesa.

—Es evidente que adora a su nuevo marido —dijo.

—Que representa una mejora notable respecto al anterior —comentó Ross sin mirar hacia donde estaba Faulkner.

—¿Te has topado con alguien que pudiera colaborar en la causa que tengo ahora en mente? —le preguntó Miles a Booth Watson mientras permanecían en la esquina, al margen de los demás asistentes.

—Es posible —respondió Booth Watson—. Creo que la señora Eleanor Bates te parecerá ideal para lo que estás pensando.

—¿Y cuáles son las características que la hacen tan ideal? —Quiso saber Miles.

—No se me ocurre ninguna en concreto —reconoció Booth Watson—, excepto el hecho de que detesta a tu exesposa tanto como tú y no quiere verla ocupar el puesto de presidenta del Fitzmolean cuando sir Nicholas se jubile.

—De ser así, parece la candidata ideal.

—Pues mejor será que os presente antes de que nos marchemos —dijo Booth Watson.

Miles echó un vistazo a la sala.

—¿Quién es?

—Esa dama que pulula alrededor de la condesa con la esperanza de serle presentada —dijo Booth Watson—, pero no creo que la doctora Warwick le conceda ese deseo.

—Un punto adicional a su favor —dijo Miles cuando vio que Beth conducía a la condesa hacia el escenario ignorando por completo a la señora Bates.

—Que no se te olvide poner cara de sorpresa cuando veas el dibujo —le recordó Booth Watson.

—Damas y caballeros —empezó diciendo sir Nicholas—, como

presidente del Fitzmolean, tengo el placer de invitar a la condesa de Wessex a presentar para todos ustedes la última adquisición de nuestro museo, *Jacob luchando con el ángel*, de Rembrandt.

Un cálido aplauso recibió a la condesa cuando se acercó al micrófono. La condesa bajó la vista hacia sus notas.

—Es un verdadero placer estar con todos ustedes esta noche. —Hizo una pausa, levantó la vista y continuó—. Esa es la primera frase de prácticamente todos los discursos que doy; el único cambio es si es por la mañana, por la tarde o por la noche —confesó, lo que provocó risas y una oleada de aplausos—. Pero les contaré un pequeño secreto —dijo abandonando el guion—. La primera vez que visité el Fitzmolean, siendo una niña y acompañada de mi madre, me enamoré de la obra de la escuela holandesa. Un romance que se ha prolongado durante los últimos veinte años. Razón por la cual me parece maravilloso que, gracias a la generosidad de tantas personas, y en particular de un donante que desea mantenerse en el anonimato, el museo haya sido capaz de adquirir esta importante obra de arte, que posee la rara distinción de estar firmada por el maestro.

Los fuertes aplausos obligaron a la condesa a hacer una pausa.

—Me gustaría dar también las gracias a la directora del museo, la doctora Beth Warwick, cuya reputación no ha hecho más que aumentar con el paso de los años y trasciende, y con razón, estas paredes, lo que garantiza que el Fitzmolean esté considerado en la actualidad como uno de los museos más destacados de la capital.

—No por mucho más tiempo —musitó Miles, que permanecía en el fondo de la sala; solo Booth Watson escuchó su comentario.

—Es por ello que me complace enormemente presentar… —Acercó la mano al cordón dorado, pero en el último segundo se detuvo una vez más para decir—: Confío en que aquí detrás haya un Rembrandt, porque hace poco fui invitada a Plymouth a presentar una estatua de sir Francis Drake y resultó que, cuando tiré del cordón, era sir Walter Raleigh el que me miraba fijamente.

Estallaron de nuevo las risas. La condesa tiró del cordón y los

invitados prorrumpieron en aplausos al ver el ángel por vez primera.

Beth se sumó feliz a los aplausos, pero cuando se giró para estudiar con atención aquel dibujo único intuyó de inmediato que faltaba algo. Volvió a mirar y dejó de aplaudir, pero no fue hasta que su mirada descendió hacia la parte inferior del dibujo que se dio cuenta de qué era ese algo.

¿Cómo era posible —fue su primera reacción—, si hacía apenas unas horas, antes de ir a casa a cambiarse, había visto al conservador del museo colgar el original allí mismo? Miró al conservador, que también había dejado de aplaudir y se había puesto muy pálido. El conservador respondió a la mirada de Beth con cara de perplejidad.

La entusiasta acogida continuó sin tregua hasta que, primero uno, y después otros invitados, empezaron a hablar en voz baja entre ellos. Finalmente, los murmullos subieron de volumen al darse cuenta los asistentes de que la firma de Rembrandt no estaba y que lo que tenían delante era una falsificación.

Con dolor, Beth vio que los invitados ya no estaban mirando el dibujo, sino que la miraban a ella y esperaban una explicación. No la tenía. Miró entonces a la condesa, que había conseguido mantener un aire de dignidad profesional, aun sin saber muy bien qué se esperaba que hiciera a continuación. Un fotógrafo independiente empezó a tomar fotos, consciente de que aquella podía ser una de esas raras ocasiones en las que su trabajo ocupara las portadas de todos los periódicos de difusión nacional.

La primera reacción de William fue mirar a Miles Faulkner, que le respondió con una cálida sonrisa, seguida por una mueca burlona. William, incapaz de disimular su rabia, empezó a golpearse el muslo con el puño. Quería cruzar la sala y arrestar a aquel tipo asqueroso. Pero, aunque ambos sabían quién era el culpable, ¿de qué delito podía acusarlo? Una simple sospecha no era ninguna prueba.

La condesa permaneció inmóvil en su lugar, intentando mantener la compostura.

Sir Nicholas tomó una decisión al instante.

—Quizá debería acompañarla al coche, señora —dijo a la invitada real mientras el fotógrafo seguía disparando para tomar instantáneas de aquel momento tan poco triunfal.

La invitada de honor se mostró más que dispuesta a seguir el consejo del presidente. Acompañó a sir Nicholas por la abarrotada sala para descender luego con él la majestuosa escalinata, seguida por el nutrido grupo de periodistas que ya no tenían que preparar un comedido relato sobre una «presentación real», sino un artículo de portada que pasaría por encima de cualquier otro titular que estuviera planeado para la edición del día siguiente.

William no apartó la mirada de Miles. Estaba charlando con una mujer que era miembro de la junta directiva y de cuyo nombre no conseguía acordarse. Booth Watson los observaba. Eran las únicas tres personas de la sala que estaban sonriendo.

Cuando la condesa abandonó la estancia, William siguió a la comitiva real en su descenso por la escalinata.

Una vez en la calle, la condesa subió a la parte trasera del coche que la estaba esperando y se marchó. Las cámaras no cesaron de disparar hasta que el vehículo dobló la esquina y se perdió de vista.

William dio media vuelta y entró de nuevo en el edificio. Se encontró el vestíbulo lleno de invitados perplejos que se disponían a abandonar el museo. Y se detuvo en seco al ver a Miles Faulkner a los pies de la escalinata.

William cerró la mano en un puño, pero no la levantó.

—Si me permite un consejo, superintendente jefe —dijo Miles—, le diría a su esposa que se perdiera.

William dio media vuelta y subió corriendo la escalera para entrar en la sala. Encontró a Beth sola en el escenario, con la mirada clavada en el ángel. Se resistía reconocer que era una copia excepcional, que habría engañado a la mayoría de los espectadores.

—Creo que sé dónde está el original —dijo William en voz baja, acercándose a su mujer.

—En la otra punta del mundo, a estas alturas —sugirió Beth con un tono de voz apenas audible.

—O quizá más cerca de lo que pensamos —dijo William.

Miró hacia el otro lado de la sala y vio a Alan Roberts en el pasillo, a punto de abrir la puerta del baño de señoras, que al parecer estaba cerrada con llave.

William saltó del escenario, cruzó a toda velocidad la sala y llegó a la puerta abierta justo en el momento en el que una señora mayor se disponía a entrar al baño. La adelantó y entró rápidamente.

—Qué hombre más maleducado —comentó la señora cuando recibió un portazo en la cara.

Lo primero que vio William, sentado con orgullo sobre el inodoro, fue el ángel de Rembrandt, con la firma del maestro claramente visible para todo el mundo. Cogió el ángel con sumo cuidado, abrió la puerta del baño y salió al pasillo. Fue un alivio ver que casi todos los invitados se habían marchado, excepto Christina, que seguía en el escenario intentando consolar a Beth.

Beth miró con incredulidad a William, que subió al escenario con el dibujo.

—¿Dónde estaba? —preguntó.

—En el baño de señoras —respondió William.

Sin cruzar palabra, William y Christina sustituyeron la copia por el original mientras Beth contemplaba la escena sin poder creérselo.

—¿Cómo has sabido dónde estaba? —preguntó en un susurro.

—La persona que lo puso ahí me lo dijo —respondió William—, y si consigo identificar al falsificador, los tendré a los dos entre rejas antes de que acabe la semana.

—¿Por qué tomarse la molestia? —dijo Beth—. Ya ha conseguido lo que quería.

—Pero si el ángel ya está en el lugar que le corresponde y nunca ha salido del edificio —dijo Christina—, ¿qué daño ha hecho?

—El que pretendía hacer, ni más ni menos —dijo Beth—. Una obra de arte desaparecida que reaparece en el baño. Un miembro de la familia real presentando una falsificación delante de los invitados más importantes del museo. ¿Qué más podría querer? Faulkner sabía perfectamente que esta historia acabaría en portada de todos

los periódicos del país mañana por la mañana, sin dejarme otra alternativa que dimitir.

LIBRO 2

«La venganza es un plato que se sirve frío».
Refrán popular

Capítulo 10

«El ángel vengador», «La falsificación del Fitzmolean» y «Un ángel con las alas cortadas» fueron algunos de los titulares más destacados que aparecieron en las portadas de la prensa a la mañana siguiente, acompañados por la fotografía de la condesa de Wessex tirando del cordón de la cortinilla. Dobles páginas, columnas de opinión y titulares no dudaron en sugerir que debían rodar cabezas… y una en particular.

Varios periódicos mencionaron la noticia de que el ángel había reaparecido milagrosamente al cabo de una hora, y *The Sun* no pudo resistir la tentación de añadir «después de pasar una hora en el baño».

Pero fue el *Evening Standard* el que adelantó la noticia en su primera edición con el titular «¿Quién? ¿Por qué?».

El comandante Hawksby y el superintendente Warwick podrían haber dado respuesta a ambas preguntas, pero ningún editor habría ni siquiera considerado la posibilidad de publicar sus ideas, sabedor de que una demanda por difamación habría llegado a su mesa en cuestión de horas.

—No tenemos ninguna prueba —reconoció el Halcón después de una discusión que duraba ya más de una hora.

—Pero eso no me impedirá interrogar a Faulkner bajo apercibimiento policial —dijo William—, con la esperanza de que diga algo de lo que luego pueda arrepentirse.

—Lo cual no conseguirás de ninguna manera mientras su

titiritero esté a su lado proporcionándole un guion perfectamente preparado —dijo el Halcón—. Pero, ya que estás, podrías enviar a Ross y Rebecca al Fitzmolean para que interroguen al jefe de seguridad. —Miró un momento sus notas—. Un tal Alan Roberts. Sospecho que no es más que un espectador inocente, pero podría tener algo valioso que aportar.

—Y luego habría que hacer un seguimiento con una visita a Wormwood Scrubs —dijo William—. Me resulta difícil creer que Faulkner y Billy Mumford, el falsificador más famoso del país, simplemente estuvieran en la misma cárcel en el mismo momento.

—De ser este el caso, el inspector Adaja y tú tendríais que poneros ya en marcha —le ordenó el Halcón—, porque puedes estar seguro de que Faulkner estará esperándote.

William salió del despacho del Halcón con la sensación de que Faulkner podría incluso haber oído hasta la última palabra que acababan de intercambiar.

Cuando, media hora más tarde, William y el inspector Adaja llegaron al bufete de Booth Watson, en Middle Temple, no les sorprendió tener que esperar. Irónicamente, la espera a la que los sometió Booth Watson jugó a favor de ellos, ya que, durante aquellos quince minutos, Jackie llamó a William para informarle de que la cuenta de Billy Mumford había recibido hacía poco una transferencia por un importe de mil libras.

Cuando por fin una secretaria los hizo pasar al despacho del responsable del bufete, encontraron a Booth Watson sentado detrás de su mesa y a su cliente, con aires de suficiencia, apoltronado en una silla a su lado.

—Permítame dejarlo claro desde el principio, superintendente jefe —fueron las primeras palabras de Booth Watson—: Nadie se quedó más sorprendido que mi cliente al descubrir que ese Rembrandt era una falsificación, y por ello estará encantado de colaborar en su investigación. Como bien sabrá, mi cliente ha sido

un ciudadano modelo desde que fue puesto en libertad e incluso está asistiendo a clases para mejorar su carácter —dijo sin alterarse en absoluto.

—En este caso, señor Booth Watson —dijo William—, quizá podrá explicarnos por qué su cliente realizó una transferencia de mil libras a la cuenta personal de un tal Billy Mumford, un falsificador convicto, mientras ambos estaban en la misma cárcel.

—El día antes de salir en libertad, le compré a Mumford una copia de un cuadro de la serie de los *Nenúfares* de Monet, con la aprobación del director del centro, por supuesto —dijo Faulkner ofreciendo la respuesta que tenía perfectamente preparada—. Pagué el precio estándar y, claro está, la copia está firmada por Billy, ya que nunca tuvo intención de llevar a nadie a engaño. Si desea ver esa copia, superintendente jefe, está usted invitado a visitar mi casa en Chelsea, donde podrá admirarla colgada sobre la chimenea del salón.

—¿Y no compró también su cliente, al mismo tiempo, una copia del ángel de Rembrandt? —preguntó a Booth Watson el inspector Adaja—. La verdad es que mil libras me parecen un importe excesivo para una simple copia.

—Claro que no —respondió Faulkner—. De hecho, me quedé tan sorprendido como usted, superintendente jefe, cuando la condesa presentó el dibujo y vi que no estaba firmado, lo que demostraba que tenía que ser una copia. Aunque me llenó de satisfacción enterarme de que el original fue devuelto rápidamente al lugar que le corresponde como pieza central de la exposición. —Hizo una pausa, miró a William a los ojos y añadió—: ¡Aunque no sin antes acordarme!

Paul empezaba a preguntarse si debería intervenir para impedir que William le diera una paliza a aquel tipo.

—Soy, como bien sabe, superintendente jefe —dijo Miles—, uno de los mecenas del Fitzmolean, y si piensa que puedo hacer alguna cosa por la causa de su esposa, no dude usted en llamarme, puesto que considero de lo más injusto que algunos de los miembros más

groseros de la prensa sensacionalista estén exigiendo su dimisión —añadió sin intentar apagar las llamas.

—Creo que mi esposa será perfectamente capaz de sobrevivir sin su ayuda —replicó William.

—Esperemos que sea así —dijo Faulkner—. Pero, por desgracia, no la veo entre los finalistas para el puesto de director de la Tate. Aunque podría estar equivocado, claro está.

—Permítame que le recuerde, señor Faulkner —dijo William ignorando el comentario—, que está usted actualmente en libertad condicional, y que el ministerio fiscal puede, a petición nuestra, enviarlo de nuevo a la cárcel para que finalice allí su condena de cuatro años mientras nosotros llevamos a cabo nuestras pesquisas.

—Puede hacerlo, por supuesto, superintendente jefe —intervino Booth Watson—, pero solo en el caso de que sea capaz de demostrar que mi cliente ha estado de algún modo involucrado en la desaparición temporal del ángel de Rembrandt. Tengo la sensación de que, si fuera usted tan insensato como para seguir por ese camino, lo único que conseguiría sería que su esposa volviera a las portadas por razones equivocadas y, además, justo antes de que se persone delante de la junta directiva del Fitzmolean para explicar cómo pudo producirse una situación tan vergonzosa.

William se preguntó cómo podía saber Booth Watson que Beth había accedido a dar explicaciones ante la junta, cuando ni siquiera se había fijado una fecha para la reunión.

—Y lo último que querría —continuó Booth Watson— es que la prensa empiece a especular sobre que usted ha enviado injustamente a mi cliente de vuelta a la cárcel porque su opinión estaba influenciada por el hecho de que su esposa tenga que replantearse su puesto como directora del Fitzmolean.

—¿Está amenazándome, señor Booth Watson? —dijo William dando un paso al frente—. Porque si está haciendo eso…

—No hago más que defender los derechos de mi cliente y asegurarme de que tenga voz y voto ante el tribunal de la opinión pública —dijo Booth Watson—, puesto que parece usted decidido a

privarle de esos derechos, me atrevo a sugerir, por razones personales. Por lo tanto, si no piensa arrestar a mi cliente, superintendente jefe, le sugiero que se marche y que solo regrese en el caso de tener alguna prueba, no solo meras especulaciones.

Antes de que a William le diera tiempo a replicar, Booth Watson se levantó, cruzó el despacho, abrió la puerta y se quedó a la espera de que las visitas se marcharan.

Los dos policías se fueron de manos vacías.

—¿Cuántos años crees que me caerían —dijo William cuando Paul y él empezaron a bajar por la escalera— si asesinara a esos dos tipos y alegara provocación excesiva?

—Diez como máximo. Cargarte a los dos tal vez se consideraría excesivo —dijo Paul mientras subían al coche patrulla que los estaba esperando—. Pero si te conformases solo con Faulkner… Eso suponiendo que tu padre te representara, porque no dudo que conseguiría restarte un par de años alegando buena conducta.

—Firmaría por eso —dijo William.

Dejaron atrás Middle Temple y pusieron rumbo a Scotland Yard.

El inspector detective Hogan y la sargento detective Pankhurst fueron recibidos en lo alto de la escalinata del Fitzmolean por Alan Roberts, el jefe de seguridad, que estudió con atención sus tarjetas de identificación.

—Me siento como un imbécil —reconoció Alan acompañándolos hacia el interior del edificio—. Presenté de inmediato mi dimisión, pero la doctora Warwick dijo que yo no era el culpable. Pero si no lo fui yo, ¿quién demonios lo fue?

Ross no hizo ningún comentario.

—¿Pueden creer que estuve esperando su llegada, que los acompañé arriba hasta la sala, que incluso me quedé fuera para no interrumpirlos mientras daban el cambiazo y que luego incluso accedí a su sugerencia de cerrar con llave el baño de señoras hasta que la condesa hubiera abandonado el museo? Deberían arrestarme

ustedes por no haber cumplido con mi trabajo.

—No sea tan duro consigo mismo —dijo Rebecca—. Se enfrentó usted a un grupo de profesionales que sabían muy bien lo que se hacían.

Alan negó con la cabeza, muy poco convencido.

—Incluso llamaron con antelación a mi oficina para concertar la cita. Por eso estaba en lo alto de la escalinata esperando su llegada.

Cuando entraron en la sala Rembrandt, Ross apenas si pudo ver el ángel, ya que la obra maestra estaba rodeada por una auténtica multitud y un grupo grande de gente estaba a la espera de ocupar su lugar cuando los de delante se retiraran.

—¿Pudo rastrear esa llamada? —preguntó Ross.

—No hasta después de que su jefe encontrara el ángel sentado sobre el inodoro.

—¿Y desde dónde se hizo la llamada? —presionó Rebecca.

—Desde un teléfono público del Hilton Hotel, Park Lane.

—Uno de los hoteles más concurridos de Londres —dijo Ross viendo, de nuevo, que Faulkner había cubierto bien su rastro—. ¿Tenía por casualidad algún acento especial la persona que llamó?

—Quizá un leve acento escocés, que siempre suena más pronunciado por teléfono que en persona.

Rebecca apuntó en su libreta: «¿Lamont?».

—Ahora, reláteme muy despacio todo lo que pasó desde el momento en que llegaron.

—Un furgón policial aparcó delante del museo justo antes de las cinco de la tarde —dijo Alan, incapaz aún de disimular su frustración —. Un sargento bajó de la parte delantera, mientras que cuatro agentes más y dos perros salieron por detrás.

—¿Le mostró el sargento algún tipo de identificación? —preguntó Rebecca.

—Sí —respondió Alan—, pero, como he visto muchas a lo largo de tantos años, confieso que no le eché más que un vistazo.

—Porque, igual que el furgón y los uniformes, lo más probable es que fuera auténtica. —Ross miró hacia la entrada del museo—. Y

mientras ellos estaban en la sala Rembrandt, supuestamente llevando a cabo una inspección, le pidieron que esperara fuera.

—Peor que eso —reconoció Alan—. El sargento me pidió que me asegurara de que no los molestara nadie mientras realizaban su inspección.

—Lo cual sería el procedimiento habitual en el caso de haber estado realizando una inspección de verdad —dijo Rebecca—, algo que hacemos de manera regular para las visitas de la reina o del príncipe de Gales, aunque no para la condesa. Simplemente actuaron de acuerdo con el procedimiento.

—Y yo debería haber prestado más atención a dicho procedimiento —dijo Alan—. El caso es que doce minutos más tarde salieron de la sala y me dieron su visto bueno.

Ross no dijo nada, pero Rebecca siguió tomando notas.

—Entonces fue cuando el sargento me pidió cerrar con llave el baño de señoras y dejarlo cerrado hasta que la condesa se marchara, por si acaso tenía necesidad de utilizarlo. Una orden que obedecí sin darle más vueltas —dijo Alan.

Ross sacó una foto del bolsillo y le preguntó a Alan:

—¿Estaba este hombre entre los cinco que llevaron a cabo esa inspección?

Alan estudió la imagen de Lamont durante un rato antes de responder:

—No, ninguno de los que vinieron eran tan mayores como este.

—Pero podría haber sido el conductor del vehículo —sugirió Rebecca mirando a Ross.

Alan se mostró esperanzado por vez primera.

—¿Significa esto que saben quién cometió el delito?

—Sospechar y tener pruebas, Alan, como bien sabe, no es exactamente lo mismo —dijo Ross—. Y aun en el caso de que tuviéramos pruebas irrefutables, el ministerio fiscal tendría que presentar una acusación que se sostuviera ante un tribunal.

—¿Y no es acusación suficiente el robo de una obra de arte valorada en un millón de libras? —dijo Alan.

—La definición legal de «robo» —dijo Rebecca— es la de apropiarse de forma deshonesta de una propiedad perteneciente a otro con la intención de privarle permanentemente de ella. En este caso, al no haber abandonado el dibujo el edificio, no puede decirse que hubiera una apropiación, ni tampoco que el Fitzmolean se viera privado de él.

—Lo que no logro entender —dijo Alan, sinceramente desconcertado— es que, si nunca tuvieron la intención de robar el dibujo, ¿qué esperaban conseguir con lo que hicieron?

Ross esquivó una pregunta que no estaba dispuesto a responder formulándole a Alan otra pregunta:

—¿Sabe si la doctora Warwick está en su despacho?

—No en este momento —respondió Alan—. Es la hora de la pausa de la comida. Como ya le he explicado, inspector, le ofrecí mi renuncia al puesto con la esperanza de que pudiera servirle de alguna ayuda, pero la rechazó de plano.

—No era su dimisión lo que ese hombre estaba buscando —dijo Ross, y salió del museo antes de que el jefe de seguridad pudiera preguntarle a quién se refería con «ese hombre».

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó Danny cuando los dos volvieron a subirse al coche.

—A Wormwood Scrubs —anunció Ross cerrando la puerta.

—Tampoco es que hayamos averiguado gran cosa —dijo Rebecca mientras Danny enfilaba Brompton Road.

—Excepto que Alan Roberts no estuvo en absoluto implicado, lo cual no es ninguna sorpresa, mientras que no me cabe duda de que Billy Mumford sí que lo estuvo. Demostrarlo, sin embargo, no será tan fácil, así que no te sorprenda si después del interrogatorio te digo «nos vio venir», porque una cosa es segura: Faulkner habrá ido a verlo mucho antes que nosotros.

El teléfono que descansaba en el reposabrazos empezó a sonar. Ross respondió.

—Hogan —dijo.

—No hemos llegado a ningún lado con Faulkner —dijo William, incapaz de disimular su frustración—. ¿Y tú qué tal?

—No hemos averiguado prácticamente nada que no supiéramos —reconoció Ross.

—En este caso, Mumford sigue siendo nuestra mejor apuesta —dijo William—. Arráncale las uñas —hizo una pausa—, pero despacio.

—No me tientes —dijo Ross—. Le recordaré que está a solo un mes de salir en libertad condicional y que si aún alberga esperanzas…

—Llámame al salir para contarme qué tal te ha ido —dijo William.

—Lo haré, jefe —replicó Ross justo cuando el coche llegaba a Scrubs.

La verja se abrió incluso antes de que Ross pudiera mostrar su identificación, y cuando el coche entró en el patio, una figura que Ross reconoció de inmediato se acercó hacia ellos dando grandes zancadas.

—No he alertado a Mumford de su llegada —dijo el director del centro penitenciario después de ser presentado a Rebecca.

—Me reconocerá al instante —dijo Ross—, pero de igual manera espero pillarlo por sorpresa.

El director asintió, dio media vuelta y acompañó a los dos policías por el desolado patio hasta el bloque B.

Cuando abrieron la puerta de la celda, Mumford no se mostró sorprendido de verlos y dio incluso la sensación de que tenía preparada de antemano la respuesta a la primera pregunta del inspector.

—No le mentiré, director, y reconozco que fui yo el que dibujó el ángel, pero le prometo —dijo— que la última vez que lo vi estaba en un caballete de la sala de manualidades. Me había prometido dárselo, jefe, como regalo de despedida cuando me fuera, pero algún cabrón lo birló y se largó con él. —Hizo una pausa, sonrió y añadió—: Recuerde, inspector, que estamos en una cárcel.

—Entonces, quizá pueda explicarnos por qué Miles Faulkner, un

compañero de prisión, hizo una transferencia por un importe de mil libras a la cuenta que tiene usted en Little Hampton poco antes de ser puesto en libertad —quiso saber Ross.

—Porque resulta que le vendí la copia de un cuadro de la serie de los *Nenúfares* de Monet —dijo Mumford—. Con la aprobación del director de este centro, por supuesto.

Rebecca tomó nota de sus palabras, aunque no cabía la menor duda de que Faulkner y él cantaban la misma partitura, una melodía a buen seguro compuesta por Booth Watson.

—Me escribió para decirme que había colgado el cuadro en el salón de su casa, e incluso me mandó una foto.

Ross tenía cada vez más claro que todo lo que estaba diciendo aquel hombre había sido perfectamente ensayado, quizá en la biblioteca de la cárcel, días antes de que Faulkner saliera en libertad.

—Si no me creen —dijo Mumford mientras abría el cajón de su mesita de noche—, voy a leerles la carta que me envió el señor Faulkner, y les mostraré también la foto que les he dicho. Le pasó el sobre a Ross, que estudió la caligrafía y la foto un buen rato antes de pasárselas a Rebecca.

Mumford seguía sonriendo.

—La copia no es tan buena como la del Murillo que acabó colgado en el Prado y que fue por lo que acabé en chirona la primera vez.

A Ross le habría encantado arrancarle lentamente las uñas a Mumford, tal y como William había sugerido, pero sospechaba que Rebecca no aprobaría que lo hiciera.

Tanto el superintendente jefe Warwick como el inspector Hogan volvieron a Scotland Yard con las manos vacías.

—¿Has olvidado, Mumford —dijo Booth Watson—, que te tengo prohibido llamarme bajo ninguna circunstancia?

—Es que el inspector Hogan ha estado esta mañana en la cárcel y me ha formulado varias preguntas incómodas —insistió Mumford.

—Ya te avisé de que lo haría, y te apunté las respuestas que debías darle.

—Lo sé, pero amenazó con…

—A palabras necias, oídos sordos —dijo Booth Watson.

—Pero tuve que admitir que el dibujo era mío.

—Lo cual no demuestra nada —dijo Booth Watson—. No tienen ni una sola prueba que se pueda sostener delante de un tribunal. De lo contrario, te habrían arrestado.

—Está previsto que salga de aquí en un mes, señor Booth Watson —le recordó Mumford.

—Y saldrás —repuso Booth Watson—, siempre y cuando sepas mantener la boca cerrada.

—No saldrá de mí ni una palabra, se lo prometo —dijo Mumford —. Soy un gran admirador del señor Faulkner.

—Y si alguna vez se te pasa por la cabeza testificar en nuestra contra —dijo Booth Watson—, ten claro que el señor Faulkner es de los que piensan que la pena de muerte no debería haber sido abolida ni para los ladrones de ovejas.

—Entendido —tartamudeó Mumford.

—Y un mensaje más antes de que cuelgues —dijo Booth Watson —, y hablo muy en serio: no vuelvas a llamar a este número a menos que quieras recibir la visita de alguien mucho más desagradable que el inspector Hogan. Reflexiónalo bien.

Y Mumford lo reflexionó bien.

El equipo completo se reunió a última hora de la tarde en el despacho del Halcón. Después de que William y Ross presentaran sus informes, el comandante entendió que se enfrentaba a una decisión difícil.

—Tengo dentro de mis responsabilidades la de asignar tiempo y recursos, factores en absoluto infinitos, a los distintos proyectos que se me presentan. De manera que ahora me toca decidir si perseguir a Faulkner es la mejor manera de emplear nuestro tiempo o si

deberíamos concentrarnos en asuntos más importantes.

—¿Como por ejemplo? —preguntó Ross.

—Como, por ejemplo, encargarnos de los saudíes cuando lleguen a nuestros lares de aquí a tres semanas, mientras los de arriba intentan cerrar un acuerdo multimillonario con ellos. Si algo sale mal con los saudíes, las consecuencias serán mucho más duraderas que las de intentar detener a Faulkner para que pase entre rejas doce meses más. No ayuda que casi no tengamos pruebas de que estuviera implicado en el delito, y que ni siquiera podamos afirmar que haya sido un delito. Y entre tanto, Simon Hartley se está pudriendo en una cárcel extranjera acusado de un asesinato que no cometió y el inspector Hogan se supone que debería estar protegiendo a la única testigo que podría salvarle la vida.

Ross frunció el ceño.

—¿De modo que Faulkner vuelve a salirse con la suya?

—No por mucho tiempo, sospecho —dijo el Halcón—, porque cuanto más invencible se considere Faulkner, más riesgos correrá, hasta que llegue el día en el que acabe corriendo un riesgo excesivo. Lo que tenemos que decidir, en este momento, es cuál debería ser nuestra prioridad: Faulkner y un dibujo que ya está de nuevo en el lugar que le corresponde, o Hartley, que sigue en la cárcel, y un contrato con los saudíes que garantizaría miles de puestos de trabajo a nuestros compatriotas.

—Aunque a regañadientes, estoy de acuerda con usted —dijo William, tomando por sorpresa a todo el mundo—, aunque después de todo lo que mi esposa ha tenido que pasar por culpa de ese hombre, no siempre es fácil ver la imagen global.

—Lo cual es comprensible —dijo el Halcón— y…

—Pues yo no estoy de acuerdo —dijo Ross, interrumpiéndolo—. Sé que podría decirse que también estoy personalmente implicado, pero no espere de mí que me alegre por dejar que Faulkner se vaya de rositas.

—No por mucho tiempo, calculo —replicó el Halcón—. Paul, ¿qué opinas tú, ya que no estás personalmente implicado?

—No lo estoy, cierto —dijo Paul—. Por un lado, entiendo lo que la doctora Warwick debe de estar pasando y, por el otro, quiero que Simon Hartley quede en libertad lo antes posible. Sin embargo, creo que debemos jugar bien nuestro papel y contribuir para que ese contrato de venta de armas se firme a nuestro favor y no de los franceses y, a la vez, mantener a Avril Dubois sana y salva, para que pueda volver cuanto antes a su trabajo.

El resto del equipo estalló en carcajadas, lo que ayudó a poner las cosas en perspectiva.

—Hay una cosa que se mantiene constante —dijo Ross cuando se apaciguaron las risas—. Y es que Faulkner sigue empeñado en buscar venganza y no tiene ningún sentido dar un premio al que adivine quién será su próximo objetivo. —Miró hacia el otro lado de la mesa—. Si no queremos que se salga con la suya, habrá que intentar ir siempre un paso por delante de Faulkner mientras intentamos hacer otros seis trabajos a la vez.

—En eso estamos de acuerdo —dijo el Halcón—. Pero, de momento, concentremos nuestras energías en preparar la visita de los saudíes. Y, con este fin, el superintendente jefe Warwick seguirá al frente de la operación, mientras que Ross vigilará todos y cada uno de los movimientos del Príncipe Negro desde el instante en que el grupo aterrice en Northolt hasta el momento en que vuelvan a subir a su avión veinticuatro horas después y pongan rumbo a París. Paul, tú protegerás al ministro de Defensa saudí, mientras que Jackie será responsable de la seguridad del resto de la delegación oficial. Rebecca, tú seguirás vigilando a Avril Dubois durante el día y Ross permanecerá a cargo de los turnos de noche. No hay tiempo que perder —añadió cuando el equipo empezó a recoger sus cosas y a prepararse para irse—. William, ¿podrías quedarte un momento más, por favor?

El Halcón no dijo nada hasta que la puerta estuvo cerrada.

—Si pudiera hacer alguna cosa para ayudar a Beth en la complicada situación en la que se encuentra —dijo—, créeme que no dudaría en hacerlo, pero…

—Lo sé —dijo William—, y acepto que es imposible hacer cualquier cosa mientras sigamos con las manos atadas a nuestras espaldas, de modo que no toca otra que ser pacientes y esperar a que Faulkner cometa su primer error.

—Lo cual podría tardar un tiempo —dijo el Halcón—. Y tendrás que vigilar a Ross, que no considera que la paciencia sea una virtud.

—Entendido —dijo William—. Y ahora, si me disculpa, señor, tengo que volver a casa. Beth tiene que enfrentarse muy pronto a una reunión con la junta que podría ser crucial para decidir su destino.

—Confío en que tengan el sentido común suficiente como para…

—¿Ha conocido alguna vez una junta directiva dominada por el sentido común? —preguntó William.

Por fin una pregunta para la que el Halcón no parecía tener respuesta.

Capítulo 11

Beth llevaba el mismo traje chaqueta, los mismos zapatos y el mismo bolso que llevó tres años atrás, el día de su última entrevista para el puesto de directora del Fitzmolean.

El presidente de la junta, sir Nicholas Fenwick, le había dejado claro a Beth, cuando le pidió que asistiera a la reunión extraordinaria de la junta para responder unas cuantas preguntas, que contaba con su apoyo incondicional y que consideraba que aquel interrogatorio no era más que una formalidad, después de la cual podría volver a su despacho y continuar con su trabajo. Que lo último que quería, le confesó, era tener que empezar a buscar otra directora justo antes de jubilarse.

—Sin embargo —le advirtió—, hay un par de miembros de la junta —Beth sabía exactamente quiénes eran— que han solicitado un interrogatorio completo para entender cómo fue posible que el ángel fuera retirado de la sala y acabara instalado sobre la tapa de un inodoro del baño de señoras durante el transcurso de una visita real.

Beth le había dicho al presidente que entendía que no le hubiera quedado más alternativa que poner en marcha una investigación exhaustiva y que respondería de buen grado a cualquier pregunta que la junta tuviera a bien formularle.

Sir Nicholas le pidió que esperara en el pasillo hasta ser llamada.

—No la entretendremos más que unos minutos —le aseguró antes de entrar en la sala de juntas.

A Beth le sorprendió lo mucho que la hicieron esperar, y empezó a especular sobre qué estarían discutiendo a puerta cerrada. William y ella habían repasado una y otra vez las preguntas que probablemente le harían y las respuestas que tenía que dar, y a pesar de que el dibujo de Rembrandt llevaba ya una semana sano y salvo en su lugar, el interés de la prensa no había disminuido, un hecho que quedaba confirmado por la docena de periodistas que esperaban abajo en el vestíbulo, como chacales hambrientos, a la espera de conocer el resultado de la reunión. El presidente ya les había dicho que haría una breve declaración e insinuó que cabía esperar el apoyo unánime de la junta a su excelente directora. Y eso no era precisamente lo que los periodistas querían oír.

Mientras esperaba, Beth reflexionó sobre los tres años que había pasado en el cargo y sobre el hecho de que, tal y como había sugerido el especialista de arte de *The Times*, la reputación del museo no había hecho más que fortalecerse bajo su liderazgo. Pero recordó también las palabras de Henry Kissinger: «La reputación puede tardar años en construirse, pero puede desmoronarse en un momento». ¿Estaría ella enfrentándose a ese momento?

Beth era consciente de que, por naturaleza, era de las que siempre veían el vaso medio vacío, mientras que su marido era de los del vaso medio lleno. William no podía haberla apoyado más, y aunque Beth imaginaba que sus esfuerzos por llevar a Faulkner ante los tribunales no iban tan bien como sería deseable, sabía que él tenía también sus propios problemas, a los que continuamente restaba importancia. Pero las cosas nunca eran tan sencillas, y Beth imaginaba que las posibilidades de que William sustituyera al Halcón en el puesto de comandante dentro de un año habían sufrido un revés del cual no sería fácil recuperarse. «Cuando el río suena, agua lleva» era una bandera muy fácil de izar en el asta de la ambición por parte de los colegas con intereses similares. La lealtad del equipo de William estaba fuera de toda duda, y Ross, una persona que siempre veía el vaso lleno hasta arriba, se había encargado de hacer saber a cualquiera que quisiera escuchar que todo lo sucedido

no era más que una *vendetta* contra una directora de museo de primera categoría que simplemente hacía su trabajo. Una victoria a los puntos para Faulkner, pero no por KO.

Pero Beth aceptaba que su destino pendía de un hilo, por mucho que William hubiera intentado convencerla de lo contrario.

Beth ya había borrado su nombre de la lista de finalistas para el puesto de director de la late. Tal y como su padre le recordaba continuamente, la lealtad es una calle de dos direcciones.

Se abrió por fin la puerta de la sala de juntas.

—¿Sería tan amable de acompañarnos, doctora Warwick? —dijo el secretario de la institución, sin exhibir su habitual semblante relajado.

Beth no pudo evitar pensar que hacía años que aquel hombre no se dirigía a ella como «doctora Warwick».

Beth entró en la sala de juntas y encontró a los asistentes sentados en semicírculo alrededor de una única silla con respaldo recto. Tomó asiento sintiéndose un poco como el joven príncipe del icónico cuadro de Yeames, *¿Y cuándo viste por última vez a tu padre?* Christina la recibió con una cálida sonrisa.

—Gracias por venir, doctora Warwick —dijo el presidente—. Nos gustaría formularle unas pocas preguntas en relación con la desaparición del ángel de Rembrandt y su tan rápida y fortuita recuperación. Un par de miembros de la junta consideraron que era nuestro deber legal intentar establecer qué sucedió exactamente aquella tarde, para de este modo evitar que en el futuro pueda producirse un incidente similar. Como sabrá —continuó el presidente —, ya hemos interrogado a Alan Roberts, el jefe de seguridad del museo. La junta ha llegado a la conclusión de que siguió el procedimiento correcto dadas las circunstancias y no tenía manera de saber que la gente que llevó a cabo la inspección el día de los hechos no eran agentes de policía.

—Como directora, respaldo completamente esa opinión —dijo Beth sintiéndose en terreno seguro—, y también considero acertado que la junta se esté tomando tan en serio este asunto, puesto que

hay preguntas todavía pendientes de responder.

—Eso es de gran ayuda, doctora Warwick —dijo sir Nicholas—. Así que empezaré preguntándole dónde estaba usted cuando se produjo el cambio de dibujos.

—Había ido a casa para cambiarme de cara a la presentación.

—¿De modo que no estaba ni siquiera en el edificio cuando se produjo el cambio?

—Correcto, presidente. Cuando volví, Alan Roberts me explicó que, durante mi ausencia, había pasado la policía para llevar a cabo una inspección, lo cual asumí como una práctica habitual cuando un miembro de la familia real hace una visita oficial.

—De manera que, igual que me sucedió a mí, cuando se descubrió el dibujo para su presentación no tenía usted motivos para pensar que iba a suceder algo inusual —dijo el presidente.

—No —dijo Beth—. Los preparativos para la presentación habían ido como una seda. De hecho, incluso comprobé el funcionamiento del cordoncillo de la cortina antes de ir a casa a cambiarme.

—Y supongo —dijo el presidente— que en ese momento el ángel con la firma de Rembrandt seguía allí.

—Por supuesto —confirmó Beth—. De hecho dediqué unos momentos a admirar el dibujo antes de volver a cerrar la cortina.

—Gracias, doctora Warwick. Paso ahora la palabra a mis colegas, que sé que tienen algunas preguntas.

Una integrante de la junta sentada en un extremo del semicírculo levantó de inmediato la mano.

—Señora Bates —dijo el presidente.

A Beth no le sorprendió que fuera la señora Bates la que quisiera formular la primera pregunta. Habían tenido algún que otro encontronazo en el pasado y jamás había ocultado su deseo de suceder a sir Nicholas en la presidencia de la junta cuando él se jubilara en otoño, una de las razones por las que Beth había permitido que su nombre siguiera adelante en la lista de candidatos a dirigir la Tate. Y tampoco le había sorprendido que William le contara que había visto a Miles Faulkner enfrascado en una

conversación con la señora Bates justo momentos antes de que se corriera la cortinilla para presentar el dibujo.

—¿Sabe usted, por casualidad, quién fue el responsable del cambio de dibujos, doctora Warwick? —Fue su salva de bienvenida.

—No, no lo sé, señora Bates —respondió con firmeza Beth.

—Lo digo porque todo ocurrió muy convenientemente mientras estaba usted en su casa.

—¿Qué está insinuando, señora Bates? —dijo el presidente.

—No estoy insinuando nada, sir Nicholas. Pero, si cree que puede servir de ayuda, reformularé mi pregunta. ¿Tiene alguna sospecha de quién podría haber sido?

—No —dijo Beth, aunque sin sonar tan convincente.

—¿A pesar del hecho de que su esposo, el superintendente jefe Warwick, ha sido puesto al frente de la investigación?

—En casa no solemos hablar de trabajo.

—Quizá, en esta ocasión, sería aconsejable hacerlo, dadas las circunstancias, por utilizar una de sus expresiones favoritas.

—En aquel momento hice lo que consideré mejor, señora Bates. A diferencia de otros, no he sido bendecida con la capacidad de ver las cosas en retrospectiva.

Beth se arrepintió al instante de sus palabras. Fue como si estuviera oyendo a William decirle: «Si te provocan, mantén la calma, y, hagas lo que hagas, no subas el tono». Pero acababa de subir como un suflé.

—¿Desea formular alguna pregunta, señor Davis? —dijo el presidente, deseoso de seguir adelante y consciente de que Davis era un gran admirador de Beth.

—Gracias, presidente —dijo Davis—. Recordando que el dibujo volvió a su lugar en menos de una hora, y que el museo ha estado experimentando un récord de visitas durante la semana pasada, ¿puedo preguntar si ha habido alguna otra repercusión desde entonces?

—Confío, presidente —intervino la señora Bates sin darle tiempo a responder a Beth—, en que el señor Davis no esté dando su

aprobación al robo por el simple hecho de que, como consecuencia de este, hayan aumentado las visitas.

—No he dicho nada de eso —espetó Davis.

—Tal vez deberíamos permitir a la directora responder a la pregunta que se le ha hecho —sugirió el presidente.

—Soy la primera en admitir —respondió Beth— que la lamentable experiencia que vivió el Fitzmolean la noche de la presentación no ha mejorado la reputación del museo, incluso habiendo aumentado el número de visitantes.

—Estoy totalmente de acuerdo —dijo la señora Bates subiendo quizá demasiado la voz.

—Sin embargo —continuó Beth, ignorando el comentario—, puedo decir que, de los cientos de mensajes que he recibido en el transcurso de estos últimos días, la inmensa mayoría ha sido de apoyo, y estoy segura de que la junta estará interesada en saber que entre ellos destaca una encantadora carta de la condesa de Wessex, en la que me pregunta si tendría la amabilidad de enseñarles el museo a sus hijos en un futuro cercano.

La señora Bates guardó silencio, mientras que el presidente no pudo contener una sonrisa.

Se levantó otra mano.

—*Lady* Morland —dijo el presidente, incapaz de saber de qué lado de la discusión se pondría la excéntrica anciana.

—Permítame hacerle una pregunta —dijo con dulzura *lady* Morland—. ¿Cree que el cambio que sufrió nuestra última adquisición podría haberse evitado de no haber sido usted la directora?

Incluso el presidente se quedó sorprendido. Beth consideró unos instantes la pregunta antes de decir:

—No estoy segura de adónde quiere usted llegar, *lady* Morland.

—Creo que sabe exactamente adónde quiero llegar, doctora Warwick, pero permítame planteárselo de otra manera. Algunos periodistas han insinuado que todo este incidente ha sido una cuestión personal y que no se habría producido de no haber sido

usted la directora.

—La prensa sensacionalista —dijo Christina, saliendo en ayuda de Beth.

—Aun así —continuó *lady* Morland—, si fuera usted a seguir como directora, ¿considera que existe alguna posibilidad de que un incidente como este pudiera volver a producirse?

Fue como si Beth estuviera oyendo la voz de William decirle: «Si estás metida en un hoyo, deja de cavar».

—Creo que es de lo más improbable —respondió Beth—, aunque supongo que es posible.

Percibió que el ambiente en la sala estaba cambiando.

—¿Alguna pregunta más? —dijo el presidente, esperando que no las hubiera.

—Una última pregunta, si me lo permite, sir Nicholas —dijo el secretario—. He leído en *The Guardian* que está usted en la lista de finalistas para el puesto de directora de la late. ¿Es eso correcto?

—Lo fue en su momento —reconoció Beth—, pero he retirado mi candidatura.

—¿Voluntariamente?

—Eso ha estado fuera de lugar, señora Bates —dijo el presidente, un sentimiento que fue acompañado por un murmullo sordo, circunstancia que Christina aprovechó.

—Doctora Warwick —dijo—, ¿podría recordar a la junta cuántas personas más han visitado el museo desde que usted pasó a dirigirlo hace tres años?

—Hemos tenido unos doscientos mil visitantes adicionales —informó Beth—, más de la mitad de los cuales fueron niños.

—¿Y acierto también al pensar —continuó enseguida Christina, antes de ser interrumpida— que este incremento de visitantes nos ha ayudado a obtener una pequeña cantidad de beneficios por vez primera?

—Con la enorme ayuda de nuestro concienzudo director financiero.

—Al que usted contrató, si no recuerdo mal —dijo Christina—. Y

fue también bajo su supervisión que recaudamos dinero suficiente para conseguir el ángel de Rembrandt y conservarlo en nuestro país.

—Algo que ha sido posible gracias a una generosa donación de un cuarto de millón de libras por parte de una persona anónima —dijo la señora Bates, interrumpiéndola.

Por primera vez, Beth se preguntó si la señora Bates sabría quién había sido aquel donante anónimo. Siempre había dado por sentado que había sido Wilbur Hackensack. Miró directamente a Christina, que tenía la cabeza inclinada.

—Si no hay más preguntas —dijo el presidente, temiendo que el intercambio entre las dos mujeres acabara volviéndose excesivamente cáustico—, quizá podría pedirle a nuestra directora que saliera un momento, ya que confío en que podremos cerrar este asunto con gran celeridad.

—Gracias, presidente —dijo Beth antes de levantarse, salir de la sala e instalarse de nuevo en el pasillo.

La verdad era que Beth habría preferido ser una mosca en la sala de juntas para poder escuchar todo lo que allí se decía, conversaciones que se prolongaron cuarenta minutos más, hasta que la puerta se abrió por fin y el presidente reapareció con una gran sonrisa.

—Sé que le agradará saber, Beth, que la junta le ha otorgado un voto de confianza y desea que siga siendo usted nuestra directora.

—¿Ha sido por unanimidad? —preguntó Beth.

El presidente dudó unos instantes antes de responder.

—Tengo que admitir que ha habido un par de abstenciones.

—¿Solo dos? —dijo Beth, presionándolo.

—Bueno…

—¿Cómo ha quedado la votación final? —preguntó Beth.

El presidente no respondió enseguida, como si estuviera buscando las palabras adecuadas para expresar lo que quería decir.

—Quedará plasmada en el acta para el conocimiento de todos, presidente —le recordó Beth—, de modo que al final acabaré sabiéndolo.

—La junta ha votado cuatro a tres a su favor, con tres abstenciones.

—Pero solo había nueve miembros de la junta presentes en la reunión —observó Beth.

—Cierto —dijo el presidente, un poco incómodo—, pero cuando el resultado ha quedado en empate de tres a tres, y no he logrado convencer a ninguno de los tres que se habían abstenido, he utilizado mi voto decisivo a su favor.

—Por lo cual le estaré eternamente agradecida, Nicholas, pero cuatro sobre tres, otorgando usted el voto decisivo, no puede describirse como victoria abrumadora.

—Las aguas se calmarán en unos días, Beth. Y, entretanto, siga haciendo lo que mejor sabe hacer: dirigir el Fitz.

—Es usted muy amable, Nicholas, pero ambos sabemos que esto no es realista a largo plazo. El museo tiene que estar dirigido por alguien cuya autoridad nunca esté en entredicho. Lo que menos necesita es una directora herida cuyas decisiones cuestione la junta constantemente y que se vea obligada a dimitir en cualquier momento. —Beth intentó no demostrar sus emociones cuando añadió—: No, lo más inteligente que puedo hacer como directora, y lo sabe, es presentar mi dimisión para que la institución pueda seguir adelante con alguien nuevo al timón.

Capítulo 12

Un detalle que el director del centro penitenciario de Ulaysha no había tenido en cuenta al trasladar a Simon Hartley a su nueva celda era que había cimentado su carrera en leer entre líneas a la gente, y Sean O'Driscoll resultó ser un caso de estudio especialmente interesante, inculto, pero no tonto, y en otras circunstancias…

Después de tres semanas de aislamiento, Simon aceptó que necesitaba tener a Sean de su lado si quería tener alguna posibilidad de derrotar al sistema y más aún al director, que tenía la mayoría de las cartas en su mano.

A Simon le llevó veinticuatro horas averiguar los puntos fuertes de O'Driscoll. Era un tipo falto de sentido moral, implacable y, puesto que le quedaban menos de un par de meses de vida, no le tenía miedo a nadie. Le llevó un poco más identificar su única debilidad: Sean tenía esposa y tres hijos en la isla esmeralda. Su hijo mayor, Patrick, había escrito a su padre para contarle que quería ser maestro, pero que su madre no podía permitirse enviarlo al Trinity College, en Dublín, con su sueldo de limpiadora y mientras tuviera otros dos hijos a los que mantener, por muchas horas que estuviera dispuesta a trabajar.

Hacia finales de su segunda semana juntos, Simon había convencido a su «nuevo mejor amigo» de que la providencia los había hecho coincidir allí. La providencia consistía en que Simon escribió una carta a un viejo amigo de Harvard, ahora profesor en el Trinity, para ver si había alguna forma de ayudar al joven Patrick.

—¿Qué quieres a cambio? —le preguntó Sean a Simon después de que el viejo amigo le respondiera informándole de que había encontrado una plaza para Patrick en el Trinity.

—Que me ayudes a salir de aquí —dijo Simon, sin engañarlo.

—Solo hay una manera de salir de esta pocilga —repuso Sean, y soltó a continuación varios improperios—. Y es en un ataúd. Lo sé porque así saldré yo de aquí en veintitrés días, después de que esos cabrones me cuelguen en la plaza del mercado. Al menos tendrás la celda para ti solo.

Sean acababa de darle a Simon la pieza de información que necesitaba para planificar su fuga, pero seguía necesitando la ayuda de Sean.

Siempre que alguno de los carceleros abría el portillo de la puerta para ver cómo seguían los dos prisioneros, se sorprendían al verlos charlando como si fuesen viejos amigos, un hecho del que informaron al director del centro penitenciario, al que no agradaba en absoluto la noticia.

Pasados otros quince días, al director no le quedó más remedio que facilitar un segundo encuentro del prisionero A6175 con el embajador británico. No podía eludir indefinidamente las insistentes demandas de sir Bernard Anscombe, por mucho dinero que Khalil le pagara.

Cuando llegó el momento de la reunión, Simon estaba bien preparado y sabía que no tenía ni un segundo que perder.

Dos carceleros lo acompañaron desde su celda hasta una sala situada en el otro extremo de la prisión que no se parecía en nada a la vida que Simon estaba llevando en el otro bloque. Ninguno de los dos se dejó engañar por las apariencias.

Lo primero que llamó la atención del embajador cuando su compatriota hizo su entrada en la sala en penumbra fue que, a pesar de que a Hartley le había crecido la barba, la llevaba bien arreglada. Sir Bernard se sintió aliviado al ver que Simon estaba sobreviviendo, aunque mostraba signos reveladores de falta de sueño, empeorados, evidentemente, por el espantoso régimen alimenticio de la prisión. Al

pobre se le veía exhausto.

—He hablado con su madre y con su esposa —dijo incluso antes de sentarse y después de recordar que su anterior encuentro había sido interrumpido de forma brusca.

—¿Cómo lo lleva mi familia? —preguntó Simon.

—Todo lo bien que cabe esperar, dadas las circunstancias —respondió sir Bernard—, pero ninguna de las dos pudo disimular la ansiedad que les provoca su situación actual. Sin embargo, creo que las pude convencer de que su liberación es solo cuestión de tiempo. La buena noticia es que, dado que el ministro de Defensa tiene planes de visitar Londres y París de aquí a dos semanas, las autoridades esperan que sea usted deportado a los pocos días de que se haya firmado el tratado de venta de armas.

Simon no lo veía tan claro, pero no expuso su opinión.

—Sospecho que el jefe de la policía no ha decidido aún por qué caballo apostar —continuó el embajador—, ya que sabe perfectamente bien que el príncipe Ahmed es quien cometió el crimen.

—Pero mientras siga recibiendo propinas de parte de Khalil… —empezó a decir Simon.

—Todo esto cambiará cuando el rey se entere de lo que ha hecho su joven sobrino.

—¿Y quién tendrá la valentía de contárselo al rey? —preguntó Simon.

Después de un silencio diplomático, el embajador dijo:

—No es una pregunta que esté autorizado a responder.

Simon reconoció la expresión reservada del rostro del diplomático y aceptó que no tenía sentido presionarlo.

—Pero a cambio —dijo el embajador— se espera de usted que guarde silencio sobre la implicación del príncipe Ahmed en la muerte de Conti.

—¿Y si no accedo a eso?

—Tendré que retirar mi intercesión y será considerado culpable del asesinato de Conti y condenado a la horca. Pero —le aseguró el

embajador a Simon— asistiré a la ceremonia en representación del Gobierno antes de informar a mis superiores. —Hizo una pausa—. Esto es lo que en el Ministerio de Asuntos Exteriores llamamos humor negro.

Simon consiguió soltar una carcajada.

—Y Avril Dubois ¿estará también a salvo cuando el contrato de venta de armas se haya firmado?

—Sí, pero no antes, y la policía sigue protegiéndola día y noche. —Hizo una pausa—. A título personal —comentó el embajador—, lo veo un poco mejor que la última vez que nos vimos.

—Es gracias a mi compañero de celda —dijo Simon—, que recibe raciones dobles y disfruta de más tiempo fuera de la celda que cualquier otro prisionero.

—¿Cómo es eso?

—Tiene los días contados y nadie quiere cabrearlo, ni siquiera el director.

—¿Y eso no supone un riesgo para usted? —preguntó sir Bernard, realmente ansioso—. Al fin y al cabo, ese hombre no tiene nada que perder.

—Le aseguro, embajador, que mi vida correrá mucho más peligro cuando lo hayan ejecutado, cuando me pongan como compañero a otro asesino que sospecho que no hablará inglés.

Antes de que le diera tiempo a decir nada más, entró un carcelero en la sala, agarró a Simon por el brazo y dijo:

—¡Se acabó el tiempo!

—Esperemos, pues, que esté usted de vuelta en Inglaterra antes de que eso suceda —dijo el embajador mientras se llevaban a rastras a su compatriota.

—Esperemos —dijo Simon—, ya que a mi compañero le quedan solo una semana de vida.

—¡Orden, orden! —declaró la presidenta de la Cámara—. Preguntas para el ministro de Asuntos Exteriores. Pregunta número

uno, señor Peter Bottomley. El representante de Bucklebury se levantó del fondo de la bancada de la oposición y dijo:

—Gracias, señora presidenta. ¿Podría preguntar al ministro de Asuntos Exteriores si se ha producido algún avance con respecto a la liberación de mi elector el señor Simon Hartley, que permanece encarcelado en una prisión de Arabia Saudí?

El muy honorable miembro del Parlamento Robin Cook se levantó de su asiento en la bancada del Gobierno, depositó un grueso expediente sobre la caja de despacho que se utilizaba a modo de atril, lo abrió y empezó a leer la respuesta que el señor Trevelyan le había preparado.

—Puedo informar a su señoría de que me he puesto en contacto con mi homólogo en Riad y me ha asegurado que se está siguiendo el debido proceso legal mientras continúan las investigaciones.

—¡Intentando ganar tiempo! —gritó un opositor conservador.

—¡Bobadas! —gritó otro antes de que el señor Bottomley se levantara de nuevo para formular su pregunta complementaria.

—La respuesta del ministro de Asuntos Exteriores, señora presidenta, no es que pueda describirse justo como alentadora, si recordamos el tiempo que lleva mi elector en prisión y que no ha comparecido todavía ante un tribunal para declarar con respecto a los cargos que se le imputan. Y en el caso de que al ministro de Asuntos Exteriores pudiera interesarle en qué sentido iría esa declaración, puedo decírselo: ¡se declarará no culpable!

—¡Así se habla, así se habla! —resonó en toda la Cámara, y Robin Cook bajó la vista hacia sus documentos, claramente incómodo.

—Me gustaría saber, señora presidenta, por qué razón vamos a recibir a un grupo de diplomáticos del Gobierno de Arabia Saudí en calidad de invitados de honor cuando uno de nuestros compatriotas sigue encarcelado injustamente por orden de ese Gobierno. ¿Sería posible, señora presidenta —continuó Bottomley antes de que el ministro de Asuntos Exteriores pudiera replicar—, que el gobierno esté más interesado en asegurarse un lucrativo contrato de venta de

armas que en presionar por la liberación de un hombre inocente?

—¡Vergüenza! —exclamaron varios miembros de las bancadas gubernamentales, pero Bottomley siguió insistiendo.

—Y si es este el caso, señora presidenta, me veo forzado a preguntar si estamos ante un ejemplo más de cómo la cacareada «política exterior ética» del ministro parece haberse evaporado a los pocos días de que el muy honorable caballero asumiera el cargo.

—¡Así se habla, así se habla! —Se oyó en todas las secciones del Parlamento cuando el señor Bottomley volvió a tomar asiento. El ministro de Asuntos Exteriores regresó a su sitio en el atril. Esta vez, el señor Cook dejó el grueso expediente sin abrir y dijo:

—Me solidarizo con el honorable caballero…

—¡Como si eso fuera a servir de algo! —se oyó gritar en la bancada de la oposición.

Lo cual fue respondido con gritos más potentes si cabe de «¡Orden, orden!», y no solo de su propio bando.

—Permítanme garantizarle a su señoría —continuó Cook cuando la Cámara se hubo tranquilizado— que mi departamento está haciendo todo lo que está en su mano para acelerar el proceso y que, por supuesto, mantendré a su señoría informada de cualquier avance.

—¡Que nadie se haga ilusiones! —gritó otro diputado desde el fondo mientras el líder de la oposición se levantaba de su lugar en la primera fila y descansaba la mano sobre el atril.

—Señor William Hague —dijo la presidenta.

—Señora presidenta, me veo obligado a preguntar si ahora vivimos en un país donde nuestras opiniones carecen de peso más allá de nuestras fronteras, puesto que queda claro que al elector de mi honorable amigo se le están negando derechos legales que, se mire por donde se mire, están garantizados en cualquier Estado de derecho. Quizá ha llegado el momento de que el ministro de Asuntos Exteriores llame al embajador saudí y le explique el significado de las palabras *habeas corpus*.

El ministro de Asuntos Exteriores regresó al atril, sofocado por los

gritos de «Así se habla, así se habla» procedentes de todos los lados de la Cámara. De haber levantado la vista hacia la galería de la prensa, Cook habría visto los bolígrafos escribiendo con furia sobre el papel, ya que los periodistas empezaban a comprender que aquella historia podía ser de esas que no acaban nunca.

—Le aseguro, señoría —empezó a decir Cook—, que el Gobierno de Su Majestad ha dejado muy clara su postura con respecto al trato recibido por el señor Hartley. Y después de estos intercambios que hemos mantenido en la Cámara, no me queda la menor duda de que el embajador de Arabia Saudí será plenamente consciente de la firme opinión de nuestros colegas sobre el tema.

Robin Cook levantó la vista y vio que el embajador saudí lo observaba desde la galería de los extranjeros distinguidos, sin mostrar el más mínimo signo de remordimiento. El ministro de Asuntos Exteriores volvió a tomar asiento, claramente incómodo, y se sintió aliviado cuando la presidenta siguió adelante con la agenda.

—Pregunta número dos —anunció—. Señor Jack Ashley.

El señor Trevelyan, que estaba sentado en la bancada de detrás de la silla de la presidenta, reservada para los funcionarios que representaban al ministro que recibía preguntas, estaba escribiendo una nota para su superior para informarle de que *lady* Hartley había estado presente durante el intercambio y estaba abandonando ya la galería de visitantes.

Cuando *lady* Hartley llegó a Bucklebury, abatida y exhausta, lo primero que hizo fue sacar una tarjeta de visita del bolso y marcar el número que aparecía debajo del nombre.

—Siento mucho molestarle, señor Booth Watson —dijo una vez que la pasaron con él—, pero sigo sin ver indicios de que vayan a liberar a mi hijo —intentó mantener la calma— y las facturas siguen llegando.

—Oh, lo siento mucho —dijo Booth Watson, rematadamente encantado.

—De modo que he tomado una decisión —anunció *lady* Hartley. Inspiró hondo y dijo—: Dígale, por favor, a su cliente que estoy dispuesta a vender mi Constable, y que si desea visitar mi casa y ver las otras acuarelas que me ha legado mi difunto marido, puede venir cuando quiera.

—Me pondré en contacto con mi cliente de inmediato.

Booth Watson cumplió su palabra, pues apenas cortó la llamada marcó el número de Miles.

Quedaron en encontrarse delante de las salas del gabinete de guerra de Churchill a las dos en punto. Booth Watson llegó minutos antes de que el Big Ben diera las dos. Miles llegó paseando por Birdcage Walk un cuarto de hora más tarde.

Iniciaron una rutina que habían llevado a cabo con regularidad durante años cuando no querían ser escuchados salvo por las ardillas, los patos y alguna que otra paloma. Cruzaron la calle, entraron en St. James's Park y siguieron paseando a orillas del lago, por donde se cruzaban solo con turistas que rara vez hablaban inglés.

—¿Y qué era tan urgente que no podía esperar? —preguntó Miles.

—Una llamada de una anciana viuda que tiene facturas que pagar y que, mientras su hijo siga encerrado en prisión, no dispone de una fuente de ingresos inmediata para poder hacerlo. Aunque resulta que ha heredado un Constable.

—La mitad del mundillo del arte estará al corriente del caso, si eso es verdad —repuso Miles—, incluyendo Sotheby's y Christie's.

—Es posible —dijo Booth Watson—, pero también es posible que no.

Miles caminó unos metros antes de decir:

—Sigo a la escucha.

—El Constable no es más que un pececito —dijo Booth Watson.

—¿Y cuál es el pez gordo? —preguntó Miles.

—Un ejemplar único de la Declaración de Independencia, conocido como la copia en limpio, cuyo valor es posible que la viuda desconozca.

—¿Y eso por qué tendría que interesarme? —dijo Miles fijándose en un pato que se acercaba con sus andares, abría la boca y no recibía recompensa alguna. Miles no negociaba con migas de pan, la única divisa aceptable entre los residentes de St. James's Park.

—Porque una copia impresa de la Declaración, publicada en Filadelfia por Benjamin Franklin en torno a la misma época, de la cual sigue habiendo varias en circulación, se vendió recientemente en subasta por más de un millón de dólares —le explicó Booth Watson—. Y a pesar de que solo pude ver esa versión unos momentos, te aseguro que no era una copia impresa, sino un original escrito a mano.

—A mano ¿por quién? —Quiso saber Miles.

—Ni más ni menos que por Thomas Jefferson.

Miles se paró de golpe.

—¿Cómo es posible? —dijo.

—Por lo que se ve, Jefferson visitaba Londres con frecuencia por aquella época. Y entabló amistad con un parlamentario llamado David Hartley, lo que explicaría por qué el documento sigue aún en la familia.

—De ser eso cierto, puedes estar seguro de que alguien en la familia conoce perfectamente bien su valor.

—Es posible, pero lo que sí puedo decirte es que *lady* Hartley solo me mencionó el Constable como pieza de gran valor —dijo Booth Watson, lo que detuvo de nuevo en seco a Miles.

—Así que el difunto debe de ser el muy honorable lord Hartley, antiguo ministro de Interior, y sin duda te enteraste de todo esto en el transcurso de una de tus visitas a funerales.

Booth Watson ignoró el comentario sarcástico y replicó sin más:

—Ya sabes lo que dicen: cuando el gato no está, los ratones bailan.

—Y el gato es Simon Hartley —dijo Miles—. El único hijo de lord

Hartley, que está actualmente encerrado en una cárcel saudí por un crimen que no cometió.

—¿Cómo sabes que es inocente?

—Si te dedicaras a leer el *Financial Times y Private Eye* en lugar de *The Daily Telegraph*, BW, estarías mucho mejor informado. Los periódicos llevan semanas con especulaciones sobre quién es el verdadero culpable, y hay un joven príncipe saudí que parece ser el principal candidato. Sin embargo, puesto que la delegación saudí está a punto de llegar a nuestro país, sospecho que no tardaremos mucho en ver a Simon Hartley en libertad, y sospecho también que eso significará que su madre ya no necesitará vender ni su Constable ni esa declaración firmada por Jefferson.

—Tienes razón, en teoría —dijo Booth Watson—. Pero ya que, para solucionar su problema, la estimada señora se puso en contacto conmigo y no con el abogado de la familia, aún tenemos una oportunidad. La dama también me dejó claro la última vez que hablé con ella que estaría encantada de que visitases Hartley Hall para poder apreciar personalmente el Constable tan pronto como te sea posible.

—Aunque lo que en realidad queremos es la copia en limpio de la Declaración de Independencia —dijo Miles.

Se quedaron un rato sin decir nada mientras seguían paseando por el sendero que rodeaba el lago para volver a las salas del gabinete de guerra.

—Queda para el martes o el miércoles de la semana que viene —dijo por fin Miles—, para que no se nos vea con prisas. Incluso así, estaremos aún a varios días de la llegada de esos saudíes.

—Llamaré a *lady* Hartley esta misma tarde para concretar día y hora —dijo Booth Watson cuando Miles se paró para contemplar el recién construido London Eye, que dominaba el paisaje, antes de volverse hacia el palacio de Buckingham.

—Me cuesta creer —dijo Miles— que Su Majestad se planteara alguna vez que iba a toparse con algo tan vulgar cada vez que mirara por la ventana de su dormitorio.

Un cisne alzó su imperiosa cabeza, como queriendo hacer un gesto de asentimiento.

Capítulo 13

Aquella mañana Booth Watson se levantó más temprano de lo habitual, pues necesitaba estar en Cadogan Square a las ocho en punto. Estaba seguro de que Miles ya habría desayunado mucho tiempo antes, leído la prensa, abierto su correo y lo estaría esperando… con impaciencia.

A pesar de que había salido de su piso en Middle Temple con antelación suficiente, y de que el taxi lo había dejado en Cadogan Square nueve minutos antes de la hora acordada, vio que Miles ya estaba sentado en la parte posterior de su coche leyendo el *Financial Times*. Booth Watson pagó el taxi y le pidió al taxista el recibo.

—He estado investigando un poco —dijo Miles sin molestarse a dar ni los «buenos días» cuando Booth Watson subió al coche—. La autoridad más reconocida sobre Jefferson es un tal profesor Saul Rosenberg, cuyo libro, *Monticello* y confirma que el tercer presidente escribió lo que se conoce como la copia en limpio de la Declaración de Independencia, en la que incluyó dos cláusulas adicionales, una relativa a la emancipación de los esclavos y otra en la que pormenorizaba los detalles de la relación de los Estados Unidos con el rey Jorge III cuando el país pasó a ser una nación independiente.

—Y si los Hartley están en posesión de la copia en limpio manuscrita y original…

—Estamos, citando a Rosenberg, ante una pieza de valor incalculable.

—Me pregunto si *lady* Hartley estará al corriente de eso —dijo

Booth Watson.

—Si lo está, habrá sido un viaje en vano —replicó Miles mientras Collins se incorporaba a la M4—. Pero, aun así, debo reconocer que, si de verdad se trata de la copia en limpio y logramos hacernos con ella, recibirás una prima doble.

—Una prima doble —repitió Booth Watson con recelo.

—Sí. Gracias a esa cláusula de «no retorno» que redactaste para mi acuerdo de divorcio, he conseguido quitarme por fin a Christina de encima.

—Once B, c minúscula —dijo Booth Watson, satisfecho consigo mismo—, la cláusula que establece que en el caso de que Christina se volviera a casar quedarías automáticamente liberado de tus obligaciones financieras con ella, que han sido felizmente transferidas a un tal Wilbur T. Hackensack III.

—Confiemos en que le haya hecho firmar a Christina un acuerdo prenupcial —dijo Miles.

—No, según el *Mail*, no lo ha hecho —repuso Booth Watson.

—Pues, de ser así, ese hombre no tardará en descubrir que Christina incurre en unos gastos que harían sonrojar a cualquier político.

—A lo mejor lo tiene contento —reflexionó Booth Watson— y no le importa lo que gaste. Y te puedo decir de alguien más a quien tampoco le importa ya nada, porque también ha salido airosa.

—¿Quién? —preguntó Miles volviéndose hacia su asesor legal.

—Nada más y nada menos que la señora Beth Warwick, que, según me han dicho, volverá como directora del Fitzmolean si Christina asume la presidencia, lo que hará que el golpe que diste con el ángel de Rembrandt haya sido efímero. Sin embargo, me parece que te gustará saber que he elaborado una estrategia con la que podríamos matar dos pájaros de un tiro.

Miles escuchó con atención mientras Booth Watson le exponía su plan.

—Creo que tendrás que hacerle otra visita a la señora Bates —fue la respuesta inmediata de Miles.

—Ya la tengo en mi agenda —dijo Booth Watson.

Pasaron por delante de la iglesia parroquial de Bucklebury y giraron a la izquierda para enfilar un largo camino de acceso al final del cual vislumbraron Hartley Hall irguiéndose ante ellos. Collins detuvo el coche delante de la bella mansión de estilo isabelino.

Miles fue el primero en salir del coche, y la puerta principal de la casa se abrió antes de que le diera tiempo a llegar hasta ella. El primer error de *lady* Hartley.

Lady Hartley recibió a sus dos invitados con una cálida sonrisa y dijo:

—Qué amable por su parte haberse tomado la molestia de desplazarse hasta aquí, señor Faulkner.

—No ha sido ninguna molestia, *lady* Hartley, sino un placer —declaró Miles con la sinceridad de un político en campaña.

—Pasen, por favor —dijo *lady* Hartley—. Les he preparado un té.

—Muy amable —dijo Miles entrando en la casa—. He estado siguiendo con considerable interés el lamentable tratamiento que está recibiendo su hijo por parte de los saudíes, por supuesto. Sobre todo, porque estudié en la misma *alma mater* que su difunto esposo.

Lady Hartley pareció relajarse al oír aquello y acompañó a sus invitados hasta el salón.

—El señor Booth Watson, mi distinguido abogado —continuó Miles—, me ha puesto al corriente de su situación actual, y quiero que sepa que si puedo hacer cualquier cosa por ayudarla, estoy a su servicio.

—Muy considerado por su parte —dijo *lady* Hartley—. Ojalá Simon estuviera aquí…

—Por desgracia, no lo está, de modo que debemos intentar hacer lo que él hubiera considerado mejor para sus intereses —dijo Booth Watson.

La mirada de Miles se posó en *El viejo molino de Bucklebury*, de Constable, que colgaba sobre la repisa de la chimenea. Se vio obligado a admitir que era una excelente obra del gran maestro.

—Me entristecerá tener que separarme del Constable de los

Hartley, claro está —dijo *lady* Hartley tomando asiento—. Lleva en nuestra familia siete generaciones, pero, como mi querida madre solía decir, cuando la necesidad aprieta, el diablo manda, y creo que este diablo en particular está a punto de cruzar nuestras puertas.

—Y en el caso de que decidiera desprenderse a regañadientes del cuadro —dijo Miles—, ¿tiene usted alguna cifra en mente?

—El pastor me comentó que hace poco salió un Constable a subasta y acabó vendiéndose por quinientas mil libras —respondió *lady* Hartley—, por lo que creo que ese sería un precio razonable.

—Si fuera a vender el cuadro en el mercado libre, *lady* Hartley, creo que descubriría que las casas de subastas suelen quedarse con un veinticinco por ciento del precio de adjudicación, mientras que un marchante se llevaría una comisión mayor si cabe. Razón por la cual considero que cuatrocientas mil libras sería un precio mucho más realista.

—¿Y el resto de la colección? —preguntó esperanzada *lady* Hartley.

El experimentado ojo de Miles recorrió lentamente la estancia. Un William Russell Flint bastante aceptable con dos señoras sentadas al borde de una piscina, una representación de Marrakech de Brabazon Brabazon, y un Bernard Dunstan con una imagen de Hartley Hall. Pero nada que pudiera entretener durante mucho tiempo la atención de un subastador.

—Debo admitir, *lady* Hartley, que es una buena colección, pero no soy un marchante, sino un simple coleccionista entusiasta cuyas paredes ya están repletas de obras de arte, por lo que mi único interés sería el Constable.

—En este caso, me temo, señor Faulkner, que ha viajado en vano, porque no puedo dejar marchar mi Constable por menos de quinientas mil libras.

Booth Watson intervino para salvar la situación justo a tiempo.

—La última vez que vine a visitarla, *lady* Hartley, vi una copia —puso énfasis en la palabra «copia»— de la Declaración de Independencia en el despacho de su marido.

—Así es —dijo *lady* Hartley después de pensárselo unos instantes —. Un objeto que también ha ido pasando de generación en generación, pero le confieso que no es más que una herencia familiar de escaso valor.

Unas palabras que a Miles le sonaron como música celestial.

—Pero si desea verla…

—Sí, podría verla aprovechando que estamos aquí —dijo Miles intentando disimular su entusiasmo.

Lady Hartley se levantó del asiento, los condujo fuera del salón y los acompañó por el pasillo hasta el despacho de su marido.

Mientras Booth Watson seguía charlando con *lady* Hartley sobre la distinguida carrera de su esposo, Miles estudió la Declaración de Independencia que colgaba enmarcada de la pared del despacho del difunto lord Hartley. Con solo echarle un vistazo, estuvo casi seguro de que aquello no era una copia impresa, sino manuscrita por alguien, pero ¿por quién? ¿Por un escriba, un secretario, quizá por Jefferson en persona? Observó la firma y se preguntó si sería auténtica. Solo había una manera de averiguarlo, y era apostando fuerte.

—Qué interesante —dijo Miles—, y aunque no tengo ni idea de cuál podría ser su valor, me encantaría tenerla. De hecho, si se sintiera capaz de desprenderse tanto del Constable como de esta declaración, estaría dispuesto a pagarle las quinientas mil libras que necesita para solventar sus dificultades financieras. Imagino que su esposo lo aprobaría.

—Mi marido se habría sentido abrumado con tanta generosidad, señor Faulkner —dijo *lady* Hartley. Dudó un momento antes de añadir—: Permítame, por favor, corresponder a su generosidad con la misma moneda. —Se dirigió al escritorio de su marido, abrió el cajón superior y sacó de su interior varias cartas manuscritas, que entregó a Miles—. Estas cartas fueron escritas por Thomas Jefferson a su amigo, el miembro del Parlamento David Hartley, hace más de doscientos años, y me gustaría que las tuviera usted.

—Muy amable por su parte. —Miles pasó las cartas a Booth

Watson, como si fuese una dama de honor que acaba de recibir un ramo de flores por parte de un miembro de la familia real. Booth Watson estudió la firma de Thomas Jefferson al pie de cada carta, mientras Miles seguía junto el escritorio de lord Hartley y decía—: ¿Me permite? —Y sacó su talonario.

—Por supuesto —dijo *lady* Hartley, que miró de reojo una fotografía enmarcada de su difunto marido siendo nombrado caballero por la reina.

Miles tomó asiento en el escritorio de lord Hartley, extendió un talón por quinientas mil libras, lo firmó y se lo entregó a la satisfecha vendedora.

—Es usted el caballero de la brillante armadura —dijo *lady* Hartley estudiando el cheque que sujetaba con manos temblorosas.

Era una imagen de Miles que a Booth Watson no se le habría pasado jamás por la cabeza. Sin decir nada más, *lady* Hartley acompañó de nuevo a sus invitados al salón y les sirvió una segunda taza de té.

—Redactaré un contrato en cuanto llegue a mi bufete —dijo Booth Watson.

—Gracias —dijo *lady* Hartley.

—¿Puedo pedirle a mi chófer que guarde ambas obras en el maletero del coche? —preguntó Miles cuando *lady* Hartley le pasó la taza.

—Por supuesto —respondió *lady* Hartley ofreciéndole a Booth Watson una galletita.

Después de que Collins descolgara el Constable de la pared, *lady* Hartley se quedó mirando el espacio en blanco, suspiró y dijo:

—Lo echaré de menos.

—Es natural, mi querida señora —dijo Miles—, y si desea cambiar de idea…

—No, no —replicó *lady* Hartley, guardando rápidamente el talón en el bolso.

Miles miró su reloj.

—Confío en que me perdone, *lady* Hartley, pero tendría que ir

volviendo a Londres… antes de cambiar yo de idea.

Lady Hartley rio con nerviosismo, se levantó y acompañó a sus invitados por el pasillo hasta la puerta.

—Señor Booth Watson, no podría haber hecho usted más por mí —dijo abriéndoles la puerta principal—. Acuérdese de enviarme su número de cuenta.

—Rotundamente no —protestó Booth Watson—. Mi papel como colaborador en su causa ha sido mínimo, y no es más que una forma de pagar mi deuda con su difunto marido por todos los buenos consejos que me brindó durante tantos años.

—Qué amable por su parte —dijo *lady* Hartley mientras Collins guardaba en el maletero del coche la Declaración de Independencia y el Constable y se sentaba luego al volante.

Lady Hartley permaneció en la puerta diciéndoles adiós con la mano, y no se movió de allí hasta que el Rolls se perdió de vista. Después entró en la casa, cerró la puerta y volvió al despacho de su marido.

Se detuvo un momento para observar el cuadrado descolorido dibujado en la pared, allí donde la Declaración había estado colgada durante doscientos años. Y luego se volvió para contemplar la imagen de su marido recibiendo el título de caballero de manos de la reina.

—¿Crees, John —dijo mirando la fotografía enmarcada de su marido—, que debería haberles explicado a estos amables caballeros por qué no podía vender yo nuestra versión de la Declaración de Independencia?

«Y ya que estás en ello, Sybil —resonó una voz en sus oídos—, quizá deberías haberles explicado también la verdad sobre el Constable».

Lady Hartley se sintió avergonzada, pero el sentimiento no duró mucho tiempo.

—Creo que tendríamos que ir tirando —dijo Alice mirando a Ross

—. Le prometimos a la canguro que estaríamos de vuelta antes de las once.

—Sí, mejor será que nos vayamos ya para ver si los gemelos han quemado la casa en nuestra ausencia —dijo Beth—. O, peor aún, quizá han montado una *rave*.

Christina se echó a reír.

—¿Cuándo han crecido tanto?

—¡Ha sido de la noche a la mañana! Mil gracias por una velada tan fantástica —dijo Beth dando un abrazo cariñoso a su amiga y a su flamante esposo—. Sois unos anfitriones muy generosos.

—Soy estadounidense —replicó Wilbur—. Y siempre hemos tratado a los británicos así…, excepto cuando la guerra de la Independencia, claro.

Wilbur fue a buscar los abrigos y Ross, Alice y William lo siguieron. Beth se rezagó un poco.

—¿Y bien? —dijo, en tono conspirador—. ¿Va en serio que quieres optar a la presidencia del Fitzmolean?

Christina dejó a su amiga en suspenso unos momentos antes de decir:

—Ayer presenté mi candidatura, y si llego a presidenta del Fitz, mi primera decisión ejecutiva será reelegirte como directora…, es decir, siempre y cuando estés dispuesta a volver.

—Por supuesto que estaría dispuesta —dijo Beth sin dudarlo un instante.

—Doy gracias al cielo por ello —dijo Christina—. Porque no me imaginaría desempeñar el trabajo sin ti.

—Y lo mismo decimos todos nosotros —dijo Wilbur cuando las dos llegaron al vestíbulo.

—Otra decisión ejecutiva tomada en mi ausencia —dijo William ayudando a su esposa a ponerse el abrigo.

Artemisia y Peter estaban sentados en el suelo de la habitación estudiando varios panfletos.

—La manifestación tendrá lugar en Whitehall justo el día en que el ministro de Defensa saudí esté en Londres para hablar con el primer ministro —dijo Artemisia.

A Peter le bastó con leer un par de páginas del «llamamiento a la acción» para declarar:

—Tienes razón. No deberíamos hacer negocios con países que ni siquiera dan derecho a voto a las mujeres.

—Imagínate, a mamá jamás le habrían permitido dirigir un museo de categoría nacional —dijo Artemisia.

—Tampoco es que tengan algún museo de categoría nacional que dirigir —dijo Peter después de hojear otro panfleto—. Solo oficinas, donde se espera que las mujeres sean secretarias o limpiadoras. Ni siquiera pueden ir al trabajo en coche por sus autopistas de ocho carriles, ya que no están autorizadas a sacarse el carnet.

—Y más importante aún que todo eso es que Simon Hartley sigue en prisión por un asesinato que no cometió. Y peor si cabe —continuó Artemisia pasando la página de uno de los panfletos— es que el príncipe Ahmed, miembro de la familia real, es el que debería estar encerrado.

—No sé si a papá le gustará que vayamos a… —dijo Peter—, y mamá ya tiene suficientes problemas encima en este momento.

—No es necesario que se enteren —dijo Artemisia, y se llevó un dedo a los labios al oír que se abría la puerta—. Rápido —dijo—, tenemos que estar en la cama antes de que suban.

Peter salió disparado.

Faulkner llegó puntual, para variar, y después de un breve saludo tomó asiento en el otro lado de la mesa de despacho de Booth Watson.

—Dadas las circunstancias —dijo Booth Watson—, consideré prudente redactar un contrato de propiedad, para evitar futuros malentendidos.

Miles no pudo más que mostrarse de acuerdo con su abogado,

consciente del valor que podía alcanzar la copia en limpio de la Declaración de Independencia escrita a mano por Jefferson.

—Después de tener el documento firmado por el notario —continuó Booth Watson—, visité por segunda vez a *lady* Hartley en su casa en Bucklebury. Firmó encantada las tres copias del acuerdo, una de las cuales se ha quedado. Por cierto, no se cansó de elogiarte, aunque bien puede acabar convirtiéndose en su *nunc dimittis* cuando descubra que lo ha dejado ir pensando que era una simple bagatela, y era precisamente por eso por lo que quería asegurarme de que la transacción fuera de lo más legal y transparente. Lo último que necesitamos es un litigante fastidioso que, en un futuro, intente machacarte.

—¿Y qué podría alegar? —cuestionó Miles—. Fue un trato acordado por ambas partes y firmado de buena fe ante la presencia de un abogado de la Corona.

—Así es, sí —dijo Booth Watson—, pero, por desgracia, ha surgido una complicación.

—¿Qué tipo de complicación? —preguntó Miles.

—Tiene que ver con las cartas que Jefferson le escribió a Hartley a lo largo de los años, y con una en particular.

—Esa mujer me las entregó a modo de regalo —dijo Miles sin querer reconocer que ni las había leído.

—Cinco de ellas son de escaso interés, salvo para los historiadores especializados en aquella época.

—Y está claro que eso no aplica a la sexta.

—Me temo que no —dijo Booth Watson—, porque, en el caso de que decidieras vender la Declaración, esa carta en concreto te causará un problema insalvable al que no encuentro una solución evidente.

Booth Watson abrió la carpeta que tenía sobre la mesa, extrajo de su interior la carta en cuestión y se la pasó a su cliente. A Miles le bastó con una lectura somera para entender cuál era el mencionado problema insalvable. Leyó la carta una segunda vez.

Hôtel de Langeac
París
11 de agosto de 1787

Querido señor Hartley:

Confío en que me conceda su permiso para robarle un momento de su tiempo y me permita remitirle la copia en limpio de la Declaración de Independencia, la cual presenté al Congreso para su consideración. Verá que incluye las dos cláusulas sobre las que usted y yo hablamos en Londres, a saber, la abolición de la esclavitud y nuestra futura relación con el rey Jorge III después de que nos convirtamos en una nación independiente. Mi amigo y colega Benjamin Franklin realizó copias y las distribuyó entre las partes interesadas. Para mi enorme consternación, después de que los miembros del Congreso se mostraran divididos, ambas cláusulas quedaron rechazadas. No obstante, no querría que pensara que no me tomé en serio su sabio y acertado consejo y que no intenté convencer a mis compañeros congresistas de lo meritorio de su opinión.

Cuando haya tenido usted la oportunidad de leer detenidamente la copia en limpio, le agradecería que, a su debido tiempo, tenga la amabilidad de devolvérmela. He pensado que le interesaría saber que es mi intención legar este recuerdo a la nación para que las futuras generaciones de estadounidenses puedan apreciar de manera plena lo que los padres fundadores intentaron conseguir y, en particular; el papel que usted desempeñó. Espero recibir pronto noticias suyas y aprovecho para reafirmarle mi más sincera estima y respeto.

Su humilde servidor,
Thomas Jefferson

—Entonces, ¿por qué no devolvió la Declaración a su «viejo amigo»? —preguntó Miles.

—La razón que puedas suponer tú es tan buena como la de cualquiera —respondió Booth Watson—. Aunque sospecho que la respuesta a esta pregunta se perdió en la noche de los tiempos. Una vez que el Congreso aprobó la redacción de un documento final que no incluía las dos cláusulas adicionales de la copia en limpio, supongo que perdió su importancia…, ¿quién sabe? Lo que es seguro es que *lady* Hartley no puede haber leído esta carta; de haberlo hecho, sabría que no estaba autorizada a desprenderse de la Declaración. Supongo que lo que conoce del tema se basa solo en las historias que debió de contarle su difunto marido.

Miles hizo un gesto de asentimiento, pero no interrumpió la explicación de Booth Watson.

—Pero una cosa es segura —continuó el abogado de la Corona—, cualquier abogado medianamente capaz especializado en contratos que leyera la carta de Jefferson a Hartley reclamaría con toda razón la propiedad de la Declaración en nombre del patrimonio de Jefferson, posiblemente incluso para el Gobierno de los Estados Unidos. Y yo, por mi parte, no estaría dispuesto a defender un caso tan débil como este, consciente de que se reirían de mí en los tribunales.

—¿Y qué me aconsejas?

—Creo que no te queda más remedio que devolver la copia en limpio de la Declaración de Independencia manuscrita por Jefferson a la embajada de los Estados Unidos en Londres, por lo que estoy seguro de que recibirás el sentido agradecimiento del embajador en nombre del Gobierno de ese país.

—Pero no olvides que me he desprendido de quinientas mil libras por algo que ahora resulta que ni siquiera pertenecía a esa mujer.

—No todo está perdido —dijo Booth Watson—, ya que sospecho que las restantes cinco cartas que Jefferson escribió alcanzarían una suma considerable si se subastaran en Nueva York, y no olvides que tienes todavía el Constable. Por lo tanto, no creo que vayas a perder

dinero.

—Pero eso no es nada en comparación con el precio que alcanzaría la copia de la Declaración de Independencia manuscrita por Thomas Jefferson. ¿Te imaginas por cuánto podría llegar a venderse esto en el mercado libre?

—Eso es una incógnita —respondió Booth Watson—. Aunque, como el Gobierno de los Estados Unidos estaría a buen seguro entre los postores, junto con una docena o más de los coleccionistas más importantes del mundo, todos ellos ansiosos por hacerse con una pieza histórica tan exclusiva, yo diría que podría venderse por varios millones. Sin embargo, la cuestión ahora es académica, ya que la carta de Jefferson a Hartley no te deja más alternativa que devolver la Declaración a su legítimo propietario.

—Pues a mí se me ocurre una alternativa —dijo Miles.

—¿A saber? —dijo Booth Watson arqueando una ceja.

Miles sacó un encendedor del bolsillo, lo abrió y observó cómo titilaba la llama. Cogió entonces la comprometedora misiva de Jefferson y se paró un momento antes de prenderle fuego.

Booth Watson permaneció sentado al otro lado del escritorio, boquiabierto pero sin palabras. No podía creer lo que veían sus ojos. A lo largo de todos aquellos años, siempre había sido consciente de que su cliente había hecho cosas escandalosas, pero jamás nada de aquella magnitud. No por primera vez, se preguntó si aquello era llegar demasiado lejos y si finalmente tendría que acabar cortando toda relación con él.

Cuando la llama estaba a punto de quemarle el pulgar y el índice, Miles soltó la minúscula esquina de la carta condenatoria y dejó que se sumara al resto de cenizas en su indigna tumba.

Capítulo 14

William había salido de casa por la mañana temprano, antes de que nadie se despertara, consciente de que aquel era un día en el que no podía permitirse llegar tarde al trabajo.

—Buenos días, Danny —dijo al subir al asiento trasero del coche que lo estaba esperando.

—Buenos días, señor —replicó Danny.

Puso en marcha el motor y se incorporó al tráfico matutino.

William se acomodó e intentó anticipar qué podría salir mal. En el mejor de los casos, volvería a casa por la noche con todos los grandes personajes implicados sanos y salvos y dormidos en la cama. En el peor…

Beth fue la siguiente en levantarse, y estaba acabando de preparar el desayuno cuando los gemelos irrumpieron en la cocina, lo que la tomó por sorpresa, ya que estaban de vacaciones y había dado por sentado que les apetecería quedarse ganduleando hasta más tarde.

—¿Qué tenéis planeado para hoy? —preguntó con inocencia.

—Ir a ver a unos amigos —respondió Artemisia ofreciendo el argumento que había acordado con Peter.

—¿Alguien que yo conozca? —Quiso saber Beth.

—No creo —dijo Artemisia, que no quería entrar en detalles—. ¿Y tú, mamá?

—He quedado con Christina para comer, y aprovecharemos para intentar pensar qué preguntas formulará la junta si se presenta para

ocupar la presidencia del Fitz —respondió Beth.

—Seguro que lo consigue —dijo Peter, decidido a mantener a su madre distraída del tema de lo que realmente tenían planeado hacer.

—Pues yo no estaría tan segura —replicó Beth sin explayarse más—. Nos veremos entonces a la hora de la cena, aunque no esperéis que vuestro padre esté. Seguro que cuando llegue ya estaréis acostados.

«Lo veremos mucho antes de acostarnos», pensó Artemisia.

Danny llegó a Northolt justo cuando Beth terminaba de lavar los platos y los gemelos repasaban por última vez los detalles de su plan.

William se sintió satisfecho al ver que todos los miembros del equipo estaban ya en sus puestos y asumiendo sus distintas responsabilidades para ultimar los preparativos de una visita real. Estaban todos perfectamente familiarizados con el protocolo que debía llevarse a cabo siempre que la reina o el príncipe de Gales volvían a casa después de realizar una visita en el extranjero: los escoltaban hasta el castillo de Windsor, el palacio de Buckingham o Clarence House, durante un recorrido en el que eran recibidos con vítores por los espectadores. Pero esta vez sería un miembro de la realeza extranjera quien visitaría el castillo de Windsor y el 10 de Downing Street, y el público lo recibiría probablemente con abucheos en lugar de con vítores.

El siguiente en aparecer en la pista de aterrizaje fue el ministro de Defensa, seguido poco después por el ministro de Asuntos Exteriores, el secretario del Gabinete, el secretario permanente y el señor Trevelyan, el secretario permanente del secretario permanente. Los ministros formaron una fila para saludar a sus invitados extranjeros y detrás de ellos se instalaron el superintendente jefe Warwick, el inspector detective Paul Adaja y varios agentes armados.

Estacionados en otra fila, mirando en dirección opuesta, había

siete vehículos del grupo de escolta especial de la Policía Metropolitana, seis Jaguar con chófer y tres autocares de lujo.

Todos alzaron la vista cuando un 747 privado descendió entre las nubes y aterrizó en la pista que se utilizaba única y exclusivamente para los jefes de Estado y miembros de la realeza extranjera. En el transcurso del consejo de ministros, el responsable de Hacienda había recomendado que, dado que estaban en juego tres mil millones de libras, se otorgara al príncipe Majid bin Talal Al Saud, el primo del rey, los mismos privilegios que le corresponderían a un jefe de Estado. Y el primer ministro se había mostrado de acuerdo.

Una vez que el avión se paró y se hubo colocado la escalerilla, se abrió por fin la puerta del aparato. El primero en salir fue el ministro de Defensa saudí. Y cuando su séquito empezó a descender por la escalerilla, hombres vestidos con idénticas túnicas y kufiyas blancas, William se preguntó cuál de todos ellos sería el hijo del ministro.

Instalado en un balcón detrás de ellos, con los prismáticos enfocados hacia el grupo recién llegado, Ross identificó al Príncipe Negro de inmediato y no lo perdió de vista mientras era acompañado hasta la limusina que lo esperaba.

El ministro de Asuntos Exteriores dio un paso al frente, saludó inclinando la cabeza, tendió la mano y dio la bienvenida al Reino Unido a Su Alteza Real en nombre del Gobierno de Su Majestad.

El príncipe recorrió la fila y estrechó la mano de los distintos miembros del comité de bienvenida antes de que todos pasaran a ocupar los lugares asignados en la caravana de limusinas. En respuesta a una señal que solo un profesional experimentado habría sido capaz de detectar, el grupo de escolta especial se puso en marcha. Su responsabilidad consistía en asegurarse de que el convoy no dejara de avanzar hasta llegar a Farnborough cuarenta minutos después, donde otro comité de bienvenida estaba ya esperándolos.

William, que iba en el coche de la retaguardia, cogió el teléfono del reposabrazos en el momento en que el convoy salía de Northolt para incorporarse a la carretera principal. Escuchó con atención.

—Solo se ven unos pocos manifestantes en Farnborough y

prácticamente ninguno en Windsor —le informó Jackie—. Imagino que es porque no han podido ni siquiera acercarse a la ruta que van a seguir nuestros visitantes. Sin embargo, no puedo decir lo mismo de aquí: en Trafalgar Square se está congregando un montón de gente. Dicen que el plan es marchar por Whitehall y dar la bienvenida a la delegación saudí antes de que se reúna con el primer ministro. Hay también un helicóptero sobrevolando Whitehall.

»Los organizadores de la marcha me han asegurado —continuó Jackie— que será una manifestación pacífica. Pero eso no detendrá a la panda de agitadores de siempre, esos que acuden a cualquier protesta con tal de causar problemas. —Jackie hizo una pausa—. ¿No le gustaría a veces, señor, que pudiésemos tener autoridad para prohibir este tipo de manifestaciones?

—No —respondió William—. Si lo pongo en una balanza, sigo prefiriendo la democracia a la dictadura.

William terminó la llamada mientras el convoy continuaba su recorrido por el carril exterior de la autopista. Siempre le divertía que la imagen de los escoltas policiales, con sus luces destellantes y sus sirenas, hicieran que cualquiera que circulaba por el carril exterior se desplazara hacia el carril intermedio y redujera rápidamente la velocidad hasta acatar el límite establecido.

Peter y Artemisia salieron de casa minutos después de las diez y tomaron el autobús de la línea 14 que los llevaría directos a Piccadilly. Subieron y se sentaron al fondo. Estaban tan nerviosos que apenas cruzaron palabra.

Cuando el autobús llegó a la parada de Piccadilly Circus, se apearon y se sumaron al nutrido grupo de manifestantes que, portando pancartas y gritando consignas, avanzaba hacia Trafalgar Square.

Artemisia estaba más y más eufórica a cada paso que daba y se sentía entusiasmada con la idea de participar en una manifestación que serviría para que ninguno de los dos gobiernos tuviera dudas

sobre lo que opinaba la gente del trato que estaba recibiendo Simon Hartley.

Cuando dobló la esquina al final de Haymarket, el corazón se le aceleró al ver lo que debían de ser más de cien mil personas congregadas allí para sumar su voz a la causa. Artemisia se quedó al margen de la gran multitud y escuchó los discursos de Tony Benn, Tariq Ali y Dennis Skinner, palabras interrumpidas constantemente por vítores prolongados.

El largo convoy negro formado por nueve vehículos llegó a Farnborough treinta y nueve minutos después y se detuvo en el perímetro de la pista.

Cuando el grupo de visitantes llegó a la plaza de armas, el sargento mayor de compañía Fletcher se puso firme y, con una voz que ahuyentó a las pocas palomas distraídas que habían tenido la osadía de quedarse por la plaza, vociferó:

—¡Presenten armas!

Un pelotón de granaderos con uniforme de gala acató la orden.

El príncipe y su séquito fueron escoltados hasta una pequeña tribuna que no habría desentonado en Royal Ascot, pero que acababa de montarse justo el día anterior.

Poco después de tomar asiento, el grupo de visitantes tuvo que levantarse de nuevo cuando la banda de los Royal Marines interpretó los dos himnos nacionales, *Dios salve a la reina* seguido por *Dios salve al rey*; mientras un escuadrón de Tornados surgía de entre las nubes y volaba por encima de sus cabezas en formación en V, con los colores blanco y verde de la bandera de Arabia Saudí evaporándose tras ellos.

A eso siguieron dos horas de desfile del amplio abanico de equipamiento que los tres mil millones de libras comprarían en el caso de que los saudíes decidieran firmar el contrato con los británicos. William mantuvo la mirada clavada en los invitados reales mientras los demás observaban el desfile.

Cuando la exhibición tocó a su fin, William no tenía manera de saber si el ministro de Defensa saudí había quedado impresionado. Pero no creía que los franceses pudieran igualar la impresionante variedad de equipos de combate que acababan de exhibirse entre los que destacaban los tanques Challenger 2 y los Tornados.

Ross seguía sin despegar los ojos del príncipe Ahmed, a quien había visto bostezar de vez en cuando y no hacer ningún esfuerzo por disimular su aburrimiento. Khalil ya había aconsejado en su momento a los franceses que le pusieran una mujer cerca, preferiblemente una mujer joven. Y los franceses habían captado el mensaje.

Después de que los marines presentaran armas por segunda vez, William continuó siendo la sombra del ministro de Defensa saudí cuando fue acompañado de regreso a su coche por el ministro de Asuntos Exteriores, quien, junto con un grupo selecto de personalidades, se reuniría con la reina para almorzar en el castillo de Windsor.

Salieron de Farnborough con unos minutos de retraso sobre el horario previsto, pero llegaron puntuales a Windsor, donde un secretario privado los acompañó hasta la sala de audiencias. Su Majestad estaba esperándolos para saludar al primo del rey. Uno de ellos hizo una reverencia.

William permaneció en su coche, devorando un sándwich de queso mientras esperaba a que el ministro de Asuntos Exteriores reapareciera con el ministro saudí.

Peter y Artemisia ocuparon su lugar al final de una larga hilera de manifestantes mientras Tony Benn y Tariq Ali lideraban a la bulliciosa multitud para salir de Trafalgar Square. Al avanzar por Whitehall ondeando sus pancartas, los manifestantes gritaron «¡Harley libertad!» y «¡Arrestad al Príncipe Negro!» mientras la policía flanqueaba las aceras a ambos lados de los edificios gubernamentales.

La lenta marcha se detuvo al llegar a Downing Street, donde todo el mundo se apiñó como una multitud de forofos del fútbol.

Algunos organizadores empezaron a repartir pancartas, mientras que otros ofrecían huevos a los ansiosos espectadores. Peter cogió una pancarta y Artemisia se decidió por un par de huevos. El corazón le retumbaba en el pecho mientras aguardaba la aparición de la delegación saudí.

El largo convoy abandonó los terrenos del castillo de Windsor a las 14:59 y se dirigió hacia la autopista. Cuando llegó a Whitehall, a las 15:58, fue recibido con gritos de escarnio por parte de los manifestantes, que estaban decididos a hacer notar su presencia. El cordón policial consiguió a duras penas contenerlos.

Peter levantó su pancarta justo cuando Artemisia lanzaba su primer huevo, que aterrizó en medio de la calzada, sin causar efecto alguno. Rápidamente, Artemisia se abrió paso hasta el frente de la multitud, apuntó una segunda vez y sonrió con satisfacción al ver que el huevo aterrizaba en el parabrisas del tercer coche, obligándolo a ralentizar la marcha antes de girar hacia Downing Street.

Saltó triunfante, pero antes de tocar de nuevo el suelo, dos policías la retuvieron justo cuando el coche de su padre pasaba por delante. La arrastraron sin miramientos hacia una calle secundaria, donde la obligaron a entrar en un furgón ocupado ya por media docena más de manifestantes. Artemisia se recostó en el asiento, jadeante pero orgullosa de haber cumplido con su papel.

Peter vio cómo el coche en el que viajaba su padre desaparecía hacia Downing Street y las verjas de hierro se cerraban detrás de él. Soltó la pancarta y corrió hacia la calle por donde se habían llevado a su hermana, pero el furgón policial se había puesto ya en marcha. Con el corazón acelerado, Peter echó a correr hacia el Embankment, en busca de una cabina telefónica.

—Scotland Yard —dijo una voz.

El primer ministro estaba esperando en la puerta para recibir a sus invitados cuando el coche del príncipe saudí se detuvo delante del número 10 de Downing Street.

Si el príncipe Majid estaba sorprendido por la enorme cantidad de periodistas apelotonados detrás de las barreras instaladas al final de la calle o por la multitud de manifestantes que habían dejado atrás antes de girar hacia Downing Street, no lo manifestó. Pero en cuanto bajó del coche, se sintió claramente incomodado por los periodistas que le gritaban preguntas que nada tenían que ver con el objetivo de su visita. William sospechaba que nadie le gritaba jamás a Su Alteza Real cuando estaba en Riad, y que, si alguna vez alguien iba a formularle una pregunta, el príncipe debía de estar advertido con antelación del contenido de esta, y por escrito.

—¿Cuándo piensan poner en libertad a Simon Hartley? —gritó el *Daily Mirror*.

—¿Le ha dicho alguien quién es el verdadero asesino? —preguntó *The Observer*.

—¿Cree su país en la justicia y en un juicio justo? —vociferó el *Express*.

—¿Sabe por qué su hijo es conocido como el Príncipe Negro? —La BBC.

Tras una sesión de fotos inusualmente breve en las escaleras del número 10 de Downing Street, el primer ministro acompañó a su invitado hacia el interior.

William imaginó que el secretario de prensa del número 10 había alertado a su homólogo del Gobierno saudí de lo que cabía esperar, y le habría explicado que el primer ministro tenía que enfrentarse a semejante embate a diario, por mucho que los gacetilleros supieran que no se planteaba responder a ninguna de sus preguntas.

Cuando el príncipe Majid abandonó el 10 de Downing Street una hora más tarde, subió rápidamente a la parte trasera del coche que lo esperaba, que partió de allí a toda velocidad. Cuando las verjas

del final de la calle se abrieron, y después de ignorar de nuevo las preguntas a viva voz de los periodistas, fue recibido una vez más por los gritos de los manifestantes, que dejaban a los periodistas como contenidos y educados en comparación.

William siguió la cabalgata del príncipe en su corto trayecto desde Whitehall hasta la embajada de Arabia Saudí, en Charles Street, donde los visitantes fueron recibidos por un grupo de manifestantes más reducido, pero también vociferante, que gritaba «¡Hartley libertad!», «¡Arrestad al Príncipe Negro!» y «¡Asesinos, volved a casa!», mientras los invitados del Gobierno entraban en el edificio de la embajada.

Ross miró a su alrededor antes de coger el teléfono y marcar un número al que hacía bastante tiempo que no llamaba. Cuando le respondieron, dijo:

—Póngame, por favor, con el superintendente Wainwright. —Esperaba que siguiese siendo el comandante de la comisaría.

—¿Quién le llama?

—El inspector detective Ross Hogan.

Ross esperó a que le pusieran en comunicación con el hombre con quien había compartido rondas en Lambeth, como agentes en prácticas, después de graduarse en la academia de policía de Hendon.

—Si de verdad eres tú el que está al otro lado de la línea, Ross, solo puede significar problemas —fueron las primeras palabras de Wainwright—, porque los leopardos nunca cambian de manchas, y muy en especial los leopardos irlandeses.

—Y muy en especial cuando se trata de proteger a uno de sus cachorros.

—Déjame que lo adivine —dijo Wainwright—. Artemisia Warwick, la hija de tu jefe.

—Soy su padrino —dijo Ross.

—Una chica simpática —repuso Wainwright—. Se ha pasado todo

el rato ocupándose de un tal Robert Hartley.

—¿El hijo mayor de Simon Hartley?

—Me temo que sí —dijo Wainwright—. He decidido no esposarlos, pero los mandaré de vuelta a casa con un buen tirón de orejas. Lo que no les he dicho es que, de haber tenido una mínima oportunidad, me habría sumado encantado a ellos al otro lado de las barricadas.

—Yo también —reconoció Ross—. Solo espero que Arte pueda llegar a casa antes de que lo haga su padre.

—Lo mismo me gustaría poder decir para el joven Hartley —dijo Wainwright—, que tiene todo el derecho del mundo a protestar por la inocencia de su padre.

—Coincido contigo —dijo Ross.

—¿Se lo contarás a su padre? —preguntó Wainwright.

—No siempre se lo cuento todo al jefe —reconoció Ross—, y muy en especial cuando no tiene ninguna necesidad de saberlo.

—Si lo hicieras —dijo Wainwright—, ya te habrían metido entre rejas hace un montón de años.

Artemisia lo vio agazapado en una esquina. Tendría más o menos su edad, quizá uno o dos años mayor, y estaba sentado con la cabeza gacha, las piernas recogidas entre los brazos, llorando en silencio.

Se sentó a su lado.

—En Inglaterra no meten a nadie en la cárcel por tirarle huevos a la policía —le dijo con delicadeza.

—Mi padre está encarcelado por un crimen que no cometió.

—¿Eres hijo de Simon Hartley? —preguntó Artemisia, incapaz de disimular su sorpresa.

—Sí… Robert —murmuró el chico, de forma incoherente.

—Me llamo Artemisia, pero mis amigos me llaman Arte —dijo ella —. Y siento mucho lo que le pasa a tu padre.

—¿Sabes lo de mi padre?

—Es uno de los motivos por los que he ido a la manifestación —le explicó Artemisia. Levantó la vista y vio que un agente estaba hablando animadamente por teléfono—. ¿Quieres saber la mala noticia? —dijo, esperando animarlo un poco—. Mi padre es el responsable de la protección del ministro saudí.

—Me gustaría matarlo —dijo Robert.

—¿A mi padre o al ministro saudí? —preguntó Artemisia pasándole un brazo al chico por los hombros.

—Al ministro —respondió Robert—, aunque debo admitir que quizá le he lanzado algún huevo a tu padre.

—Yo también —dijo Artemisia, riendo—. ¿Crees que tendremos que pasar la noche en la cárcel?

—Eso espero —dijo Robert—. Es lo mínimo que puedo hacer por mi padre —añadió.

El agente colgó el teléfono, fue directo hacia ellos y les sonrió.

—Venga, vosotros dos, largaos.

—Pero quiero que me acusen por lo que he hecho —dijo Robert —. Y que me metan en la cárcel.

—Eso no ayudaría a tu padre —dijo en voz baja el agente— y, lo creas o no, estamos todos de su lado.

—¿Se lo dirán a mi padre? —preguntó Artemisia.

—La respuesta a eso queda muy por encima de mi rango —dijo Wainwright—. Así que ¿por qué no os marcháis ya a casa? Y, por cierto, vuestros respectivos padres se sentirían muy orgullosos de vosotros.

Robert rompió a llorar.

Artemisia le cogió la mano y salieron dos en silencio de la comisaría.

Capítulo 15

William anotó la salida de los últimos asistentes a la cena celebrada en la embajada de Arabia Saudí. Miró el reloj: acababan de dar las once. La mayoría de los manifestantes se había marchado también; nada como una noche fría y una lluvia intensa para ayudar a la policía en su trabajo. William decidió volver a casa y descubrir si seguía teniendo esposa e hijos.

Se disponía a darle un toque en el hombro a Danny para que se pusiera en marcha cuando un joven, ya sin kufiya y sin túnica, sino vestido ahora con una americana informal y una camisa de cuello abierto, salió por la puerta posterior de la embajada. William lo reconoció de inmediato.

—Hora de un paseo a pie a la antigua usanza —dijo William, que salió rápidamente del coche para asegurarse de no perder de vista al Príncipe Negro, que había enfilado ya Curzon Street y pasaba en aquel momento por delante de su librería favorita, de camino hacia Park Lane.

El príncipe Ahmed caminaba a paso ligero y en ningún momento volvió la cabeza hacia atrás.

William se preguntó adónde se dirigiría a aquellas horas de la noche sin la compañía de sus guardaespaldas.

Cuando el príncipe llegó a Park Lane, giró a la derecha en dirección a Marble Arch, pero no habría recorrido más de cien metros cuando llegó a la entrada de un hotel, donde el portero lo saludó con una reverencia y dijo:

—Buenas noches, Alteza.

William mantuvo la distancia y esperó un momento antes de entrar también en el Dorchester, como si fuera un huésped. Se mantuvo discretamente alejado mientras el gerente acompañaba al príncipe hasta el ascensor más próximo.

William cruzó lentamente el vestíbulo, con la mirada fija en el indicador situado encima del ascensor, que le informó de que Ahmed había ido a la novena planta. Cuando el gerente reapareció minutos después, William estaba esperándolo en el pasillo.

—¿Puedo ayudarle en algo, señor? —preguntó.

—Soy el responsable de la seguridad del príncipe —dijo William mostrándole su identificación—. Tanto a mí como a mi equipo nos resultaría muy útil saber si Su Alteza Real se ha retirado para pasar aquí la noche o tiene planes de volver a salir. Quiero asegurarme de que disfruta de la mejor protección posible mientras está en la ciudad como invitado del Gobierno británico.

El gerente se quedó debidamente impresionado.

—Lo único que puedo decirle, superintendente jefe, es que Su Alteza Real espera la llegada de alguien en veinte minutos y que no tiene planes de volver a salir, que yo sepa.

—Gracias —dijo William—. Nos ha resultado muy útil. Y estoy seguro de que podemos confiar en su discreción.

El gerente nocturno asintió antes de volver al mostrador de recepción.

William estaba perplejo y era incapaz de imaginar quién podía ir a visitar al príncipe Ahmed a esas horas de la noche. Supuso que se trataría de alguna joven que cobraba por horas. Y confiaba en que no fuese nadie en particular, porque, de serlo, no tendría manera de protegerla.

Permitió que la curiosidad de policía pudiera con él, cruzó el vestíbulo y permaneció escondido detrás de un pilar de una esquina, desde donde tenía una buena visión tanto de la puerta giratoria de la entrada como de los ascensores que quedaban a su izquierda. No tuvo que esperar mucho tiempo.

Cuando vio quién entraba en el hotel, supuso que debía de ser pura casualidad, pero los policías no creen en las casualidades. Se mantuvo detrás del pilar mientras el gerente saludaba al invitado del príncipe y lo acompañaba por el vestíbulo hasta los ascensores. Cuando las puertas se cerraron, William salió de su escondite y comprobó que la flechita del indicador no se detenía hasta llegar a la novena planta.

De haber sido aquello Moscú, o incluso Washington, la habitación habría tenido instalados micrófonos, pero estaban en Londres, razón por la cual William solo podía aventurarse a suponer de qué estarían hablando. Volvió a su escondite detrás del pilar y se preguntó cuánto rato le tocaría esperar.

Mientras Miles subía a la novena planta, se sintió excepcionalmente nervioso. Tratar con delincuentes de poca monta y con gente que dependía de su patrocinio era una cosa, pero tener que lidiar con un príncipe de sangre real era otra, sobre todo porque aquel príncipe en particular no necesitaba ayuda económica. Aunque, claro está, quizá Miles tuviera algo que ofrecer que el príncipe necesitara en aquel momento más que el dinero. Confiaba en que al menos la mitad de las historias que se contaban sobre el Príncipe Negro fueran ciertas.

Cuando Miles salió del ascensor en la novena planta, se dirigió a una puerta sin número de identificación. Pulsó el botoncito en forma de perla y, momentos después, le abrió un hombre vestido con traje azul claro y camisa de cuello abierto, que le tendió la mano y dijo:

—Buenas noches, soy Hani Khalil, asesor principal de Su Alteza Real.

Miles estrechó la mano de un hombre que al instante le desagradó, pero le devolvió su poco sincera sonrisa antes de ser conducido ante su superior. El príncipe Ahmed estaba sentado en un confortable sillón como si fuese un trono y no hizo el más mínimo esfuerzo por darle la bienvenida a Miles. Los dos hombres se miraron

fijamente, como la mangosta que se tropieza con una serpiente, a la espera de ver quién ataca antes. Ahmed movió la mano en un gesto autoritario en dirección al asiento que tenía delante de él para darle a entender a Miles que podía sentarse. Khalil permaneció de pie.

Miles se sentó en el borde de su sillón y estudió con atención a su potencial colaborador. Rezumaba arrogancia, vanidad y prepotencia a partes iguales, tres debilidades que Miles siempre agradecía cuando intentaba cerrar un trato. Lo saludó bajando la cabeza y dijo:

—Le agradezco mucho que haya tenido a bien brindarme una pequeña parte de su tiempo, Alteza —dijo jugando su primera carta, la de la adulación.

El príncipe no dijo nada; era evidente que era lo mínimo que esperaba de un infiel.

—Su Alteza Real —dijo Khalil— entiende que tiene usted una propuesta que presentarle, señor Faulkner, y puesto que espera la llegada de otro invitado en unos minutos quizá podría explicarnos ya el propósito de su visita.

—Avril Dubois —dijo Miles, que no tuvo que esperar la reacción.

El príncipe se adelantó en su asiento, como si estuviera a punto de atacar a la mangosta, pero la serpiente mantuvo su postura.

—Sé de buena tinta —continuó Miles— que, cuando el caso llegue a los tribunales, la señorita Dubois regresará a Riad como parte del equipo de defensa británico y presentará pruebas irrefutables que a Su Alteza Real podrían resultarle extremadamente delicadas.

El príncipe cambió de postura en su asiento, a todas luces incómodo, pero siguió sin hacer ningún comentario.

—No superaría el control de inmigración —dijo Khalil.

—Que es justo lo que el Ministerio de Asuntos Exteriores prevé —dijo Miles sin perder un instante—, y también la razón por la que viajará acompañada por corresponsales de *The Guardian, The Times* y del *New Statesman*. Debo advertirlos de que ya han redactado su artículo, y no será precisamente halagüeño. —Miles hizo una pausa

antes de jugar el as que llevaba guardado bajo la manga—. Sin embargo, si consideran que eso podría serles de alguna ayuda, yo podría asegurarme de que no llegue ni al aeropuerto.

—¿Y qué esperaría a cambio? —preguntó Khalil.

—Que Simon Hartley tampoco llegue al aeropuerto.

Se produjo un breve silencio durante el cual Khalil y el príncipe intercambiaron miradas.

—¿Por qué es Hardey tan importante para usted? —Quiso saber Khalil.

—Por la misma razón por la que Avril es tan importante para ustedes —dijo Miles—. Hay una gran suma de dinero en juego.

Miles se quedó a la espera de una respuesta, consciente de que toda la información que Booth Watson y el exsuperintendente Lamont le habían suministrado había dado en el blanco.

—Trato hecho, señor Faulkner —dijo el príncipe tomando la palabra por primera vez.

Se levantó de su asiento y le estrechó la mano a Miles como si fueran viejos amigos.

Miles inclinó de nuevo la cabeza a modo de reverencia y dijo:

—Ha sido un placer hacer negocios con usted, Alteza.

El príncipe se limitó a asentir para indicar que el encuentro había terminado. Khalil acompañó a su invitado hasta el ascensor, aunque esta vez, cuando le ofreció la mano, Miles no se la estrechó.

—Y ahora escúcheme bien, cabrón —dijo Miles mientras esperaba la llegada del ascensor—. Si no cumple su parte del trato, le aconsejo que no regrese a su país, porque, si lo hace, no serán ni su mujer ni sus hijos los que le estén esperando en la sala de llegadas.

Khalil todavía temblaba cuando se abrieron las puertas del ascensor. Miles entró, pulsó el botón de la planta baja y siguió mirando a Khalil mientras las puertas se cerraban lentamente. Una vez que llegó abajo, cruzó el vestíbulo, salió del hotel y entró en el coche que lo estaba esperando, con William siguiendo todos sus pasos.

Después de que Faulkner hubiera subido a su Rolls, William sacó

el móvil y marcó un número que no necesitaba ni mirar. Pasó un rato antes de que una voz rugiera al otro lado de la línea diciendo:

—¿Quién es?

—Warwick, señor —respondió William—. Tenemos un problema.

El superintendente jefe Warwick llegó a su casa pasadas las tres de la mañana. Cerró la puerta sin hacer ruido, subió de puntillas y se metió en la cama confiando en no despertar a Beth.

Permaneció despierto durante las cuatro horas siguientes con una única pregunta dándole vueltas en la cabeza.

Se levantó justo antes de las siete, se dio una ducha fría, se cepilló los dientes, se vistió a oscuras con la ropa del día anterior y salió de la habitación sin encender la luz. Bajó de puntillas, entró en la cocina, se llenó un cuenco de cereales y se preparó un té y una tostada que untó con mermelada.

Comió y bebió a la vez. Salió de casa antes de que nadie se diera cuenta de que había estado allí.

Una vez más, todo el mundo formó una fila para ver cómo el ministro de Defensa de Arabia Saudí y su hijo subían a bordo del 747 y desaparecían sin mirar atrás ni ofrecer el tradicional saludo de despedida.

William, que se encontraba a cierta distancia del grupo principal, exhaló un suspiro de alivio cuando la puerta de la cabina se cerró por fin.

Y mientras el ministro de Asuntos Exteriores observaba el avión rodar lentamente hacia la pista, William le comentó a Trevelyan:

—De modo que nadie sabe cómo acabará este asunto del acuerdo de venta de armas.

—No puedo fingir ser demasiado optimista sobre nuestras posibilidades —replicó Trevelyan—. La única vez en que este tipo se ha mostrado educado ha sido cuando estaba en presencia de la

reina.

El sonido de los cuatro motores a reacción rugiendo para despegar ahogó su respuesta.

Después de que William dejara sano y salvo a Robin Cook en su despacho de Whitehall, Danny lo condujo a Scotland Yard, donde informaría al comandante sobre cómo había transcurrido la mañana.

Sin problemas, aunque la noche anterior…

William llegó a Scotland Yard justo pasadas las once y encontró al comandante sentado ya detrás de su mesa. En cuestión de minutos, Ross, Paul, Rebecca y Jackie se les habían sumado y habían ocupado sus respectivos lugares en la mesa de reuniones.

—Lo que no alcanzo a entender —dijo el Halcón tras tomar asiento a la cabecera de la mesa— es por qué Faulkner fue a visitar a Ahmed a las tantas de la noche.

—Ahmed debe de tener algo que Faulkner quiere —sugirió Ross.

—¿Y qué podrían tener en común esos dos? —dijo William.

—Que ambos serían capaces de matar a su abuela si recibieran algo a cambio —comentó Jackie.

—Supongo —dijo Rebecca— que ciento cincuenta millones de monedas de plata adicionales es cantidad más que suficiente para que Ahmed y Khalil quieran arriesgar lo que sea para asegurarse de que son los franceses, y no los británicos, quienes acaban haciéndose con el contrato de venta de armas.

—Pero Faulkner nunca ha demostrado ningún interés por las armas en el pasado —dijo el Halcón hablando casi para sus adentros —. No es su mundo.

Todos guardaron silencio hasta que Rebecca dijo:

—No es a sus abuelas a quienes tendrían que matar para asegurarse de que los franceses se hacen con ese contrato.

—Sino a Avril Dubois —dijo William—. Aunque eso sigue sin explicar cuál sería la implicación de Faulkner en el asunto.

—Si el príncipe Ahmed le hubiera pedido a Faulkner que acabe

con Avril —dijo Ross—, Ahmed quedaría libre de culpa y los ciento cincuenta millones serían suyos.

—¿Y qué podría esperar Faulkner a cambio? —preguntó Paul—. Para correr un riesgo tan grande tiene que ser bastante más que varios miles de monedas de plata. Si estuviera implicado en el asesinato de Avril, pasaría el resto de su vida entre rejas.

Siguió otro largo silencio hasta que el Halcón dijo:

—Ese es un misterio que no resolveremos sentados alrededor de esta mesa. Mantendremos a Faulkner bajo vigilancia las veinticuatro horas del día, siete días a la semana, porque si su plan es asesinar a Avril, tendrá que encargarle a alguien el trabajo sucio, y necesitamos saber a quién y, más importante si cabe, cuándo.

Capítulo 16

Miles se tomó su tiempo para rellenar el formulario, sobre todo el apartado titulado «Delitos anteriores».

Después de firmar con su nombre a pie de página, envió el formulario por correo certificado, pero no recibió una respuesta con la aprobación de su solicitud hasta cinco días más tarde.

Hizo una anotación en su agenda.

Ross irrumpió en el despacho de William cuando este estaba al teléfono.

—Faulkner ha presentado una solicitud para hacer una visita a la cárcel el próximo jueves —dijo.

—Te llamo luego —dijo William antes de colgar el teléfono. Miró a Ross y lo único que le preguntó fue—: ¿A quién?

—A Tulip. Ese hombre era sus ojos y sus oídos mientras estuvo en Scrubs.

—Está cumpliendo doce años de cárcel por el asesinato de un testigo policial durante uno de los anteriores juicios de Faulkner, si no recuerdo mal.

—Exactamente —dijo Ross.

—En este caso, quiero conocer todas y cada una de las palabras que se crucen, porque podría ser nuestra única esperanza de averiguar la conexión que hay entre Miles Faulkner y el príncipe Ahmed.

Ross asintió.

—Tendré a los cuatro mejores lectores de labios disponibles en la galería, captando cada palabra que digan.

—Tendrán que ser buenos, porque esos dos sabrán de sobra que estarán allá arriba.

—Son los mejores —dijo Ross—, y es muy posible que ni Faulkner ni Tulip se percaten de su presencia —añadió sin dar más explicaciones.

—Y, Ross —dijo con firmeza William cuando Ross se levantó para marcharse—, por razones obvias no quiero a nadie de nuestro equipo cerca de Scrubs el jueves que viene. Así que elige con cuidado tus contactos, porque bien podría ser que un par de funcionarios de la cárcel estuvieran en la nómina de Faulkner.

—Reduciré la información al mínimo y luego te pondré al corriente.

William cogió el teléfono en cuanto se cerró la puerta, marcó un número y dijo:

—Siento molestarle, señor, pero creo que podríamos tener un avance importante en el caso Faulkner.

El chófer de Miles lo dejó en el aparcamiento de visitas mucho antes de la hora de la cita. Miles se dirigió a la sala de espera y rellenó un formulario más antes de que le fuera entregado un disco con el número tres. A continuación, intercambió un billete de cinco libras por tres vales de la cantina, tomó asiento y esperó y esperó. Al final, se dio por vencido y se puso a leer el *Prison News*.

—Números del uno al cinco —anunció el funcionario de prisiones justo antes de que dieran las tres.

Miles se levantó junto a otros siete visitantes y un bebé que no paraba de llorar y siguió al funcionario para salir de la sala de espera, cruzar un patio y entrar en la zona de recepción. Allí hizo entrega de su teléfono móvil, su cartera y su cinturón, sin necesidad de que tuvieran que recordarle que podría recogerlos una vez

terminada la visita.

El mismo funcionario condujo a los ocho visitantes fuera de la zona de recepción hacia un patio repleto de malas hierbas y rodeado por un muro alto que Miles había mirado fijamente durante tres años.

Miles se estremeció cuando entró de nuevo en la cárcel y fue escoltado por un largo pasillo con paredes de ladrillo hasta otra sala de espera. Se sumó a la pequeña cola que había delante de la cantina móvil, entregó sus cinco cupones y recibió a cambio un café, un sándwich de jamón, dos barritas de KitKat y una cajetilla de tabaco. No le dieron cambio.

Sonó un timbre. Aparecieron dos funcionarios que acompañaron a los primeros ocho visitantes hasta una sala grande con mesas redondas colocadas a una distancia respetable las unas de las otras. Había una silla roja a un lado de cada mesa para el prisionero y dos sillas azules al otro lado para los visitantes.

Miles miró a su alrededor y vio que Tulip lo saludaba con la mano. Se abrió paso entre las mesas y, cuando llegó junto al prisionero, depositó todas sus compras en su lado de la mesa.

—No levante la vista —dijo Tulip en cuanto Miles tomó asiento delante de él—. Ya he detectado dos lectores de labios en la galería y supongo que tiene que haber más.

—En ese caso —dijo Miles—, yo haré el papel de ventrílocuo y tú serás mi muñeco. Te dejaré claro lo que quiero mientras tú vas diciendo chorradas.

Tulip asintió.

—Leí en *The Sun* eso de que el ángel se quedó encerrado en el baño —dijo—. Debió de ser divertido. ¿Qué será lo siguiente?

—Necesito un sicario, y rápido —dijo Miles con la cabeza gacha y sin apenas mover los labios.

—Espero que le gustaran los *Nenúfares* que Billy Mumford le pintó —dijo Tulip después de beber un poco de café.

—¿Cuál es la tarifa actual?

—¿Qué quiere que le pinte a continuación, una Virgen María?

—No. Una prostituta de Putney.

—Creo que actualmente ronda las veinte mil, quizá más. Pero necesitará una foto de la modelo.

—Dile que venga a visitarme a mi oficina con vistas al río. Allí le entregaré una foto y el dinero.

—Se lo diré —dijo Tulip. Cogió el sándwich de jamón y le dio un mordisco antes de preguntar—: ¿Cuándo?

—El domingo a las tres de la tarde —dijo Miles sin mover los labios—. Es la hora más concurrida del día. Pero adviértele de que me están siguiendo y dile que solo se me acerque si me meto las manos en los bolsillos.

—Se lo diré —dijo Tulip antes de darle otro buen mordisco al sándwich.

—¿Qué tal van tus posibilidades de obtener la condicional? —preguntó Miles hablando con normalidad ahora que ya había acabado con lo que lo había llevado hasta allí.

—Ya he pasado la primera entrevista —respondió Tulip—. Intenté convencerlos de que soy un tipo reformado y de que he pasado página.

—¿Cuándo sabrás si te han creído?

—De aquí a varios meses —dijo Tulip—. Nada, como bien sabe, se mueve rápido en la cárcel.

—¿Sigues trabajando en la biblioteca?

—Sí, sigue siendo el trabajo más sencillo aquí dentro… y me permite mantenerme en contacto con todo lo que pasa en el mundo exterior.

Sonó un timbre para avisar a las visitas de que disponían solo de cinco minutos más.

Miles miró a su alrededor: las parejas se besaban, los padres abrazaban a sus hijos. En la mesa contigua, una mujer con un bebé en brazos no podía parar de llorar.

—¿Necesitas alguna cosa? —preguntó.

—No —respondió Tulip—. Gracias a usted, me cuidan bien.

Se echó hacia atrás en la silla y apuró el café.

El timbre sonó por segunda vez.

—Nos vemos el domingo que viene —dijo Miles.

Se levantó de su asiento y salió apresuradamente de la sala para ser de los primeros en ser acompañado de vuelta a la recepción. No miró hacia atrás, pero, de haberlo hecho, habría visto a Tulip devorando el segundo KitKat y guardándose la cajetilla de tabaco en el bolsillo antes de ser escoltado a su celda.

Miles se sumó al grupo de visitantes para volver a la recepción, donde recogió su teléfono móvil, su cartera y se puso el cinturón.

En cuanto escapó —porque así era como se sentía—, volvió al coche y el único chófer presente en el aparcamiento lo sacó de allí.

La jefa de los lectores de labios, como era conocida en Scrubs, llegó a Scotland Yard justo después de que Miles hubiera entrado en su casa en Chelsea.

Una vez que Kimberley Young se hubo presentado a los dos agentes de policía, William no perdió el tiempo antes de formularle la primera pregunta:

—¿Ha averiguado su equipo algo que pueda resultarnos de utilidad?

—Es difícil decirlo —reconoció Kimberley—, porque es evidente que eran conscientes de nuestra presencia y controlaron el truco de la doble conversación casi a la perfección. Mientras uno de ellos interpretaba un guion muy bien ensayado, el visitante contestaba sin apenas mover los labios. Así que, por un lado, tenemos una conversación incongruente y, por el otro, una serie de palabras sueltas que solo confío en que puedan significar alguna cosa para ustedes. Por suerte, incluso al mejor ventrílocuo le resulta prácticamente imposible pronunciar determinadas letras sin mover los labios.

—¿Qué letras? —preguntó William.

—La b, la f, la m, la p, la r y la w presentan ciertos problemas. Le reto a decir la siguiente frase sin mover los labios: «Betty Wilson

frecuenta una perfumería de Peterborough y su pareja es un bombero de Richmond que fuma Benson and Hedges».

Los dos se dieron por vencidos antes de llegar a «Peterborough».

Después de este argumento, Kimberley les pasó una hoja con las pocas palabras que su equipo había conseguido captar de la conversación de Faulkner: «sicario», «prostituta», «Putney», seguidas por «tres», «concurrida», además de «manos en los bolsillos», «mi oficina con vistas al río» y «nos vemos el domingo que viene».

Estudiaron las palabras unos momentos y William dijo por fin:

—Debe de haberle pedido a Tulip que le recomiende un sicario para eliminar a Avril y quiere reunirse con él en su oficina con vistas al río.

—El domingo a las tres de la tarde —añadió Ross.

—¿Por qué esta conclusión? —preguntó Kimberley.

—Porque Faulkner no tiene ninguna cita para volver a visitar a Tulip el domingo que viene —respondió William.

—Y, en cualquier caso, Billy el Falsificador jamás esperaría cobrar veinte mil libras por nada, ni siquiera por un cuadro de la Virgen María —dijo Ross.

—El río en cuestión tiene que ser el Támesis, pero no podemos pretender que la Unidad Marina patrulle sus sesenta kilómetros de longitud a su paso por la zona metropolitana de Londres —dijo William—, por mucho que tengamos una hora concreta.

—Podrían reunirse en una barcaza, en una barca, incluso en un ferri —sugirió Ross.

—Lo veo poco probable —dijo Kimberley—. Cualquiera de mi equipo habría elegido decir barcaza, barca o *ferry*. B, r y f —les recordó.

—Pero —dijo William— ¿cómo es que captó la frase completa de «nos vemos el domingo que viene» si Faulkner podría haberla pronunciado sin siquiera mover los labios?

—Porque en aquel momento —dijo Kimberley— yo estaba sentada a la mesa contigua a Faulkner con un bebé en brazos y mi

ayudante estaba sentado delante de mí. Algo que no podremos hacer una segunda vez —reconoció—. Pero me dijo, inspector, que se trataba de un asunto de máxima prioridad, puesto que la vida de una joven podía correr peligro.

—Y corre peligro —dijo William.

Capítulo 17

Con los años, Booth Watson había aprendido que siempre que Miles utilizaba la palabra «urgente» quería decir «ayer», razón por la cual estaba delante del 57 de Cadogan Square justo una hora después de que Miles le llamara, incluso a pesar de ser domingo. Si alguna cosa más había aprendido sobre su cliente, era que intentar adivinar por qué quería verlo era un ejercicio sin sentido, y que la postura más inteligente era no mostrarse nunca sorprendido, independientemente de por dónde le saliera.

El siempre fiable Collins le abrió la puerta.

—Buenos días, señor —dijo antes de acompañar a Booth Watson al despacho de su señor.

Le bastó con ver la cara de Miles para entender que estaba de un humor de perros, y enseguida descubrió por qué.

—He hecho tasar el Constable de los Hartley en Christie's —dijo Miles antes de que a Booth Watson le diera tiempo a abrir su maletín y sacar un bloc amarillo y una pluma.

—¿Y cuánto han calculado que podría alcanzar? —preguntó Booth Watson tomando asiento.

—Diez mil libras como máximo —respondió Miles.

Después de recuperarse del *shock* inicial, Booth Watson dijo:

—Por lo tanto, está claro que no es un Constable.

—Simplemente de su escuela —dijo Miles—. El experto de Christie's está casi seguro de que fue pintado por un tal Breck LaFave, uno de los alumnos más destacados de Constable, pero un

alumno al fin y al cabo.

—Me pregunto si *lady* Hartley estaría al corriente de esto cuando te vendió el cuadro —dijo Booth Watson.

—Una pregunta que me he formulado ya varias veces, y a la que sigo sin encontrar respuesta.

—Si lo sabía —sugirió Booth Watson—, es posible que conociera también el contenido de la sexta carta, la que…

—No es necesario que me lo recuerdes —dijo Miles—. Pero aun en el caso de que estuviera al corriente de todo, es poco probable que ande pregonándolo a los cuatro vientos.

—¿Qué te lleva a pensar eso? —preguntó Booth Watson mientras su pluma se deslizaba a toda velocidad sobre el papel.

—Si sabía lo de la carta, sabía también que no tenía derecho a vender la Declaración, y simplemente necesitaba dinero con urgencia.

—Eso no aplica a su hijo —le recordó Booth Watson.

—Mientras siga encarcelado en una cárcel saudí, es poco probable que me cause problemas.

—Por el momento, supongo —dijo Booth Watson—. Pero *The Times* sugiere que la visita de la delegación saudí fue bien, e insinúa que una vez que el contrato de venta de armas esté firmado por ambas partes, no tardarán mucho en poner en libertad a Hartley. Y si Hartley se ve con su madre antes de que la Declaración salga a la venta…

—Te aseguro, BW, que ya me he ocupado de este problema. Por lo tanto, la venta seguirá adelante. De hecho, esta misma noche parto hacia Newark, Nueva Jersey —anunció Miles—, desde donde me desplazaré en coche hasta la Universidad de Princeton para que me asesore el doctor Saul Rosenberg, profesor emérito de Historia de los Estados Unidos, considerado por el mundo académico como la máxima autoridad en el tema de la Constitución.

—Eso no te saldrá barato —dijo Booth Watson.

—Te equivocas de nuevo, BW. Los profesores jubilados te proporcionan encantados toda la información que les pidas a cambio

de una invitación a una buena comida y una botella medianamente decente de borgoña. Eso sí, le dije que me iba a cruzar medio mundo con la esperanza de que me firmara mi primera edición de *Monticello*, la biografía que escribió sobre Thomas Jefferson que le llevó a ganar un Pulitzer. Y después de entrevistarme con él, iré directo a Christie's de Nueva York.

—¿Y cuándo piensas volver? —preguntó Booth Watson.

—No antes de que una noticia en concreto llene las portadas —respondió Miles—. Llámame en cuanto la noticia se haga pública.

—La verdad es que me sería de alguna ayuda saber qué tengo que andar buscando —dijo Booth Watson.

—Lo sabrás en cuanto lo veas.

Booth Watson dejó de escribir. No tenía ni idea de a qué se refería Miles, pero sabía que preguntárselo no tenía ningún sentido.

Ross estaba aparcado a unos cien metros de la casa de Faulkner, en Cadogan Square, sin que pudieran verle, pero con una vista perfecta de la puerta de entrada. Había visto a Booth Watson entrar y salir, pero, desde entonces, no había salido nadie más de la mansión con antiguas cocheras.

Rebecca estaba sentada en un Pret A Manger, dándole vueltas a un café frío mientras miraba por la ventana. Desde allí no podía ver la entrada de la casa de Faulkner, pero sí a cualquiera que se acercara por la calle en su dirección.

Paul estaba sentado en una moto en la esquina de Sloane Street, listo para ponerse en movimiento en el momento en que el chófer de Faulkner girara a derecha o izquierda. Podía sortear el tráfico sin necesidad de superar el límite de velocidad, algo que resultaba muy útil teniendo en cuenta que, en Londres, los coches circulaban a una media de trece kilómetros por hora.

Jackie estaba sentada al volante de un taxi en el otro lado de Cadogan Square, con el cartel de «libre» apagado, ya que formaba parte de la flota privada de la Policía Metropolitana.

William estaba sentado en su despacho del Scotland Yard, con una batería de teléfonos y un mapa grande de Londres abierto delante de él. Un río serpenteante se extendía desde la esquina superior del mapa hasta la inferior. Uno de los teléfonos estaba conectado directamente con los cuarteles generales de la Unidad Marina, que tenía todas las barcas disponibles patrullando aquella tarde, buscando a un hombre, una aguja en un pajar…, un pajar llamado Támesis.

—Faulkner acaba de salir de casa —dijo Paul por el intercomunicador—. Va vestido con un chándal azul y zapatillas deportivas, y parece que ha engordado un poco, a menos que…

—Está subiendo al asiento trasero de su coche y van hacia ti —dijo Ross—. Vigila que no te vea, Rebecca, porque está a punto de pasar por tu lado.

Rebecca se puso de espaldas cuando el Rolls pasó por delante de la cafetería.

—¿Jackie?

—Contacto establecido con el objetivo —respondió—. Tengo visión perfecta, a la espera de ver hacia qué lado gira cuando llegue a Sloane Street.

Collins giró a la izquierda, lo que los sorprendió a todos; la única agua que había en aquella dirección era la del Serpentine. Jackie mantuvo la distancia, pero sin perder de vista el coche de Faulkner en ningún momento. Veía a Paul por delante de ella y, mirando por el retrovisor, comprobó que Ross iba un par de coches por detrás.

—Nos siguen —dijo Collins mirando por el retrovisor exterior.

—Vaya sorpresa —dijo Miles sin volver la cabeza.

—Llevamos detrás un taxi que estaba aparcado en el otro extremo de la calle —le informó Collins—, y un tipo que va en una moto por delante de nosotros está mirando hacia atrás demasiado a

menudo.

—No quieren correr ningún riesgo, parece —dijo Miles cuando Collins se paró en el semáforo del principio de Sloane Street.

Cuando el semáforo se puso en verde, Collins se tomó su tiempo antes de girar a la izquierda hacia Brompton Road. Paul y Jackie siguieron en contacto con él, pero Ross se quedó atascado detrás de un autobús y no cruzó el semáforo a tiempo.

—Han quedado reducidos a dos, el taxi y la moto —dijo Collins aparcando delante de la puerta principal de Harrods.

Un portero con librea abrió la puerta trasera del Rolls. Faulkner salió del coche y entró en los grandes almacenes. Collins se marchó.

—Faulkner ha entrado en Harrods —dijo Paul por el intercomunicador—, que tiene media docena de salidas como mínimo.

—No lo perdáis —dijo Ross, que acababa de doblar la esquina—, *y yo* voy a seguir el Rolls por si acaso lo recoge de nuevo en algún lado. Jackie, cubre la entrada de atrás, ya que no creo que tenga planes de comprar nada.

Paul dejó la moto, entró corriendo en los grandes almacenes y vio a Faulkner saliendo de la sección de productos de lujo para entrar en la zona de restauración. Para cuando lo alcanzó, Faulkner se dirigía a una puerta lateral que daba a Hans Crescent.

—Saldrá por la puerta este del edificio en cualquier momento —dijo Paul por el intercomunicador.

Jackie se puso en marcha de inmediato y giró a la izquierda hacia Hans Crescent, justo en el momento en que Faulkner pisaba la acera.

Paró en una plaza reservada para residentes y vio que Faulkner cruzaba la calle y subía a la parte trasera de una moto. La moto arrancó a toda velocidad en sentido contrario por una calle de dirección única, dejando a Jackie incapaz de dar media vuelta y seguirlo.

Paul vio cómo la moto giraba a la izquierda y se perdía de vista.

—Lo hemos perdido —dijo con exasperación.

—Tengo el número de matrícula —dijo Jackie, y William la comunicó a la sala de control principal de la Policía Metropolitana.

La moto apenas había recorrido un kilómetro cuando se detuvo en una parada de autobús. Miles bajó de la moto y se montó en el autobús que llegaba. Subió a bordo, sin importarle hacia dónde iba. Bajó en la parada siguiente, cruzó la calle, paró un taxi y le dijo al taxista:

—A County Hall.

—Todos al Támesis —ordenó William—. Ross y Paul, cubrid el South Bank, Jackie y Rebecca, cubrid el dique de Westminster. Sé que es una apuesta arriesgada, pero no nos ha dejado muchas opciones.

El taxi cruzó el puente de Westminster y se detuvo delante de County Hall. Miles se apeó y miró hacia ambos lados antes de entregarle al taxista un billete de cinco libras. No esperó el cambio. Caminó a paso ligero entre las plazas de aparcamiento reservadas hasta llegar al South Bank, donde se sumó a otros deportistas que estaban corriendo por allí un domingo por la tarde.

Cuando Miles vio la cola de gente que esperaba para subir al London Eye, bajó el ritmo y avanzó hasta la cabecera.

—Lo siento, señor —dijo el revisor—, pero tendrá que ponerse a la cola.

Miles le entregó su entrada «prioritaria» al chico, que dijo:

—Disculpe, señor.

Faulkner miró a su alrededor y, seguro de haberse librado por fin de sus perseguidores, hundió las manos en los bolsillos.

—¿Va usted solo, señor? —preguntó el chico en cuanto llegó una cápsula vacía.

—No —respondió una voz detrás de él.

Miles se giró y vio a un hombre de estatura media, con la cabeza cubierta con una gorra de béisbol sin distintivos, gafas oscuras, camiseta gris, sudadera gris, vaqueros descoloridos y zapatillas

deportivas negras. Cualquiera pasaría por su lado sin mirarlo dos veces, que era justo lo que él quería. Se metió en la cápsula vacía delante de Miles.

—Estoy conduciendo por el Albert Embankment —dijo Ross— y prácticamente todos los edificios por los que paso tienen vistas al Támesis.

—Yo estoy en el otro lado —intervino Jackie—, en dirección a la City. No hay oficinas, pero sí un montón de gente disfrutando de la tarde a orillas del río.

—¿Y tú, Paul? —preguntó William.

—Me han robado la moto —respondió, y Ross tuvo que contener una carcajada—. Voy a pie y justo estoy pasando por delante de la Saatchi Gallery. Está abarrotado de turistas. Pero ni rastro de Faulkner.

—Razón por la cual ha elegido expresamente un domingo por la tarde —dijo William—. ¿Y tú, Rebecca?

—Acabo de salir de la estación de metro de Westminster —dijo— y voy a ir hacia el río.

—Seguid todos observando —dijo William intentando que no se notase en su voz que estaba desesperado.

—Me gusta su oficina con vistas al río —dijo el desconocido, sin presentarse.

—La noria tarda treinta minutos en completar todo el círculo —dijo Miles tomando asiento a su lado—. Así que no podemos permitirnos el lujo de perder el tiempo.

—¿Cómo se lo ha montado para conseguir una cápsula vacía solo para usted? —preguntó el desconocido.

—Tuve que comprar veinticinco entradas para asegurarme de que no subiera nadie más —le explicó Miles mientras iniciaban su viaje de ascenso.

El desconocido contempló el horizonte.

—Bueno, ¿quién es el objetivo?

—Una prostituta normal y corriente llamada Avril Dubois —dijo Miles—. Trabaja en el Down and Out Club, por lo que no puede resultar difícil de localizar.

—Pero tendrá una docena de agentes protegiéndola y vigilando todos sus movimientos, imagino —dijo el desconocido, sorprendiendo a Miles.

—¿Por qué lo dice?

—No insulte mi inteligencia, señor Faulkner —replicó el desconocido—. Cuando Tulip me contó que el objetivo sería una prostituta, comprendí que lo último que cabía esperar era que fuera una prostituta normal y corriente. Basta con leer la prensa sensacionalista para enterarse de que la señorita Dubois va a ser la testigo principal de la defensa en el juicio de Simon Hartley, así que si de algo podemos estar seguros es de que estará bien protegida. —Hizo una pausa—. Día y noche.

—¿Significa eso que ya no está dispuesto a hacer el trabajo? —preguntó Miles cuando la noria alcanzó su altura máxima, a ciento treinta y cinco metros por encima del Támesis.

—No —respondió el desconocido—, pero le costará el doble.

—Acordamos veinte mil —dijo Miles.

—Eso fue antes de saber que el objetivo era Avril Dubois.

—Solo llevo veinte mil encima —dijo Miles, tocándose la cintura.

—En ese caso, tendré que llevarme su reloj —replicó el desconocido mientras miraba en dirección al río y al atasco que se estaba formando al otro lado del Támesis.

—Es un Rolex Daytona —protestó Miles—. Me costó más de cuarenta mil.

—Con un poco de suerte, me darán veinte mil por él en el mercado de segunda mano —dijo el desconocido—. O lo toma o lo deja.

Miles reflexionó sobre sus alternativas mientras la cápsula iniciaba su descenso. Debía sopesar la posibilidad de encontrar a

alguien que ocupara su lugar con tan poca antelación contra lo mucho que ganaría si conseguía mantener a Hartley alejado del país el tiempo suficiente como para que Christie's sacara a subasta la Declaración de Independencia de Jefferson. Se quitó el Rolex y se lo entregó a regañadientes al desconocido.

—Y los otros veinte mil —dijo el desconocido poniéndose su nuevo reloj—, en metálico.

Miles se levantó la sudadera, se desabrochó un grueso cinturón monedero y lo dejó en el asiento al lado del desconocido, que se lo colocó alrededor de la cintura, se lo abrochó y ni siquiera se tomó la molestia de verificar el contenido. Los dos eran perfectamente conscientes de que, si allí había menos dinero, el trabajo no se haría.

—¿Cuándo piensa llevar a cabo su parte del trato? —preguntó Miles mientras la cápsula continuaba su descenso.

—No será hasta dentro de una semana, como mínimo —dijo tranquilamente el desconocido—. Antes de poder actuar, tendré que hacer varias visitas al Down and Out Club para familiarizarme con su rutina y ver cuántos agentes de protección la vigilan.

—¿Y cómo me hará saber que ha hecho su trabajo?

—Ya se enterará —respondió el desconocido.

Después de cruzar el puente de la Torre, Ross giró a la izquierda y redujo la velocidad al llegar a la Torre de Londres. Se preguntó si la reunión podría estar teniendo lugar en la sala de las joyas, pero seguramente ni siquiera alguien como Faulkner tendría la osadía de arriesgarse así una segunda vez. Aceleró en dirección a Upper Thames Street y el Victoria Embankment, confiando en que los demás estuvieran teniendo más éxito.

Paul caminaba a orillas del río, ignorando a los músicos callejeros, prestidigitadores y artistas que llenaban el South Bank una tarde soleada de domingo, pero sin que sus ojos dejaran ni por un segundo de vigilar. Sin embargo, ni una sola vez vio a alguien que se pareciese a Faulkner.

Jackie conducía tan despacio por el otro lado del río que los motoristas impacientes que acumulaba detrás de ella estaban empezando a hacerse notar, tocando de vez en cuando el claxon. Les hizo caso omiso y siguió buscando a Faulkner, aunque sin éxito.

Rebecca estaba inclinada sobre el puente de Westminster, observando todas las barcas que pasaban por debajo de ella. Y no fue hasta que levantó la vista que sus ojos se clavaron en el London Eye.

—En mi oficina con vistas al río —gritó.

Se puso inmediatamente en contacto con el superintendente jefe Warwick a través del intercomunicador y le dijo lo que creía que habían tenido todo aquel rato delante de sus narices. William ordenó al resto del equipo dirigirse enseguida hacia el Eye, confiando en que no fuera demasiado tarde.

—Solo le pido que recuerde una cosa, señor Faulkner —dijo el desconocido cuando la noria completó su círculo—. Nunca trabajo dos veces para el mismo cliente, de modo que no se moleste en volver a ponerse en contacto conmigo.

Antes de que Miles pudiera decir algo más, el hombre había saltado de la noria en movimiento y desaparecido entre la multitud, perdiéndose de vista en apenas unos instantes.

Miles se apeó con más cuidado y echó a andar en dirección contraria. Cuando llegó al puente de Westminster, esperó a que el semáforo se pusiera en rojo antes de cruzar la calle.

—Lo tengo —dijo Rebecca por el intercomunicador justo cuando Faulkner llegaba a la otra acera.

—¿Dónde está? —preguntó William.

—Delante del hospital de St. Thomas, entrando en su coche. Pero no creo que se dirija a su casa, ya que va en dirección contraria.

—Veo el Rolls —dijo Jackie sumándose a la comunicación—. Están cruzando el puente de Westminster, van hacia el oeste.

—No lo perdáis —dijo William— y mantened las líneas abiertas mientras llamo al comandante.

William cogió el teléfono.

—¿Has averiguado quién es el asesino a sueldo? —Fue la primera pregunta del Halcón.

—No, señor —respondió William—. Creemos que la oficina con vistas al río era el London Eye, pero no lo hemos visto hasta que ha bajado.

—De modo que el asesino podría estar al otro lado del mundo en estos momentos —dijo el Halcón.

—No creo que sea precisamente el asesino el que se vaya ahora al otro lado del mundo —dijo William.

—Quiero pruebas.

—El coche de Faulkner se dirige al oeste por Cromwell Road, por lo que apostaría a que va de camino al aeropuerto.

—Por lo que podría estar fuera del país cuando el asesino actúe —dedujo el Halcón.

—Para tener la coartada perfecta —dijo William—. Todo debe de formar parte de su plan.

—De ser eso cierto, el trato debe de haberse cerrado —dijo el Halcón—, razón por la cual tendremos que duplicar nuestro equipo de vigilancia. Y avisar a Ross de que, mientras Faulkner está fuera, se asegure de no perder en ningún momento de vista a la señorita Dubois.

—La mujer del taxi vuelve a seguirnos —dijo Collins cuando salieron del paso subterráneo.

—Bien —dijo Miles—. Así verá que me subo al avión.

—¿Para cuándo espero su regreso, señor? —preguntó Collins.

—Eso no lo decido yo —respondió Miles—. Pero te lo haré saber.

Faulkner se apeó del coche y se sumó a la muchedumbre de

pasajeros que entraba en el edificio del aeropuerto.

Solo se paró un momento para echar un vistazo al panel de salidas: Newark, Nueva Jersey, destellaba en la pantalla. Puerta 23. Salida estimada a las 17:12.

Miles miró su reloj. Ya no estaba.

—Faulkner está embarcando en un vuelo de British Airways con destino a Newark, Nueva Jersey —dijo Jackie al verlo entrar en el avión a través de la pasarela.

—No te vayas hasta que hayas visto que despega —dijo William —, e incluso entonces haz una doble comprobación de la lista de pasajeros.

Los ojos de Jackie no se despegaron del avión.

Miles ocupó su asiento de primera clase, satisfecho de que todo, hasta el momento, hubiera salido según el plan, por mucho que tuviera que comprarse otro reloj. Sacó del maletín un ejemplar del *Monticello* de Rosenberg, lo abrió por el índice y buscó la letra d. Había dieciséis referencias que tenía que estudiar.

Encendió la lámpara de lectura de encima de su cabeza, se acomodó y empezó a pasar páginas, confiando en que cuando aterrizara en los Estados Unidos ya sabría qué preguntas debía formularle al profesor Rosenberg.

Durante el vuelo, sus pensamientos volvieron de vez en cuando a su encuentro con el desconocido en el London Eye. Miles estaba seguro de que cumpliría su parte del trato y, más importante aún, de que Simon Hartley no estaría presente por mucho más tiempo y, por lo tanto, no le causaría problemas.

Se quedó dormido con el libro abierto en el regazo.

Cuando Jackie informó de que el avión había despegado con

Faulkner a bordo, William solo pudo plantearse una pregunta: ¿por qué volaría a Newark y no a Nueva York?

No encontró la respuesta. Sin embargo, conocía a alguien que quizá la tuviera. Hizo una llamada a un viejo amigo de Washington.

Capítulo 18

Miles fue de los primeros en bajar del avión. Cuando salió al vestíbulo de llegadas, estudió los carteles con nombres que los distintos chóferes sostenían y descubrió encantado que «Faulkner» estaba entre ellos.

—Buenos días, señor —dijo uno de los chóferes cuando Miles señaló el cartel y dijo:

—Soy yo.

—¿Es usted el caballero al que tengo que llevar a Princeton y después a Nueva York?

—Así es —dijo Miles—. ¿Cuánto tardaremos en llegar a Princeton?

—Alrededor de una hora, señor —dijo el chófer, y guio a su pasajero hacia el aparcamiento de corta estancia del aeropuerto.

—¿Está usted seguro de que estamos es la dirección correcta? —preguntó Miles al ver que el coche se detenía delante de una casita aislada en las afueras de Princeton. Había visto garajes más grandes en Londres.

—Es la dirección que me dieron —respondió el chófer.

—Pues mejor será que espere aquí —dijo Miles—. No me llevará mucho tiempo.

Miles salió del coche, abrió la puertecilla de la valla, recorrió un corto camino de acceso plagado de malas hierbas y llamó con el

puño a la puerta de la casa. Esperó tanto rato que empezó a preguntarse si, aun habiendo concertado una cita, allí dentro habría alguien. Llamó con más fuerza una segunda vez y la puerta se abrió casi de inmediato.

—Perdón, disculpe —dijo un hombre mayor con barba de tres días.

Iba vestido con una camisa de cuadros y un pantalón de pana que le hacía bolsas por todos lados y que sujetaba con unos tirantes de color rojo, y calzaba un par de zapatillas de distinto color. Y ahí terminaba su apariencia de anciano, puesto que su mirada penetrante, su frente arrugada y su cabello plateado sugerían que no era un hombre al que se pudiese tratar a la ligera.

—Buenos días, señor —dijo Miles.

—Buenos días, joven —dijo Rosenberg—. Bienvenido a mi humilde morada.

Miles no recordaba cuándo había sido la última vez que alguien le había llamado «joven».

Siguió al profesor hacia el interior de la casa y por un pasillo oscuro que exhibía diversas menciones académicas y galardones, un testimonio de una larga y distinguida carrera profesional. El profesor acompañó a su invitado hasta una estancia que parecía no tener paredes, solo libros apilados desde el suelo hasta el techo, con más libros repartidos al azar por todas partes y unos pocos ejemplares, muy pocos, colocados en pilas ordenadas. El anciano, indiferente al desorden, dio tranquilamente un rodeo hasta llegar a las únicas dos sillas de la habitación, colocadas delante de una chimenea llena de cenizas a la espera de ser recogidas. Se dejó caer en una de las sillas, que ya estaba ocupada por una gata grande anaranjada de pelo largo que a todas luces sabía perfectamente cuál era su lugar.

—Disculpe este caos —dijo el anciano—. Nada ha vuelto a ser igual desde que Maud murió, y me temo que la limpiadora solo viene una vez a la semana.

Cuando Miles tomó asiento en la otra silla, lo recibió una nube de polvo.

—Permítame que le diga de entrada, señor Faulkner, lo halagado que me siento de que se haya tomado la molestia de cruzar todo el Atlántico para venir a verme.

—Hacía ya tiempo que quería conocerlo —dijo Miles, que solo muy recientemente se había enterado de la existencia de Saul Rosenberg.

—Y bien, dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

—Quizá debería empezar, señor, pidiéndole que me firme esta primera edición de *Monticello*, el libro con el que ganó el Premio Pulitzer, una de mis posesiones más preciadas y que he leído varias veces a lo largo de los años.

—Se lo firmaré encantado —dijo el anciano. Miles se agachó y sacó de su bolsa un libro que había comprado hacía poco y del que solo había leído un capítulo concreto en el avión. Se lo pasó al profesor y Rosenberg se tomó su tiempo para llegar hasta la página del título de un volumen que no lucía el aspecto de haber sido leído varias veces. Garabateó su firma y añadió la fecha antes de devolvérselo a su invitado.

—Gracias —dijo Miles—. Lo guardaré como un tesoro. A cambio, permítame que le obsequie con un pequeño recuerdo, obra de uno de nuestros más importantes estadistas, en cuya *alma mater* tuve el honor de estudiar.

Miles le hizo entrega de un libro encuadernado en cuero negro y con las hojas con canto dorado.

—*Mi juventud* de Churchill —dijo el profesor cogiendo con sumo cuidado el volumen—. Lo tengo ya, por supuesto —dijo mirando a su alrededor—, aunque no es una primera edición, y mucho menos firmada. Le estoy muy agradecido.

—Es un regalo insuficiente para retribuir el placer que me ha proporcionado usted a lo largo de tantos años.

El profesor no hizo ningún comentario, salvo decir:

—¿Y cómo puedo yo devolverle tanta munificencia?

—Me preguntaba —se aventuró a decir Miles, lanzándose de cabeza hacia su objetivo— si me permitiría formularle un par de

preguntas sobre su especialidad.

—Sí, por supuesto. ¿Tiene en mente algún periodo en particular?

—Sí, el de Thomas Jefferson y la Declaración de Independencia, ya que está usted considerado la mayor eminencia en este campo.

—Me siento halagado, y haré lo posible para que este viejo y cansado cerebro se ponga en funcionamiento.

—Leyendo *Monticello*, me fascinó descubrir que no tenía usted ninguna duda de que, en 1776, Jefferson escribió lo que se conoce como la copia en limpio de la Declaración de Independencia para que el Congreso la estudiara antes de llevar a cabo la votación final sobre su futuro como nación independiente.

—Absolutamente ninguna duda —se reafirmó el profesor—. Al fin y al cabo, ha quedado bien documentado con el paso de los años. De hecho, tengo una prueba de ello a mano: si fuera usted tan amable de buscar la página 171 de *Monticello* y encontrará el facsímil de una carta escrita por Jefferson a Benjamin Franklin a principios de mayo de 1776 en la que declaraba inequívocamente que, puesto que sus cláusulas habían sido rechazadas, tenía la intención de enviar el manuscrito de la copia en limpio a un amigo de Inglaterra para demostrarle que al menos lo había intentado solicitándole que se la devolviera a su debido tiempo. Ese individuo, el amigo, no ha llegado a ser identificado nunca, y, por mucho que haya buscado alguna pista sobre su nombre o su paradero en otras cartas, diarios o documentos relevantes de la época, he sido incapaz de descubrir a quién se refería Jefferson cuando escribió eso de «un amigo de Inglaterra». He elaborado una lista con siete posibles candidatos —reflexionó el profesor—, pero no es responsabilidad del historiador aventurar una conjetura.

Miles podría haberle dicho quién de esos siete candidatos era el amigo en cuestión, pero no tenía la más mínima intención de aclararle sus dudas al anciano. Se conformó con decir:

—¿Considera posible que la copia en limpio aún esté en algún lado?

—Supongo que podría estar languideciendo en algún *château*

francés o escondida en una casa de campo inglesa, puesto que tanto Jefferson como Franklin pasaron muchos años en Londres y en París e hicieron amistades a ambos lados del Canal.

—Señala usted en su libro, señor, que la copia en limpio de Jefferson incluía una cláusula importante relacionada con su firme postura en lo relativo a la esclavitud. Incluso llega hasta el punto de sugerir que, de haber incluido el Congreso esa cláusula, la guerra civil se podría haber evitado —dijo Miles intentando demostrar que había leído el libro entero, y no solo un capítulo.

—El privilegio de la comprensión retrospectiva es la fuente más fiable del historiador —dijo el profesor—. Sin embargo, es bien sabido que el Congreso debatió largo y tendido cómo debería abordar el nuevo Gobierno el problema de la esclavitud, en especial porque el mismo Jefferson tenía varios esclavos en aquel momento y, después del fallecimiento de su esposa, vivió con una mujer negra que le dio seis hijos, de los cuales solo sobrevivieron cuatro. Pero eso no impidió que aquel gran hombre redactara la cláusula a la que usted hace referencia, porque consideraba que la esclavitud era un anatema y debía ser abolida. Por desgracia, el Congreso ignoró su consejo. —El profesor se recostó en su asiento, cerró los ojos y levantó las manos hasta que las puntas de sus dedos se tocaron, como si estuviera rezando—. Oremos para que la memoria no me falle.

»"El rey ha librado una guerra cruel contra la naturaleza humana misma, violando sus más sagrados derechos de la vida y la libertad en las personas de un pueblo lejano que nunca lo ofendió, capturándolas y conduciéndolas a la esclavitud en otro hemisferio, o para incurrir en una muerte miserable en su transporte hasta allí. Esta guerra pirática, oprobio de las potencias infieles, es la guerra del rey cristiano de Gran Bretaña. Resuelto a mantener abierto un mercado donde se compran y venden hombres, ha prostituido su derecho de veto al reprimir toda iniciativa legislativa encaminada a prohibir o restringir tan execrable comercio".

El profesor Rosenberg abrió los ojos, bajó las manos y se puso a

acariciar a la gata, que lo recompensó con un sonoro ronroneo.

—Solo por esto, el viaje ha merecido la pena, señor —dijo Miles —. ¿Y podría preguntarle si, en el caso de que la copia en limpio se localizara después de tantos años, sería usted capaz de autentificarla?

—Me sorprende que necesite formular esa pregunta —replicó Rosenberg, como si se estuviera dirigiendo a un alumno distraído que no estaba prestando atención—. Sobre todo, si dice que ha leído mi libro varias veces.

Miles no recordaba haber recibido una amonestación de aquel calibre desde que salió de la escuela, pero no respondió con el mismo tono, ya que todavía le quedaban varias preguntas para las que necesitaba respuestas.

—¿Y qué más tiene de destacable esa carta? —preguntó el profesor, que seguía sin estar muy convencido de que su invitado hubiera leído siquiera su libro.

Faulkner llegó lo más cerca de sentirse avergonzado de lo que era capaz.

—Recordará, por supuesto —dijo el profesor—, que es la única ocasión, que yo sepa, en la que Jefferson escribió mal el nombre de Franklin, con una y en lugar de con una i, un error que, por lo que yo sé, nunca volvió a cometer. Pero entonces, como bien verá si pasa la página y sigue leyendo, Franklin, que era un auténtico cascarrabias, reprendió severamente a su amigo por haber cometido ese error.

Miles se sintió también reprendido, pero siguió decidido a continuar.

—¿Me permite preguntarle, señor, qué precio cree que alcanzaría en el mercado la copia en limpio en caso de localizarse?

Los labios del profesor esbozaron un mohín y las arrugas de su frente se volvieron más pronunciadas.

—Me temo, señor Faulkner, que no soy el mejor cualificado para responder esta pregunta en concreto, puesto que soy historiador, no economista. Sin embargo, creo que puedo afirmar con seguridad

que ese documento tendría un valor incalculable. Muy en especial porque, si saliera a la venta, el Gobierno, en mi opinión, no tendría más remedio que superar la oferta que cualquier rival pudiera hacer por lo que sería, literalmente, una pieza única de la historia de los Estados Unidos.

Miles intentó disimular su entusiasmo y dijo:

—Una última pregunta, señor, antes de irme, puesto que ya le he robado demasiado tiempo.

Cuando miró al anciano vio que se había quedado adormilado y empezaba a roncar. Miles se levantó, salió con sigilo de la estancia y cerró con cuidado la puerta a sus espaldas.

El anciano abrió los ojos y esperó a que la puerta de la casa se hubiera cerrado antes de empezar a acariciar a la gata.

—¿Sabes, Martha? —dijo—. No me fío ni un pelo de ese hombre.

La gata arqueó la espalda.

Miles subió al asiento trasero del coche, satisfecho con su cita. Al fin y al cabo, Rosenberg le había dejado claro que reconocería la copia en limpio en cuanto la viera, y su sello de aprobación sería más que suficiente para convencer a cualquier escéptico y sumaría millones a su valor.

Miles le habría pagado con gusto a Rosenberg cien mil dólares para que autentificara el documento, pero, tal y como había señalado el profesor, era historiador, no economista, de modo que un ejemplar de las memorias de juventud de Winston Churchill había sido más que suficiente.

Capítulo 19

El trabajo de vigilancia es uno de los más exigentes, y también de los más aburridos, que puede llevar a cabo un agente de policía. El problema es muy sencillo. Tienes que mantenerte alerta durante muchas horas seguidas y ser capaz de entrar en acción sin previo aviso, y si se te ocurre tomarte un par de minutos libres para hacer una llamada, comer un bocado o ir al baño, ten por seguro que ese será el momento en el que el depredador se lance al ataque. Después, pasarás el resto de tu vida recordando, y siendo recordado, por lo que sucedió en ese abrir y cerrar de ojos.

Ross había pensado a menudo que proteger al presidente de los Estados Unidos debía de ser uno de los trabajos más apasionantes y exigentes del mundo. Toda una vida de entrenamiento especializado y dedicación para prepararse para algo que tal vez no fuera a suceder nunca. Los integrantes del destacamento que estaba de guardia en Dallas la mañana en que John Kennedy fue asesinado tuvieron el resto de su vida para considerar si habían hecho todo lo posible para impedir su muerte. Uno de los oficiales que estaba de guardia aquel día acabó suicidándose, dos presentaron su dimisión y tres se habían jubilado anticipadamente.

Después de un mes sin ingresos y con las facturas acumulándose, Avril se había marchado de casa de su madre en Putney, había alquilado un pisito en Pimlico y se había reincorporado al trabajo. Ross le había suplicado que no corriera ese riesgo, pero ella no había querido escucharlo.

Ross y su reducido equipo de vigilancia, liderado por Paul y Rebecca y ayudado por un grupo de jóvenes detectives, ejercían una vigilancia exhaustiva. No era necesario recordarles que estaba en juego la vida de una mujer.

La rutina diaria se iniciaba al mediodía, cuando Avril se despertaba después de haber vuelto a casa alrededor de las tres o a veces las cuatro de la mañana. El almuerzo de la gente normal era su desayuno, aunque nunca antes de disfrutar de un largo y caliente baño de burbujas para borrarse por completo la noche anterior. Después salía a correr veinte minutos, seguida a distancia prudencial por un policía, hacía otros veinte minutos de pesas y luego pasaba otros veinte minutos bajo la máquina de rayos UVA, para no verse nunca pálida.

Por la tarde, Avril iba a comprar a un Waitrose and Boots que le quedaba cerca y, si necesitaba modelitos nuevos, se desplazaba hasta Carnaby Street o Kings Road. El precio no parecía importar, claro que, por otro lado, había elegido una profesión donde solo se aceptaban pagos en efectivo, razón por la cual nunca recibía sobres marrones del inspector de hacienda ni podía solicitar el subsidio de desempleo.

Su jornada laboral empezaba hacia las seis, cuando se preparaba para su turno de noche. Una ducha caliente, no un baño. Maquillarse y vestirse le llevaba una hora como mínimo, si lo que esperaba era camelarse a un cliente rico.

A las ocho en punto, un taxi la recogía en casa y la llevaba al Down and Out Club, en el Soho, donde Avril tenía su propia mesa. Y mientras esperaba a que un insecto quedara atrapado en su red, bebía única y exclusivamente zumo de naranja. Los había que se largaban pasados unos minutos, cuando se enteraban de que los servicios de Avril no entraban en su rango de precios, mientras que otros aguantaban el tipo y volvían a casa con la cartera vacía, ya que ni los talones ni las tarjetas de crédito eran aceptadas por ninguna de las partes.

Ross cubría siempre el turno de noche, cuando sabía que Avril

era más vulnerable y cualquier depredador podía atacarla.

Tras ser advertida del posible peligro, Avril se mantenía tan alerta como Ross y los miembros de su equipo, y si algún cliente le suscitaba dudas, lo despedía sin miramientos, por mucho dinero que le ofreciera.

Ross le había suplicado que se quedase recluida en casa mientras Faulkner estaba fuera e incluso le había ofrecido un piso franco, pero Avril se había mantenido inflexible.

—Si tan bueno es, me encontrará de todas formas —le había dicho Avril—, y si tan buenos son ustedes, no tengo que preocuparme. En cualquier caso, una chica tiene que ganarse la vida, y que no se le olvide que, igual que sucede con los futbolistas y las bailarinas, tenemos nuestra fecha de caducidad.

Los clientes que abordaban a Avril iban desde hombres jóvenes, que a menudo se mostraban tímidos y nerviosos, hasta borrachos alborotadores que querían pasar con ella diez minutos en el patio de atrás y que eran despedidos a las primeras de cambio, pasando por hombres de negocios de mediana edad, que normalmente iban bien vestidos, se mostraban educados y buscaban lo que Avril describía como una «experiencia como cuando tenían novia». Eran sus clientes favoritos, porque nunca causaban problemas y solían acabar convirtiéndose en habituales. De hecho, para sorpresa de Ross, rara vez había problemas: como mucho, algún borracho que se ponía agresivo, algún cliente potencial que se enfadaba porque no podía pagar la tarifa y los hombres vanidosos que daban por sentado que no tendrían que pagar, pero eran pocos y esporádicos y, con solo una mirada de Ross, se largaban rápidamente.

Nueve días después de que Faulkner embarcara en un avión con destino Newark, Nueva Jersey, el Halcón avisó a Ross de que no podía seguir justificando los gastos por mucho más tiempo. Y entonces sucedió.

Ross enderezó la espalda de golpe cuando Avril salió del Down

and Out Club. Puso en marcha el motor mientras los ojos de Rebecca no se apartaban ni un segundo de su objetivo. Avril iba acompañada por un cliente que estaba parando un taxi, un cliente que pertenecía claramente a la categoría de hombres de negocios de mediana edad: elegante, traje de sastrería cruzado, camisa azul, corbata de seda, incluso llevaba un paraguas.

Llegó el taxi. El hombre abrió la puerta trasera del coche, levantó el paraguas para proteger a Avril de la lluvia y esperó a que subiera. Definitivamente buscaba una «experiencia como cuando tenía novia», pensó Rebecca, y lo más probable era que fuese un divorciado que se sentía solo.

Ross metió la primera en su coche y se incorporó al tráfico de última hora de la tarde, sin perder en ningún momento de vista el taxi. Quince minutos más tarde, el taxista se paró delante del Colony Hotel, en Mayfair. Ross se detuvo detrás de un coche aparcado en la línea amarilla y esperó.

Avril se apeó del taxi mientras el objetivo pagaba. Cuando el hombre se acercó a ella, se tomaron del brazo y entraron juntos en el hotel, charlando amigablemente.

Ross se recostó en el asiento, sintonizó Classic FM y se dispuso a escuchar con Rebecca otra versión de la *Cuarta sinfonía* de Beethoven. A veces, Avril volvía a aparecer en menos de una hora, después de lo que describía como «un polvo rápido». Ross prefería que fuera un cliente de esos, pues le brindaba la oportunidad de volver a casa a tiempo para coincidir con Alice y saber cómo le había ido el día.

Y entonces fue cuando lo vio: un hombre que entraba solo en el hotel esforzándose por pasar desapercibido. Ross lo reconoció de inmediato, aunque no recordaba de dónde. Con los años había arrestado a tantísima gente que… Pero no estaba dispuesto a correr ningún riesgo.

—Espera aquí —le dijo a Rebecca.

Salió del coche, entró corriendo en el hotel y vio al hombre junto al mostrador de recepción. Ross mantuvo las distancias.

Justo cuando el hombre se volvía se le acercó una chica.

—¿Podría firmarme un autógrafo? —dijo la chica, emocionada.

—Sí, por supuesto —dijo el hombre ofreciéndole una cálida sonrisa—. ¿A quién se lo dedico?

—A Suzie. ¿Y me permite un selfi con usted?

El hombre pasó el brazo por encima de los hombros de Suzie y sonrió mientras una amiga disparaba un par de fotos.

Ross se apartó, salió del hotel y regresó rápidamente al coche.

—¿Falsa alarma? —preguntó Rebecca al verlo entrar de nuevo.

—Se me han cruzado los cables —reconoció Ross—. Es el chef favorito de Alice y tiene su propio programa en la tele, pero sigo sin recordar su nombre.

—Me alegro de que no lo hayas arrestado —dijo Rebecca.

—¿A qué te dedicas? —preguntó Avril en cuanto salieron del ascensor y empezaron a andar por el pasillo.

—A nada especialmente glamuroso, me temo —respondió su cliente, que abrió la puerta de la habitación y se hizo a un lado—. Soy vendedor de coches. —Dejó el paraguas junto a la puerta—. Pero soy el propietario de la franquicia de BMW en Coventry, lo que me permite darme un lujo de vez en cuando.

—¿Casado o divorciado? —Quiso saber Avril.

—Casado, pero ella está en Coventry mientras yo asisto mañana al Salón del Automóvil de Earl's Court. Tendrías que ver el último cupé de BMW *Sports*. La carrocería…

—Quizá no sea esa la única carrocería que te apetece ver —dijo en tono zalamero Avril.

Le quitó la chaqueta y la dejó caer al suelo.

—Bonito reloj —comentó Avril cuando él la tomó entre sus brazos y empezó a besarla—. El dinero por adelantado —dijo, apartándose.

—Perdón —dijo él—, por supuesto.

Cogió la chaqueta del suelo, sacó la cartera, extrajo de su interior cinco billetes de veinte libras nuevos y se los dio.

Abril cogió el dinero y lo guardó hábilmente en el bolso mientras miraba la cartera de reojo y veía que allí había muchos más billetes. Se preguntó cuántos extras podría ofrecerle.

—¿Por qué no te desnudas mientras yo me refresco un poco? —dijo.

El hombre empezó a desabrocharse la camisa y dijo con timidez, antes de que ella desapareciera en el cuarto de baño:

—Quédate, por favor, en bragas y sujetador.

Cuando Avril hubo cerrado la puerta, sacó el móvil del bolso y marcó el número de Ross.

—Habitación setenta y seis, séptima planta. El tipo me gusta. Creo que podría ser de esos que me duran toda la noche, así que ¿por qué no se marcha a casa? —dijo, aun sabiendo que era un riesgo que Ross no estaría dispuesto a correr—. Buenas noches, amor —le dijo a un hombre con el que nunca se había acostado.

Avril se quitó el vestido y se miró en el espejo. No estaba nada mal para treinta y cuatro años, camino de veintinueve. Sacó un pañuelo de papel del bolso y se retiró lentamente el pintalabios. A los que pasaban la noche entera con ella no solía gustarles el pintalabios. Destapó luego una botellita de Chanel Número 5 y se aplicó una gotita detrás de cada oreja. Se subió las medias y, después de un último vistazo en el espejo, se convenció a sí misma de que ya estaba lista para el vendedor de coches de Coventry.

Cuando abrió la puerta, esbozó su dulce sonrisa de novia de juventud y entonces vio que su cliente se había vuelto a poner la chaqueta e incluso había cogido el paraguas.

—¿Has cambiado de idea, cariño? —preguntó con voz de decepción.

—No —respondió el hombre.

Tocó entonces un botoncito minúsculo del mango del paraguas. El paraguas no se abrió, sino que en la punta apareció una hoja larga y fina con el borde dentado.

Avril se quedó paralizada. El desconocido se abalanzó sobre ella y, en un único movimiento, le clavó el cuchillo entre su segunda y

tercera costilla, una estocada digna de un espadachín olímpico.

Avril dejó escapar un grito desgarrador al caer hacia atrás y derrumbarse en el suelo con un golpe sordo. El hombre soltó el paraguas, cogió rápidamente una almohada de la cama, se arrodilló y la presionó con firmeza sobre la boca de Avril, que intentó oponer resistencia. Sin embargo, en cuestión de segundos, su cabeza cayó hacia atrás y se quedó inmóvil en el suelo.

El desconocido le tomó el pulso para asegurarse de que estaba muerta. Satisfecho con el resultado, dedicó los minutos siguientes a retirar cualquier indicio de su presencia en la habitación. Y después de verificarlo todo una segunda vez, se encaminó hacia la puerta, la abrió y miró hacia un lado y hacia otro del pasillo. No se veía a nadie.

Apagó la luz, salió al pasillo, cerró la puerta y se encaminó hacia la escalera.

—Un polvo rápido —dijo Ross cuando vio que se apagaba la luz en la séptima planta—. Avril se debe de haber llevado una decepción, pero eso significa que podremos irnos pronto a casa, para variar.

Los ojos de Ross no se apartaron de la puerta del hotel a la espera de que Avril reapareciera y Rebecca y él pudieran volver a casa. Se disponía a llamar a William para decirle que el equipo de refuerzo podía retirarse cuando el hombre con traje de tres piezas salió del hotel.

—Guantes —dijo Ross.

Rebecca se volvió hacia Ross y se quedó mirándolo.

—¿Y qué problema hay?

—Que lleva guantes —respondió Ross con voz tensa—. ¿Y dónde está el paraguas?

—Supongo que lo habrá dejado en su habitación.

—Pues ese es el problema: que era su habitación, no la de Avril. Es ella la que debería estar volviendo a casa, no un hombre con

guantes y sin el paraguas que llevaba antes. —Ross ya se había desabrochado el cinturón y estaba saliendo del coche cuando añadió —: Ve tras él, Rebecca, pero recuerda que estará esperando que lo sigamos, de modo que guarda las distancias.

Rebecca salió del coche y se fundió con las sombras mientras el sospechoso alargaba sus zancadas para avanzar en dirección a Hyde Park Corner. Miró un momento hacia atrás, pero Rebecca continuó caminando.

—¡Alerta roja! —vociferó Ross por el intercomunicador mientras echaba a correr hacia el hotel.

William respondió al instante.

—¡Necesitamos a AC1 y AC2 ya! —dijo Ross—. Rebecca está siguiendo al sospechoso. Te mantendré informado.

Ross empujó las puertas giratorias del hotel y el hombre que iba delante llegó al vestíbulo mucho más rápido de lo que imaginaba.

Ross pasó corriendo por su lado en dirección a los ascensores y subió a uno de ellos justo cuando las puertas empezaban a cerrarse, sumándose a tres personas más. Pulsó el botón de la séptima planta y rezó para que los otros tres fueran más arriba. Pero el ascensor se paró en la cuarta planta y salieron dos de sus ocupantes. Ross pulsó el botón de cierre de puertas, pero el ascensor continuó a su ritmo, parándose de nuevo en la sexta planta para que bajase el otro huésped.

Cuando las puertas se abrieron por fin en la séptima planta, Ross salió y echó a correr por el pasillo, pasó por delante de las habitaciones 70, 72 y 74 y se detuvo frente a la 76. Aporreó la puerta con el puño y presionó el timbre con la otra mano, pero no obtuvo respuesta.

Retrocedió unos pasos y cargó contra la puerta, pero, a diferencia de lo que sucedía en las películas, se mantuvo tercamente cerrada. Se disponía a intentarlo por segunda vez cuando la puerta de un ascensor se abrió y salió un camarero empujando un carrito de bebidas.

Ross le robó el carrito al perplejo camarero.

—Señor —protestó.

—¡Policía! —gritó Ross a la vez que empujaba el carrito hacia la puerta cerrada con el mismo resultado, con la excepción de varias botellas que acabaron en el suelo.

Ross empujó el carrito otra vez y el camarero se sumó a sus esfuerzos. Juntos, proyectaron el carrito hacia la puerta. Las bisagras cedieron un poco, pero solo quedó medio abierta. Ross pasó por la abertura y encontró a Avril tendida en el suelo sobre un charco de sangre, con un cuchillo clavado en el pecho y una almohada empapada de sangre a su lado. Cayó de rodillas al suelo y la cogió en brazos.

El camarero se desmayó.

—¿Dónde estás? —preguntó William.

—Caminando por el lado norte de Piccadilly —respondió Rebecca —. Tengo al sospechoso a unos cuarenta metros por delante de mí y mira constantemente hacia atrás.

—Eso es porque sospecha que alguien lo sigue. AC1 y 2 van ya de camino y deberían estar contigo en cuestión de minutos. Asegúrate de no perderlo de vista.

—¿Dónde estás, AC1? —dijo William tocando un interruptor.

—Girando por Hyde Park Corner, señor. No quiero arriesgarme a poner la sirena para no alertarlo de nuestra presencia, pero estaremos allí en un par de minutos.

—¿AC2? —gritó William.

—Pasando por delante de la iglesia de St. James, en dirección oeste por Piccadilly. Llegada estimada en tres minutos. También sin sirena y sin luces.

—¿Rebecca?

—Está pasando por delante del Athenaeum Hotel, pero creo que me ha visto.

—Es de esperar —replicó William—. Es normal que suponga que lo seguimos. Recuerda que es un maestro del escapismo y que la

oscuridad juega a su favor. Pero tú continúa.

—AC1 —dijo una voz—. Veo a la sargento Pankhurst pero no he identificado aún al sospechoso.

—Cuarenta metros por delante de mí, treinta, treinta y cinco, elegante, traje cruzado, camina rápido —dijo Rebecca.

—Lo tengo —dijo AC1 en el momento en el que el sospechoso desaparecía bajo tierra.

—Acaba de meterse en la estación de metro de Creen Park —dijo Rebecca—. ¿Lo sigo?

—No —dijo William—, te habrá dado esquinazo antes de que llegues al último peldaño. Cruza la calle y mantente protegida, porque existe aún un cincuenta por ciento de probabilidades de que salga por el otro lado en un par de minutos. —Se paró un momento a pensar y dijo—: ¿Paul?

—Señor —fue la respuesta inmediata de Paul Adaja.

—La estación de Green Park conecta con las líneas de Victoria, Piccadilly y Jubilee. Llama al director de control y ordénale que detenga todos los trenes que circulen en cualquier dirección y que mantenga las puertas de los vagones cerradas hasta que yo dé la orden de abrirlas.

—Entendido, señor.

William continuó:

—Jackie, necesito que todos los agentes que estén de servicio por la zona de Piccadilly se dirijan urgentemente hacia Green Park.

—Ya tengo a siete de ellos en camino, señor —fue la veloz respuesta de Jackie.

—Tenía usted razón, señor —dijo Rebecca cuando vio una figura familiar emerger de la estación por el otro lado—. El sospechoso acaba de salir de Green Park por el lado sur y se dirige hacia la parada de autobuses más próxima. Sigue mirando hacia un lado y otro.

—Quiere asegurarse de que te ha despistado. Pero que esté buscándote —dijo William— te da una ligera ventaja, aunque solo ligera. Se subirá al primer autobús que pase y se bajará en la parada

siguiente…, donde tendremos que estar esperándolo, porque, de lo contrario, no lo veremos más. —Accionó un interruptor—. ¿Dónde estás, AC1?

—En el lado erróneo de la calle, señor, circulando en dirección este…, y como hay una barrera no puedo girar hasta que llegue al semáforo de delante del Ritz. He perdido un par de minutos.

—¿AC2?

—Acabo de pasar por delante de Fortnum's, señor —fue la respuesta—. Veo tres autobuses de dos pisos por delante de mí. Debería llegar a Green Park en un minuto como máximo.

—Acaba de montarse en el autobús de la línea nueve —anunció Rebecca— y está subiendo al piso de arriba.

—Sube también —le ordenó William—, pero quédate abajo.

—¿Jackie?

—El nueve es el que va a Kensington —dijo—, y ahora pasará por Hyde Park Corner.

—Ya estoy en el autobús. Se ha puesto en movimiento —informó Rebecca—. Sigue en el piso de arriba. ¿Qué hago?

—Dile al conductor que vaya por el paso subterráneo. —William accionó un interruptor—. ¿AC1?

—Hemos hecho un cambio de sentido, señor, y vemos a AC2 justo delante de nosotros.

—No me sorprende —dijo AC2—. Tengo el autobús de la línea nueve delante de mí, señor. Está entrando en el paso subterráneo. Estaré allí en sesenta segundos.

—Paul, dile al control de Green Park que ya puede abrir las puertas de los vagones y agradécele su colaboración. Jackie, bloquea el otro lado del paso subterráneo ya. ¡Ya! —repitió—. ¿Rebecca?

—Estoy al lado del conductor. Estamos avanzando muy despacio por el paso subterráneo.

—Dile que detenga el autobús.

—¿Aquí dentro del túnel, señor?

—Sí —respondió William—. ¡Ya!

El conductor aminoró la velocidad y cuando Rebecca volvió la cabeza vio el primer coche patrulla acercándose a ellos a toda velocidad. Aceptó al instante que el sospechoso también tenía que haberlo visto.

El autobús se detuvo en mitad del túnel.

—¡Abra la puerta! —le gritó Rebecca al conductor, y echó a correr hacia la escalerilla.

Cuando llegó al último peldaño, vio que el sospechoso avanzaba hacia ella y tenía retenida a una niña sujetándola por el cuello.

—¡Si no te apartas de mi camino —gritó—, le parto el cuello aquí mismo!

Rebecca no lo dudó y dio un paso atrás, pero se quedó horrorizada al ver que un adolescente se levantaba de uno de los asientos y se acercaba hacia ellos. El chico tocó al sospechoso en el hombro y dijo:

—Es mi hermana, señor, y si no la…

El hombre se dio la vuelta y de un golpe apartó al chico sin soltar a su hermana en ningún momento. El chico se tambaleó hasta caer al suelo. Cuando el hombre se giró de nuevo, vio que Rebecca se abalanzaba sobre él. Y se disponía a asestarle un puñetazo cuando el primero de los agentes apareció por la escalerilla.

Rebecca se arrojó con todas sus fuerzas contra el hombre, que cayó hacia atrás y soltó a la niña, momento en el cual el primer agente ya estaba encima de él. Un segundo agente lo retuvo mientras un tercero lo esposaba. Instantes después, dos de los agentes lo arrastraron hacia el piso de abajo y lo bajaron del autobús entre fuertes aplausos.

—Gracias —dijo Rebecca.

—¿A quién le das las gracias? —preguntó William por la radio.

—Al verdadero héroe —respondió Rebecca—. Al joven que ha salvado a su hermana.

Hubo una segunda ronda de aplausos, y una de las agentes de policía se arrodilló al lado de los dos hermanos para ver si estaban bien. Se habían convertido en el centro de atención, todo eran

sonrisas.

William volvió a hablar por la radio.

—¿Paul?

—El metro ha recuperado la normalidad, señor.

—¿Jackie?

—El túnel vuelve a estar abierto —informó Jackie—, y veo a AC2 alejándose con el prisionero a bordo, sin duda dirigiéndose hacia la comisaría más próxima.

—¿Y AC1?

—Ni siquiera los hemos necesitado —dijo una voz.

AC1 mantuvo la radio en silencio.

—¿Rebecca? —preguntó William.

—El autobús se ha puesto de nuevo en movimiento —confirmó Rebecca—. Los dos chicos están siendo felicitados por todos los pasajeros y todo el mundo se está haciendo fotos con ellos. He dado las gracias al conductor y a los pasajeros.

—¿Y Ross? —preguntó William.

—Están subiendo el cuerpo de Avril a una ambulancia —dijo una voz titubeante— y voy a acompañarla hasta el hospital más próximo. —Se produjo una pausa prolongada antes de que Ross añadiera—: Si hubiera hecho correctamente mi trabajo, aún estaría viva.

LIBRO 3

«Me están matando con una muerte en vida».
Ricardo III, William Shakespeare

Capítulo 20

Miles llamó a su abogado, que dormía profundamente cuando sonó el teléfono.

Booth Watson sabía exactamente quién estaba al otro lado de la línea a aquellas horas de la noche. Y ahora sabía también lo que su cliente había esperado ver en los titulares de la prensa mientras estaba al otro lado del Atlántico.

Booth Watson había dejado su ejemplar del *London Evening Standard* en la mesita de noche, junto al teléfono. Lo cogió y miró de reojo la portada mientras respondía la llamada.

PROSTITUTA ASESINADA
EN UN HOTEL DEL WEST END.
SOSPECHOSO ARRESTADO

Booth Watson había tenido que leer el artículo dos veces antes de establecer la conexión entre Miles y la muerte de una prostituta en Londres. No fue hasta que pasó la página que comprendió que Avril Dubois, alias de Jenny Prescott, era la mujer que, según los rumores, sería la testigo clave de la defensa en el juicio de Simon Hartley. No era necesario leer entre líneas para deducir que su testimonio no solo habría servido para demostrar la inocencia de Hartley, sino que también habría señalado al culpable.

A Booth Watson le había llevado algo más de tiempo discernir lo que Miles esperaba a cambio de conseguir que la señorita Dubois no llegara jamás al aeropuerto.

Quedó así a la espera de recibir instrucciones, dando por sentado que le tocaría representar al hombre que había sido arrestado.

Por un momento, Booth Watson empezó a preguntarse cuánto tiempo más podría seguir trabajando para un hombre que carecía de cualquier tipo de ética y que consideraba que el asesinato de una mujer y el robo de un tesoro nacional eran un simple inconveniente si la recompensa económica que obtenía era lo suficientemente cuantiosa.

—Acabo de salir de Christie's —dijo Miles—. Y creo que te quedará claro que las quinientas mil libras han sido muy bien invertidas. Quiero que sepas, además, que recibirás una buena recompensa por haber asistido al funeral de lord Hartley.

El momento de duda pasó.

El equipo estaba sentado en silencio alrededor de la mesa del comandante. Acababan de leer el titular de la primera edición del *Evening Standard*. Mucho antes de que los periódicos matutinos llegaran a las calles, los especialistas en sucesos habían descubierto la conexión saudí, lo que garantizaba que, mientras Simon Hartley seguía languideciendo en la cárcel, la historia no pararía de difundirse.

Ross siguió mirando la foto de Avril que dominaba la portada y dijo:

—No me queda más alternativa que presentar mi dimisión.

—Eso sería la salida fácil —dijo el comandante—. Si dimites, seremos todos nosotros los que tendremos que lidiar con las consecuencias.

—No será necesario, porque me tomaré la justicia por mi mano —dijo Ross.

El silencio que se creó entonces fue distinto, pero el comandante

lo rompió enseguida, como si no hubiera oído la amenaza.

—Empecemos intentando dar cierto sentido a los pocos hechos que tenemos a nuestra disposición —dijo el comandante—. Creemos que Faulkner se reunió con el acusado en el London Eye la tarde del domingo 6. Pero, aparte de una imagen borrosa de las cámaras de seguridad en las que se ve a un hombre con una gorra de béisbol y gafas oscuras, ¿qué más tenemos para seguir avanzando?

—El acusado, Kevin Scott, está representado nada más y nada menos que por el señor Booth Watson, abogado de la Corona, lo cual podría ser algo más que una simple coincidencia.

—Ese representaría encantado al diablo en persona —dijo Ross —. Aunque no sin antes haber acordado unos honorarios sustanciosos.

—¿Ha dicho Scott algo que pudiera incriminarlo? —preguntó el Halcón, ignorando de nuevo a Ross.

—Después de seis horas de interrogatorio —respondió William—, solo tenemos uno de sus tres nombres, junto con cuatro direcciones.

—Es evidente que nos enfrentamos a un profesional —dijo el Halcón.

—¿Dónde estaba el cliente principal de Booth Watson cuando tuvo lugar el asesinato?

—Sigue encerrado en la *suite* de un hotel de Nueva York —dijo William después de mirar un mensaje de correo electrónico que acababa de enviarle su amigo el agente especial James Buchanan desde Washington—. Durante el tiempo que lleva en los Estados Unidos, ha visitado al profesor Rosenberg en Princeton, Nueva Jersey, y ha mantenido al menos dos reuniones con el director de la casa de subastas Christie's, en Nueva York.

—¿Y cuál sería la conexión entre esos dos? —preguntó el Halcón —. ¿Sería posible que Faulkner estuviera simplemente creando una coartada para demostrar que no tuvo nada que ver con el asesinato de Avril, puesto que estaba al otro lado del Atlántico en ese momento? ¿Tenemos algo más, aparte de Booth Watson, para vincular a estos dos hombres?

—Dos pruebas claras —dijo Paul abriendo un grueso expediente —. Cuatro billetes de cincuenta libras y un Rolex.

—¿Por qué iban a tener tanta importancia? —presionó el comandante.

—Porque, según dicta la Ley de Ingresos Procedentes de Actividades Delictivas de 1995, si retiras una suma sospechosamente grande de efectivo de tu cuenta corriente —explicó Paul—, el banco tiene que informar de ello a la Agencia Nacional Contra el Crimen. Hemos rastreado estos cuatro billetes —dijo Paul sosteniéndolos en la mano— y coinciden con el dinero en efectivo que Faulkner retiró de su banco en Mayfair.

—¿Huellas dactilares? —preguntó el Halcón.

—No hemos tenido tanta suerte —respondió Jackie.

—En este caso, la fiscalía no lo encontrará prueba suficiente como para abrir una investigación —dijo el Halcón—. ¿Y el reloj?

—Se trata de un Rolex Daytona valorado en unas cuarenta mil libras —dijo William.

—Pero Scott alegará que lo compró legalmente, e incluso es posible que tenga una factura para demostrarlo.

—De ser así, solo podría ser la factura de una casa de empeños —dijo William—, porque el reloj lleva en la parte posterior una inscripción que dice «Feliz cumpleaños, con amor, Christina».

—En este mundo existen muchas Christinas —dijo el Halcón—. Así que será importante conseguir una declaración de su exesposa en la que confirme que se lo obsequió en su día a modo de regalo de cumpleaños.

—Ya he concertado una cita con ella para esta tarde —dijo William.

—¿Y cómo consiguió Scott ese reloj? —preguntó el Halcón.

—Otra pregunta que se ha negado a responder, señor —dijo Paul —. Pero puede estar seguro de que nos dará una explicación mucho antes de que se siente en el banquillo.

—De todas maneras, si queremos convencer a la fiscalía de que ponga en marcha un proceso y no desestime nuestros

descubrimientos tildándolos de simples casualidades —dijo el Halcón —, seguimos necesitando una prueba irrefutable.

—Creo que quizá he encontrado una conexión entre Faulkner, Rosenberg y Christie's —dijo Rebecca—. Una conexión que Booth Watson no será capaz de descartar como simple coincidencia.

De repente, Rebecca recibió toda la atención del grupo.

—Rosenberg es la máxima autoridad en la Constitución de los Estados Unidos —dijo Rebecca—. Y Christie's va a sacar a subasta una copia de la Declaración de Independencia en nombre de Faulkner.

Rebecca hizo circular entre sus colegas varias copias del catálogo de Christie's antes de continuar.

—Si lo abren por la página 49, verán que el lote 91 es el lote al que me refiero: la subasta de una copia de la Declaración escrita por Thomas Jefferson, la que se conoce como la copia en limpio.

Todos los presentes siguieron las instrucciones de Rebecca.

—Pero lo que quiero que observen no es el lote en sí, sino su procedencia, porque descubrirán que en la descripción del propietario más reciente de la Declaración aparece una «dama con título», una expresión muy pintoresca que las casas de subastas utilizan cuando desean indicar que la propiedad ha estado en posesión de una familia aristocrática durante varias generaciones.

—Con todo esto quiere conducirnos a alguna parte, sargento Pankhurst —dijo el Halcón.

—Efectivamente, señor —dijo Rebecca—, porque creo que puedo demostrar quién es esa «dama con título». Junto con la Declaración, Christie's va a sacar también a subasta cinco cartas escritas por Jefferson a un miembro del Parlamento británico llamado David Hartley. De manera que creo que es posible que la dama en cuestión sea…

—*Lady* Hartley —dijo William, rematando la frase por Rebecca.

—Y si no estoy equivocada —continuó Rebecca—, eso podría explicar por qué Faulkner tuvo un encuentro con el príncipe Ahmed en el Dorchester y qué se esperaría que el príncipe hiciera a cambio

de que la señorita Dubois no pudiera comparecer como testigo en el juicio de Hartley.

—Con Faulkner implicado, cualquier cosa es posible —dijo el Halcón—. William, llama a tu amigo en Washington, el agente especial Buchanan, y ponlo al día de todo esto. Y, ya que estás, concierta también una cita con *lady* Hartley. Puede que tenga la llave que nos abra varias puertas.

—Me llevaré a Ross conmigo —dijo William—. Un poco de encanto irlandés…

—No cuenten conmigo —dijo con firmeza Ross. Su mirada volvió a posarse en la foto de portada del *Evening Standard*—. Nada de lo que pueda hacer cambiará el hecho de que Avril seguiría con vida si yo hubiera hecho correctamente mi trabajo. Mañana por la mañana tendrá mi renuncia sobre la mesa, señor.

—¿Por qué no te tomas unos días libres, Ross, y te lo piensas? —dijo el Halcón en un tono conciliador que el resto del equipo rara vez había visto en él. Ross no dijo nada—. Solo quiero asegurarme de que no hagas nada de lo que luego puedas arrepentirte.

—Me arrepentiré de la muerte de Avril durante el resto de mi vida —replicó Ross, con voz plana e inflexible—. Y no hay nada que usted pueda hacer para cambiarlo.

Ross se levantó de su asiento, les dio la espalda a todos y salió sin pronunciar más palabras.

William temió no volver a verlo nunca más. La vida de Ross siempre había sido o blanco o negro; las distintas tonalidades de gris no entraban en sus esquemas.

Cuando Ross cerró de un portazo, el comandante dijo:

—William, quizá estaría bien que hablaras con Alice. Sospecho que es la única persona capaz de hacer entrar en razón a ese hombre.

Cuando Ross llegó a casa, Alice lo estaba esperando. Ya había recibido la llamada de William. No había periódicos a la vista, la

televisión estaba apagada y el teléfono, desconectado. Le había preparado su comida favorita, estofado irlandés. Ross comió en silencio y no sacó el tema a relucir.

Alice permaneció toda la noche despierta, y cuando Ross le contó por fin lo que tenía en mente, lo único que ella dijo fue:

—Decidas lo que decidas, te apoyaré.

Ross se quedó dormido. A la mañana siguiente, escribió una carta de dimisión dirigida al comandante. La redacción no fluyó con facilidad, pero al tercer intento consiguió unir algunas palabras. Abrió el cajón superior del escritorio de Alice, pero no logró encontrar ningún sello. Qué extraño que Alice se hubiera quedado sin sellos.

Dejó el sobre en la mesita del recibidor y entró en la cocina para desayunar con Alice y Jojo. Jojo empezó a hablarle a su padre sobre un niño que no paraba de tirarle de las coletas, pero su padre no la escuchaba.

—Hora de cepillarse los dientes —dijo Alice empezando a recoger la mesa.

Jojo se levantó y, al volver a bajar, cogió la carta, la guardó en su mochila, salió corriendo por la puerta y no paró de correr hasta que llegó a una papelera.

A Ross no le habría hecho falta ser un detective experimentado para averiguar qué se traía entre manos su hija, porque cuando Jojo volvió a entrar en casa lo evitó y desapareció rápidamente escaleras arriba.

Ross se dirigió de nuevo a su despacho e hizo un cuarto intento de redactar la carta, pero tampoco fue fácil. Cerró el sobre y esta vez lo dejó en su mesa. Por la tarde, se acercó a la oficina de correos y compró un sello de segunda clase.

Por la noche, Alice y Jojo lo llevaron a cenar a su restaurante italiano favorito, donde Jojo le explicó con todo lujo de detalles la historia del niño que le tiraba de las coletas. Ross sonrió a su hija, dándose cuenta de lo afortunado que era, y no dudó en decirle que lo que pasaba era que el niño estaba enamorado de ella.

Alice se despertó a medianoche y se encontró a Ross llorando. Lo abrazó y se quedó sorprendida cuando por fin le habló.

—A veces se me olvida —dijo— lo afortunado que soy de tener una mujer tan maravillosa en mi vida.

—Dos mujeres maravillosas —le recordó Alice.

Ross se echó a reír por primera vez en muchos días. Se sentó en la cama, encendió la luz y dijo:

—Tendría que haber hecho esto hace mucho tiempo.

—¡Apaga la luz, tonto! Son las tres de la mañana —dijo Alice tapándose los ojos.

—Calla, mujer…, me está resultando difícil pedirte que te cases conmigo.

—¡Qué romántico! —exclamó Alice abrazándolo de nuevo.

—¿Y qué me respondes?

—¿Dónde está el anillo?

—Te lo daré por la mañana.

—Qué romántico —repitió Alice con una sonrisa.

Ross se levantó de la cama, se arrodilló y dijo:

—Alice, te adoro y quiero pasar el resto de mi vida contigo. Di, por favor, que vas a ser mi mujer.

—Con una condición —replicó Alice.

A la mañana siguiente, Ross entró en su despacho antes de que Alice se despertara. Cogió la carta que había dejado en el escritorio y la rompió en pedazos.

Y ya no intentó redactar una quinta.

Cuando Sean O'Driscoll regresó a su celda después de trabajar su turno en la cocina, lo primero que le dijo a Simon fue:

—Entre los chismorreos de la cárcel he captado cierta información que creo que te gustaría conocer.

El corazón de Simon se aceleró con el presentimiento de que no

iban a ser buenas noticias.

—Resulta que han encontrado asesinada a una puta de Londres que respondía al nombre de Avril y que trabajaba en uno de los clubes de por aquí. Y, por algún motivo que desconozco, el director del centro parece de lo más satisfecho con ello.

Simon se quedó mirándolo.

—Está de lo más satisfecho —dijo en voz baja— porque la muerte de esa chica significa que el príncipe Ahmed queda libre de toda culpa y yo cargaré con ella.

—Si quieres, podría matar al director —dijo Sean como si fuera lo más normal del mundo.

—No cambiaría absolutamente nada —dijo Simon, que no sabía si su compañero de celda hablaba en serio—, porque nada impedirá que los franceses se hagan con el contrato de venta de armas y que el príncipe Ahmed consiga su cinco por ciento adicional.

—¿Cómo podría ayudarte? —dijo O'Driscoll—. En cuanto se me hayan quitado del medio, tú serás el siguiente en su lista de la compra, porque una cosa es segura: no querrán que tu juicio llegue a los tribunales.

—Entonces, tendrás que sacarme de aquí como sea antes de que llegue ese momento.

—Haría lo que fuera por ayudarte —dijo O'Driscoll sentándose en el camastro junto a su amigo—, pero, tal y como ya te advertí, solo hay una forma de salir de este agujero de mierda: en un ataúd.

—Pues entonces así será como salga de aquí —replicó Simon—. Pero a quien tendrás que matar es a mí, no al director.

Capítulo 21

Cuando su coche se detuvo delante del establecimiento de Christie's en Rockefeller Plaza, Miles permanecía ajeno a lo que estaba pasando en dos reinos distintos del otro lado del mundo. Cruzó la puerta de entrada y descubrió que una secretaria estaba esperándolo. Lo acompañó sin más preámbulos a la oficina del director general.

Miles no perdió el tiempo con la charla intrascendente de rigor. Y en cuanto se estrecharon la mano y tomó asiento dijo:

—Póngame al día.

—No creo que sea una exageración, señor Faulkner —dijo Chris Davidge, el director general de Christie's—, decir que cuando la copia en limpio de la Declaración de Independencia de Jefferson salga a subasta, se convertirá en uno de los artículos más buscados de la larga historia de esta casa.

Miles se permitió esbozar una sonrisa.

—Hoy a última hora voy a presidir una rueda de prensa en una sala que normalmente albergaría unas doscientas personas —prosiguió Davidge—, aunque ya hemos recibido más de trescientas solicitudes de asistencia por parte de medios de comunicación de todo el mundo.

—La copia en limpio —dijo el director de relaciones públicas tomando la palabra— quedará expuesta al público a partir de hoy al mediodía, y puedo informarlos de que, desde primera hora de la mañana, ya ha empezado a formarse una cola fuera en la calle, algo

que no sucedía desde que sacamos a subasta los *Lirios* de Vincent van Gogh en 1987.

—¿Ha podido calcular el precio que podría alcanzar la Declaración? —preguntó Miles pasando al que era su único interés real en aquella pieza tan única.

—Eso es una incógnita —respondió Davidge—. Sin embargo, sabemos que una copia impresa de la Declaración publicada en Filadelfia por Benjamin Franklin, que era propiedad de John Adams, el segundo presidente, y que fue legada a su hijo, John Quincy Adams, el sexto presidente, se vendió en subasta el año pasado por 4,3 millones de dólares. Lo único que puedo decirle es que nuestro subastador principal tiene planes de abrir la puja en cinco millones.

—¿Ha recibido alguna muestra de interés por parte de los que podríamos describir como postores serios?

—Sí, por parte de un conocido operador de materias primas llamado Bunker Hunt —respondió Davidge.

—Y justo esta mañana —añadió el director de relaciones públicas — me ha llamado Donald Trump para hacerme saber que ya ha seleccionado el lugar donde piensa colgarla en la Torre Trump. También puedo decirle, en confianza, que he recibido una llamada del presidente del Smithsonian, para avisarme de que será el encargado de pujar en nombre del Gobierno. De modo que, si me presionara usted para que diera una estimación, diría que no me sorprendería que pudiera alcanzar los cincuenta millones, y esa es sin duda la cifra que he estado insinuando siempre que un periodista me ha preguntado al respecto.

Miles no necesitó tomar nota.

—¿Se han encontrado con problemas de algún tipo? —preguntó Miles, aun estando seguro de cuál sería la respuesta.

—Un par de periodistas han estado husmeando y preguntando por una carta que Jefferson podría haber escrito en aquella época y que demostraría que la copia en limpio pertenecía legalmente a su autor y, después del fallecimiento de Jefferson, al pueblo estadounidense.

—Los cerdos tendrían más probabilidades de husmear una trufa en Central Park que esos periodistas de encontrar una carta que no existe —dijo Miles—, de modo que pueden dejar de preocuparse por eso.

—Confiemos en que sea así —replicó Davidge—, porque si esa carta saliera a la luz y el profesor Rosenberg verificara que fue escrita por el presidente, no nos quedaría más alternativa que retirar la copia en limpio de la venta y entregarla al Gobierno.

—Ni siquiera Saul Rosenberg podría verificar algo que no existe —dijo Miles cerrando la discusión—. Y, díganme, ¿qué otros objetos van a salir a subasta? —dijo, deseoso de cambiar de tema.

—Varios objetos históricos de la época de la independencia estadounidense, además de las cartas de Jefferson que usted nos ha proporcionado y que forman parte de su notable colección.

—Eso me permitirá donar incluso más dinero a la beneficencia —dijo Miles con una sonrisa obsequiosa que no engañó a ninguno de sus interlocutores.

—¿Cuántos asientos reservados necesitará para el día de la subasta? —preguntó Davidge—. Solo se lo pregunto porque ya tenemos más solicitudes que espacio disponible.

—Un par, nada más, para mi abogado, Booth Watson y para mí —respondió Miles—. En primera fila.

—Naturalmente —dijo Davidge—. ¿Le gustaría también acompañarme en la rueda de prensa de hoy?

—No —dijo con rotundidad Miles, consciente de que, en caso de asistir, los chacales solo tendrían una pregunta en los labios, una pregunta que no quería responder—. No, tengo una reunión con mi abogado, que acaba de llegar procedente de Londres.

A Miles no le sorprendió encontrar a Booth Watson esperándolo en el bar del Park Plaza, como un perro faldero fiel. De haber tenido rabo, habría empezado a menearlo solo con verlo entrar en el establecimiento.

—¿Alguna noticia de Londres? —preguntó después de pedir un *whisky mac*.

—Han presentado cargos contra Scott —respondió Booth Watson —, pero puedes estar seguro de que no encontrarán nada que lo vincule a ti. Y sé que te gustará saber que la junta directiva del Fitzmolean se reúne mañana por la tarde para elegir a su nuevo presidente.

Miles asintió.

—¿Y está preparada la señora Bates para representar su papel?

—Lo domina a la perfección —le garantizó Booth Watson.

—Si la señora Bates sale elegida presidenta —dijo Miles—, podría incluso recuperar mi Rubens, una vez que le hayas explicado, BW, lo que significa en realidad «en préstamo permanente». Pero pasemos a noticias más importantes. Davidge me ha dicho que calcula que, cuando la Declaración salga a subasta, puede llegar a alcanzar los cincuenta millones de dólares.

—Lo cual no sería un mal retorno de la inversión teniendo en cuenta que solo pagaste por ella medio millón de libras —dijo Booth Watson.

—Además de por un Constable que no era un Constable —le recordó Miles.

—¿Ha habido alguien que haya sacado a relucir el tema de la carta desaparecida? —preguntó Booth Watson cambiando de tema.

—Solo de pasada —respondió Miles—. Pero lo más importante es que Rosenberg ha confirmado la autenticidad incuestionable de la copia en limpio, y que, cuando le preguntaron sobre la carta, lo único que dijo fue que nunca había encontrado nada que demostrase que esa carta llegó a existir.

—De modo que has superado ese obstáculo —dijo Booth Watson.

—La honestidad de ese hombre acabará algún día con él, estoy seguro —replicó Miles.

—Y yo puedo predecir sin miedo a equivocarme, Miles, que ese aspecto nunca será un problema para ti.

—Intenta no olvidar de qué lado estás, BW —dijo Miles.

Miles miró su nuevo reloj.

—Tengo que hacer una llamada —dijo—, pero enseguida vuelvo.

Cuando estuvo de nuevo en su habitación, Miles tomó asiento y marcó el número con lentitud. Tuvo que esperar un rato antes de obtener respuesta.

—¿Quién llama? —dijo una voz recelosa.

—Miles Faulkner. Como seguramente sabrá, hemos cumplido nuestra parte del trato. Pero no veo nada que me indique que ha cumplido usted la suya.

—No está resultando tan fácil como me imaginaba de entrada —dijo Khalil.

—Pues entonces más le vale escuchar con atención mi siguiente pregunta, señor Khalil —dijo Miles. Hizo una breve pausa antes de preguntar—: ¿Cuándo es su cumpleaños?

—En un par de meses —respondió Khalil—. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque si Simon Hartley regresa a Inglaterra, no abrirá usted ni un solo regalo este año.

Miles colgó y volvió al bar para proseguir su reunión con Booth Watson.

William marcó el número justo después de comer, calculando que el agente especial Buchanan ya estaría en su despacho a esa hora.

—Sé muy bien por qué me llamas —dijo una voz inequívocamente trasatlántica al otro lado de la línea—. Y la respuesta es sí.

—¿Sí? —repitió William.

—Sí, Miles Faulkner sigue en los Estados Unidos, y sí, lo estamos vigilando de cerca.

—¿Y? —dijo William.

—Seguramente estarás al corriente de que la semana que viene

sale a subasta en Christie's una copia excepcional de la Declaración de Independencia, escrita a mano por Thomas Jefferson en 1776, conocida como la copia en limpio.

—Sí, lo estoy, y también estoy al corriente de que Faulkner es el vendedor. ¿Alguna pista más? —dijo William, con el bolígrafo listo para ponerse a tomar notas.

—La Declaración sale a la venta junto con cinco cartas escritas también por el antiguo presidente —dijo James mientras hojeaba el catálogo—, enviadas todas por esa época a un miembro del Parlamento llamado David Hartley.

—Mañana tengo una cita con *lady* Hartley —dijo William.

—¿Quién es esa dama? —preguntó James.

—La dama con título a la que se menciona en el catálogo —respondió William.

—¿Y dónde encaja esa mujer en todo esto?

—Es una historia muy larga, James, pero lo que puedo decirte es que acabas de proporcionarme varias piezas que faltaban del rompecabezas.

—Estoy completamente perdido —dijo James.

—Igual que lo estábamos nosotros hasta que te he llamado —reconoció William, que dedicó los veinte minutos siguientes a atar los cabos sueltos del rompecabezas y le explicó a su viejo amigo del FBI la conexión entre Miles Faulkner, *lady* Hartley y su hijo, que seguía encerrado en una cárcel saudí.

—¿Y cómo consiguió Faulkner hacerse con la copia en limpio de la Declaración de Independencia? —preguntó James.

—Desconozco la respuesta a esa pregunta —admitió William—, pero espero tenerla mañana sobre esta hora.

Hani Khalil llegó a la puerta principal de la cárcel de Ulaysha cargado con una pesada maleta. Llamó una sola vez y el funcionario de guardia le abrió de inmediato. Khalil lo siguió hasta la recepción, como si fuera un huésped que llega a un hotel y quiere una

habitación. Khalil dejó un billete de cien dólares en el mostrador.

Sin que mediara palabra entre ambos, el funcionario de guardia se metió el billete en el bolsillo antes de acompañar al visitante fuera de recepción y hasta un patio, cuyos focos reflectores habían sido desconectados.

Cuando llegaron al otro lado guiados por una linterna, el funcionario abrió una puerta que daba acceso al módulo administrativo. Una vez dentro, el funcionario acompañó a su intempestivo huésped por un pasillo escasamente iluminado, y no se detuvo hasta llegar a la puerta del fondo. Llamó una sola vez, la abrió y se hizo a un lado para permitir que el señor Khalil entrara en el despacho del director del centro penitenciario.

—Buenos días —dijo el director, una apreciación que podía considerarse correcta, puesto que pasaban ya tres minutos de medianoche, la hora elegida por el director para garantizar que solo ellos tres supieran que aquella reunión había tenido lugar.

Después de que la puerta quedara cerrada, Khalil depositó la maleta sobre la mesa de trabajo del director del centro, abrió la cremallera y levantó la tapa, para dejar al descubierto filas y filas de billetes de cien dólares recién acuñados y sujetos en pulcros paquetes de celofán que llenaban hasta el último centímetro de espacio disponible.

El director del centro penitenciario miró fijamente los billetes del pago del soborno, como un hombre muerto de sed que acaba de encontrar un oasis en medio del desierto. Estaba en el desierto, sí, pero contemplaba dichoso su plan de pensiones.

El director se levantó, bajó la tapa y volvió a cerrar la cremallera. Le estrechó la mano al visitante para sellar un trato en el que no era necesario el papeleo.

Khalil salió del despacho al pasillo, donde lo esperaba la otra persona que estaba implicada en el subterfugio. Lo siguió hasta recepción, donde, al no haberse inscrito en el registro de entrada, tampoco tuvo que anotar su hora de salida. El funcionario de guardia abrió la puerta y Khalil le entregó otro billete de cien

dólares, como si le estuviera dando una propina a un botones. El funcionario regresó a su puesto y encendió de nuevo los reflectores.

Khalil emergió a la fría noche y se dirigió al coche con chófer que lo estaba esperando.

De camino a casa, Khalil pensó en lo que había sucedido durante los últimos dieciséis minutos. Una decisión que lo había llevado a vaciar su cuenta bancaria, lo cual siempre era preferible a cavarse su propia tumba.

El vaciado de su cuenta bancaria sería una cuestión temporal que se solucionaría en cuanto los franceses cerraran el contrato de venta de armas. La muerte era permanente.

Llamaría al señor Faulkner por la mañana.

Capítulo 22

—Tendría que haberme puesto el vestido rosa —dijo Christina.

—De ninguna manera —dijo Wilbur cuando se detuvieron delante del Fitzmolean—. Este traje chaqueta azul marino de Armani es perfecto para la ocasión. Pareces una presidenta de verdad.

—¿Qué digo si me preguntan si me gustaría seguir en la junta bajo la presidencia de la señora Bates, en el caso de no ser elegida?

—Debes mostrarte magnánima y decirles que te gustaría seguir en el comité, puesto que consideras que el proyecto del Fitzmolean queda por encima de cualquier individualidad, aunque eso que dices no es relevante —dijo Wilbur—. No me cabe la menor duda de que vas a ganar.

—Pues yo no estoy tan segura —dijo Christina—. Solo una cosa es segura: será reñido. Tres miembros de la junta, incluyendo el presidente, me han dicho ya que puedo contar con sus votos, pero sé que hay al menos otros tres que no se han decidido todavía, y estoy segura de que la señora Bates actúa según un guion escrito por Booth Watson.

—Preferiría tener de mi lado a sir Nicholas que a Miles Faulkner —dijo Wilbur—. Lo único que necesitas para llegar a buen puerto es que un par de los indecisos te respalde.

—¿Les enseño la carta? —dijo Christina.

—Solo si surge el tema —dijo Wilbur—. E incluso entonces tendrás que calibrar el ambiente que se respira en la sala antes de tomar la decisión.

—Deberías ser tú, y no yo, el que optara a la presidencia —dijo Christina.

—Por supuesto que no, querida mía. No podrían encontrar a nadie mejor para desempeñar ese puesto. —Wilbur se inclinó hacia su esposa y la besó con cariño—. Mejor que vayas pasando. No puedes permitirte llegar tarde.

Cuando Christina salió del coche, le temblaban tanto las piernas que se preguntó si podría subir la escalinata de la entrada y después llegar hasta la sala de juntas. Consiguió cruzar la puerta giratoria y llegar hasta el ascensor.

Salió en la primera planta y se disponía a ir hacia la sala cuando vio que el presidente caminaba hacia ella. El comité de selección ya la estaba esperando.

—Haré todo lo posible por ayudarla —le dijo en voz baja Nicholas.

Christina entró con él en la sala de juntas y ocupó su lugar en la única silla vacía, en la cabecera de la mesa. Varios miembros de la junta le sonrieron, y varios no.

—Bienvenida, Christina —dijo el presidente después de tomar asiento en el otro extremo de la mesa—. Comenzaremos repasando el procedimiento que pretendo adoptar para llevar a cabo esta entrevista. Empezaré formulándole un par de preguntas iniciales y mis colegas seguirán después con las preguntas suplementarias que consideren adecuadas. —Sir Nicholas consultó sus notas antes de comenzar—. Después de haber contribuido todos estos años jugando un papel destacado en el éxito del Fitzmolean, me pregunto si habría cambios que desearía implementar como presidenta que considera que beneficiarían al museo en el futuro.

—Permítame que empiece dándole las gracias, señor presidente, por su inquebrantable apoyo durante todos estos años, y diciéndole lo difícil que será para quien resulte elegido ocupar el lugar que deja vacante.

Nadie podía haber pasado por alto los ojos de la señora Bates, que se movían como los de uno de esos perritos de juguete en la

bandeja trasera de un coche en marcha.

—Pero para responder a su pregunta, sir Nicholas —continuó Christina—, como bien sabe, siempre he defendido con pasión la entrada gratuita a la galería principal. Sin embargo, creo que cuando montamos una exposición especial con un coste considerable para nosotros, deberíamos quizá plantearnos cobrar una entrada única. La exposición sobre Rembrandt que tenemos actualmente, por ejemplo, ha atraído a más de trescientos mil visitantes, y si hubiéramos cobrado cinco libras por cada entrada, podríamos haber recaudado bastante más de un millón de libras, lo cual no solo habría servido para cubrir costes, sino que además nos habría brindado una modesta ganancia.

—¿Esperaría también una contribución por parte de estudiantes y pensionistas? —preguntó el presidente.

—Rotundamente no —respondió Christina—. Tanto ellos como los niños que acompañaran a sus padres quedarían exentos.

—Una propuesta que, sin duda, merece la pena considerar en serio —dijo el presidente—, y ya que hablamos de eso, ¿qué opina sobre el nuevo programa de incentivos fiscales del Gobierno?

—Me parece bien —dijo Christina sin dudarlo un instante—. Es una oportunidad para recaudar unos ingresos adicionales muy necesarios, que deberíamos aprovechar. Sugeriría asimismo replicar lo que los estadounidenses denominan «cajas de culpabilidad transparentes», con las que se animaría a los visitantes que pudieran permitirse pagar a contribuir con cinco libras, o más, si así lo desean. El Victoria and Albert recauda un millón de libras adicionales con este sistema, y creo que deberíamos seguir su ejemplo.

—Gracias, Christina. Y ahora…

La señora Bates levantó la mano al instante, dejando al presidente sin otra opción que concederle la palabra.

—¿Cómo puede la junta confiar en su lealtad para con el Fitzmolean si sigue siendo amiga íntima de la señora Beth Warwick, nuestra anterior directora, que dejó el cargo en circunstancias que,

como mínimo, calificaría de desafortunadas?

—Beth es una de mis mejores amigas y siempre lo será —respondió Christina—, y las dos somos, antes que nada, fieles defensoras del Fitzmolean. Como presidenta, siempre pondría el museo por encima de todo, igual que hizo Beth cuando presentó su dimisión. Y puedo decirle a la junta que lamenta profundamente no poder seguir siendo nuestra directora.

—Qué oportuno —dijo la señora Bates—. ¿Significa eso que si usted llega a presidenta le pediría que volviera a ser nuestra directora?

—Por supuesto que sí —dijo Christina sin dudarlo—. No siempre estoy de acuerdo con Beth, pero jamás he dudado de que siempre ha puesto los intereses del museo por delante de todo.

—¿Ha comentado esta posibilidad con ella?

—Sí, se lo he comentado —reconoció Christina, y era otra pregunta para la que estaba bien preparada.

—¿Y cuál fue su respuesta?

—No podría haberse mostrado más positiva con la idea, e incluso me escribió una carta para confirmarme su postura. —Y en aquel momento fue como si estuviera oyendo a Wilbur decirle: «Ya has dicho una frase de más».

—¿Tendrá, por casualidad, esta carta por aquí? —preguntó la señora Bates.

Christina vaciló unos instantes antes de decir:

—Sí, la tengo aquí.

—¿Y permitiría que el comité la viese?

Christina abrió el bolso y extrajo de su interior un sobre, que envió, como el testigo de una carrera de relevos, hasta el presidente.

Sir Nicholas abrió el sobre, sacó la carta y la leyó. Instantes después, lo único que dijo fue:

—Puedo confirmar que, en el caso de que Christina fuera nuestra próxima presidenta, la doctora Warwick estaría dispuesta a volver como directora, aunque solo después de haber recibido el visto

bueno de la junta.

—Qué considerado por su parte —dijo la señora Bates—. Pero ¿me permite preguntarle, sir Nicholas, dado que es el único miembro de la junta que ha leído la carta, si la doctora Warwick estaría dispuesta a asumir el mismo compromiso si otra persona fuera nombrada presidenta?

Sir Nicholas se mostró incómodo, pero, antes de que pudiera responder, Christina intervino:

—Se trata de una carta muy personal, señora Bates, y creo que el presidente ha respondido a la pregunta específica que había usted formulado.

—Pero no a la que usted parece no querer responder —contraatacó la señora Bates—. Así que me veo obligada a preguntar…

—¿No cree, señora Bates —intervino el presidente—, que quizá ha llegado el momento de que alguien más pueda formular sus preguntas?

—No era consciente de que hubiera impuesto usted un límite al número de preguntas que cada miembro puede formular, sir Nicholas, antes de considerar la única decisión importante que la junta deberá tomar en quizá los próximos diez años, a saber, ¿quién debería ser nuestro próximo presidente?

—Le permitiré una pregunta más, señora Bates —dijo sir Nicholas, claramente exasperado—. Y después, habrá que continuar con los demás.

—Señora Hackensack —dijo la señora Bates—, como presidenta del comité de recaudación de fondos, ¿conoce el nombre del benefactor extraordinariamente generoso que donó las doscientas cincuenta mil libras que hicieron posible que el Fitzmolean adquiriese el dibujo de *Jacob luchando con el ángel* de Rembrandt?

Era justo la pregunta que Christina temía, a pesar de haberle dado muchas vueltas a la respuesta. Pero Wilbur la había advertido de que, en caso de que se la formularan, no podía hacer otra cosa que decir la verdad.

—Sí, creo que sí —dijo con sinceridad.

—Entonces, permítame preguntarle cuál de sus maridos fue el que hizo esa donación tan generosa.

Christina sabía que estaba atrapada y no tuvo otra opción que decir:

—La donación no fue de mi marido.

—¿De su exmarido, quizá?

—Posiblemente —reconoció Christina.

—¿Cree que el señor Faulkner habría sido tan generoso si hubiera pensado que usted podía ser nuestra próxima presidenta?

—No tiene por qué responder a esa pregunta, Christina —dijo sir Nicholas.

—¿Por qué no? —exigió saber la señora Bates.

—*Lady* Morland —dijo el presidente ignorando la interrupción.

—¿Puedo preguntarle, señora Hackensack, si su actual marido apoya su ambición de suceder a sir Nicholas como presidenta?

—Al cien por cien —dijo Christina—. No solo me ha acompañado hasta aquí esta tarde, sino que ahora mismo está sentado fuera en el coche a la espera de saber cómo me ha ido. «Podría haberlo hecho mejor», le diré.

Hubo algunas risas, que ayudaron a Christina a relajarse, aunque no por mucho tiempo.

—Creo que hay tiempo para un par de preguntas más —dijo el presidente mirando a los reunidos alrededor de la mesa.

Una de las indecisas levantó la mano y, con un gesto de asentimiento, el presidente le cedió la palabra.

—Usted estaba en el edificio cuando cambiaron el ángel de Rembrandt delante de todo el mundo, así que me preguntaba si tiene alguna teoría con respecto a cómo sucedió todo, o sobre quién fue el responsable de una secuencia de acontecimientos tan inexplicable y bochornosa.

Christina oyó de nuevo la voz de Wilbur susurrándole al oído: «Hagas lo que hagas, ni siquiera insinúes que sabes perfectamente bien quién orquestó toda esa pantomima, porque si lo haces y no

estás dispuesta a dar su nombre, los indecisos dejarán de serlo».

—Al igual que para usted, señora Amhurst, lo que sucedió sigue siendo un misterio para mí.

—¿A pesar de que su amiga íntima, la doctora Warwick, nos advirtió que, de seguir ella como directora, podía volver a ocurrir, lo que indica que ella sí sabe quién fue?

—Le aseguro, señora Amhurst, que, si tengo la suerte de ser nombrada presidenta de esta gran institución, no tomaré decisiones basadas en especulaciones, sino siguiendo el consejo de expertos a los que respeto, y respaldadas además por hechos. De lo contrario, acabaríamos todos como víctimas, mirando continuamente a nuestras espaldas, con miedo a tomar decisiones importantes por si acaso alguna fuerza malévola externa las desaprueba.

—¡Así se habla! —Se oyó en un lado de la mesa.

—Gracias, Christina —dijo el presidente—, por gestionar con tanta amabilidad una plétora de preguntas exigentes exhibiendo, al mismo tiempo, la determinación necesaria para ser una buena presidenta.

Sonrisas y miradas inexpresivas recibieron a partes iguales los comentarios de cierre del presidente.

—Gracias, sir Nicholas —dijo Christina—. Y ahora, le ruego que me permita decir, antes de marcharme, que sea cual sea la decisión que la junta directiva tome, servir al Fitzmolean ha sido un privilegio que siempre tendré en enorme estima.

Uno de los indecisos consiguió esbozar una sonrisa cuando Christina se levantó para abandonar la sala.

—La junta pasará ahora a una sesión a puerta cerrada —dijo sir Nicholas—. Pero primero sugiero que hagamos una breve pausa antes de volver a entrar para decidir quién será el próximo presidente del Fitzmolean.

Cuando sonó el teléfono a última hora de la tarde, Christina siguió leyendo su revista como si no estuviera sonando.

—Es la tercera vez que suena y sigues sin responder —dijo Wilbur levantando la vista de su ejemplar de *The New York Times*—. Pero al final tendrás que hacerlo, puesto que sir Nicholas es insistente incluso en sus mejores momentos.

—Lo que pasa es que este podría ser uno de mis peores momentos —dijo Christina.

Dejó a un lado la revista, se levantó y cruzó lentamente la estancia con la esperanza de que el teléfono dejara de sonar antes de llegar a él.

Pero, tal y como Wilbur había predicho, la persona que llamaba era insistente.

Christina cogió el teléfono a regañadientes, pero no dijo nada.

—¿Está ahí, Christina? —dijo una voz que reconoció.

—Sí, estoy aquí, presidente —dijo Christina.

—Ya no —dijo sir Nicholas.

—¿Por qué no?

—Ya no soy el presidente, y según consta en el acta, a las 18:34 ha sido usted elegida para ocupar mi lugar. La llamaba para felicitarla.

Christina soltó el teléfono, aunque rápidamente volvió a cogerlo.

—¿Por cuántos votos?

—Por uno de diferencia —dijo sir Nicholas.

—¿Su voto decisivo? —preguntó Christina.

Ahora fue sir Nicholas el que dudó.

—Sí —reconoció—, aunque tengo buenas noticias. La señora Bates y la señora Amhurst han renunciado a su puesto en la junta directiva, de modo que ya tiene dos problemas menos. Así que espero que no cambie de idea en el último minuto, como Beth.

—De ninguna manera —dijo Christina—. Estoy de acuerdo con el señor Winston Churchill: un voto es más que suficiente.

—Pues es un alivio, la verdad —dijo sir Nicholas acompañando sus palabras con un prolongado suspiro—. Deberíamos reunirnos lo antes posible para organizar un relevo ordenado. Pero, por el momento, dejaré que Wilbur y usted lo celebren como es debido y

volveré a llamarla mañana por la mañana. Muchas felicidades. Estoy encantado —añadió antes de colgar.

—¡Soy la nueva presidenta! —anunció Christina dando brincos como si acabaran de nombrarla delegada de curso.

—Ya estaba al corriente de ello —dijo Wilbur, y dejó el periódico para obsequiar a su esposa con una ronda de aplausos.

—¿Lo sabías desde hacía rato? —preguntó Christina mirando a su marido con incredulidad.

—Sí —reconoció Wilbur—. Y confieso que he disfrutado con tu sufrimiento.

Christina cogió de nuevo el teléfono y empezó a marcar un número.

—¿Quieres saber a quién llamo? —preguntó.

—Sé exactamente a quién llamas —respondió—, y puedo decirte que está pegada al teléfono esperando.

Christina se volvió hacia su marido.

—No me digas que ella también lo sabe ya.

—No, no lo sabe —dijo Wilbur—, porque he pensado que, si tú sufrías, ella también tenía que sufrir.

—¿Eres la nueva presidenta? —preguntó una voz al otro lado de la línea.

—Por supuesto que lo soy —dijo Christina—, y lo primero que quiero saber, doctora Warwick, es si estás dispuesta a regresar al museo como su directora.

—Pues claro que lo estoy —dijo Beth—, y ya que te tengo al teléfono, tengo varias ideas que querría discutir contigo antes de la próxima reunión de la junta, empezando por…

Capítulo 23

—¿Qué esperamos conseguir? —preguntó Ross mientras Danny abandonaba el edificio del Scotland Yard para incorporarse a Victoria Street.

—No lo sé ni yo, te lo aseguro —reconoció William—, pero si la «dama con título» que aparece mencionada en el catálogo de Christie's es *lady* Hartley, tendremos que gestionar el asunto con cuidado y recordar que acaba de perder a su marido y que su único hijo está encerrado en una cárcel saudí acusado de un crimen que no cometió.

—Sin embargo, el verdadero misterio —apuntó Ross— es cómo esa mujer entró en contacto con Miles Faulkner.

—Creo que es más probable que su camino se cruzara con el de Booth Watson, si recordamos que, al fin y al cabo, su marido fue ministro de Interior. Tendremos que ser especialmente cautelosos, ya que incluso es posible que ese astuto abogado la represente.

—¿Qué te lleva a pensar eso? —preguntó Ross.

—Rebecca —respondió William—. Es una fuerza a tener en cuenta. La sargento Pankhurst visitó Bucklebury ayer por la tarde y estuvo hablando con el pastor, entre otros, que le contó que había conocido a Booth Watson en el velatorio.

—¡Socorro! —dijo Ross—. Eso significa que todo lo que digamos podría llegar a Booth Watson en cuanto hayamos salido por la puerta.

—Y a Faulkner segundos después. Y, teniendo esto en cuenta, he

preparado una lista de preguntas para las que necesitamos respuestas. Las he repartido para que las formulemos entre los dos.

—Por supuesto —dijo Ross cuando William le pasó una larga lista de preguntas, y empezó a estudiarlas.

»Lamentamos molestarla precisamente en un momento tan especial como este, *lady* Hartley, pero…

Cuando un par de horas después llegaron a Bucklebury, estaban seguros de tener bien establecida su rutina de poli bueno/poli malo. Y solo les cabía esperar que su señoría estuviera dispuesta a interpretar su papel.

Mientras Danny aparcaba en el camino de acceso de Hartley Hall, William llamó una sola vez a la antigua puerta de madera de roble y retrocedió un paso. Instantes después, abrió la puerta una anciana de aspecto frágil que no pareció sorprenderse al encontrar dos policías en el umbral de su casa.

—Pase, superintendente jefe —dijo después de que William le mostrara su identificación—. Llevaba un tiempo esperándolos.

Aquel recibimiento los tomó a ambos por sorpresa, puesto que no estaba en su lista de posibles reacciones.

Lady Hartley no dijo nada más mientras los acompañaba al salón. Y en cuanto estuvieron instalados, dijo:

—Tienen que entender que no lo habría hecho de no haber estado desesperada.

—Hecho ¿el qué? —preguntó Ross saliéndose del guion.

—Vender el cuadro de Constable del viejo molino de Bucklebury por quinientas mil libras a aquel caballero tan amable —respondió *lady* Hartley levantando la vista hacia el rectángulo descolorido de la pared que tenía enfrente, donde el cuadro había estado colgado durante casi doscientos años.

—Eso no es ningún crimen —sugirió William, que estaba sentado delante de ella.

—Lo es cuando sabes que no era obra del maestro —dijo *lady* Hartley—. Aunque fue pintado por Breck LaFave, uno de los alumnos más destacados de Constable, no puede valer más que unos pocos

miles de libras, en el mejor de los casos.

—Creo que sería aconsejable que consultase con un abogado antes de decir nada más, *lady* Hartley —dijo William, una sugerencia que nunca antes había hecho cuando alguien estaba en plena confesión.

Ross, tomándolo por sorpresa, asintió, cerró su bloc de notas y se guardó el bolígrafo en el bolsillo al ver que William también se había saltado el guion.

—No, eso no puedo hacerlo —dijo con rotundidad *lady* Hartley—. No he podido dormir bien ni una sola noche desde que engañé a ese pobre hombre, por eso necesito desahogarme.

—El pobre hombre —dijo William repitiendo sus palabras.

—Sí, el señor Booth Watson —dijo *lady* Hartley—, un distinguido abogado de la Corona, amigo de mi fallecido marido.

—¿Conoce bien al señor Booth Watson? —se aventuró a decir William, recuperando el guion.

—No. Tengo que reconocer que nunca me había cruzado con él hasta que asistió al funeral de mi marido… Pero, peor aún —continuó *lady* Hartley—, le vendí al señor Faulkner algo que no podía vender.

Esta vez, William guardó silencio, pues sospechaba que *lady* Hartley estaba a punto de revelar algo de vital importancia.

—Parecía sinceramente interesado en la Declaración de Independencia de los Estados Unidos de Jefferson, que, para empezar, nunca perteneció a la familia. Si quieren que les diga la verdad, deberíamos haber devuelto la copia en limpio a sus legítimos propietarios hace años. Sin embargo, incluí las seis cartas que Jefferson escribió al miembro del Parlamento David Hartley, distinguido antepasado de mi difunto marido.

—¿Seis? —repitió William.

—Sí, seis. Todas ellas fechadas y firmadas por el antiguo presidente.

—En el catálogo de Christie’s solo constan cinco —dijo Ross, confiando en incitar algún tipo de respuesta.

—¿Así que ha decidido vender las cartas? —dijo *lady* Hartley, claramente sorprendida—. La verdad es que no lo culpo por ello, si pienso que le estafé medio millón. —Hizo una breve pausa antes de añadir—: Aunque me parece extraño, porque les aseguro que había seis cartas.

—¿Tiene alguna idea sobre por qué podría haberse guardado la sexta carta? —preguntó William.

Lady Hartley tardó en responder, hasta que por fin dijo:

—Supongo que la que falta podría ser aquella en la que el señor Jefferson le pedía al señor Hartley que le devolviera la copia en limpio a su debido tiempo.

—Tengo que decirle, *lady* Hartley —dijo William—, que el señor Faulkner ha ofrecido a subasta a Christie's de Nueva York no solo las cinco cartas, sino también la copia en limpio de la Declaración de Independencia escrita a mano por Jefferson.

La anciana estaba apabullada, pero no dijo nada.

—Supongo que su difunto marido no guardaría, por casualidad, una copia de esa carta en concreto —dijo Ross.

—¿Por qué tomarse esa molestia, inspector, cuando se las sabía las seis de memoria?

La afirmación dejó boquiabiertos a los dos policías.

—No estoy seguro de haberla entendido bien, *lady* Hartley —consiguió decir por fin William.

—En realidad es muy sencillo. Mi difunto marido no necesitaba hacer ninguna copia de las cartas porque las tenía perfectamente guardadas en la cabeza.

—¿Y por qué? —preguntó William, totalmente perplejo.

—Es tradición arraigada en la familia Hartley —les explicó—, y transmitida de generación en generación, que el primogénito sea capaz de recitar la Declaración de Independencia de memoria antes de cumplir los doce años. Si lo hace, recibe a cambio cien guineas. Un buen incentivo, creo que estarán de acuerdo con ello.

—¿Además de las seis cartas? —insistió William.

—Y mi esposo recitaba todo el conjunto el mediodía del 4 de julio

de cada año.

—¿Siguió su hijo esta tradición? —preguntó Ross.

—Sí, y también mi nieto, Robert, que se lo sabía todo perfectamente incluso antes de cumplir los doce años y siempre se mereció cada centavo de sus cien guineas. Razón por la cual, con la de veces que lo he escuchado, nunca podría haber pretendido desconocer el contenido de esa carta —continuó *lady* Hartley—. Francamente, desde que me deshice de todo eso, temo el día en que el señor Faulkner aparezca por aquí para exigirme que le devuelva las quinientas mil libras.

—No creo que tenga que seguir preocupándose por eso, *lady* Hartley —dijo William—. Creemos que es bastante probable que ese amable caballero haya destruido esa carta, porque, después de quitársela del medio, a buen seguro está convencido de que ganará una fortuna con la venta de la Declaración.

—Sería muy deshonesto por su parte —observó *lady* Hartley, sinceramente conmocionada.

—Lo sería, en efecto —dijo William.

Lady Hartley guardó silencio unos instantes y luego dijo:

—Antes de ofrecerles una taza de té, ¿me permite preguntarle, superintendente jefe, si piensa usted arrestarme?

—Hoy no, *lady* Hartley —dijo William—, pero podría usted jugar un papel muy importante en ayudarnos a arrestar a ese «amable caballero».

—No es precisamente una mujer a la que podamos infravalorar —dijo William después de subir al coche y volver la cabeza hacia la mujer que los despedía desde el umbral de su puerta.

—Pensar que llevamos veinte años intentando derrotar a Faulkner —dijo Ross— y ella lo ha conseguido después de un único encuentro.

—Y lo que es más importante —dijo William—, nos ha confirmado por fin el motivo por el que Faulkner fue a visitar al príncipe Ahmed

en el Dorchester en plena noche. No hace falta mucha imaginación para averiguar qué esperaría Faulkner a cambio de eliminar a la única testigo que no solo podía derribar al príncipe Ahmed, sino también impedir que amasara una enorme fortuna sin ni siquiera mover un dedo.

—Al final, la avaricia acabará con los dos —dijo Ross casi con emoción.

—El vicio que más comúnmente explica la mayoría de los crímenes —dijo William—. Lo primero que voy a hacer en cuanto lleguemos al Scotland Yard será llamar al Ministerio de Asuntos Exteriores y advertir a Trevelyan de que la vida de Simon Hartley corre peligro, para que pueda informar rápidamente de ello a nuestro hombre en Riad.

—Sir Bernard Anscombe —dijo Ross.

—Teniendo en cuenta que ya conoces al embajador, ¿no piensas que quizá deberías volver a Riad, reunirte con Hartley y pedirle que te repita el texto de esa carta tan importante que, evidentemente, Faulkner ha destruido?

—No puedo volver a Riad —dijo Ross.

—¿Por qué no?

—Porque Khalil tardaría minutos en deducir el porqué de mi regreso. No olvides que piensa que soy Declan O'Reilly, el ministro irlandés de Recursos Marinos y Naturales. Sin embargo, lo más probable es que Faulkner ignore que existe otra persona que se sabe de memoria el contenido de esa carta.

—El hijo de Simon, Robert —dijo William—, que según *lady* Hartley era capaz de recitar la Declaración de Independencia y las seis cartas mucho antes de cumplir los doce años.

—Y por lo cual recibió la cuantiosa remuneración que le correspondía —dijo Ross.

—El legado de los Hartley —dijeron ambos al unísono.

—De manera que mi siguiente problema —dijo William— es cómo ponerme en contacto con el joven Robert Hartley antes de que Faulkner se dé cuenta de que es una amenaza tan grande como su

padre.

—Eso puedes dejármelo a mí.

—Pero ¿cómo es posible que te hayas topado con Robert Hartley? —preguntó William cuando se incorporaban ya a la autopista en dirección a Londres.

—Tú no preguntes.

El preso número 147296 estaba delante del director del centro penitenciario de Ulaysha, con los brazos y las piernas sujetos con grilletes.

—Necesito que me hagas un trabajillo —dijo el director, como si estuviera pidiéndole que le preparara una taza de té—. Y te aseguro que tu recompensa no la recibirás en el cielo.

Abrió el cajón superior de su escritorio y extrajo diez paquetes envueltos en celofán, cada uno de ellos con mil dólares, mucho más de lo que habitualmente pagaba el director del centro cuando necesitaba recurrir a las habilidades particulares de O'Driscoll. Sin embargo, era probable que aquel trabajillo terminara en una investigación judicial con declaraciones de testigos, incluso si no se podía interrogar al sospechoso, puesto que habría sido ejecutado sumariamente mucho antes de que pudiera llevarse a cabo la investigación.

El director del centro no era el único que había llegado a aquella conclusión.

—Si pretende que mate a Hartley —replicó el prisionero con calma—, no lo haré por menos de cien mil.

El director no había previsto lo mucho que Simon Hartley le había enseñado a un alumno aventajado durante los últimos dos meses. Se disponía a decirle que se fuera al infierno cuando recordó que, puesto que la ejecución estaba programada para el domingo por la tarde, O'Driscoll solo andaría por allí unos días más, por lo que le sería fácil recuperar la mayor parte del dinero.

Pero O'Driscoll no había acabado aún de exponer todas las

condiciones del trato.

—Y el dinero en efectivo no me interesa —dijo—. El importe total deberá estar transferido a la cuenta de mi mujer en Dublín antes de que yo mueva un dedo. E incluso entonces, necesitaré oír su voz al otro lado de la línea para que me confirme que ha recibido el dinero.

—¿No te fías de mí? —dijo el director haciéndose el sorprendido.

—Francamente, director, su palabra no vale un rial, y mucho menos cien mil dólares, pero voy a dejar que sea usted quien decida.

—No eres el único candidato disponible para hacer este trabajo —le recordó el director.

—Pero sí soy el único —replicó O'Driscoll— que no estará por aquí cuando quieran interrogar al sospechoso.

El director del centro penitenciario comprendió en aquel momento que se había quedado sin otras opciones.

Capítulo 24

Ross se sintió dividido cuando empezó a lidiar con las implicaciones morales, incluso antes de considerar el factor riesgo.

Comprendía que, de seguir adelante con su plan, estaría infringiendo la ley, lo cual, a su entender, era un delito más grave si cabía siendo agente de policía, y que, si lo pillaban, podía acabar con una larga condena en prisión. Por otro lado, si no seguía adelante, Faulkner se saldría una vez más con la suya y a saber qué más ases se guardaba bajo la manga para volver a la carga.

Ross aceptaba asimismo que sus probabilidades de dar el golpe con éxito eran inferiores al cincuenta por ciento, sobre todo porque no podía comentar su idea con nadie, ni siquiera con Alice. Alice le habría expuesto de forma tajante su parecer sobre los escasos valores éticos de la idea, y no le habría dado ni un diez por ciento de probabilidades de salir impune, aunque Ross estaba seguro de que habría entendido por qué tenía que hacerlo.

William lo habría desaprobado por principios y habría dejado su postura clara de entrada, pero al ser Faulkner el responsable de la muerte de Avril, habría entendido por qué Ross había decidido tomar ese camino.

Al Halcón no le habrían sorprendido en absoluto las firmes convicciones de Ross. No le habría quedado otra alternativa que aceptar su dimisión con pesar, aunque quizá hubiera admitido, al mirarse en el espejo mientras se afeitaba, que «de tener veinte años menos, seguramente habría hecho lo mismo».

Los comentarios evasivos de Ross durante la cena en casa después de la visita a *lady* Hartley habían llevado a Alice a preguntarle:

—¿Por qué no me lo cuentas?

—Tengo un problema en el trabajo.

Una respuesta que tenía la virtud de ser una verdad a medias.

Lo que no le dijo a Alice era que había decidido seguir adelante siendo fiel a su particular estilo de correr riesgos y que si, como resultado de ello, se veía obligado a dimitir, o algo peor, que así fuera.

Ross esperó a que William llegara al trabajo antes de llamar a Artemisia a su móvil. Su ahijada contestó casi al instante.

—¿Por casualidad has seguido en contacto con Robert Hartley? —preguntó Ross, confiando en que su voz sonase relajada.

Artemisia no respondió enseguida.

—¿Me lo preguntas como policía, como padrino o como amigo? —replicó por fin.

—Como las tres cosas —dijo Ross.

—Es mi novio —reconoció Artemisia—. De hecho, pensaba que me llamaba él, porque apenas hay día en que no hablemos. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque podría ayudarme con un tema en el que estoy trabajando —le explicó Ross.

—¿Ayudaría eso a su padre? —preguntó Artemisia—. Porque es lo único que le importa.

—Estoy seguro de que su padre lo aprobaría…, pero hasta aquí puedo contarte en este momento.

—Eso no responde a mi pregunta —dijo Artemisia adoptando una postura que la hacía parecer mucho mayor que los años que tenía.

—No puedo responder a tu pregunta —reconoció Ross—. Pero lo que sí puedo decirte es que no le hará ningún daño a Robert y que, a largo plazo, su familia se sentirá agradecida.

—En ese caso, haré lo que pueda por ayudar.

—No me preguntes cómo —dijo Ross—, pero sé que Robert es capaz de recitar el contenido de una carta escrita por Thomas Jefferson en 1787 a uno de sus antepasados.

—Robert es capaz de recitar la Declaración de Independencia entera, incluyendo las dos cláusulas que el Congreso rechazó —replicó Artemisia—. Lo sé porque lo he oído hacerlo.

—Con una carta será más que suficiente para lo que tengo en mente —dijo Ross.

Ross salió de la oficina a primera hora de la tarde sin dar explicaciones a nadie de dónde iba.

Después de un corto trayecto en metro, pasó un par de horas muy productivas en Old Kent Road, buscando todo lo que iba a necesitar si pretendía engañar tanto a aficionados como a coleccionistas. Paseó arriba y abajo del kilómetro y medio de un mercadillo que podía ofrecer casi cualquier cosa que un cliente con dinero para pagar al contado pudiera necesitar, desde una fotografía en sepia de Eduardo VII en Balmoral hasta una medalla militar de la campaña de Mafeking. Ross visitó diversos puestos, ninguno de ellos con sus intereses puestos en el siglo XXI.

Salió de allí con media docena de hojas de papel de carta grueso, tres sobres, dos plumas y una botellita de tinta negra, todo lo cual podría haberse adquirido en aquel mismo mercado hacía doscientos años.

Ross se tomó el día siguiente libre. Le dijo a Alice que quizá llegaría tarde a casa, como si fuera algo excepcional. También avisó a William de que no iría a trabajar, lo que llevó a William a cuestionarse qué estaría tramando Ross. Pero no le hizo preguntas.

Ross salió de casa por la mañana antes de que Alice se levantara, entró un momento en la habitación de Jojo al irse y le dio un beso

en la frente.

Subió a un autobús hasta Kings *Cross*, desde donde tomó un tren hasta Little Hampton, en Yorkshire. Aprovechó el viaje de tres horas, y un transbordo, para repasar una y otra vez su plan.

Se había puesto en contacto con el director del centro penitenciario de Wormwood Scrubs y la policía de North Yorkshire a principios de semana. Les había asegurado que no era más que una investigación rutinaria, pero había acabado obteniendo información muy útil. Billy Mumford había salido de la cárcel hacía unas semanas y había vuelto a su casa en Little Hampton. Casi todas las mañanas se le podía encontrar en el Dog and Duck, le había comentado el responsable de la policía local, mientras que pasaba las tardes de los martes y los jueves en un canódromo de Pontefract, donde se gastaba el dinero. Cuando se quedaba sin efectivo, algo que sucedía con asiduidad, se emborrachaba y, después de recuperarse de la resaca, falsificaba alguna obra maestra y la vendía a un marchante de Doncaster. Nunca nadie exponía su obra, pero, aun así, parecía tener un flujo regular de clientes entusiastas que querían impresionar a sus amistades.

Mumford estaba a punto de recibir una visita de otro cliente entusiasta.

Si le decía «de ninguna manera, inspector jefe», Ross estaría de vuelta en casa a tiempo para tomar el té con Jojo. Pero si Mumford mostraba algún interés en la idea, tendría suerte si llegaba a casa para cenar con Alice.

Ross fue la única persona que se bajó del tren en Little Hampton. Pasó el billete por la barrera y se encaminó hacia un pueblo que solo con suerte habría tenido una mínima mención en cualquier guía turística. Un *pub* (bar y poco más), una iglesia (de estilo anglonormando) y un arroyo que ni siquiera un concejal apasionado habría presionado para que quedase descrito como río.

Se sentó en un banco delante de la iglesia y admiró la torre del siglo XI mientras esperaba que apareciese Mumford. Cuando lo vio acercándose por el prado, volvió la cabeza hacia el otro lado.

Después de que entrara en el Dog and Duck, Ross esperó unos minutos para darle tiempo a que pidiese una cerveza, y se dirigió también hacia el local.

Cuando Ross entró en el *pub* sonó la campanilla de la puerta. Varios lugareños sentados en la barra lanzaron una mirada fugaz al intruso antes de volver a centrar la atención en sus cervezas. «Un sureño», comentó uno de ellos, como si no hubiera mayor insulto para un hombre. Ross miró a su alrededor y vio que una de las mesas estaba ocupada por una figura que le resultaba familiar que estaba leyendo la contraportada de *The Yorkshire Post*.

Mumford levantó la vista y lo reconoció de inmediato. Cuando vio que el policía iba directo hacia él, le empezaron a temblar las manos.

—Es imposible que haya viajado hasta aquí, señor Hogan, solo porque no me he presentado a uno de mis controles de la condicional —protestó cuando Ross tomó asiento delante de él.

Ross no podía haber imaginado una forma mejor de iniciar la conversación.

—Me temo que sí. Ha sido uno entre muchos —le soltó, confiando en ir por buen camino.

—Le juro que solo ha sido una vez, jefe —dijo Mumford, incapaz de disimular su desesperación.

—No es lo que dice el agente que se ocupa de tu libertad condicional —dijo Ross tentando a la suerte—. Lo siento, Billy, pero tengo órdenes. Me han dicho que te arreste y te lleve de vuelta a Scrubs para que puedas completar tu sentencia…, a menos que yo, por supuesto, considere que existe la posibilidad de que te enmiendes, lo cual me parece de lo más improbable.

—No quiero volver a la cárcel, señor Hogan —dijo Billy cuando vio que Ross sacaba del bolsillo una orden de arresto, un documento que reconoció de inmediato. Se quedó blanco.

—De eso estoy seguro, Billy, pero, por desgracia, tengo que cumplir órdenes.

—¿No puedo hacer nada, señor Hogan, para convencerlo de que nunca más volverá a pasar? —suplicó Billy.

Ross guardó silencio un rato antes de recurrir a la jerga carcelaria:

—¿Te suena eso del hoy por mí, mañana por ti?

—No tengo dinero en este momento, señor Hogan, pero si le gusta la pintura, puedo copiarle un Picasso, un Monet, incluso un Rubens…, aunque me llevaría un tiempo.

Ross fingió estar planteándose la propuesta antes de darle a conocer lo que de verdad quería.

—Hay una cosa, Billy, en la que quizá tú serías el único capaz de ayudarme.

—Lo que sea, inspector, lo que sea…, le basta con pedírmelo.

Ross subió el maletín a la mesa, lo abrió y sacó un ejemplar del galardonado libro de Rosenberg, *Monticello*, antes de abrirlo por una página claramente sobada.

—Si quisiera que me hicieras una carta como si la hubiese escrito este hombre —dijo señalando una imagen—, ¿podrías hacerlo?

Billy estudió la caligrafía antes de decir:

—No sería ningún problema, señor Hogan.

—¿Y qué me dices de la firma? —preguntó Ross.

Mumford le echó otro vistazo.

—No es exactamente Leonardo da Vinci, parece.

—¿Cuánto tiempo te llevaría? —preguntó Ross, avanzando.

—Un par de días.

—Necesitaría la copia para el martes al mediodía, a más tardar. —Ross volvió a meter la mano en el maletín—. Y ahora hagamos el reto un poco más interesante —dijo sacando un papel con las palabras que Robert Hartley le había recitado a Artemisia—. Este es el contenido de la carta que quiero ver reproducida como si hubiera sido escrita por Thomas Jefferson. —Hizo una pausa—. Palabra por palabra.

Mumford solo necesitó leer el guion una vez para decir:

—Considérelo hecho, señor Hogan.

Como el mago que saca un conejo de la chistera, Ross sacó del maletín todos los utensilios necesarios para realizar la falsificación,

incluyendo dos plumas y un frasquito de tinta negra.

—Quiero la carta escrita en este papel, y el sobre dirigido al muy honorable David Hartley, miembro del Parlamento, Hartley Hall, Bucklebury, Inglaterra —dijo Ross haciéndole entrega del botín de su excursión a Old Kent Road.

—Veo que lo tiene todo muy bien pensado, señor Hogan —dijo Mumford, receloso por vez primera—. Lo que me lleva a preguntarle: ¿qué saco yo de todo esto?

Ross extrajo del maletín el único documento que aún guardaba y lo sostuvo en alto el tiempo suficiente para que Billy pudiera ver que era una orden de arresto con su nombre impreso en mayúsculas en la línea de puntitos. Empezó a romperlo antes de que Billy pudiera ver que la orden no estaba contrafirmada por el magistrado de la audiencia local.

—Gracias, señor Hogan —dijo Billy, sinceramente aliviado al ver los pedacitos caer como confeti en el maletín, donde el único objeto que quedaba, y del que Billy no podía despegar los ojos, eran unas esposas.

—Hay ciertas condiciones que espero que cumplas si no quieres volver a estar encerrado —dijo Ross—. Así que escúchame con atención.

La aprensión reapareció en el rostro de Billy.

—El martes a las doce volveré a pasar por aquí y llevaré conmigo otra orden judicial. Y si la carta no da la talla, tus pies no volverán a tocar el suelo hasta que estés encerrado de nuevo en tu antigua celda de Wormwood Scrubs.

—Le prometo, señor Hogan, que tendrá la carta, y que incluso el señor Jefferson pensará que la ha escrito él.

—Y una cosa más, Billy, antes de irme —dijo Ross—. Si cometes la estupidez de ponerte en contacto con el señor Booth Watson, se acabó el trato y me encargaré personalmente de llevarte de vuelta a Scrubs ese mismo día. Y te advierto también que, por si se te pasa por la cabeza darte el piro, he dado orden a la policía local de tenerte vigilado las veinticuatro horas del día, siete días a la semana,

por lo que, si te largas y te encuentran, lo que a buen seguro harán, ya no te caerán solo esos doce meses de los que te has librado. —Billy empezó a temblar—. Piénsalo bien —dijo Ross. Cerró el maletín y pronunció sus palabras de despedida—: Nos vemos el martes al mediodía, Billy. Y procura ser puntual.

—Estaré esperándolo, señor Hogan. Puede contar conmigo.

—Eso espero, por la cuenta que te trae —dijo Ross.

Se levantó y salió del *pub* sin decir nada más.

Ross echó a andar hacia la estación y miró el reloj. Con un poco de suerte, estaría en casa a tiempo para tomar el té con Jojo.

Capítulo 25

El príncipe Majid bin Talal Al Saud miró el reloj. Tenía una reunión a la que no quería llegar tarde.

Cuando salió de su despacho en la planta cuarenta y tres, un ascensor que solo podía transportar a una persona lo llevó hasta la planta baja sin realizar ninguna parada. Se apeó del ascensor y se dirigió hacia la entrada, donde le abrieron la puerta. Al salir del edificio, se dirigió hacia el coche, al lado del cual lo aguardaba su chófer. El chófer no abrió la puerta trasera hasta que el ministro estuvo a un metro de distancia, puesto que el calor intenso y húmedo podía transformar el coche en un horno en cuestión de segundos.

Mientras el coche se alejaba, el ministro de Defensa miró por la ventanilla y se maravilló una vez más al ver lo mucho que había cambiado el horizonte a lo largo de su vida. Había nacido en una tienda en medio de un desierto abrasador y gélido a la vez y, cinco décadas más tarde, circulaba por una autopista de seis carriles a bordo de un coche con aire acondicionado a más de cien kilómetros por hora y atravesaba la ciudad más moderna del planeta.

Durante los veinte minutos siguientes, el ministro de Defensa se planteó una docena de posibles razones por las que el rey podía querer verlo. Once de ellas eran desfavorables. Fijó la mirada en el teléfono del reposabrazos, pero, a pesar de que sentía un hormigueo en los dedos, lo dejó allí, sin tocarlo.

La tarde anterior había recibido una llamada del secretario

privado del rey, pidiéndole que a las diez de la mañana del día siguiente se presentara en palacio para mantener una reunión con Su Majestad. No había dormido. El rey solo solicitaba una reunión cuando había de por medio un ascenso o un despido, y el príncipe Majid estaba seguro de una cosa: no iba a ser ascendido.

Pero ¿por qué? ¿Acaso serían ciertas las historias que circulaban sobre su hijo? ¿Estaría a punto de perder su trabajo por haberlas desestimado, considerándolas simples chismorreos?

Las puertas del palacio se dibujaron a lo lejos y comprendió que faltaba poco tiempo para conocer su destino. Las verjas empezaron a abrirse despacio cuando el coche estaba aún a un centenar de metros de la entrada. Dos guardias uniformados se pusieron firmes y saludaron el paso del coche ministerial, que continuó su avance por el camino de acceso al palacio más grande del mundo.

El palacio Al Yamama hacía que el palacio de Buckingham pareciera una casa adosada y que los jardines de Versalles se asemejaran a un huerto. Era un impresionante edificio de mármol que albergaba a un monarca, a novecientos ochenta y nueve criados y a cuatro esposas. Los jardines se extendían hasta perderse de vista y sus límites estaban marcados por un millón de pinos importados de Noruega. Un lago más grande que el Serpentine daba cabida a cuatrocientas carpas japonesas que tenían que ser alimentadas dos veces al día.

Detrás de los árboles, escondidos de la vista, había cuatro helipuertos y una pista de aterrizaje para los tres aviones privados del rey. Su Majestad no visitaba aeropuertos.

Cuando la limusina se detuvo por fin delante de la entrada, un hombre alto y elegante vestido con túnica blanca se adelantó para abrir la puerta trasera del vehículo. Su trabajo consistía únicamente en eso.

El príncipe Majid salió del coche para dirigirse hacia el secretario privado del rey, que lo esperaba en lo alto de la escalinata, pero el hombre le dio la espalda al ministro de Defensa incluso antes de que les diera tiempo a saludarse. Sin que mediara palabra entre ellos, el

secretario condujo al ministro por un pasillo largo, amplio y alfombrado, decorado con retratos a cuerpo completo de anteriores gobernantes, algunos de los cuales nunca habían vivido en un palacio, hasta llegar a un salón oficial donde el príncipe solo había entrado una vez. Cuando estaba aún a unos pasos de distancia, las dos puertas gigantescas que daban acceso al salón del trono se abrieron como una trampilla.

El ministro entró y caminó despacio por la alfombra roja en dirección al rey. Cuando llegó al trono, miró a su monarca, hizo una marcada reverencia y dijo:

—Buenos días, Majestad.

No recibió ningún saludo a modo de respuesta, ni hubo ninguna sugerencia de que tomara asiento en uno de los numerosos y confortables cojines que rodeaban el trono.

—¿Te suena de algo el nombre de Simon Hartley? —preguntó el rey.

—Es el representante del Gobierno británico para la negociación del contrato de armas, Majestad.

—¿Y dónde está en estos momentos? —preguntó el rey.

El ministro de Defensa dudó.

—Sabes perfectamente dónde está, y tu hijo es el responsable de que esté allí.

El príncipe Majid no sugirió lo contrario.

—¿Y Avril Dubois?

El ministro inclinó la cabeza. Había leído sobre la muerte de aquella mujer en los periódicos, pero no podía aceptar que su hijo estuviera implicado de alguna manera. Lo único que Khalil le había contado era que Hartley era el responsable de la muerte de la prostituta.

—Estoy dispuesto a creer —dijo el rey— que el amor de un padre por su hijo es la razón por la que has pasado por alto algunas de las pequeñas indiscreciones de tu hijo. Pero causar la muerte de un hombre inocente mientras que otro inocente está encarcelado por este delito y todo ello simplemente por ganar otro cinco por ciento

es inaceptable desde cualquier punto de vista.

«De modo que los rumores eran ciertos», pensó el ministro, y nadie, excepto el rey, había tenido la valentía de decírselo.

—Tu hijo será despojado de cualquier cargo que ostente en la actualidad y será castigado según la ley de la *sharía*, mientras que el inglés será puesto en libertad sin demora. ¿Me he explicado con suficiente claridad?

—Sí, Majestad —murmuró el ministro, con la cabeza aún inclinada.

—Te concederé una semana para solventar el problema y, si no lo haces, serás también relegado de tus funciones.

El rey no necesitó decir nada más, porque quedó claro que el encuentro había tocado a su fin.

El secretario privado hizo una reverencia, retrocedió unos pasos y dejó al ministro allí plantado de pie.

El príncipe Majid, olvidándose de hacer la reverencia, dio media vuelta y salió corriendo detrás del secretario privado. No lo alcanzó hasta la entrada del palacio. El ministro siguió adelante, descendió la escalinata y se metió a toda prisa en la parte trasera de su coche. Cuando levantó de nuevo la vista, el secretario privado no estaba por ningún lado y las puertas del palacio ya se habían cerrado.

Durante el trayecto de regreso a la ciudad, el ministro consideró sus opciones y llegó a la conclusión de que, si esperaba sobrevivir, no tenía ninguna. Toda una carrera echada a perder por la oveja negra de la familia, aunque reconocía no haber sido un buen pastor.

Cuando la limusina se detuvo frente a su oficina, el príncipe salió del coche y corrió hacia el edificio antes de que al chófer le diera tiempo a abrirle la puerta. Subió al ascensor individual hasta la planta cuarenta y tres y fue directo a su despacho.

Había empezado a marcar el número antes incluso de tomar asiento.

El jefe de la policía nunca había recibido una llamada personal del ministro de Defensa. Por lo general era un secretario quien lo llamaba y, en ocasiones excepcionales, su adjunto, pero jamás el

ministro en persona. Incluso se preguntó si sería realmente él el que estaba al otro lado de la línea.

—¿Qué puedo hacer por usted, ministro? —preguntó el jefe de la policía poniéndose firme detrás de su mesa.

O'Driscoll se incorporó cuando oyó que la llave giraba en la primera cerradura.

—Creo que el dinero ya debe de estar transferido —dijo.

La llave giró en la segunda cerradura.

—En este caso, soy hombre muerto —replicó Simon, sonriendo—. Pero recuerda que, cuando negocies con el director, no tienes nada que perder.

—Me has enseñado bien —dijo Sean justo antes de que se abriera la pesada puerta—. Ojalá te hubiera conocido hace treinta años.

—O'Driscoll —dijo un funcionario de prisiones desde el umbral—, el director quiere verte. ¡Ya!

Sean guiñó un ojo a su compañero de celda antes de salir al corredor y seguir al funcionario armado por el largo pasillo que conducía hasta el despacho del director del centro penitenciario. Un potente golpe en la puerta antes de ser autorizado a entrar. El director estaba sentado detrás de su escritorio.

El funcionario cerró la puerta y esperó fuera. En cuanto el director vio a O'Driscoll, empezó a marcar un número, y cuando se oyó una voz al otro lado de la línea le pasó el teléfono al prisionero.

—Tienes un minuto —dijo—. Ni un segundo más.

O'Driscoll cogió el teléfono.

—¿Eres tú, Molly? —preguntó.

—Sí, cariño —respondió una voz familiar entre las interferencias de la línea.

—¿Has recibido el dinero que te mandé?

—Sí, y no podía creérmelo, Sean. He recibido una transferencia de cien mil dólares en la cuenta. Aunque siempre dijiste que

ganarías una fortuna si ibas a Arabia Saudí.

Sean no encontró palabras para expresar sus sentimientos.

—¿Cuándo saldrás de ahí? —preguntó ella—. Los niños tienen muchas ganas de verte, sobre todo Patrick.

—Ya falta poco —dijo, pero lo que no le contó es que saldría de allí en una caja de madera.

El director del centro presionó el teléfono y la línea se cortó.

—Creo que estarás de acuerdo en que he cumplido mi parte del trato —dijo el director—. Ahora espero que tú cumplas la tuya.

—Considérelo hecho —replicó O'Driscoll, y entrecruzó los dedos como si estuviera estrujando una garganta—. Pero es necesario que la caja esté fuera de la cárcel antes de que el médico de guardia llegue mañana por la mañana a las ocho.

—Tengo que advertirte —dijo el director— de que ha habido un ligero cambio de plan. —Esta vez fue O'Driscoll el que se quedó sorprendido. El director del centro abrió un cajón de su mesa y sacó dos pastillitas blancas, que depositó delante de él—. Cianuro —dijo —. Déjalas caer en un vaso de agua y morirá en un instante. Y si puedes conseguir que antes escriba una nota de suicidio con una confesión escrita, te daré un bonus. Le enviaré cien mil dólares más a tu mujer —dijo, por mucho que no tuviera ninguna intención de hacerlo.

—Si quiere una nota de suicidio y una confesión por escrito, cincuenta mil por adelantado —dijo O'Driscoll—. Y en efectivo.

El director dudó antes de abrir el cajón superior de su mesa y entregarle a O'Driscoll cincuenta paquetitos envueltos en celofán más, seguro de poder recuperar hasta el último centavo mucho antes de que el cuerpo de Hartley hubiera sido enterrado.

No fue hasta después de que O'Driscoll fuese acompañado de nuevo a su celda, con los bolsillos llenos a rebosar de billetes, que el director del centro penitenciario empezó a preguntarse por qué querría dinero en metálico.

Tony Blair estaba sentado en su despacho del 10 de Downing Street, a la espera de una llamada que estaba programada para las tres. Ella nunca se retrasaba.

El teléfono sonó a las tres menos un minuto.

Blair cogió el teléfono después del primer *ring* y dijo:

—Buenas tardes, Majestad —consciente de que era la única persona que podía estar al otro lado de la línea.

—Buenas tardes, primer ministro —dijo la reúna—. Tal y como usted me sugirió, he hablado con el rey Fahd y me ha garantizado que resolverá el asunto que comentamos.

—Le estoy muy agradecido, señora.

—Y creo que tenemos aún posibilidades de obtener el contrato, después de que me dijera que quería adquirir uno de mis purasangres, una negociación que se prolongó bastante más tiempo. Pronto tendrá noticias de Riad. Buen día, primer ministro.

La conversación se cortó e, instantes después, el secretario privado del primer ministro entró en el despacho.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó.

—Esta mujer es un Exocet —respondió el primer ministro—. Creo que ha echado por tierra cualquier esperanza de los franceses y, además, es muy posible que Hartley esté de camino de vuelta a casa a finales de semana. —Hizo una pausa, miró a su secretario privado y añadió—: Si el pueblo británico supiera aunque fuera la mitad…

Capítulo 26

El embajador británico se llevó una alegría cuando recibió un cable en clave informándole de que, gracias a la intervención del rey de Arabia Saudí, Simon Hartley sería puesto en libertad en cuestión de días. Bailó incluso un *reel* de las Highlands.

Y, acto seguido, pulsó un botón de debajo de la mesa y levantó la vista, a la espera de que entrara su secretaria. No apareció.

Pulsó el botón una segunda vez, pero siguió sin aparecer. La tercera vez, dejó que su dedo pulsara el botón con más insistencia, y, al ver que su secretaria seguía sin presentarse, el embajador empezó a preguntarse si habría algún problema.

Sir Bernard se levantó, cruzó el despacho y abrió la puerta que daba acceso al territorio de Sally. Se quedó en el umbral y miró fijamente a una mujer que rara vez hacía gala de sus emociones. Sally estaba sentada detrás de su mesa, con la cabeza entre las manos, llorando.

El embajador corrió hacia ella y le pasó el brazo por los hombros, un gesto que jamás había tenido con ella. Sin decir palabra, Sally levantó la cabeza y le entregó a sir Bernard una carta.

Estimado embagador:

Lamento mucho abrumarlo con esta carta, pero el director del centro penitenciario acaba de comunicarme la trágica muerte de Avril Dubois. Al parecer, no hay nada que impida a

Khalil hacer lo que haga falta con tal de asegurarse de que los franceses consiguen el contrato de venta de armas y él, su cinco por ciento adicional.

De manera que debo ser realista sobre mi futuro y aceptar que, ahora que Avril ya no puede testificar para demostrar que no fui yo el responsable de la muerte de Paolo Conti, sino el príncipe Ahmed, ya no tengo ninguna esperanza de ser declarado inocente y, por lo tanto, en el mejor de los casos, tendré que pasar el resto de mi vida en este infierno, aunque parece más probable que acabe corriendo la misma suerte que mi compañero de celda, Sean O'Driscoll. Lo cual no es algo que esté dispuesto a soportar. Con esto en mente, confío en que entienda por qué he decidido quitarme la vida, puesto que, citando Ricardo II de Shakespeare: «Me están matando con una muerte en vida». Confieso que es la salida del cobarde, pero, aun así, es preferible a cualquier otra alternativa.

Me pregunto si podría pedirle un favor y tendría usted la bondad de decirle a mi querida esposa, Heather, y a nuestras dos hijas que mis últimos pensamientos fueron para ellas, y que solo puedo esperar que comprendan por qué he tomado esta decisión y encuentren en sus corazones la capacidad para perdonarme.

Me quedo, a su entera disposición,
Simon Hartley

En el rostro del embajador se dibujó una sonrisa.

—No hace falta llorar —dijo después de leer la carta por segunda vez. Sir Bernard le devolvió la carta y añadió:

—Mire a ver si es capaz de detectar los tres errores.

Sally volvió a leer la carta, sonrió, se secó las lágrimas y dijo:

—Cuatro.

Sir Bernard empezó a leer el mensaje una tercera vez.

—Su esposa se llama Hannah, no Heather. Tiene dos hijos, ninguna hija. Y ha escrito mal la palabra «embajador», poniendo «embagador». ¿Qué es lo que se me ha pasado por alto?

—Que la cita de Shakespeare es de *Ricardo III,* no de *Ricardo II.*

El embajador inclinó la cabeza y dijo:

—*Chapeau*. Tengo que llamar a Londres para informarlos. Esto tiene su miga —dijo—. Pero habrá que moverse rápido, antes de que el director del centro penitenciario averigüe el trasfondo de eso de que Hartley «me quedo, a su entera disposición».

La limusina del embajador, con las banderas a media asta en los parachoques, se detuvo delante de la cárcel diez minutos antes de la hora prevista. El Ministerio de Asuntos Exteriores no tenía la costumbre de llegar tarde ni pronto en ninguna ocasión, sino siempre a la hora adecuada. Diez minutos de antelación era la hora de llegada apropiada para asistir a un funeral. Sir Bernard salió de la limusina y se quedó de pie detrás del coche fúnebre, dejando a su secretaria sentada en el asiento posterior del vehículo, con la cabeza gacha, llorando en silencio.

El embajador se había vestido para la ocasión. Traje oscuro cruzado, corbata negra y brazalete negro en la manga izquierda. Se quedó junto al coche fúnebre como único representante del Gobierno británico.

Sin previo aviso, las enormes puertas de madera que bloqueaban el paso al sombrío edificio se abrieron lentamente y cedieron paso a seis funcionarios de prisiones que marchaban hacia el exterior con un ataúd a hombros. El director del centro penitenciario, con la cabeza inclinada, apareció unos pasos más atrás. El solemne cortejo se detuvo al llegar al coche fúnebre. Los porteadores bajaron lentamente el ataúd y lo colocaron en la parte trasera del coche. Completada su tarea, los seis hombres dieron media vuelta y marcharon hacia la prisión con un paso algo más ligero.

El director del centro penitenciario se acercó con cautela al

embajador y le tendió la mano. De haber podido, sir Bernard le habría negado el saludo a un individuo tan repugnante como aquel, pero necesitaba seguir con la pantomima un par de horas más.

—No tengo palabras para expresar la tristeza que sentimos todos —dijo el director— al pensar que Hartley tuviera la necesidad de quitarse la vida.

—Coincido con usted —replicó el embajador—, sobre todo teniendo en cuenta que acaba de llegar la orden judicial que lo habría convertido en un hombre libre en cuestión de días.

—De haberlo sabido antes —dijo el director— estoy seguro de que podría haber evitado la tragedia.

Sir Bernard se preguntó en qué momento averiguaría el director la verdad. Caminó lentamente hacia la limusina mientras su secretaria salía del vehículo por el otro lado y se dirigía hacia el coche fúnebre. Portaba una corona de rosas rojas que colocó sobre el ataúd.

Después de cerrar la puerta del vehículo, sacó una navaja suiza del bolso, se volvió y, recordando la formidable exploradora que había sido, Sally abrió la navaja y empezó a raspar la unión entre la tapa del féretro y la base. En cuanto se abrió un pequeño hueco, sustituyó la navaja por un destornillador, que introdujo en la abertura haciendo palanca y, con todas sus fuerzas, abrió despacio la tapa hasta que quedó espacio suficiente para que entrara algo de oxígeno. Cuando Sally oyó una respiración agitada, quiso gritar de alegría, pero se conformó con mirar por la ventanilla trasera.

—Lo que no alcanzo a comprender —dijo el embajador haciendo tiempo— es cómo fue posible que mi compatriota consiguiese ese veneno.

—A mí también me dejó perplejo —respondió el director del centro—. Me siento culpable por no haber estado de guardia anoche, pero voy a poner en marcha una investigación para descubrir quién fue el responsable, y le garantizo que cuando lo averigüe será convenientemente castigado.

El embajador miró el coche fúnebre y recibió un gesto de

asentimiento por parte de su secretaria. De inmediato entró en la parte trasera de su coche, evitando de este modo tener que estrecharle por segunda vez la mano a aquel hombre. Y estaba justo poniéndose el cinturón cuando el coche fúnebre arrancó e inició su recorrido a velocidad ceremonial. Sin embargo, en cuanto dobló la esquina, aceleró y se transformó en el coche funerario más veloz de la historia. Empezó a adelantar a conductores asustados y mirones perplejos, pero tenían una hora de llegada marcada y había que cumplir el objetivo.

El director del centro penitenciario esperó hasta perder de vista la comitiva antes de entrar de nuevo en el edificio. Ya tenía decidido que la investigación demostraría que había pasado la noche anterior en su casa y que había despedido de inmediato al vigilante nocturno que estaba de guardia. Y añadiría que entendía que no le quedaba otra opción que presentar su dimisión, sin mencionar, naturalmente, los ciento cincuenta mil dólares que seguían bajo llave en un cajón de su escritorio, ni que solo le quedaba un año de servicio antes de que llegara la fecha de su jubilación.

Pero le quedaba todavía una tarea que hacer para garantizar que nadie pudiera cargarle con la más mínima culpa. Cuando pasó por recepción de camino a su despacho, ordenó a gritos a un funcionario de prisiones:

—¡Ve a buscar a O'Driscoll y tráemelo a mi despacho!

El funcionario marchó corriendo a cumplir la orden.

El director ya había preparado una declaración para que la firmara O'Driscoll, un escrito que demostraría que él no había estado implicado en absoluto. Le prometería a O'Driscoll cincuenta mil dólares más si firmaba su confesión, y la transferencia inmediata del dinero a la cuenta de su mujer en Dublín. O'Driscoll no viviría lo suficiente para descubrir la verdad.

—¿Has verificado si el vuelo va en hora? —preguntó el embajador a su chófer, que seguía circulando por el carril exterior

detrás del coche fúnebre.

—Sí, señor. Ya he informado al controlador de vuelo de que vamos de camino.

—¿Y Sally? —preguntó el embajador.

—Va aferrada con todas sus fuerzas a las asas del féretro. La corona parece ser que ha desertado, pero veo que la tapa del ataúd está un poco levantada.

Sir Bernard exhaló un suspiro de alivio, aunque sabía que no se relajaría hasta que el avión hubiera despegado.

Llamaron a la puerta del despacho del director del centro penitenciario y un funcionario de prisiones irrumpió sin esperar respuesta.

—Será mejor que venga rápido, señor —fue lo único que dijo antes de dar media vuelta y marcharse corriendo.

Por la expresión del funcionario, el director imaginó que tenía que tratarse de un motín o de una muerte sospechosa. Salió rápidamente del despacho, echó a correr y no paró hasta que llegó al bloque A, donde vio que todas las puertas de las celdas estaban cerradas, excepto una.

Entró en la celda de O'Driscoll y encontró al médico de la prisión inclinado sobre su paciente.

El médico respondió a la pregunta del director antes de que pudiera formularla:

—Llevará muerto una hora.

—¿Causa de la muerte? —preguntó el director, casi tartamudeando.

—Envenenamiento —anunció el médico—. El olor a almendras amargas sugiere que ha sido por cianuro. Tendré muchos más datos cuando haya llevado a cabo un análisis completo. Tendrá un informe sobre la mesa a última hora de hoy. —Hizo una pausa y miró fijamente al director—. Lo que no llego a comprender es cómo es posible que O'Driscoll pudiera conseguir cianuro, ya que en mi

farmacia no tengo.

El director no estaba captando nada de lo que le decía el médico. Su cabeza estaba ya en el aeropuerto.

La limusina abandonó a toda velocidad la autopista y se dirigió hacia una puerta reservada para personalidades y asuntos especiales. El cortejo encabezado por el embajador encajaba a la perfección en ambas categorías. Cuando el coche fúnebre se aproximó a la entrada, disminuyó de nuevo la velocidad para no atraer una atención innecesaria. Entró lentamente en el aeropuerto y circuló por el asfalto hasta llegar a un avión parado en el extremo más alejado de la pista.

Hani Khalil contempló el avance de los dos vehículos desde la plataforma de observación de la cuarta planta. Vio cómo el coche fúnebre se detenía justo al lado de la parte posterior de un avión, que tenía la rampa de carga preparada para tan triste ocasión. Khalil lucía incluso un brazalete negro en la manga izquierda del traje.

Seis porteadores que realizaban el ejercicio de cargar féretros en los aviones con bastante regularidad dieron un paso al frente mientras el chófer abría la puerta trasera del coche fúnebre. Sally seguía allí, cabizbaja, llorando. Dieron por sentado que se trataba de la viuda que acompañaba a su difunto esposo.

Los seis hombres descargaron el féretro y, con un movimiento perfectamente ensayado, se lo cargaron a los hombros. Marcharon entonces a paso lento hacia la puerta de carga. Con gran dignidad, ascendieron por la rampa y desaparecieron en la bodega, seguidos de cerca por el embajador y por Sally, que seguía representando su papel.

Desde donde estaba Khalil, le resultaba imposible ver qué sucedía en el interior de la bodega. Sin embargo, al cabo de unos instantes y finalizado su trabajo, los seis porteadores reaparecieron y se encaminaron hacia la terminal con el mismo paso lento y respetuoso.

Los ojos de Khalil no se despegaron del oscuro agujero a la espera de que el embajador reapareciera. Cuando por fin lo hizo, el agente libanés se quedó sorprendido al ver que sir Bernard Anscombe iba acompañado de un hombre con el uniforme de British Airways. Khalil supuso que debía de haber estado esperándolos a bordo.

Sally no se sumó a ellos, sino que volvió rápidamente al coche. Khalil no entendía por qué había entrado esa mujer en la bodega, para empezar, pero no pensó más en el tema porque intentó concentrarse en el hombre alto y delgado con barba descuidada y un uniforme que le iba tan grande que parecía que colgase de él como de una percha. El embajador lo acompañó hasta la escalerilla del avión, donde ambos hombres se estrecharon la mano. Y tanto sir Bernard como Khalil lo vieron subir por la escalerilla y desaparecer en el interior del avión.

Cuando se hubo cerrado la puerta, el embajador regresó a su coche, donde se reunió con su secretaria. Sally abrió el bolso y sir Bernard vio con asombro los cincuenta mil dólares en efectivo que había sacado del ataúd.

—¿Mi bonus? —preguntó esperanzada Sally.

—No tendrás tanta suerte, Sally —dijo el embajador, sonriendo—. Simon me ha explicado que el dinero es para la mujer de Sean, así que quiero que lo deposites en la cuenta de la embajada y des orden de transferirlo en su totalidad a una cuenta que tiene la esposa de Sean O'Driscoll en el Banco de Irlanda en Dublín. Tendré que llamarla más tarde para intentar suavizar un poco la cosa, pero no será fácil.

El embajador se recostó en el asiento y vio cómo el avión abandonaba su estacionamiento, iniciaba el recorrido hacia la pista más alejada y ocupaba su puesto en la cola de aviones preparados para despegar.

A Khalil le sorprendió que el coche del embajador siguiera en la pista. ¿A qué estaría esperando?

Y entonces, justo cuando el vuelo 017 de British Airways llegaba

al primer puesto de la cola y permanecía a la espera de que la torre de control autorizara su despegue, un coche cruzó a toda velocidad el acceso de personalidades, con las luces destellando y la sirena sonando a todo volumen, y no ralentizó la marcha mientras iba directamente hacia el avión listo para despegar.

El director del centro penitenciario había llamado con antelación a la torre de control para advertir de que un prisionero fugado estaba a bordo de aquel avión y para que dieran órdenes al piloto de regresar a la terminal y esperar instrucciones. El director salió corriendo del coche, dando por sentado que sus órdenes habían sido obedecidas sin que nadie las cuestionase y el avión regresaría de inmediato a la terminal.

Pero, con incredulidad, vio que el avión seguía moviéndose, primero despacio y después a más velocidad, hasta que empezó a acelerar por la pista y acabó despegando.

El director observó cómo el avión se alzaba hacia el cielo, incapaz de entender por qué las órdenes que con tanta claridad había dado habían sido ignoradas por completo. ¿Quién se habría atrevido a contradecirlas?

Khalil también vio despegar el avión, y hubo dos cosas que le desconcertaron. ¿Por qué había aparecido en el último minuto el director del centro penitenciario para ver el avión despegar y desaparecer entre las nubes? Pero más desconcertante aún, ¿quién era el hombre vestido con un uniforme de British Airways que le iba tres tallas grande?

El coche del embajador no se movió hasta que el avión se perdió de vista, y no fue hasta entonces que su principal ocupante empezó a relajarse. El embajador descolgó el teléfono del reposabrazos y llamó al Ministerio de Asuntos Exteriores en Londres.

—Va de camino.

—Dios salve a la reina —dijo Trevelyan.

—Dios salve al rey —dijo el embajador.

Capítulo 27

Hani Khalil estaba sentado detrás de su mesa de trabajo y levantó la vista cuando el jefe de la policía y su ayudante irrumpieron en su despacho sin previo aviso.

—Buenas tardes, jefe —dijo Khalil—. ¿A qué debo este placer?

—Es efectivamente un placer —dijo el jefe de la policía— poder arrestarlo por fin.

—¿De qué se me acusa? —preguntó Khalil sin perder la calma.

—De sobornar a un funcionario público.

—¿A alguien en particular? —dijo Khalil procurando restarle importancia.

—Al director de la cárcel de Ulaysha.

—No puedo decir que lo conozca —respondió Khalil tanteando el terreno.

—Tuvo usted una reunión con él en su despacho el martes, pasada la medianoche.

—Tendrá prueba de ello, imagino —dijo Khalil, ya más cauteloso.

—Una confesión firmada —dijo el jefe de la policía— en la que el director reconoce que usted le ofreció trescientos mil dólares en efectivo para que matara al señor Simon Hartley.

—Simples rumores, como mucho —dijo Khalil, ya a la defensiva —, y, en cualquier caso, como bien sabe, el señor Hartley está vivo y coleando y, según me han dicho, de camino de vuelta a casa.

—Lo que no es ningún rumor —replicó el jefe de la policía— es que el pasado lunes retiró usted trescientos mil dólares de su cuenta

bancada personal, ciento cincuenta mil de los cuales acabaron en una cuenta bancada de Dublín a nombre de la esposa de Sean O'Driscoll.

—No me suena de nada ese nombre —dijo Khalil.

—Eso me lo creo —dijo el jefe de la policía—, pero, por desgracia para usted, el director del centro penitenciario ha entregado los ciento cincuenta mil dólares restantes. Ha accedido a jubilarse anticipadamente y comparecerá como testigo del Gobierno a cambio de que no se presenten cargos en su contra.

Khalil se movió con incomodidad en su asiento, y esta vez no respondió de inmediato.

—Si me permite conjeturar —dijo el jefe de policía—, sospecho que le esperan a usted como mínimo diez años en la cárcel de Ulaysha, donde, se lo aseguro, no va a recibir el diez por ciento de nada. —Hizo una pausa—. A menos, claro está, que…

—¿A menos, claro está, que…? —repitió aferrándose a aquella línea de vida.

—Que esté finalmente dispuesto a contar la verdad sobre quién mató a Paolo Conti en el Overseas Club, porque lo que es seguro es que no fue Simon Hartley, puesto que el camarero y el guardia de seguridad que estaban de servicio aquella noche ya han testificado. —Hizo una pausa para dejar que la información calara en Khalil—. Ambos han confirmado en una declaración por escrito que fue el príncipe Ahmed bin Majid el que apuñaló a Conti, y no el señor Simon Hartley, que según ambos era el invitado de usted en el club aquella noche, por mucho que usted afirmara en su momento no conocerlo de nada.

—Si hiciera lo que me pide —dijo Khalil—, estaría firmando mi sentencia de muerte.

—No si su amigo el príncipe Ahmed está en la cárcel, mientras usted está sano y salvo de vuelta en el Líbano.

Khalil se tomó su tiempo para calcular los porcentajes de probabilidad de aquel acuerdo, y llegó a la conclusión de que estaban en un cincuenta-cincuenta.

—Si accedo a declarar y confirmo que fue Ahmed quien mató a Conti, ¿me garantiza que puedo abandonar el país libre de cargos?

—Le daré veinticuatro horas para hacerlo —respondió el jefe de la policía—, no más. Si pasado este tiempo sigue por aquí, será arrestado.

Cuando se abrió la puerta del avión, Simon apareció y fue recibido por la maravillosa imagen de la llovizna cayendo sobre Londres. Descendió la escalerilla con paso vacilante, sorprendido de no ser recibido por el acoso de los gritos de los periodistas y los *flashes* de los fotógrafos desesperados por obtener una foto…, todo lo cual formaba parte del acuerdo alcanzado entre el ministro de Defensa saudí y el embajador británico.

Una única figura lo esperaba a los pies de la escalerilla. Simon había conocido al señor Trevelyan durante las reuniones informativas que había mantenido en Westminster antes de partir hacia Arabia Saudí y en algún momento se había preguntado si algún día volverían a verse.

—Bienvenido a casa, señor Hartley —dijo el secretario privado del ministro de Asuntos Exteriores.

—Gracias —dijo Simon—, y debo darle también las gracias por el papel que ha jugado en devolverme sano y salvo a casa.

—No me lo agradezca a mí —contestó Trevelyan—. Ha sido una autoridad mucho más elevada la que se encargó de allanar el camino. Sin embargo, antes de que se reúna con su esposa y su familia, necesito informarle de un asunto más.

Simon pensaba que, después de todo lo que había vivido en Riad, ya nada le sorprendería, pero se equivocaba.

Cuando Khalil accedió finalmente a lo inevitable, el jefe de la policía sacó del maletín la declaración que ya había preparado y la dejó en la mesa, delante del testigo.

Khalil leyó las palabras condenatorias y, por un instante, pareció dudar, hasta que el jefe de la policía le recordó:

—Diez años en Ulaysha o la oportunidad de volver a casa y estar con su esposa y su familia. Elige usted, claro está.

El jefe de la policía cogió una pluma estilográfica de la mesa de Khalil y se la pasó. Después de otro momento de duda, Khalil firmó encima de los puntos suspensivos.

El policía esperó a que la tinta se secase antes de guardar de nuevo la confesión en su maletín y mirar el reloj.

—Veinticuatro horas —le recordó a Khalil antes de desaparecer por la puerta con su ayudante con la misma rapidez con la que habían llegado.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó el chófer cuando los dos policías subieron a bordo del coche que los estaba esperando.

—Al Overseas Club —respondió el jefe de la policía—, donde tenemos que recoger aún las declaraciones del camarero y del guardia de seguridad que estaban de turno aquella noche, lo cual no creo que nos resulte muy complicado ahora que tenemos la confesión por escrito de Khalil.

—¿Y después de eso? —preguntó el ayudante.

—Iremos a arrestar al príncipe Ahmed bin Majid.

Hannah llevaba más de una hora esperando en el vestíbulo de llegadas. Y cuando vio a su marido echó a correr hacia él, lo abrazó —o, mejor dicho, abrazó a lo que quedaba de él— y no lo soltó. Aún le costaba creer que hubiera vuelto a casa sano y salvo.

Simon la rodeó con el brazo mientras ella lo conducía con paso inseguro hacia el aparcamiento. Hannah tenía infinidad de preguntas por formular, y una vida entera para hacerlo. Acomodó a Simon con cuidado en el coche y le puso el cinturón, antes de ocupar su lugar al volante.

Mientras circulaban por la carretera, Simon observó la lluvia cesar y el sol asomar en una maravillosa mañana de otoño inglesa. Había

olvidado cómo había dado por sentados los sencillos placeres de la vida que había temido no volver nunca a experimentar: el brillo de los chapiteles de las iglesias bajo el sol, el canto alegre de los pájaros, los clientes de los *pubs* llenando las aceras cerveza en mano, los niños jugando al fútbol en el césped y un policía en bicicleta haciendo su ronda habitual.

Cuando Old Vicarage apareció ante sus ojos, a Simon le costó creer que no estaba en un sueño. Y cuando vio a sus dos hijos esperándolo en la puerta, los ojos se le llenaron de lágrimas.

Salió del coche y echó a correr hacia ellos, pero le fallaron las piernas y se cayó al suelo. Robert corrió a su lado, ayudó a su padre a levantarse y se convirtió en su muleta para acompañarlo hasta casa.

Hannah cerró la puerta al pasado.

La presidenta se levantó de su asiento en la Cámara de los Comunes e hizo una llamada al orden antes de invitar al ministro de Asuntos Exteriores a hacer una declaración en nombre del Gobierno.

Robin Cook ocupó su lugar en el estrado, abrió su carpeta roja ministerial y dijo:

—Con su permiso, señora presidenta, voy a hacer una declaración relativa a las negociaciones que el Gobierno ha estado llevando a cabo con Arabia Saudí con el fin de cerrar un acuerdo de venta de armas a largo plazo.

La Cámara guardó silencio.

—Me complace anunciar —continuó el ministro de Asuntos Exteriores— que sir Bernard Anscombe, nuestro embajador en Riad, ha firmado esta mañana un acuerdo integral en nombre del Gobierno de Su Majestad para un contrato de venta de armas a Arabia Saudí por un importe de tres mil millones de libras.

—¡Así se habla, así se habla! —resonó en la bancada del Gobierno, aunque el griterío no fue ni mucho menos universal.

—Los detalles completos del cual estarán disponibles en el

despacho de administración para todos los parlamentarios inmediatamente después de que concluya esta declaración.

La Cámara escuchó con atención al ministro de Asuntos Exteriores mientras explicaba despacio los detalles del acuerdo, hasta que terminó con las siguientes palabras:

—Este contrato, señora presidenta, servirá para consolidar una relación a largo plazo con Medio Oriente, y posibilitará el empleo inmediato de unos tres mil trabajadores sobre el terreno y unos veinte mil más en fábricas repartidas por todo el país.

Los «¡Así se habla, así se habla!» se oyeron esta vez con más fuerza.

El ministro de Asuntos Exteriores pasó a la última página de su declaración.

—Sé que toda la Cámara querrá felicitar al señor Simon Hartley, que recientemente ha regresado al país, por el papel que ha desempeñado en la firma de este contrato histórico.

El señor Trevelyan había tachado una línea con las palabras «y no siempre en las circunstancias más favorables».

Los «¡Así se habla, así se habla!» resonaron entonces por toda la Cámara. Por fin algo en lo que todo el mundo estaba de acuerdo.

—Señora presidenta, encomiendo esta declaración a la Cámara.

Cuando el ruido de fondo hubo amainado, la presidenta volvió a levantarse y solicitó la réplica del portavoz de la oposición.

William Hague entró en liza. Aferrándose al estrado y mirando directamente a la bancada del Gobierno, dijo:

—Felicito al ministro de Asuntos Exteriores por este acuerdo histórico, pero me permito también recordar a la Cámara que fue Margaret Thatcher quien abrió estas negociaciones…

Vítores y abucheos retumbaron a partes iguales a ambos lados de la Cámara.

Capítulo 28

Durante los días siguientes, Ross supuso que el Halcón lo citaría en su despacho en cualquier momento para informarle de que había recibido una llamada de un indignado abogado de la Corona que exigía una explicación de por qué uno de los altos mandos de la Policía Metropolitana había estado intentando sobornar a uno de sus clientes mientras estaba en régimen de libertad condicional. Ross había aceptado que, en caso de suceder esto, sería él y no Mumford quien acabaría con una orden de arresto y que, esta vez sí, estaría firmada por el magistrado de la audiencia local. Pero la llamada del Halcón no había llegado.

En cuanto se sentó a su mesa el lunes por la mañana, Ross hizo una llamada a la policía local de Little Hampton para comprobar que Billy se hubiera presentado puntualmente a su control semanal de libertad condicional. Lo había hecho, le confirmó el sargento de guardia, lo que le dio a Ross cierta confianza de que Mumford estaba cumpliendo su parte del trato. Pero eso no le impidió pasar la noche en vela.

A la mañana siguiente, salió de casa antes de que Alice y Jojo se levantaran, cerró la puerta sin hacer ruido, subió al coche y puso rumbo hacia la Great North Road. Esta vez, Ross había decidido que, en cuanto hubiera realizado el intercambio, viajaría a Bucklebury y después a Heathrow. Y no tenía un momento que perder si aún esperaba llegar a tiempo para coger el vuelo.

Cuando llegó a Little Hampton, tres horas más tarde, lo hizo ya

con unos minutos de retraso, de modo que no perdió el tiempo admirando la torre de estilo anglonormando. Aparcó justo delante del *pub*, cogió el maletín y se dirigió sin más dilación al Dog and Duck.

Cuando entró en el *pub*, fue como si el tiempo se hubiera detenido. En la barra estaban los mismos clientes dando vueltas a las mismas cervezas, aunque esta vez no se tomaron la molestia de mirarlo dos veces. A Ross le bastó con echar una ojeada para ver que Billy estaba sentado en su mesa habitual, aunque en esta ocasión no había ni rastro de *The Yorkshire Post*, sino solamente el ejemplar de *Monticello* y un sobre marrón grande, acompañados por una sonrisa de suficiencia en el rostro de Billy.

Ross tomó asiento delante de su ignorante cómplice, que, sin perder la sonrisa, no desperdició ni un segundo antes de pasarle el sobre por encima de la mesa.

El corazón de Ross latió acelerado cuando se dispuso a levantar la solapa del sobre y empezó a extraer lentamente una única hoja de papel y un sobre de menor tamaño de color crema, con caligrafía en tinta negra, que indicaba que el contenido iba dirigido al muy honorable David Hartley, miembro del Parlamento, Hartley Hall, Bucklebury, Inglaterra.

Ross abrió el *Monticello* de Rosenberg por la página 171 antes de ponerse a estudiar la carta. Y después de hacer una comparación entre la escritura de Jefferson y la falsificación de Mumford, se vio obligado a reconocer que no podía ver ninguna diferencia entre las dos. Billy tenía muy bien ganada su reputación de ser el gran maestro de los falsificadores.

Ross guardó el sobre, la carta y su ejemplar de *Monticello* en el maletín y, a continuación, sacó otra orden de arresto, que tampoco estaba contrafirmada por el magistrado de la audiencia local. Pero antes de que Billy pudiera estudiarla, volvió a romperla y dejó caer los pedacitos en el maletín.

—Y ahora, escúchame, y escúchame con atención —dijo Ross levantándose y bajando la vista hacia su cómplice—. Si no quieres

volver a Scrubs, recuerda que este encuentro nunca ha tenido lugar. Ni se te ocurra ponerte en contacto con Booth Watson ni compartir nuestro pequeño secreto con nadie, porque si lo haces…

—Jamás se me ocurriría, señor Hogan —dijo Billy—. Ni una palabra a nadie, se lo prometo.

Ross cerró el maletín y dijo:

—Espero que no tengamos que volver a vernos nunca más.

—El sentimiento es mutuo, señor Hogan —dijo Mumford.

Ross salió rápidamente del *pub*, entró en el coche y se dispuso a completar el segundo lado del triángulo.

Sin embargo, antes de encender el motor, no pudo resistir la tentación de volver a abrir el maletín y echarle otro vistazo a la carta. Nada había cambiado, excepto que iba tarde. Arrancó el coche y dejó atrás el pueblo a toda velocidad.

A medida que los kilómetros pasaban en el viaje de regreso por la autopista, Ross empezó a pensar en cuánto de todo aquello le contaría a *lady* Hartley e, igual de importante, cuánto dejaría sin contar. No más de lo necesario, decidió, y ensayó su guion varias veces antes de llegar a las verjas que daban paso al camino de acceso a Hartley Hall.

La bella mansión isabelina tenía un aspecto mucho más acogedor que un *pub* de mala muerte de Little Hampton, y el cálido recibimiento que le dispensó *lady* Hartley no podía contrastar más con el gruñido monosilábico que había recibido por parte del posadero del Dog and Duck.

Ross se había enterado de la noticia de que Simon Hartley había vuelto a Inglaterra y se preguntó incluso si estaría en casa de su madre. Fue un alivio descubrir que no era así.

En cuanto estuvo instalado en el salón —aprovechó para admirar las acuarelas, en especial el Russell Flint—, y después de haber aceptado una taza de té y una galleta de mantequilla, Ross se aventuró a decir:

—Debe de estar preguntándose por qué he pedido verla de nuevo, señora Hartley.

—He supuesto que tendría algo que ver con esa subasta que se celebrará mañana en Nueva York y con la carta desaparecida que tan tontamente entregué al señor… —Se interrumpió antes de terminar la frase.

—Tiene usted razón —dijo Ross sin perder ni un momento.

Abrió el maletín, sacó el sobre grande de color marrón, extrajo de su interior la copia de la carta hecha por Mumford y se la pasó a *lady* Hartley.

Las manos de la anciana empezaron a temblar mientras la leía.

—Qué inteligente por su parte, inspector. Había dado por sentado que ese caballero la había destruido —dijo *lady* Hartley, sin mencionar de nuevo el nombre de Faulkner— y que nunca jamás volvería a ver la carta.

—¿Está absolutamente segura de que esta es la carta que usted le entregó, *lady* Hartley? —preguntó Ross.

—Tiene que serlo —respondió *lady* Hartley—. Recuerdo a mi difunto esposo repitiéndola palabra por palabra. Pero ¿me permite formularle una pregunta?

—Por supuesto —dijo Ross.

—¿Significa esto que…?

—Espero que sí —replicó Ross antes de que *lady* Hartley pudiera finalizar la frase.

—En este caso, deberíamos descorchar una botella de champán para celebrarlo —dijo la anciana—, aunque lo único que puedo ofrecerle es otra taza de té —añadió cogiendo de nuevo la tetera.

—Muy amable por su parte —dijo Ross. Guardó la carta en el sobre grande de color marrón—. Pero, por desgracia, debo marcharme rápidamente si quiero llegar a tiempo a Heathrow para embarcar en el último avión que sale esta tarde con destino a Nueva York.

—Pues no le entretendré más —dijo *lady* Hartley levantándose de su asiento y, sin decir nada más, acompañó a su invitado hasta la salida.

—Gracias de nuevo, *lady* Hartley —dijo Ross al salir de la casa—.

Y felicidades por la puesta en libertad de su hijo. Sé que debe de sentirse aliviada.

—Más de lo que se imagina —dijo *lady* Hartley—. ¿Me permite preguntarle una última cosa antes de que se vaya, inspector?

Ross se detuvo en seco. Esperaba una pregunta que había estado anticipando, aunque confiaba en que la anciana no acabara formulándola.

—¿Significa esto que el señor Faulkner esperará que le devuelva su dinero? Porque me temo que…

—No. Le prometo, *lady* Hartley, que no volverá a saber nada del señor Faulkner —dijo Ross, y subió al coche.

Lady Hartley no pudo disimular su alivio al verlo alejarse. Ross le dijo adiós con la mano al abandonar el recinto e incorporarse a la carretera. Un personaje inocente, pensó, que estaba a punto de jugar un papel trascendental en el escenario del mundo sin ser siquiera consciente de ello.

Después de incorporarse a la autopista, Ross marcó un número en el móvil, sabedor de que su cómplice estaría sentado detrás de su mesa de trabajo, esperando con impaciencia su llamada.

Una voz respondió tras un solo *ring* y dijo:

—James Buchanan.

—Tengo la carta que me pediste —dijo Ross— y, con un buen viento de cola, estaré aterrizando en JFK mañana hacia las diez de la mañana.

—Estaré allí para recibirte en cuanto bajes del avión —dijo James — y lo tendré ya todo a punto. Que tengas un buen vuelo.

James no era hombre que malgastara palabras ni revelara por teléfono nada que no pudiera ser escuchado.

Ross desconectó el teléfono. Y, a partir de aquel momento, cuando no estaba buscando con la mirada los carteles que indicaban cuántos kilómetros faltaban para llegar al aeropuerto, estaba mirando el reloj del salpicadero, que parecía avanzar demasiado deprisa. Llegaría muy justo, incluso ignorando continuamente el límite de velocidad de la autopista. Cuando se incorporó al carril de

acceso al aeropuerto, ignoró varios semáforos en ámbar y olvidó que en aquel momento era un ciudadano normal y corriente, no un oficial de policía de servicio.

Llegó a la terminal 3, dejó el coche en el aparcamiento de corta estancia, salió y echó a correr, sin dejar de mirar el reloj cada pocos segundos.

Ross irrumpió en el aeropuerto y levantó la vista hacia el panel de salidas justo a tiempo de ver que la señal correspondiente a la puerta 19 parpadeaba y quedaba sustituida por las palabras «embarque cerrado». Aceleró como un velocista olímpico al despegar desde los tacos de salida y siguió las señales hacia la puerta 19, aliviado de llevar solo un maletín con el pasaporte, el billete, el teléfono móvil, las llaves del coche y el sobre marrón. Pero cuando llegó al mostrador, miró a través del cristal y vio que estaban retirando la escalerilla del avión.

—Lo siento mucho, señor Hogan —dijo la auxiliar después de comprobar su billete—, pero, como puede ver, su avión está a punto de despegar.

—¿Y no hay más vuelos a Nueva York esta noche? —preguntó, desesperado y jadeante.

—Solo el Concorde —respondió la auxiliar—. Pero puedo reservarle un asiento para nuestro primer vuelo de mañana por la mañana.

—Será demasiado tarde —dijo Ross sin dar más explicaciones. Se preguntó cómo afectaría a su cuenta bancaria un vuelo en el Concorde—. ¿Quedan plazas en el Concorde? —preguntó, dolorosamente consciente de que no le quedaba otra opción.

—Permítame que lo mire —dijo la auxiliar. Tecleó algo en el ordenador e, instantes después, se dibujó en su rostro una sonrisa —. Sí, aún puedo reservarle una plaza en ese vuelo, pero tendrá que darse prisa.

—Gracias —dijo Ross, que echó a correr de nuevo y esta vez consiguió llegar al mostrador del Concorde con unos minutos de adelanto.

Entregó su tarjeta de crédito y suspiró con alivio cuando vio que las palabras «operación aceptada» aparecían en la pantallita.

Casi sin aire en los pulmones, corrió hacia la puerta de embarque. Y una vez a bordo, se instaló en su asiento y llamó a James Buchanan justo antes de despegar.

—¡Ha habido un pequeño cambio de planes! —le anunció.

Ross se despertó y se encontró a un auxiliar de vuelo de pie a su lado.

—¿Señor Hogan?

—Sí —dijo Ross disimulando un bostezo antes de levantar la vista.

—Ya tenemos asignada puerta de llegada y, en cuanto aterricemos, mi supervisor me ha pedido que me asegure de que es usted la primera persona en desembarcar.

—Gracias —replicó Ross. Frunció entonces el entrecejo—. He tenido una pesadilla.

—Lo siento, señor.

—¿Podría, por favor, abrir el compartimento de arriba y decirme qué ve?

El auxiliar de cabina cumplió la petición de su pasajero y dijo:

—Un maletín negro de cuero con las iniciales R. H. grabadas en dorado.

—En mi pesadilla no estaba ahí.

—Vendré a buscarlo, señor, en cuanto hayamos recibido la autorización para desembarcar —dijo el auxiliar de vuelo, absolutamente ajeno a todo.

—Les habla el comandante —dijo una voz desde la cabina—. En breve iniciaremos nuestro descenso y puedo darles la buena noticia de que llegaremos con unos minutos de adelanto sobre la hora prevista.

Solo Ross sabía por qué.

El agente especial Buchanan le dio las gracias al jefe de los controladores aéreos por su ayuda. Una petición triple A por parte del FBI solía significar la llegada de un jefe de Estado o de un criminal de la lista de los más buscados. El jefe de los controladores no había preguntado cuál de los dos casos era.

James se dirigió a continuación hacia la puerta 41, la que estaba más cerca del acceso a la autopista, aunque reconoció que ni siquiera su jefe podía controlar el embotellamiento hasta Manhattan, un monstruo con mentalidad propia.

—El vuelo BAO 17 acaba de aterrizar —comunicó James por radio a su número dos, que seguía en la oficina central—. Asegúrate de que el equipo de operaciones me esté esperando en la sala de reuniones cuando llegue y pregúntale al profesor Rosenberg si tendría la amabilidad de presentarse en mi despacho, ya que necesito pedirle que haga un sacrificio por su país.

Buchanan hizo una segunda llamada al director para ponerlo al corriente de todo mientras veía el Concorde abandonar la pista y rodar lentamente hacia la puerta.

El director le dijo a su agente especial:

—He hablado con el presidente y le he comunicado que la carta está de camino.

Cuando se apagó la luz del cinturón de seguridad, Ross se levantó del asiento como impulsado por un resorte. Abrió rápidamente el compartimento superior, cogió el maletín y se aferró a él como si estuviera lleno de piedras preciosas. Un diamante en bruto.

—Sígame —dijo la autoritaria voz del jefe de la tripulación, una orden que Ross obedeció encantado.

Se detuvo tan solo al llegar a la parte delantera de la cabina, donde varios pares de ojos inquisitivos se quedaron mirándolo,

preguntándose quién sería.

Cuando por fin se abrió la puerta, Ross bajó corriendo la escalerilla y a punto estuvo de lanzarse a los brazos del agente especial Buchanan. Sin cruzar palabra, Ross abrió el maletín, sacó el sobre grande de color marrón y entregó el testigo al siguiente corredor del equipo.

James extrajo la carta del interior, pero no comentó nada hasta que acabó de leerla… por segunda vez.

—Estoy convencido —dijo encogiéndose de hombros—, pero no soy la persona indicada para ofrecer una opinión autorizada. Pero si Rosenberg no estuviera dispuesto a dar su visto bueno, quizá me vea obligado a retirar a mi equipo. —Guardó de nuevo la carta en el sobre, abrió la puerta trasera del coche y dijo—: ¿Quieres acompañarnos a la subasta?

—No puedo correr ese riesgo —dijo Ross—. Habrá dos personas sentadas en primera fila que, en caso de verme, podrían deducir de inmediato por qué estoy ahí.

James se limitó a responder:

—En nombre de una nación agradecida, gracias, inspector. —Y le estrechó la mano a Ross como si fuese un general estadounidense en el acto de entrega de una medalla—. Ha sonado un poco pomposo, ¿verdad? —Añadió—. Pero lo he dicho en serio.

—¿Te veré en mi boda? —preguntó Ross después de que James se subiera al coche.

—No me la perdería por nada del mundo. Me muero de ganas de conocer a la mujer que está dispuesta a casarse contigo.

Ross lo dejó marchar y se sumó a los demás pasajeros para dirigirse hacia el aeropuerto.

Después de superar el control de pasaportes y la aduana —nada que declarar, excepto un maletín medio vacío—, fue directo al mostrador de British Airways para reservar un billete para el primer vuelo de vuelta a casa.

—Desembarcar del Concorde y regresar en clase económica el mismo día —dijo la empleada del mostrador de reservas, incapaz de disimular su perplejidad—. Es la primera vez que lo veo.

—Yo también —reconoció Ross sin dar más explicaciones.

La empleada empezó a teclear, levantó un momento la vista y preguntó:

—¿Es usted el señor Ross Hogan, por casualidad?

—Efectivamente.

—En este caso, ya tiene reservado el vuelo de vuelta con el Concorde.

—Me temo que no puedo permitírmelo —dijo Ross.

—Sí que puede —dijo la empleada—, porque no tiene que pagar nada.

—¿Cómo es posible? —preguntó Ross, sinceramente perplejo.

—El Gobierno ha pagado su vuelo…, el FBI, nada menos —dijo la empleada obsequiándole con una cálida sonrisa—. Eso es o bien porque están deportándolo, o bien porque es usted muy importante.

—Ninguna de las dos cosas —respondió Ross levantando la vista hacia el cielo y dándole las gracias a James en silencio.

—Y gracias a sus puntos —añadió la empleada—, su vuelo de ida ha quedado reembolsado, de modo que está claro que no es usted un fugitivo.

—¿Hay algún sitio cerca donde pueda tomar un café y un bocadillo antes de despegar? —preguntó Ross.

—Le invitamos a disfrutar de un almuerzo de cortesía en la sala de espera del Concorde, y le recomiendo encarecidamente el lenguado a la *meunière*, acompañado con una botella de *chablis*.

Ross siguió su consejo y se sumó a un grupo de pasajeros en la sala de espera del Concorde, un avión en el que aquel día viajaría por segunda vez y que dudaba que volviera a hacerlo en su vida.

Sonó el timbre de la puerta. Y a pesar de que Simon llevaba ya unos días en casa, no le sorprendió en absoluto encontrarse a Hani Khalil en el umbral. Tenía que suceder tarde o temprano. Y mejor que fuera temprano.

—Tiene usted un aspecto estupendo, Simon, teniendo en cuenta por todo lo que ha pasado —fueron las primeras palabras de Khalil.

«Querrás decir por todo lo que tú me has hecho pasar», quiso decir Simon, pero pensó enseguida que aún necesitaba obtener cierta información privilegiada, aunque viniera de una fuente tan poco fiable como aquella.

—He pensado que le gustaría conocer las últimas noticias relativas a nuestro contrato —dijo Khalil, subrayando la palabra «nuestro».

A regañadientes, Simon se hizo a un lado para que Khalil pudiera pasar. Lo acompañó hasta el salón, donde Khalil se dejó caer en el sillón más cómodo, como si estuviera en su casa. Simon tomó asiento delante de él y no mostró la más mínima intención de ofrecerle algo de beber.

—No se creería lo mucho que tuve que apoquinar para sacarlo de ese agujero —dijo Khalil—. Aunque era lo mínimo que podía hacer por un viejo amigo.

«Tienes razón, no lo creería», pensó Simon, pero dejó que siguiera hablando.

—Pero siempre supe que saldría bien, porque usted es de ese tipo de personas que cumplen su parte del trato. Razón por la cual lo quise como socio desde el principio.

—¿Cuánto le debo? —preguntó Simon, consiguiendo controlar sus impulsos.

—Garantizar que saliera de allí sano y salvo me costó trescientos mil dólares, pero dejémoslo en doscientos por los viejos tiempos. —Simon se preguntó si aquel hombre escucharía siquiera lo que él mismo decía—. Entenderá, claro está, que hubo mucha gente a la

que sobornar —prosiguió Khalil—. Empezando por el director de la cárcel y parte de los funcionarios que estaban de guardia aquel día, por no mencionar los infinitos funcionarios del aeropuerto.

Simon no pudo más que admirar el descaro de aquel hombre y su capacidad para soltar mentira tras mentira sin que su expresión de sinceridad se alterara en ningún momento. «Ahora me toca a mí lanzarle unas cuantas preguntas», se dijo.

—Imagino que hemos perdido el contrato de venta de armas a favor de los franceses, ¿no?

—No, por supuesto que no —insistió Khalil—. Gracias a mis esfuerzos, los británicos han conseguido hacerse con el contrato, tal y como ha anunciado esta misma tarde su ministro de Asuntos Exteriores en la Cámara de los Comunes.

Simon estaba perfectamente al corriente de todo, pero no había terminado aún con Khalil.

—Jamás me habría imaginado que pudiera conseguirse —dijo Simon haciéndose el sorprendido.

—Confieso que me llevó cierto tiempo convencer al nuevo ministro de Defensa de que había que apoyarlos a ustedes y no a los franceses. Eso sí, el contrato final no podrá firmarse hasta que me haya confirmado usted mi diez por ciento.

—Solo un diez por ciento —dijo Simon.

—Eso fue lo que acordamos —dijo Khalil—, pero, como bien sabe, Simon, una vez que he dado mi palabra…

Simon lo sabía, pero no pudo resistirse.

—Pensaba que los franceses…

—Tenían posibilidades, sin duda —dijo Khalil—, hasta que fui capaz de convencer al nuevo ministro de Defensa de que el equipamiento británico era muy superior a cualquier cosa que los franceses tuvieran que ofrecer.

—Lo cual es cierto —dijo Simon siguiéndole el juego.

—Pienso que honestamente puedo decir, con la mano en el corazón, que me he ganado con creces mi exigua comisión.

«Y yo pienso que honestamente puedo decir, con la mano en el

corazón, que no la recibirá», estaba a punto de replicar Simon cuando su esposa entró en el salón con una cesta llena de rosas bajo el brazo.

—Qué gentil por tomarse la molestia de visitar a mi esposo, señor Khalil —dijo Hannah, sorprendiendo a Simon.

—Unas rosas bellísimas, señora Hartley —respondió Khalil—. En su máximo esplendor, igual que usted, si me permite decírselo.

—Es usted muy amable —dijo Hannah—, y me encantaría mostrarle mi jardín, si dispone usted de tiempo.

—No se me ocurre nada que pudiera suponerme mayor placer, señora Hartley.

—Hannah, por favor —dijo Hannah acompañándolo fuera del salón con un estupefacto Simon siguiéndola.

Cuando llegaron a la puerta, Hannah la abrió y se hizo a un lado para que su invitado pudiera salir mientras ella permanecía en el umbral.

—Cuando era pequeña, mi abuelo siempre me decía que el idioma inglés es muy exquisito —comentó Hannah—, que debíamos conservar como un tesoro cada una de sus palabras.

—No podría estar más de acuerdo —dijo Khalil.

—En ese caso, solo espero que me perdone cuando le diga que se vaya a la mierda, señor Khalil, porque no recibirá ni un penique.

Hannah le cerró la puerta en las narices y no pudo resistir la tentación de sonreír de oreja a oreja.

Simon se quedó mirándola con incredulidad, hasta que finalmente dijo:

—Es muy posible, querida mía, que acabes de hacerle perder tres mil millones de libras al Gobierno británico.

—Vale cada penique —dijo Hannah.

Entró en la cocina, seleccionó un jarrón y empezó a arreglar las rosas.

Capítulo 29

La casa de subastas estaba llena a rebosar y casi todos los asientos de la sala estaban ocupados cuando Miles Faulkner, como un actor shakespeariano en una noche de estreno, apareció en escena.

Recorrió lentamente el pasillo central, disfrutando de los murmullos y las cabezas giradas en su dirección cuando Booth Watson y él ocuparon los dos únicos asientos que quedaban libres en primera fila.

Miles abrió su catálogo para verificar el lote que iba a salir a subasta a continuación. El número 88; había elegido el momento perfecto. Quedaban por subastar todavía tres lotes antes de que el lote número 91 fuera ofrecido al público, aunque sabía que solo un puñado de los presentes en la sala podría permitirse sumarse a la puja. Echó una ojeada al abarrotado auditorio y su mirada se posó en Michael Bloomberg, que acababa de anunciar su candidatura a la alcaldía y que, entretenido hojeando el catálogo, estaba sentado cuatro filas más atrás, junto al pasillo central.

—Lote 89, un bastón propiedad de Alexander Hamilton. Tengo una oferta inicial de diez mil dólares.

Los ojos de Miles siguieron examinando la sala, y no se detuvieron hasta detectar dos asientos vacíos seis filas más atrás, en el otro lado del pasillo. No pudo más que preguntarse quién haría una aparición tan tardía en un espectáculo con todas las entradas agotadas. Instantes después, su pregunta no formulada obtuvo

respuesta, cuando el espectador tardío hizo una entrada digna de César Augusto, a falta tan solo de un redoble de tambores y una fanfarria de trompetas.

—¡Vendido por veinte mil dólares! —anunció el subastador.

Pero el público había perdido su interés por el bastón de Hamilton ahora que Donald Trump había hecho su entrada y recorría lentamente el pasillo envuelto en murmullos acalorados. Trump se paró varias veces para estrechar manos, y no tomó asiento hasta que estuvo seguro de que todo el mundo lo estaba mirando.

—Lote 90 —anunció el subastador intentando captar de nuevo la atención del público ahora que Trump y Melania habían ocupado los dos únicos asientos vacíos del auditorio—. Una pluma estilográfica propiedad de John Adams, el segundo presidente, con la que se cree que firmó la Declaración de Independencia.

El público siguió hablando, puesto que la pluma despertaba escaso interés para la mayoría, y casi se pudo escuchar un suspiro de alivio cuando el martillo cerró el precio en veinticinco mil dólares y el subastador anunció el lote 91. De pronto, durante un instante surrealista, la sala se quedó en silencio y el maestro de ceremonias volvió a tomar las riendas de la sesión.

—Una copia única de la Declaración de Independencia —declaró el subastador en un susurro casi teatral— manuscrita por Thomas Jefferson y conocida por los eruditos como la «Copia En Limpio».

Se permitió entonces una pausa dramática y miró el lote enmarcado que dos empleados estaban colocando en un caballete delante de él.

—Antes de iniciar la puja, me gustaría destacar que este artículo ha sido verificado por el señor Saul Rosenberg, profesor emérito de Historia de los Estados Unidos de la Universidad de Princeton, reconocido universalmente como la autoridad más destacada del país en materia constitucional, y que ha sido galardonado con la Medalla de Honor del Congreso por su servicio en el campo educativo. —Mil ojos miraron hacia arriba cuando el subastador anunció—: Tengo una oferta inicial de cinco millones de dólares por

la Declaración.

Seis, siete, ocho, nueve y diez siguieron en rápida sucesión. Pero incluso Miles se quedó sorprendido cuando una voz inequívoca vociferó: «¡Veinte millones!», y todo el público miró en dirección a Trump, que acababa de alzar un puño al aire y esbozar su característica sonrisa.

Instantes después, levantó la mano con más refinamiento una de las representantes telefónicas de Christie's, que estaba sentada detrás de una mesa larga en el lado izquierdo de la sala junto con varias de sus colegas, todas con el teléfono pegado al oído, a la espera de averiguar si sus clientes anónimos deseaban sumarse al circo.

—Tengo una oferta por veintidós millones —dijo el subastador mirando hacia la bancada de teléfonos.

Miles, consciente de que los clientes que pujaban por teléfono consideraban su anonimato como un elemento primordial, y que ni siquiera el subastador sabía a quién representaba cada empleada de Christie's, se preguntó quién podría estar al otro lado de la línea. Miles tuvo el presentimiento de que podía tratarse de George Soros, que recientemente había hecho un gran negocio vendiendo la libra en corto y había ganado mucho dinero y que, al ser preguntado por la revista *Time* si pujaría por la copia en limpio, se había mostrado excepcionalmente reticente.

—Veinticinco millones —dijo Trump, como un peso pesado en busca del KO.

Pero el postor telefónico no se dejó tumbar tan fácilmente y su representante volvió a levantar la mano.

—Veintisiete millones —anunció el subastador.

—Treinta millones —declaró Bloomberg antes de que Trump pudiera asestar su siguiente golpe.

Las respiraciones contenidas fueron reemplazadas por jadeos.

—Tengo treinta y tres millones —dijo el subastador dirigiendo un gesto de asentimiento a la representante del postor telefónico.

—Treinta y cinco —dijeron Trump y Bloomberg al mismo tiempo.

El subastador se habría encontrado en una situación cuando menos embarazosa de no haber sido rescatado por la inesperada llegada de un equipo de agentes del FBI, vestidos con sus famosas chaquetas azules, que irrumpieron en el auditorio sin invitación previa y ocuparon rápidamente posiciones a ambos lados de la sala, generando con su presencia un silencio turbador y de un tipo completamente distinto.

Los agentes llegaron seguidos por dos hombres: uno de ellos, un caballero vestido con elegancia al que Miles no reconoció y el otro, un hombre al que no olvidaría jamás.

El hombre alto y elegante se acercó al estrado y conversó discretamente con el subastador antes de mostrarle una orden judicial. El subastador estudió un buen rato el documento antes de apartarse y permitir que el agente ocupara su lugar en el podio. El agente del FBI no cogió el martillo, sino que dio un par de golpecitos al micrófono antes de tomar la palabra.

—Me llamo James Buchanan —dijo— y soy el asistente especial del director del FBI. Pido disculpas por interrumpir esta subasta y solo espero que, cuando hayan escuchado ustedes lo que tengo que decir, reciban con agrado la noticia.

Miles, Trump y Bloomberg se sentaron en el borde de sus respectivos asientos, como si estuvieran a la espera de decidir hacia qué lado saltar.

—Muchos de ustedes habrán oído el rumor de que Jefferson escribió una carta que acompañaba la copia en limpio y que dicha carta se había perdido en la noche de los tiempos. Y sé que estarán encantados de saber que la carta supuestamente perdida ha salido por fin a la luz.

Miles se volvió hacia Booth Watson y le dijo en voz baja:

—Resurgida de sus cenizas, más bien. ¿Quién está engañando a quién?

Booth Watson se llevó un dedo a los labios y murmuró:

—Oigamos lo que Buchanan nos cuenta antes de decidir nuestros próximos movimientos.

—Con su permiso —dijo James—, voy a leerles la carta.

Si hubiese caído un alfiler en el suelo, habría sonado como la erupción de un volcán.

Hotel de Langeac
París
11 de agosto de 1787

Querido señor Hartley:

Confío en que me conceda su permiso para robarle un momento de su tiempo y me permita remitirle la copia en limpio de la Declaración de Independencia, la cual presenté al Congreso para su consideración. Verá que incluye las dos cláusulas sobre las que usted y yo hablamos en Londres, a saber, la abolición de la esclavitud y nuestra futura relación con el rey Jorge III después de que nos convirtamos en una nación independiente. Mi amigo y colega Benjamin Franklyn realizó copias y las distribuyó entre las partes interesadas. Para mi enorme consternación, después de que los miembros del Congreso se mostraran divididos, ambas cláusulas quedaron rechazadas. No obstante, no querría que pensara que no me tomé en serio su sabio y acertado consejo y que no intenté convencer a mis compañeros congresistas de lo meritorio de su opinión.

Cuando haya tenido usted la oportunidad de leer detenidamente la copia en limpio, le agradecería que, a su debido tiempo, tenga la amabilidad de devolvérmela. He pensado que le interesaría saber que es mi intención legar este recuerdo a la nación para que las futuras generaciones de estadounidenses puedan apreciar de manera plena lo que los padres fundadores intentaron conseguir y, en particular, el papel que usted desempeñó. Espero recibir pronto noticias suyas y aprovecho para reafirmarle mi más sincera estima y respeto.

Su humilde servidor,
Thomas Jefferson

El público se levantó al unísono, algunos aplaudían, otros lanzaban vítores, con solo dos excepciones, dos hombres que permanecieron sentados, inmóviles y mudos, en primera fila.

James no bajó del estrado y no volvió a hablar hasta que se hubo restablecido el silencio.

—Puede que entre nosotros haya quien, por motivos personales —dijo mirando a Miles y a Booth Watson—, desee poner en duda la validez de este documento. —Levantó la carta en alto para que todos los presentes pudieran verla—. Teniendo esto presente —añadió James—, le he pedido al profesor Rosenberg que ofrezca su considerada opinión sobre la credibilidad de la carta.

A Rosenberg le resultó imposible no convertirse de pronto en el centro de atención. La diminuta figura, vestida casi de forma andrajosa, se levantó despacio de su asiento en el fondo del auditorio dispuesto a ofrecer una conferencia al grupo de alumnos más atento que había tenido en su vida.

—Damas y caballeros —empezó diciendo, con voz sosegada pero cargada de autoridad—, he estudiado la carta con todo detenimiento y he podido compararla con otras que he visto a lo largo de los años. El escrito no deja lugar a dudas de que se corresponde con el periodo, el texto se asemeja ciertamente al indiscutible estilo de Jefferson y, quizá de igual importancia, el papel en el que la carta está escrita, ejemplos del cual pude ver siendo un joven estudiante de doctorado, proviene casi con toda certeza de un lote que Jefferson utilizó en ese periodo. Y a aquellos para los que «casi con toda certeza» nunca será suficiente puedo decirles que lo que al final me convenció —prosiguió Rosenberg— es que la copia en limpio fue previamente propiedad de una tal *lady* Hartley, que la vendió a su actual propietario hace pocas semanas. *Lady* Hartley me ha confirmado asimismo que esta carta, junto con cinco cartas más,

formó parte de los archivos de su familia durante más de doscientos años.

Varias personas volvieron la cabeza y miraron a Miles como si fuese un prófugo de la justicia.

—*Lady* Hartley —continuó Rosenberg— es la esposa del difunto lord Hartley, descendiente directo del muy honorable David Hartley, miembro distinguido del Parlamento británico y defensor de la independencia estadounidense. Era además amigo tanto de Thomas Jefferson como de Benjamin Franklin, y existe una cantidad considerable de correspondencia mantenida entre los tres en aquella época que es de dominio público. Esta fue la razón de peso que me convenció al fin de que esta carta es auténtica y, en consecuencia, puedo afirmar sin miedo ni favoritismos que la copia en limpio pertenece al pueblo de los Estados Unidos.

Se produjo una tercera ovación, la más fuerte de todas, y los aplausos se prolongaron durante varios minutos, incluso después de que el profesor volviera a su asiento y se perdiera de vista.

Miles se inclinó hacia Booth Watson y le dijo en voz baja:

—Tú y yo sabemos que Rosenberg es perfectamente consciente de que esa carta es una copia. La pregunta es: ¿cómo podemos demostrarlo?

Capítulo 30

Aquella mañana, Billy se levantó temprano…, temprano para él, claro está, pero tenía un día ajetreado por delante. Necesitaba estudiar el formulario de apuestas antes de partir hacia Pontefract.

Una vez vestido, bajó, recogió *The Yorkshire Post* de la alfombrilla y entró en la cocina. Llenó la tetera y se preparó una taza de té antes de abrir las páginas de deportes. Una hora más tarde, había seleccionado tres apuestas seguras para compensar las sorprendentes pérdidas de la semana anterior: Lucky Jim a las seis, 4-1; Dogs Dinner a las siete y cuarto, 10-1; y Artic Circle a las siete cuarenta y cinco, 3-1.

Decidió apostar cincuenta libras en cada carrera y otras cincuenta en una combinada. Si ganaba las tres, haría una fortuna. Con solo una victoria, cubriría pérdidas. Miró el reloj: no era todavía la hora de ir al *pub* a comer, así que decidió leer un poco el periódico para averiguar si en el mundo pasaba algo que mereciera la pena saber. Y cuando vio el titular, le entró un sudor frío.

SUBASTA MULTIMILLONARIA SUSPENDIDA POR EL DESCUBRIMIENTO DE UNA CARTA PERDIDA DE JEFFERSON

Leyó el artículo rápidamente primero, después muy despacio, consciente de que tendría que tomar una decisión. ¿Mantener la boca cerrada y confiar en que el señor Faulkner no averiguara que él era el responsable de que hubiera perdido treinta y cinco millones de

dólares como mínimo? ¿O hacerle saber que el que había escrito la carta era él y no Jefferson? Si seguía ese último camino, estaría de vuelta en Scrubs antes de que cayera la noche.

Billy empezó a dar vueltas por la cocina y cambió varias veces de idea durante la hora siguiente, hasta que, después de considerar sus probabilidades una vez más, decidió que el favorito para la apuesta era la carta de Jefferson, en vez del caballo de la policía montado por Ross Hogan.

Al fin y al cabo, el uno por ciento de treinta y cinco millones de dólares le permitiría vivir a cuerpo de rey el resto de su vida, aunque tuviera que pasar unos pocos años en la cárcel antes de empezar a disfrutar de su feliz jubilación.

Sabía que había visto el nombre del hotel escondido en algún rincón del artículo, de modo que empezó a leerlo por tercera vez y no paró hasta que llegó a la frase «Actualmente se aloja en el Park Plaza». Con la ayuda de unas cuantas llamadas a información, consiguió por fin el número y le pidió a la operadora internacional que lo comunicara con el hotel.

—Park Plaza, ¿en qué puedo ayudarle?

—Me gustaría hablar con el señor Booth Watson —dijo Mumford con voz temblorosa.

—¿Sabe usted que en Nueva York son las cuatro de la mañana? —preguntó la recepcionista.

Billy no había caído en la cuenta, pero decidió que no podía esperar.

—Lo sé, pero se trata de una emergencia —dijo.

—¿Y quién le digo que le llama, señor?

—Billy Mumford.

Billy oyó el teléfono sonar de fondo, pero pasó un buen rato antes de que una voz reapareciera por fin en la línea. No era la de Booth Watson, sino la de la recepcionista.

—Lo siento, señor, pero el señor Booth Watson no está disponible.

—¿Le ha dicho que se trata de una emergencia? —preguntó Billy.

—Se lo he dicho, señor.

—¿Podría volver a intentarlo, por favor? —dijo Billy.

—El señor Booth Watson lo ha dejado muy claro —contestó la recepcionista—. Ha dicho que, si vuelve usted a llamar, no le pasemos la llamada bajo ninguna circunstancia.

La llamada terminó.

—Bueno, luego no podrá decir que no lo he intentado —dijo Billy, que ignoró el titular de portada y volvió a las páginas deportivas para concentrarse en lo que era importante de verdad.

Apostó cincuenta libras a State Secret como ganador de la última carrera del día. Quedó segundo.

Miles leyó el artículo de *The New York Times* una segunda vez, estudió palabra por palabra la carta de Jefferson y, cuando encontró una en concreto que era evidente que Rosenberg había pasado por alto, exclamó:

—¡Lo tengo!

Una cosa estaba segura: tenía que informar enseguida a Booth Watson. Miró el reloj de la mesita. Las siete menos cinco. Se preguntó si Booth Watson ya estaría despierto. Aunque le importaba un comino. Saltó de la cama, se puso una bata y salió corriendo al pasillo.

Aporreó la puerta y despertó a Booth Watson por segunda vez en lo que iba de día. Booth Watson no dudó ni un momento sobre a quién encontraría aguardando en el pasillo. Se levantó y se estaba cubriendo con una bata cuando empezaron a aporrear de nuevo la puerta, más fuerte esta vez.

Cruzó lentamente la habitación, retiró la cadena del pestillo y, apenas abrió la puerta, Miles irrumpió con un ejemplar de *The New York Times* bajo el brazo.

—¡Han cometido un gran error! —anunció.

Booth Watson cerró la puerta, tomó asiento en un confortable sillón y esperó a oír cuál era ese gran error mientras Miles se ponía a

deambular por la habitación.

—Comencemos —dijo Miles— con el simple hecho de que nosotros sabemos que la supuesta carta de Jefferson es una falsificación.

—Aunque no podemos decirle a nadie que lo sabemos —le recordó Booth Watson a su cliente.

—En eso estamos de acuerdo —dijo Miles—, pero hay alguien que sí puede.

—¿Rosenberg? —sugirió Booth Watson.

—No, estoy convencido de que el profesor sabe perfectamente que la carta no la escribió Thomas Jefferson, pero ha abandonado su erudición en favor del país. Pero sí existe alguien más que podría demostrar que la carta es una falsificación y cuya palabra no pondría nadie en duda.

—¿A saber?

—Simon Hartley —dijo Miles, con voz triunfante—. Cuando vea la carta reconocerá de inmediato que es una falsificación, y no le quedará más remedio que admitirlo.

—¿Por qué? —preguntó Booth Watson.

—Es evidente que no has leído *The New York Times* esta mañana, BW, porque si lo hubieras hecho —dijo Miles pasándole el ejemplar—, te habrías dado cuenta de que Jefferson no pudo haber escrito la carta que ese tipo del FBI leyó en la casa de subastas.

Booth Watson se tomó su tiempo para leer el artículo de *The New York Times* y, aunque no exclamó «¡lo tengo!», no pudo evitar que en su rostro se dibujara una sonrisa.

—Llamaré al agente especial Buchanan y pediré una reunión con los abogados del FBI esta misma mañana.

—¿Y si no se muestra de acuerdo? —preguntó Miles.

—Llamaré a *The New York Times* y le explicaré al director la diferencia entre la i griega y la i latina.

A un lado de la larga mesa de roble había tres hombres

sentados, los representantes de los estadounidenses. Al otro lado había otros dos hombres, los representantes de los británicos. En tiempos medievales, los rivales estarían montados a caballo, portarían lanzas y lucirían cascos con plumas que revelarían sus lealtades. En el siglo XXI, estaban sentados en cómodos asientos de cuero, vestían trajes a medida, iban armados con plumas estilográficas y lucían corbatas con el anagrama de sus universidades. Eso sí, seguían colocados los unos frente a los otros, preparados para la batalla, que, en este caso, sería una batalla dialéctica.

Uno de ellos se levantó la visera del casco y dijo:

—Me llamo Casper Shaw y soy socio principal de Shaw, Renwick and Kline. Esta mañana me acompaña mi socio, Andrew Renwick —miró hacia su derecha—, que está especializado en litigios. Nos acompaña también el agente especial Buchanan, que representa a nuestro cliente, el FBI.

«No por mucho tiempo más», pensó Booth Watson, aunque guardó silencio.

Shaw miró a sus oponentes y quedó a la espera de que se levantaran también las viseras.

—Me llamo Booth Watson. Soy consejero de la reina y miembro del tribunal de Middle Temple. Hoy vengo acompañado por mi distinguido cliente, el señor Miles Faulkner, a quien tengo el privilegio de representar desde hace muchos años. El señor Faulkner es un hombre de negocios destacado y reconocido en el Reino Unido por su labor filantrópica en apoyo a una amplia diversidad de causas, incluyendo entre ellas el Museo Fitzmolean, al que ha donado varias obras importantes a lo largo de los años, entre ellas un Rubens y un Rembrandt. De hecho, muy recientemente, donó un cuarto de millón de libras que facilitaron al museo la adquisición de *Jacob luchando con el ángel* uno de los trabajos más icónicos de Rembrandt. Permítanme dar comienzo a esta sesión diciendo cuánto valoramos que hayan accedido a mantener esta reunión sin efecto de cosa juzgada y con tan poca antelación, pero, como todos sabemos, hay

mucho en juego.

—Y no solo dinero —sugirió Shaw, entrando de nuevo en liza—, porque, en esta ocasión, nuestra firma tiene el privilegio de representar al Gobierno de los Estados Unidos y su legítima reivindicación de la propiedad de un documento histórico que, claramente, perteneció al tercer presidente de los Estados Unidos. Estamos además en posesión de una carta escrita por Thomas Jefferson que demuestra que la copia en limpio era suya por derecho —hizo una pausa antes de añadir—, más allá de toda duda razonable, una máxima legal con la que su compatriota estará bien familiarizado.

—Sin embargo —dijo Booth Watson volviendo a la carga—, mi cliente refuta su afirmación y asevera que la carta es una falsificación. Debo, por lo tanto, informarlos de que vamos a presentar una demanda contra su Gobierno por la cantidad de cuarenta millones de dólares, más gastos, en concepto de indemnización.

La expresión de la cara del agente especial Buchanan no reveló ninguna emoción.

—No negamos el hecho —continuó Booth Watson— de que el papel en que se escribió la carta bien pudo haber sido fabricado a finales del siglo XVIII, junto con un sobre y una pluma del mismo periodo. Pero mantenemos que la carta en sí es una ficción, una falsificación. Nada más y nada menos, y, quizá más importante, aportaremos pruebas que ni siquiera el profesor Rosenberg será capaz de refutar.

—Aceptaremos complacidos su demanda en nombre de nuestro cliente —dijo Shaw—, pero en caso de que el asunto llegara a los tribunales, defenderemos vigorosamente la acción con la total confianza de que un jurado fallará a nuestro favor, sobre todo porque estará integrado por doce ciudadanos estadounidenses temerosos de Dios a quienes se les pedirá que elijan entre la palabra de un criminal condenado en tres ocasiones y la opinión de la principal autoridad del país en materia de historia de la Constitución.

Booth Watson aceptó que las líneas de la batalla estaban trazadas y las viseras volvieron de nuevo a su lugar.

—Reconocemos, sin discusión, que mi cliente adquirió de manos de *lady* Hartley la Declaración de Independencia —dijo Booth Watson—. De hecho, es la prueba de que el señor Faulkner es el propietario legítimo, de la copia en limpio. *Lady* Hartley le entregó además a mi cliente cinco cartas que Thomas Jefferson escribió al distinguido antepasado de su esposo, pero fueron un regalo.

—Le interesará saber —dijo Shaw, interrumpiéndolo— que a primera hora de la mañana nos hemos puesto en contacto con nuestro embajador en Londres, quien nos ha confirmado que lord Hartley, distinguido miembro del Consejo Privado de Su Majestad, había concertado una cita para reunirse con él con el único propósito de devolver la Declaración al pueblo estadounidense.

—Pero, por desgracia para ustedes, esa reunión nunca llegó a tener lugar —replicó Booth Watson—, de manera que, al final, serán los hechos los que importen, y el hecho es que *lady* Hartley vendió la Declaración a mi cliente de buena fe, lo que viene a demostrar que no cabe la menor duda de que el señor Faulkner es el legítimo propietario de dicho documento.

—Sin embargo, esta carta —dijo Shaw exhibiéndola una vez más— demuestra de forma incuestionable que *lady* Hartley no tenía la autoridad necesaria para venderle a su cliente la copia en limpio.

Booth Watson se tomó su tiempo para abrir su maletín Gladstone y rebuscar en su interior, antes de extraer tres ejemplares de *Monticello*, dos de los cuales entregó a Shaw y uno a Buchanan.

—Les sugiero que abran el libro ganador del Premio Pulitzer por la página 171, donde encontrarán otra carta escrita por Thomas Jefferson, la autenticidad de la cual aceptamos sin la menor duda.

A regañadientes, Shaw y Buchanan abrieron el libro por la página 171.

—Si estudian con atención las palabras de esta carta en particular —continuó Booth Watson—, descubrirán que Jefferson escribe el nombre de Franklin no con una i latina, sino con una i

griega. Esto solo tendría interés académico si el profesor Rosenberg no hubiera afirmado categóricamente que esta era la primera vez que Jefferson le escribía a Franklin y la «única» ocasión en la que había escrito mal el nombre de Franklin; de hecho, si pasan la página, verán que Benjamin Franklin reprendió posteriormente a su amigo por su error, lo cual, a mi entender, sería la razón por la cual un hombre de su inteligencia jamás habría vuelto a cometer el mismo error. Y quizá lo más condenatorio es que —continuó Booth Watson—, si leen las otras cinco cartas que salieron ayer a subasta, verán que Jefferson escribe siempre el nombre de Franklin con i latina, no con i griega, lo que viene a demostrar que había aprendido la lección.

Shaw y Buchanan se tomaron su tiempo para estudiar ambas cartas, pero no dieron su opinión.

—Y, lo que es más —continuó Booth Watson, cada vez más confiado—, no se me ha pasado por alto que el distinguido profesor no está hoy presente en este encuentro.

—No —dijo Shaw—. El profesor regresó a Princeton anoche, sin saber que ustedes exigirían vernos esta mañana.

—De modo que me veo obligado a preguntar —prosiguió Booth Watson— de manos de quién obtuvieron ustedes la carta.

—De manos de un miembro de la familia Hartley, es todo lo que estoy autorizado a decir —replicó Shaw.

—Eso es imposible —espetó Miles.

—Una afirmación interesante —dijo Buchanan—, que más bien daría a entender que…

—No es necesario que les recuerde —dijo Booth Watson, sujetando el brazo de su cliente— que esto es una reunión «sin efecto de cosa juzgada» y que nada de lo que se diga en esta sala puede ser repetido delante de un tribunal.

—Pero si llegáramos a los tribunales —dijo Shaw—, les aseguro que el profesor Rosenberg confirmaría que esta carta es auténtica.

—Entonces será su palabra contra la mía —dijo Faulkner.

—Esperemos que así sea —dijo Shaw.

Buchanan se permitió una sonrisa antes de decir:

—Aceptamos de forma incuestionable que el señor Faulkner adquirió de buena fe una copia en limpio de la Declaración de Independencia y, teniendo esto presente, estamos dispuestos a reembolsar a su cliente las quinientas mil libras que pagó por el documento, así como cualquier gasto razonable en el que haya podido incurrir en el proceso.

—Sigan soñando —dijo Miles, incapaz de permanecer en silencio por más tiempo—. Exigiremos como mínimo cuarenta millones de dólares, eso sin contar los gastos irrazonables.

—En este caso, lo veremos a usted en los tribunales, señor Faulkner —replicó Shaw.

—¡Y no solo a mí! —dijo Miles.

Booth Watson se levantó rápidamente de su asiento, agarró a su cliente por el brazo y lo condujo fuera de la sala antes de que pudiera decir cualquier cosa más de la que luego pudiera arrepentirse.

Cuando la puerta se hubo cerrado, James Buchanan se volvió hacia Shaw y dijo:

—Tenemos un problema.

Miles se abrochó el cinturón, pero no respondió la pregunta de Booth Watson hasta que el avión hubo despegado, incapaz de expresar su opinión mientras estuvieran todavía en suelo estadounidense.

—¿Te has fijado, BW, que cuando he dicho «Y no solo a mí» el agente especial James Buchanan no se ha mostrado sorprendido? —dijo Miles.

—Sí, me he fijado —replicó Booth Watson—, así que puedes estar seguro de que estará al teléfono con su amigo el superintendente jefe Warwick mucho antes de que nuestro avión haya aterrizado.

—Lo que le dará a Warwick tiempo más que suficiente para

ponerse en contacto con Simon Hartley antes de que lo hagamos nosotros.

—Creo que descubrirás que Hartley es como Washington —dijo Booth Watson—. No sabe mentir y, en consecuencia, admitirá que es una falsificación.

—En ese caso, tenemos juego, set y partido —dijo Miles.

—Hasta que Hartley te pregunte qué has hecho con el original, porque no es más que cuestión de tiempo que averigüe que lo has destruido.

Miles guardó silencio un instante antes de decir:

—Entonces quizá habrá que incluirlo en el trato.

—¿Se te ha pasado alguna vez por la cabeza, Miles —dijo Booth Watson—, que Simon Hartley podría ser un tipo al que no se puede sobornar?

—Todo el mundo tiene su precio —aseguró Faulkner.

Ross cogió el teléfono y se preguntó quién podría llamarlo en plena noche.

—Tenemos un problema —dijo una voz que Ross reconoció de inmediato desde el otro lado del océano—. Faulkner y Booth Watson están volando a casa desde los Estados Unidos —continuó Buchanan — y tienen pruebas irrefutables que no le dejarán a Hartley otra alternativa que confirmar que la carta de Jefferson es una falsificación.

—¿Pruebas? —repitió Ross.

—Tu hombre leyó la página 171 de *Monticello*, pero no la 172. Donde habría descubierto la diferencia entre una i griega y una i latina, un error que Jefferson no cometió dos veces.

—Mumford es un imbécil —dijo Ross.

—Completamente de acuerdo, pero eso no sirve de nada. De manera que tendrás que ponerte en contacto con Hartley antes de que Faulkner lo haga e intentar convencerlo de las consecuencias. Porque si no…

—Tú llama a Trevelyan —dijo Ross—. Y yo llamaré a William.

Capítulo 31

Miles se despertó cuando el Concorde atravesó el bloque de densos nubarrones negros que parecían haber establecido su residencia permanente sobre Heathrow. Se inclinó hacia el pasillo y le dijo a su abogado:

—No tenemos ni un momento que perder, BW. En cuanto aterricemos, le pediré a Collins que nos lleve a Bucklebury con la esperanza de que podamos hablar con Hartley antes de que lo haga Warwick.

—No apostaría por ello, la verdad —dijo Booth Watson, pero no añadió que habría deseado que Miles hubiera mantenido la boca cerrada.

—Hartley no podrá negar que la carta es una falsificación —dijo Miles— y, después de eso, al FBI no le quedará más remedio que llegar a un acuerdo. —Hizo una pausa, miró a los ojos a su abogado y dijo—: Por cuarenta millones, como mínimo.

—Amén —dijo Booth Watson—. Aunque también es posible que Hartley no acceda tan fácilmente a tu plan.

—A menos que le recuerde que su madre me vendió un Constable falso por medio millón de libras, algo que a buen seguro no querrá que se haga público.

—Y entonces, sin duda, será él quien te recuerde que su madre te entregó seis cartas, no cinco —replicó Booth Watson, lo que silenció a Miles por un momento.

Booth Watson miró por la ventanilla cuando Miles le formuló la

pregunta que estaba temiendo.

—¿Quién crees que falsificó la carta de Jefferson?

—El Departamento de Trucos Sucios del FBI —respondió Booth Watson, ofreciendo el guion que tenía preparado y dolorosamente consciente de por qué Billy Mumford lo había despertado en plena noche—. Un ejercicio orquestado en su totalidad por el agente especial Buchanan —añadió, por si acaso.

—Supongo que será eso —dijo Miles cuando las ruedas del avión tocaron tierra y los motores entraron violentamente en reversa.

El Concorde avanzó entonces con lentitud hacia la puerta de embarque asignada en el otro extremo del aeropuerto.

Miles se había desabrochado el cinturón mucho antes de que la correspondiente señal se hubiera apagado. Le gustaba ser el último en subir al avión y el primero en desembarcar. Había abandonado su asiento y ya estaba el primero de la fila cuando la puerta de la cabina se abrió.

—No hay un momento que perder —dijo Faulkner antes incluso de pisar la escalerilla.

Booth Watson intentó seguir el ritmo de su cliente mientras se encaminaba hacia el control de pasaportes a una velocidad muy superior a la que él estaba acostumbrado. Cuando Booth Watson llegó al coche, prácticamente sin aliento, Miles ya estaba sentado y lo esperaba con evidente impaciencia.

—En marcha —le ordenó Faulkner a Collins, antes incluso de que su abogado hubiera cerrado la puerta.

—¿Vamos a casa, señor? —preguntó Collins.

—No —respondió Faulkner—. A Old Vicarage, Bucklebury.

William y Trevelyan circulaban a toda velocidad por la autopista justo en el momento en que el Concorde aterrizaba en Heathrow. Habían dedicado las últimas dos horas a repasar su guion palabra por palabra, sabedores de que podían estar enfrentándose a un problema infranqueable, algo que Trevelyan había expresado con la

claridad característica del Ministerio de Asuntos Exteriores: «Si Hartley es tan honesto como su padre…».

Cuando Danny aparcó delante de Old Vicarage fue necesaria una única llamada a la puerta para que la señora Hartley hiciese acto de presencia. Después de las presentaciones, Hannah los acompañó hasta la biblioteca, donde Simon estaba sentado detrás de su mesa de trabajo. El reciente afeitado de la barba le proporcionaba un aspecto pálido y demacrado, aunque Trevelyan apreció con agrado que había engordado un poco desde la última vez que lo vio en el aeropuerto. Simon se levantó con dificultad de la silla y les dio la bienvenida a ambos antes de invitarlos a sentarse con él delante de la chimenea.

Momentos después, la señora Hartley reapareció con una bandeja con café y galletas, que depositó en una mesita delante de ellos.

—Gracias por acceder a recibirnos casi sin previo aviso —dijo William después de tomar asiento—. No lo habríamos hecho así de no tratarse de un asunto tan urgente.

La mirada penetrante de Hartley permaneció clavada en William, pero no comentó nada.

—Permítame empezar preguntándole —continuó William— si ha coincidido usted con un hombre llamado Miles Faulkner o con un abogado que responde al nombre de Booth Watson.

—Solo los conozco por lo que mi querida madre me ha contado sobre ellos y por lo que he leído en *The Guardian*. Su especialista en arte informó en detalle sobre lo que sucedió en la subasta celebrada en Nueva York hace un par de días, lo que sugiere que ninguno de los dos es de fiar. Me encantó descubrir, claro está, que la carta enviada a mi antepasado en 1787 quedó autentificada nada más y nada menos que por el profesor Rosenberg. Supongo que eso significa que la copia en limpio de la Declaración de Independencia acabará en la Biblioteca del Congreso, como siempre deseó mi difunto padre.

William y Trevelyan intercambiaron miradas.

—A pesar de que la opinión del profesor Rosenberg es tremendamente respetada —dijo William—, solo existe una persona que puede verificar que la carta es auténtica, y esa persona, señor, es usted.

—Y si pudiera hacerlo —añadió Trevelyan—, la copia en limpio de la Declaración de Independencia acabaría, sin duda alguna, en la Biblioteca del Congreso, tal y como deseaba su padre.

—En este caso, necesitaré ver la carta —dijo Hartley.

Trevelyan abrió el maletín y sacó una sola hoja de papel. Se la pasó a Hartley y dijo:

—Se trata, por supuesto, de una copia de la carta, que el agente especial Buchanan hizo llegar anoche al Ministerio de Asuntos Exteriores. El original sigue en Nueva York, bajo custodia del FBI.

Simon se tomó su tiempo para leer la carta mientras William y Trevelyan esperaban con ansiedad su opinión. Después de una segunda lectura, Simon devolvió la carta a Trevelyan y dijo:

—Siento mucho decepcionarlos, caballeros, pero esta no es la carta que Thomas Jefferson envió a David Hartley en 1787. De hecho, es una falsificación…, una falsificación condenadamente buena, pero una falsificación al fin y al cabo.

—¿Cómo puede estar tan seguro? —cuestionó William, consciente de que ya sabía cuál iba a ser la respuesta de Hartley.

—En la carta que conozco y recuerdo bien, «Franklin» estaba escrito correctamente con una i latina y no con una i griega —explicó Hartley con una firmeza que no daba cabida a la discusión.

—De modo que si fuera citado a testificar ante un tribunal… —empezó a decir William.

—No me quedaría más remedio que decir la verdad, superintendente jefe.

—Y si le dijéramos, señor Hartley —dijo William—, que fue el señor Faulkner el que destruyó la carta original con el único propósito de amasar una fortuna, sin importarle en absoluto la reputación de su familia, ¿cambiaría algo?

El semblante de Hartley no se alteró.

—No, no lo haría —respondió con seguridad—, por muy despreciable que me parezca eso.

—¿O si le dijéramos que fue Faulkner quien organizó el asesinato de Avril Dubois y luego sobornó al director del centro penitenciario donde estuvo usted recluido para asegurarse de que corriera la misma suerte?

—Eso es algo que ya sabía —dijo Simon—. Pero no cambia nada, sobre todo porque me aproveché de la avaricia del director y conseguí deducir de su botín ciento cincuenta mil dólares para una buena causa.

—¿No cree, señor Hartley, que podría contar una mentira piadosa dadas las circunstancias? —sugirió Trevelyan.

—Las mentiras piadosas no existen, señor Trevelyan.

William sabía distinguir cuándo lo habían vencido, pero Trevelyan batalló un rato más, enfatizando el hecho de que el profesor Rosenberg había conseguido ignorar la i griega.

—Por mucho que simpatice con su causa, señor Trevelyan —insistió Hartley—, debo recordarle que la verdad no se presenta en distintos matices de conveniencia para adaptarse a cada individuo, ni siquiera al país en cuestión.

Al final, aunque no antes de que el café se le hubiera quedado frío, Trevelyan se dio por vencido. Se marchó, con la reflexión de que el Ministerio de Asuntos Exteriores tendría que aconsejar al señor Shaw y al agente especial Buchanan que llegaran a un acuerdo con Faulkner, ya que no tendrían ninguna esperanza de ganar el caso si Hartley era llamado como testigo.

William aceptó también que la fiscalía carecía de pruebas suficientes para arrestar a Faulkner como cómplice del asesinato de Avril Dubois, por lo que nada le impediría aparecer como testigo cuando el caso llegara a los tribunales. Salieron de Old Vicarage con las manos vacías.

No habían recorrido más que un par de kilómetros del trayecto de regreso a Londres cuando Danny interrumpió su conversación al decir:

—Justo delante de usted, señor.

William levantó la cabeza y vio un Rolls-Royce que circulaba en dirección contraria a ellos y, cuando el vehículo pasó por su lado, vio a Faulkner y Booth Watson en el asiento trasero, enfrascados en una conversación.

El Rolls-Royce estacionó minutos después delante de Old Vicarage.

Simon estaba consultando las cotizaciones bursátiles en el *Financial Times* cuando oyó que sonaba el timbre. Se preguntó si el superintendente jefe y el señor Trevelyan estarían de vuelta para hacer un intento más y convencerlo de que cambiara de idea.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando Hannah abrió la puerta.

—Un tal señor Faulkner y un tal señor Booth Watson quieren verte. Dicen que se trata de algo que tiene que ver con la familia Constable.

—Hazlos pasar, por favor, querida —dijo Simon—, y necesitaré mi talonario.

Simon se levantó cuando los dos hombres hicieron su entrada. Después de las presentaciones de rigor, les ofreció asiento, pero no junto a la chimenea. Pasados unos momentos, Hannah reapareció con una segunda bandeja con café y galletas. Estaba intentando recordar dónde había visto al hombre de más edad de los dos. Les sirvió el café y entonces, de pronto, lo recordó.

—Sabrá usted bien, señor Hartley —dijo Booth Watson—, que su madre le vendió a mi cliente un cuadro, que según ella era un Constable, por quinientas mil libras, pero que al final resultó que había sido pintado por uno de los alumnos del maestro. —Booth Watson eligió con cuidado sus palabras—. Aunque, claro está, dado que usted se encontraba en el extranjero en esos momentos, es posible que no esté al corriente del asunto.

—Mi madre me informó de ello en cuanto llegué —dijo Simon, y

cogió el talonario que Hannah había dejado en la bandeja—, y con mucho gusto le devolveré el importe completo —añadió. Extendió un cheque por quinientas mil libras—. Pero, a cambio, espero que nos devuelvan no solo el cuadro, sino también la copia en limpio de la Declaración de Independencia escrita por Jefferson, que mi padre pretendía entregar al embajador de los Estados Unidos. Por desgracia, falleció antes de que ese encuentro pudiera tener lugar, como sospecho que ambos saben perfectamente.

Faulkner sonrió a Simon.

—No precipitemos las cosas, amigo —dijo—. Al fin y al cabo, somos los dos hombres de mundo, y lo último que desearía es poner en una situación incómoda a su madre.

—Le aseguro, señor Faulkner, que para poner a mi madre en una situación incómoda se necesitaría mucho más que esto.

—De todos modos —dijo Booth Watson—, hay otro asunto que debemos discutir.

—¿Y de qué asunto se trata, señor Booth Watson? —preguntó Simon.

Booth Watson se inclinó sobre su maletín Gladstone, lo abrió y extrajo de su interior un papel, que le pasó a Simon.

—Estará usted al corriente de que esta carta, igual que el Constable, es una falsificación —dijo Booth Watson—, pero necesitamos que nos confirme que es así.

Faulkner le ofreció otra sonrisa falsa mientras rompía por la mitad el cheque.

Simon estudió la falsificación por segunda vez en lo que llevaba de mañana, pero sus pensamientos estaban en otra parte. En primer lugar, se centraron en Avril Dubois, que seguiría con vida de no ser por aquel hombre, después en Hani Khalil y el príncipe Ahmed, cuyo único interés era hacerse con un cinco por ciento adicional, y, finalmente, en el director de un centro penitenciario que creía haberlo envenenado y que se había salido con la suya. Miró la fotografía de su padre que decoraba el escritorio y decidió que, en esta ocasión excepcional, se habría mostrado de acuerdo en que, tal

y como Rosenberg había sugerido, mentir por la patria era aceptable.

Miró a los dos hombres sentados delante de él.

—Sé que les agradará saber —dijo devolviéndole la carta a Booth Watson— que puedo confirmar que se trata de una copia de la carta que Thomas Jefferson escribió al miembro del Parlamento David Hartley en 1787, que ha permanecido en los archivos de esta familia durante más de doscientos años.

—Pero si la estudia con más detalle, señor Hartley —dijo Booth Watson quitándose las gafas—, apreciará usted que el nombre de Franklin está escrito con una i griega, no con una i latina, por lo que quizá debería reconsiderar lo que acaba de afirmar.

—No, no lo reconsideraré —dijo Simon—, porque si esta no es la carta que mi madre le entregó al señor Faulkner, significa que el señor Faulkner debe de estar todavía en posesión de la carta original, a menos, claro está, que la haya destruido.

Ninguno de los dos hombres dijo nada.

—Y, siendo como es usted abogado de la Corona, señor Booth Watson, no es necesario que le recuerde que su deber legal es informar a los tribunales si tuviera conocimiento de que su cliente ha sido el responsable de la destrucción de un material relevante para un caso en el que usted actúa como su representante.

A Booth Watson no le hizo falta que le recordaran que Hartley había estudiado Derecho en la universidad.

—¿Cuál es su precio? —dijo Faulkner antes de que Booth Watson pudiera tomar la palabra.

—¿Acaso es posible poner precio a la vida de una joven? —preguntó Simon.

—Era una vulgar prostituta —dijo Faulkner—, y, lo que es más, usted sabe que esta carta es falsa.

—Solo hay tres personas que pueden estar seguras de eso —dijo Simon—, y las tres se encuentran en estos momentos en esta estancia. Y tengo la seguridad de que, si hubieran encontrado otra manera de demostrar que esto es una falsificación, no estarían

ustedes aquí. —Simon hizo una pausa antes de levantarse, recoger las dos mitades del talón roto y decir—: Espero que disfrute de su Constable, señor Faulkner, por mucho que, igual que usted, sea completamente falso.

Booth Watson se levantó y dio media vuelta, dispuesto a marcharse sin estrecharle la mano a Hartley. No hizo falta decirle que el jurado había emitido su veredicto. Faulkner permaneció en su asiento, con su sonrisa poco sincera transformándose en una mirada feroz mientras profería varias obscenidades que Simon jamás le repetiría a su madre. Y a pesar de que apretó los puños con rabia, acabó levantándose y abandonando la estancia.

Cuando se cerró la puerta, Simon volvió a sentarse detrás de su escritorio y miró una vez más la fotografía de su padre, que estaba sonriendo.

Capítulo 32

—¿Que han decidido qué? —dijo Ross, incapaz de creer lo que William acababa de decir.

—La Fiscalía de la Corona considera que hemos presentado pruebas más que suficientes para convencer a un jurado de que Kevin Scott asesinó a Avril Dubois y que, en consecuencia, podemos acusarlo del crimen. Sin embargo —continuó William antes de que Ross pudiera interrumpirlo—, han decidido también que los billetes de veinte libras y el Rolex Daytona que Scott llevaba encima cuando fue arrestado no son prueba suficiente de que Faulkner estuviera implicado en el asesinato. «No lo hemos pillado con las manos en la masa» fueron, si no recuerdo mal, las palabras exactas del director.

—Esos billetes de veinte libras pertenecían al mismo lote que el dinero que Faulkner retiró de su banco, y es evidente que se los entregó a Scott cuando estuvieron los dos en el London Eye.

—La fiscalía sigue insistiendo en que no tenemos ninguna prueba de que ambos estuvieran en el London Eye al mismo tiempo.

—Booth Watson estará encantado de recordarle a cualquier jurado —sugirió el Halcón— que millones de billetes cambian de manos cada día.

—Pero en la parte posterior del Rolex, por si lo han olvidado —insistió Ross—, está grabada la frase «Con amor, Christina».

—Sí, pero Booth Watson contraatacará diciendo que en el mundo hay muchas Christinas —dijo William—, y puedes estar seguro de que la defensa presentará un testigo que afirmará que el reloj era

suyo.

—Si Christina estuviera dispuesta… —empezó a decir Ross.

—Estoy de acuerdo —dijo William—, pero Wilbur está convencido de que, si el nombre de su esposa aparece en la lista de testigos de la fiscalía, estaremos condenándola al mismo destino que a Avril Dubois.

—Y si Faulkner cree que el testimonio de Christina le garantizaría pasarse el resto de su vida entre rejas —añadió el Halcón—, Wilbur podría tener razón.

El equipo permaneció sentado en silencio y abatido, hasta que Ross declaró:

—Se me ocurre una manera de demostrar que el reloj es de Faulkner.

—¿Legal y transparente? —preguntó William con escepticismo.

—No del todo —reconoció Ross—, pero no dejaría ninguna duda al jurado sobre quién era el propietario de ese reloj.

Miles cogió el teléfono de su despacho y se quedó a la escucha.

—¿Señor Faulkner? —dijo una voz.

—¿Quién llama?

—Jake Burrows, señor. Estuvimos juntos en Scrubs y… —Miles estaba a punto de colgar el teléfono de mala gana cuando Burrows añadió—: Creo que tengo algo que le pertenece.

—Algo ¿como qué? —preguntó Miles.

—Un Rolex Daytona.

—¿Y qué le hace pensar que es mío?

—En la parte posterior tiene una inscripción que dice «Con amor, Christina» y recuerdo que lo llevaba cuando trabajaba en la biblioteca… Le ofrecí diez mil por él y usted se rio de mí.

—¿Cómo lo has conseguido? —preguntó Miles.

—Un cliente lo trajo a mi tienda hace unos días. Quería venderlo. Pero usted no es precisamente la persona más fácil a la que seguirle la pista.

—Descríbeme a ese cliente —dijo Miles.

—Alto, delgado, de complexión atlética…, llevaba gafas oscuras y una gorra de béisbol. Aunque muchos de mis clientes van vestidos así, señor Faulkner, no sé si me explico.

—¿Cuánto quería por él? —preguntó Faulkner, aún tanteándolo.

—Diez mil, pero en aquel momento no tenía yo tanto dinero en efectivo, así que se conformó con ocho.

—Te daré seis mil —dijo Miles.

—Pero yo pagué ocho por él, señor Faulkner.

—Mercancía robada —dijo Miles—. Una simple llamada telefónica y estás de vuelta en Scrubs.

Siguió un largo silencio hasta que Burrows dijo:

—Usted gana, señor Faulkner. ¿Cuándo quedamos para recogerlo?

Miles colgó.

Burrows colgó también el teléfono y se volvió hacia el hombre que estaba de pie a su lado.

—No podría haber ido mejor —dijo Ross—. Tú simplemente acuérdate de llamarme en el momento en que aparezca Faulkner.

—Así lo haré, señor Hogan.

—Y me llevaré todo el dinero en metálico que Faulkner te entregue, a modo de prueba.

—Y entonces, ¿qué gano yo, señor Hogan?

—Estoy seguro de que, en un momento no muy lejano, Jake, te encontrarás delante de algún magistrado y necesitarás de alguien que te tienda una mano.

Burrows no pudo más que mostrarse de acuerdo.

Burrows estaba a punto de colgar en la puerta el cartel de «Cerrado» cuando un taxi negro se paró delante del cine Roxy, en Commercial Road. El pasajero se apeó y sus ojos miraron en todas las direcciones posibles y, a pesar de no detectar nada sospechoso, no se relajó. Empezó a recorrer los últimos cien metros y solo se

detuvo para mirar un escaparate y comprobar por el reflejo que no lo seguían. No vio a nadie. Dobló la esquina y no pudo pasar por alto las características tres bolas doradas que colgaban encima de un rótulo que anunciaba: «Jake Burrows. Casa de Empeños. Fundada en 1983».

Miró a través del cristal del escaparate y vio a un viejo, al que reconoció, sentado detrás del mostrador. Vigiló de nuevo la calle. Nada. Cuando entró en la tienda, sonó una campanilla encima de la puerta.

—Señor Faulkner —dijo el propietario levantando la vista—. Qué agradable sorpresa.

—Déjate de monsergas —dijo Miles—. ¿Dónde está mi reloj?

—Guardado en la caja fuerte, en la trastienda —dijo Burrows—. Deme un momento, que iré a buscarlo.

Burrows salió de detrás del mostrador y desapareció tras una cortina. Miles miró hacia el escaparate, para asegurarse de que no entraran más clientes. De haber aparecido alguien, se habría largado sin decir nada más; correr riesgos no valía la pena.

Volvió a girarse. Burrows seguía sin aparecer. Miles empezó a preguntarse por qué estaría tardando tanto, y se disponía ya a marcharse cuando Burrows regresó. Depositó el reloj en el mostrador.

—Una pieza magnífica —dijo Burrows.

Miles cogió el reloj y verificó la inscripción antes de ponérselo en la muñeca. Sacó de un bolsillo interior cuatro paquetes impecables de billetes de veinte libras y los dejó sobre el mostrador.

—Acordamos seis mil, no cuatro mil, señor Faulkner —le recordó Burrows.

—Igual que te sucedió a ti en su día —dijo Faulkner—, no llevo encima más efectivo.

Burrows se quedó mirando el dinero, miró a continuación a Faulkner, cogió los billetes y los guardó debajo del mostrador.

Miles dejó la tienda sin tomarse la molestia de decir ni adiós. Salió a la acera y cerró la puerta a sus espaldas. Y justo estaba

parando un taxi cuando una voz detrás de él dijo:

—Estás pillado, Faulkner, y esta vez no podrás alegar que el reloj no era tuyo.

«Eres un buen policía» no fueron precisamente las palabras que pronunció Faulkner cuando el inspector jefe Hogan lo esposó para llevárselo.

Capítulo 33

—Sí, quiero —dijo Ross.

El oficiante se volvió hacia la novia y dijo:

—¿Quieres, Alice, tomar a Ross como esposo, amarlo, consolarlo, honrarlo, respetarlo y serle fiel, en la salud y la enfermedad, hasta que la muerte os separe?

—Sí, quiero —dijo Alice.

William se adelantó y entregó el anillo al oficiante.

Alice sonrió cuando Ross deslizó el anillo por su dedo y repitió los votos matrimoniales. Solo la primera dama de honor tenía una sonrisa aún más pronunciada que ella.

Cuando la pareja de recién casados recorrió el pasillo, fueron recibidos con sonrisas a ambos lados. Jojo, que llevaba la cola del vestido, los siguió hasta la puerta de la iglesia, donde los estaba esperando un fotógrafo.

El fotógrafo reunió a los familiares, junto con el padrino y las damas de honor, antes de hacer una serie de fotos, mientras el resto de los invitados marchaba hacia el Shamrock Hotel para asistir al banquete nupcial.

Cuando llegaron los novios, todos se levantaron de sus asientos y aplaudieron al señor y la señora Hogan de camino a la mesa principal. Y cuando los aplausos se apaciguaron, los invitados permanecieron de pie mientras el pastor bendecía la mesa.

Solo William ignoró el salmón ahumado mientras repasaba una vez más el discurso del padrino, innecesariamente, ya que se lo

sabía de memoria. Levantó la vista cuando le retiraron su plato de salmón sin tocar, y vio que su padre y el Halcón estaban sentados en el otro extremo de la mesa, enfrascados en una conversación.

—Así que ahora que ya está cerrada la fecha del juicio, Julian, ¿debería asumir que confías en que todo acabe con un veredicto de culpabilidad y con Faulkner de nuevo en la cárcel?

—Por supuesto que no, Jack. Nunca se puede estar seguro de nada cuando Booth Watson ejerce la defensa.

—Me parece que incluso a Booth Watson le resultará difícil convencer al jurado de que el Rolex con la firma de la exesposa de Faulkner grabada en la parte posterior no era de él. O de que los cuatro paquetes envueltos en papel celofán con mil libras cada uno no salieron de la misma cuenta bancada que los que llevaba encima Kevin Scott el día en que Avril fue asesinada.

—Booth Watson se encargará de recordarle al jurado que Faulkner estaba en los Estados Unidos cuando se produjeron los hechos —dijo Julian—, y te confieso que habría sido de gran ayuda que Christina hubiera estado dispuesta a declarar para confirmar que el Rolex Daytona es el que le regaló a su exmarido con motivo de su cumpleaños.

—Fue Wilbur quien la convenció de que no declarara como testigo —dijo el Halcón—. Y no lo culpo por ello, después de lo que le sucedió a Avril.

—Lo que me sorprende es que a Faulkner le concedieran la libertad bajo fianza —dijo sir Julian.

—Booth Watson, como todos sabemos, puede llegar a ser muy persuasivo —dijo el Halcón después de que el camarero volviera a llenarle la copa—. Sin embargo, Julian, pasando a cosas más agradables, ya puedo decirte que el mes que viene William asumirá mi puesto como nuevo comandante de la unidad.

—¿Significa eso que vas a jubilarte?

—No, significa que me mandan más arriba.

—¿Cuánto más arriba? —preguntó Julian.

—Ostentaré el cargo de comisionado adjunto responsable del

orden público y el soporte operativo del cuerpo —anunció el Halcón.

—Felicidades —dijo Julian—, pero ¿qué significa eso en la práctica?

—Que tendré todos los juguetes: caballos, perros y helicópteros, lo que me permitirá encargarme de todo —respondió el Halcón—, desde la final de la Copa en Wembley, hasta las celebraciones del centenario de la reina madre.

—William tiene mucho que agradecerte —dijo Julian levantando la copa.

—Esto no funciona para nada como una calle con un solo sentido —replicó el Halcón, levantando también la copa y mirando hacia su protegido, que estaba haciendo una pequeña corrección a su discurso mientras se le enfriaba el estofado irlandés.

Cuando William levantó la vista, el jolgorio de las conversaciones de la sala le dio a entender lo bien que se lo estaba pasando la gente. Sonrió a su esposa, que estaba charlando con Wilbur.

—¿Qué tal lo está haciendo Christina como presidenta? —preguntó Wilbur—. Y no me dores la píldora.

—Se mueve como pez en el agua —respondió Beth.

—Otra expresión inglesa que no conocía —dijo Wilbur—. Y mi esposa ¿es el pez o el agua?

—Christina siempre tiene ideas brillantes que querría haber implementado ayer —dijo Beth—. Mi principal problema es intentar seguirle el ritmo.

—Sois la combinación ideal —dijo Wilbur—: Locura y sentido común.

—Hablando de locura, ¿te ha mencionado la oportunidad que tenemos de adquirir un Frans Hals por un millón de libras?

—Muy a menudo —dijo Wilbur, con un suspiro.

—Si el Fitz fuera capaz de conseguir toda la cantidad —dijo Beth —, el conde de Banbury ha accedido a desprenderse del cuadro en sustitución del impuesto de sucesiones.

—Muy apropiado —dijo Wilbur mirando a su esposa—. ¿Y por cuánto va a salirme esta vez?

—Con un cuarto de millón sería suficiente para poner toda la maquinaria en marcha —dijo Beth.

—Cuánto me gustaría haber hablado antes contigo —dijo Wilbur —, puesto que ya he accedido a donar medio millón. ¿Sabes, Beth? Debería haber firmado un acuerdo prenupcial con el Fitzmolean antes de casarme con Christina.

—Te estamos tremendamente agradecidos —dijo Beth dándole un abrazo.

—Y yo a vosotros —reconoció Wilbur mirando a su esposa—. ¿Quién habría imaginado que Ohio Disposal ayudaría a crear una de las mayores colecciones de pintura holandesa? —dijo mientras le sonreía a William.

—¿Nervioso? —preguntó James cuando William dejó el papel del discurso a un lado.

—Preferiría dar un discurso en la conferencia anual de la Federación de la Policía que delante de mi padre, Beth y los gemelos —reconoció William.

—Acabo de ver a mi ahijada —dijo James mirando hacia el otro lado de la sala—, y a Peter, por supuesto, pero ¿quién es el joven que le da la mano a Artemisia por debajo de la mesa?

—Robert Hartley.

—No… —empezó a decir James.

—Sí, es el hijo de Simon Hartley —dijo William—. Y no me preguntes cómo se conocieron, porque se supone que no debería saberlo.

—Pero vas a contármelo de todos modos —dijo James dejando el tenedor y el cuchillo.

—En una celda —reconoció William—. Ambos fueron arrestados en el transcurso de una manifestación que tuvo lugar delante del número 10 de Downing Street para protestar contra la delegación saudí. El joven Hartley incluso me lanzó un huevo.

—¿Los mandaste esposar? —preguntó James.

—Habrían acabado los dos así de no haber acudido Ross al rescate.

—Bienvenido al club.

William arqueó una ceja, pero no obtuvo respuesta.

—¿Qué novedades hay sobre la Declaración? —se aventuró a preguntar.

—Ya está colgada en la Biblioteca del Congreso —respondió James—, y será presentada oficialmente por el presidente Clinton el mes que viene.

—¿Sin que Faulkner o Booth Watson protesten por ello? —dijo William.

—No hemos vuelto a saber de ellos desde que Simon Hartley confirmó que la carta de Jefferson era la que estuvo durante más de doscientos años en los archivos de su familia.

—Pero Faulkner sigue contándole a todo aquel que quiera escucharle que esa carta es una falsificación —dijo William.

—Lo sé —dijo James—. ¿Y puedes creer que Booth Watson acusa al Departamento de Trucos Sucios del FBI de ser el responsable del engaño, a pesar de que le dije que nosotros jamás incurriríamos en un hecho tan inaceptable?

—No sería la primera vez —sugirió William.

—Ni la última. Pero no en esta ocasión —dijo James mirando de reojo a Ross y preguntándose cuánto sabría William.

William bajó la vista hacia la mesa y se dio cuenta de repente de que la hoja con su discurso había desaparecido. No tenía la menor duda sobre quién era el culpable. Alguien que casualmente estaba charlando con Christina cuando él miraba hacia el otro lado.

—¿Y dónde vais de luna de miel? —preguntó Christina.

—Esta noche volamos a Dublín —respondió Ross—, y nos alojaremos en el Shelbourne Hotel, donde estuve trabajando cuando era estudiante.

—Nunca dejas de sorprenderme —dijo Christina.

—Sí, trabajé allí de botones. Pero me echaron al cabo de solo un par de semanas.

Christina sonrió.

—Déjame que adivine, uno de los huéspedes…

—No —dijo Ross—. Me pillaron en una de las habitaciones con una camarera, y no estábamos precisamente haciendo la cama.

—Y después de Dublín —dijo Christina, riendo—, ¿qué más pensáis visitar?

—Limerick, Cork y acabaremos en Blarney.

—Donde, según tengo entendido, piensan ponerle tu nombre a su famosa piedra de la elocuencia.

—Y después volveremos a Londres —dijo Ross ignorando la pulla —. Para entonces, Faulkner debería estar encerrado en Scrubs sin posibilidad alguna de remisión de la pena.

—Y cuando estés de vuelta —dijo Christina—, ¿confías también en ser ascendido?

—Volveré a Scotland Yard como inspector jefe bajo mi nuevo comandante —respondió Ross mirando a su padrino de boda—. William quiere que me infiltre en el East End para averiguar quién ha tomado el relevo de los Richardsons.

—Eso debería mantenerte bien ocupado —observó Christina.

—Y por si eso no fuera suficiente —dijo Ross bajando la voz—, Alice está embarazada.

—¡Felicidades! —exclamó Christina sin poder contenerse.

La madre de Ross interrumpió su conversación con Alice para preguntar:

—¿Por qué felicitas a Ross?

Los golpecitos de una cuchara contra el cristal de una copa y las palabras del maestro de ceremonias acudieron al rescate de Christina.

—Damas y caballeros. Les ruego silencio para escuchar al padrino.

William se levantó con nerviosismo, aliviado al ver que Ross le había devuelto el discurso, aunque las páginas estaban ahora desordenadas.

—Señores, damas y caballeros —empezó William, que hizo una pausa, levantó la vista y dijo—: Hoy no hay por aquí señores, ni, desde luego, caballeros, pero sí varias damas, y una en particular a

la que deseo dirigirme. De modo que empezaré diciéndote, Alice —se volvió hacia la novia—, que no conozco a nadie con más probabilidades que tu marido de meter a un colega en un apuro, ni a nadie que luego haga absolutamente todo lo que esté a su alcance para sacarlo del embrollo y cargar con toda la culpa.

Las risas que siguieron sugirieron que había varios agentes presentes que habían sufrido la misma experiencia, mientras que Ross parecía bastante satisfecho consigo mismo.

—Ross ha tomado tantas decisiones desastrosas a lo largo de los años —continuó William— que me llevé una sorpresa increíble al verlo capaz de tomar una decisión tan sensata en lo relativo a con quién pasar el resto de su vida. Sin embargo, sigo sin comprender cómo una mujer tan guapa y brillante ha podido enamorarse de él…, pero entonces recordé que Alice es maestra, y que tener que lidiar con niños descarriados forma simplemente parte de su trabajo diario. Ahora le toca hacer horas extras. La verdad, Alice —dijo William mirando directamente a la novia—, es que puedo decir que Ross ha ganado la lotería de su vida, mientras que a ti te ha tocado el billete perdedor.

Las carcajadas y los aplausos que siguieron sirvieron para que William pudiera pasar la página.

—Permitidme que acabe —dijo William antes de darse cuenta de que había pasado a la página errónea y corrigiendo rápidamente su error— diciendo lo orgulloso y honrado que me sentí por haber sido invitado a ser el padrino de boda de Ross. No fui su primera elección. De hecho, otros seis rechazaron este puesto antes de que acabara pidiéndomelo a mí. Por desgracia, los primeros tres están en la lista de los hombres «más buscados», los dos siguientes están en prisión preventiva a la espera de pasar a libertad bajo fianza y el sexto no ha cumplido del todo su condena por robo. De modo que al final acabaste con un hombre —William se volvió hacia su gran amigo— que te admira por tu valentía, tu integridad y por ser una brújula moral que sigue guiándonos a los demás mortales. La verdad, Ross, es que eres uno entre un millón. Y, francamente, con

uno hay más que suficiente.

William tuvo que esperar a que las risas se apaciguaran antes de poder continuar.

—Permitidme que intente terminar por segunda vez —dijo William, pero se interrumpió a media frase cuando, al levantar la vista, vio que tres policías uniformados irrumpían en el salón.

William reconoció de inmediato al agente de rango elevado que se dirigía hacia la mesa principal, y no le sorprendió en absoluto ver a Miles Faulkner en el umbral, con una sonrisa enorme dibujada en la cara. El agente al mando no se detuvo hasta que llegó al lado de Ross.

—Me llamo Derek Sinclair —dijo— y soy el jefe de la unidad anticorrupción. —Ross se quedó mirando a un hombre con el que se las había tenido varias veces en el pasado—. Inspector Hogan, queda usted arrestado por intentar entorpecer el curso de la justicia manipulando pruebas contra un acusado con el objetivo de influir en el resultado de un juicio por asesinato en el que usted fue el agente encargado de la detención.

Beth se levantó al instante, abrazó a Alice e intentó consolarla, mientras que Jojo se preguntaba si aquello sería algo que pasaba siempre durante el discurso del padrino.

—No digas absolutamente nada —dijo con autoridad una voz a sus espaldas.

—¿Quién es usted, señor? —preguntó Sinclair mirando al anciano caballero que parecía haber surgido de la nada.

—Sir Julian Warwick, abogado de la Corona, y representaré al detenido.

—Es su decisión, por supuesto —dijo Sinclair despectivamente mientras dos agentes sujetaban al prisionero.

—¿De verdad es necesario todo esto —intervino William— cuando el novio está a punto de irse de luna de miel?

—«Estaba» a punto de irse de luna de miel, superintendente jefe —replicó Sinclair—, y, en cualquier caso, no puedo correr el riesgo de que Hogan abandone el país a escasos días de que se celebre el

juicio.

—Eres un mierda, Sinclair —dijo William colocándose entre ellos —, y que no se te olvide que te supero en rango.

—Nadie supera en rango a un agente anticorrupción, superintendente jefe, estoy seguro de que no voy a tener necesidad de recordárselo —dijo Sinclair empujando al prisionero para que echara a andar.

El padrino siguió al novio mientras Sinclair lo escoltaba por la pista de baile. Cuando llegaron a la puerta, Faulkner los estaba esperando.

—Siento mucho haber interrumpido su discurso, superintendente jefe Warwick —dijo—, ¿o es comandante? Pero no me quedaba otra que hacerle un regalo de boda a Ross, después de todo lo que ha hecho él por mí.

William ni se inmutó.

—Lamentablemente, su amigo no pasará su luna de miel en Dublín, como tenía planeado, sino en una celda y alejado de su flamante esposa —continuó Faulkner, asestando el primer golpe.

—En ese caso, espero, por su bien, que no acaben los dos en la misma cárcel —dijo William esquivándolo.

—Estoy deseando saber qué tiene en mente, superintendente jefe —lo provocó Faulkner.

—Cadena perpetua —sugirió William.

—¿Por comprarle un Rolex a un exconvicto como resultado de una trampa tendida por su amigo? —dijo Faulkner—. No creo.

William apretó los puños, miró a su némesis a los ojos y, en el último momento, consiguió contenerse.

—De hecho —dijo Faulkner sin abandonar su sonrisa de suficiencia—, el señor Booth Watson me asegura que, si su amigo es el principal testigo de la acusación, el caso nunca llegará a los tribunales, porque, como criminal convicto, no podrá ponerme ni un dedo encima. Me alegro mucho de que su esposa esté embarazada —añadió mirando a Ross cuando pasó por su lado—. Si es niña, podría llamarla Avril.

Ross apartó de un empujón a los agentes que lo mantenían retenido, levantó un puño y, de un solo golpe, dejó a Faulkner inconsciente.

—Eso no ayudará en nada a tu causa —sugirió Sinclair mientras los dos agentes sujetaban de nuevo a Ross para esposarlo.

—Puede que tengas razón —dijo Ross mirando el cuerpo que había quedado tumbado en el suelo—, pero te aseguro que ha merecido la pena.

Nota histórica

Las Cláusulas faltantes

Thomas Jefferson presentó al Congreso dos cláusulas adicionales con la intención de que formaran parte de la Declaración de Independencia de los Estados Unidos. Finalmente, ambas fueron rechazadas por el Congreso. Los historiadores han sugerido que, de haberse incluido la primera cláusula relativa a la abolición de la esclavitud, la guerra civil estadounidense podría haberse evitado.

PRIMERA CLÁUSULA

«El rey ha librado una guerra cruel contra la naturaleza humana misma, violando sus más sagrados derechos de la vida y la libertad en las personas de un pueblo lejano que nunca lo ofendió, capturándolas y conduciéndolas a la esclavitud en otro hemisferio, o para incurrir en una muerte miserable en su transporte hasta allí. Esta guerra pirática, oprobio de las potencias INFIELES, es la guerra del rey CRISTIANO de Gran Bretaña. Resuelto a mantener abierto un mercado donde se compran y venden HOMBRES, ha prostituido su derecho de veto al reprimir toda iniciativa legislativa encaminada a prohibir o restringir tan execrable comercio. Y para que semejante cúmulo de horrores no carezca de rasgo distintivo alguno, incita ahora a esas mismas gentes a alzarse en armas contra nosotros,

comprando la libertad que él les robó con el asesinato del pueblo a quien les impuso; y redimiendo así los crímenes que antes cometió contra las LIBERTADES de un pueblo, instándole a cometer crímenes contra la VIDA de otro».

SEGUNDA CLÁUSULA

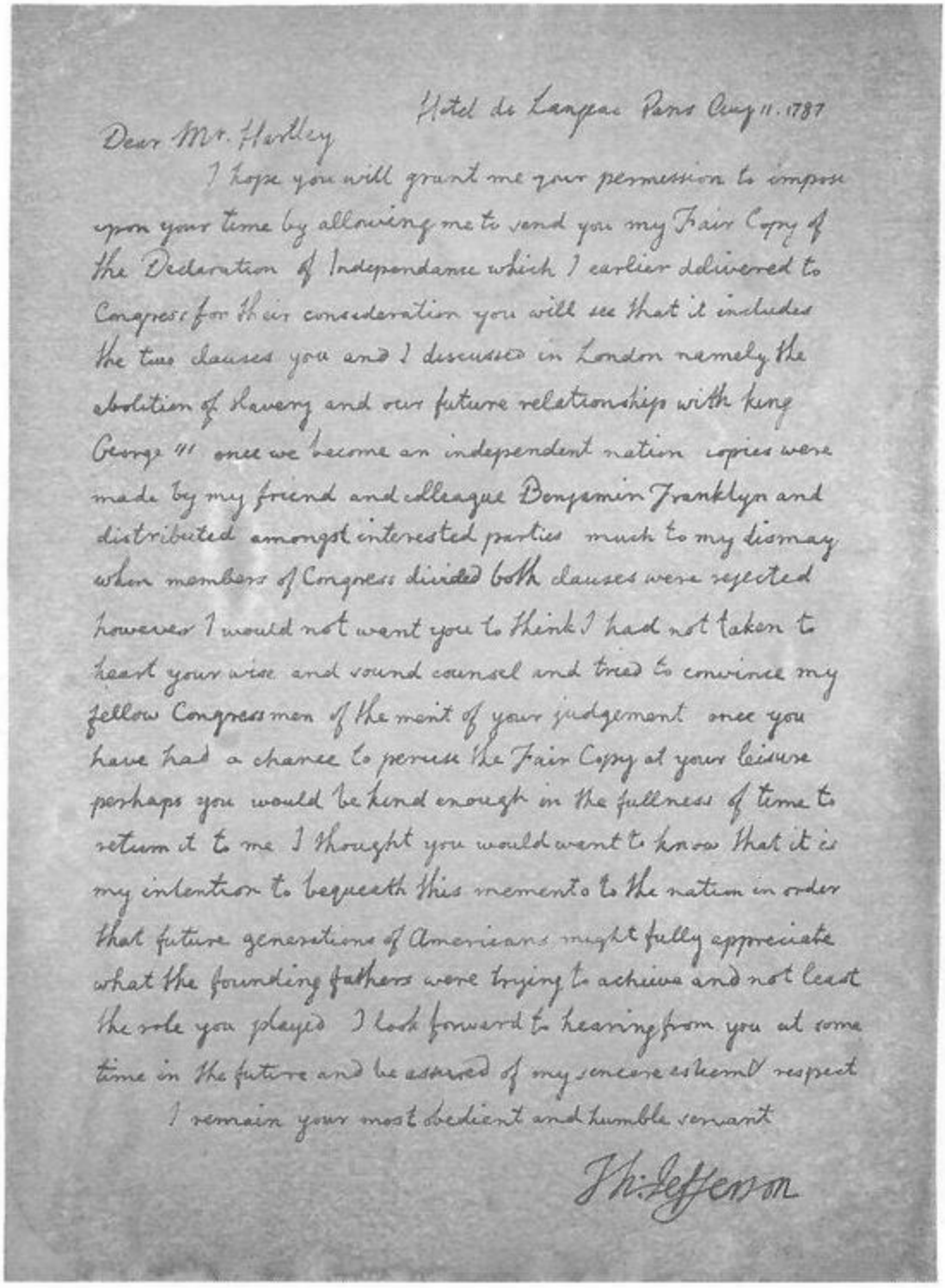
«Un príncipe cuyo carácter está así marcado por cada acto que pueda definir a un tirano no es digno de ser el gobernante de un pueblo libre. Las generaciones futuras difícilmente podrán creer que la dureza de un hombre se aventuró, en el breve espacio de solo doce años, a construir una base tan amplia y notoria para la tiranía sobre un pueblo nutrido y arraigado a los principios de la libertad».

Agradecimientos

Mi agradecimiento por sus inestimables consejos e investigación a Simon Bainbridge, Carol Burling, Jonathan Caplan KC, Kate Elton, Billy Mumford, Mark Poltimore, Alison Prince y Johnny Van Haeften.

Al superintendente jefe John Sutherland (jubilado).
A la sargento detective Michelle Raycroft (jubilada).

Un agradecimiento muy especial para:
Willie Hartley Russell MVO DL.



Hotel de Langeac Paris Aug 11. 1787

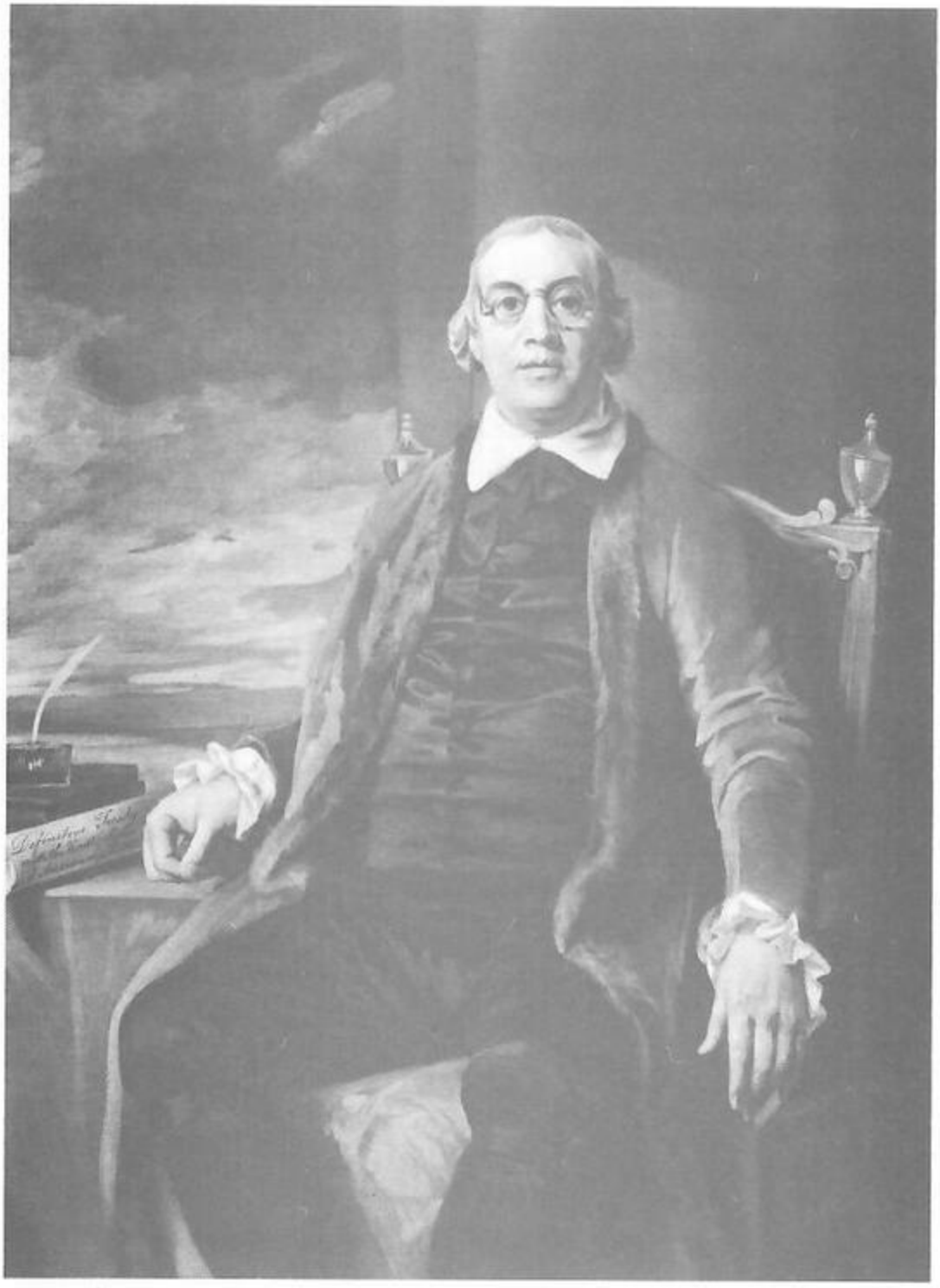
Dear Mr. Hartley

I hope you will grant me your permission to impose upon your time by allowing me to send you my Fair Copy of the Declaration of Independance which I earlier delivered to Congress for their consideration you will see that it includes the two clauses you and I discussed in London namely the abolition of slavery and our future relationships with king George III once we become an independent nation copies were made by my friend and colleague Benjamin Franklyn and distributed amongst interested parties much to my dismay when members of Congress divided both clauses were rejected however I would not want you to think I had not taken to heart your wise and sound counsel and tried to convince my fellow Congressmen of the merit of your judgement once you have had a chance to perusse the Fair Copy at your leisure perhaps you would be kind enough in the fullness of time to return it to me I thought you would want to know that it is my intention to bequeath this memento to the nation in order that future generations of Americans might fully appreciate what the founding fathers were trying to achieve and not least the role you played I look forward to hearing from you at some time in the future and be assured of my sincere esteem & respect

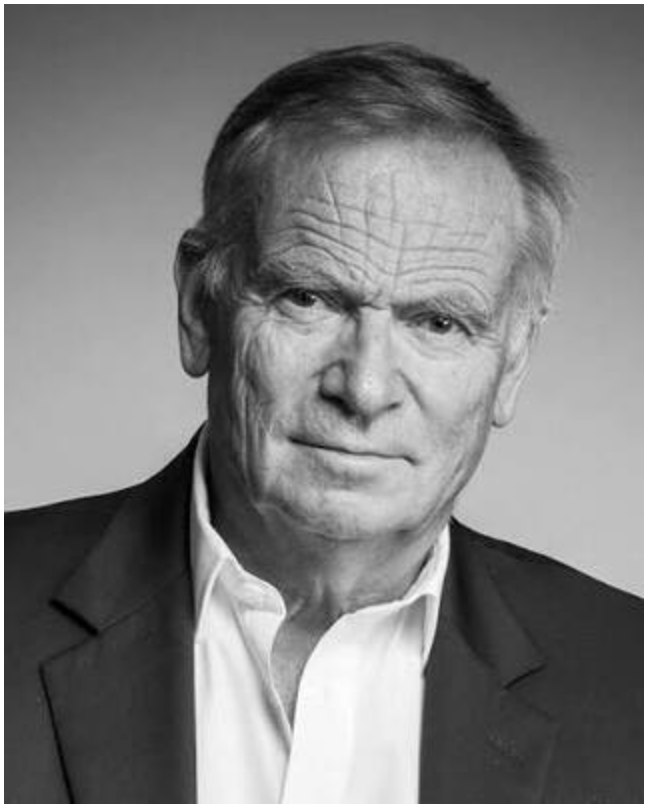
I remain your most dedient and humble servant

Th: Jefferson

Un ejemplo, preparado por Billy Mumford, del aspecto que habría tenido la carta de Benjamin Franklin a David Hartley.



El muy honorable David Hartley el Joven.
Pintado por George Romney, grabado por James Walker.



JEFFREY ARCHER (Londres, 1940, Inglaterra). Estudió en el Wellington College y, posteriormente, en el Brasenose College de la Universidad de Oxford. Nacido en una familia noble —de hecho, es el Baron Archer de Weston-super-Mare— entró en política de manos del Partido Conservador, llegando a ser miembro del parlamento británico.

Un escándalo financiero le llevó a perder toda la fortuna que había acumulado en 1974. Tras este revés, Archer se dedicó primero al periodismo y luego a la literatura, logrando un gran éxito ya con su primer libro, Ni un centavo más, ni un centavo menos, que fue llevado a la televisión por la BBC.

Desde ese momento, Archer logró alcanzar los primeros puestos de las listas de los más vendidos, tanto en Inglaterra como en Estados Unidos, pasando más tarde a aparecer en el resto de países europeos como un autor superventas de manera habitual. Kane y

Abel fue otro de sus títulos en ser adaptado a la televisión.

En los años 80, Archer volvió a la política activa con Margaret Thatcher, de nuevo con los conservadores, donde fue protagonista de varios escándalos mediáticos, algo que ha ido repitiendo a lo largo de los años. Pese a ello fue candidato a la alcaldía de Londres en el año 2000 hasta que se confirmó un grave caso de perjurio y tuvo que renunciar, siendo condenado a prisión en 2001.

Archer siguió escribiendo en prisión y desde su salida de la cárcel ha publicado varios libros, aunque sin llegar al éxito del que gozó durante los años 80 y 90.